OBRAS

libro IV / vol. 2

Walter Benjamin

Artículos ilustrados

Modelos de audición

Historias y relatos

Miscelánea



Esta sería la sexta entrega de la obra completa del gran pensador del siglo XX Walter Benjamin. En este volumen se recogen los artículos de Benjamin que se publicaron ilustrados. Los guiones de audición para programas de radio que realizó. *Historias y relatos*, entre los que se encuentran aquellos que realizó durante su estancia en Ibiza; y por último, *Miscelánea* en la que se incluyen diferentes relatos de Benjamin.



Walter Benjamin

Libro IV/Vol. 2

Obra Completa de Walter Benjamin - 06

ePub r1.2
Titivillus 05.08.2022

Walter Benjamin, 2010
Traducción: Alfredo Brotons Muñoz
Edición: Rolf Tiedemann & Hermann Schweppenhäuser
Retoque de cubierta: Spleen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

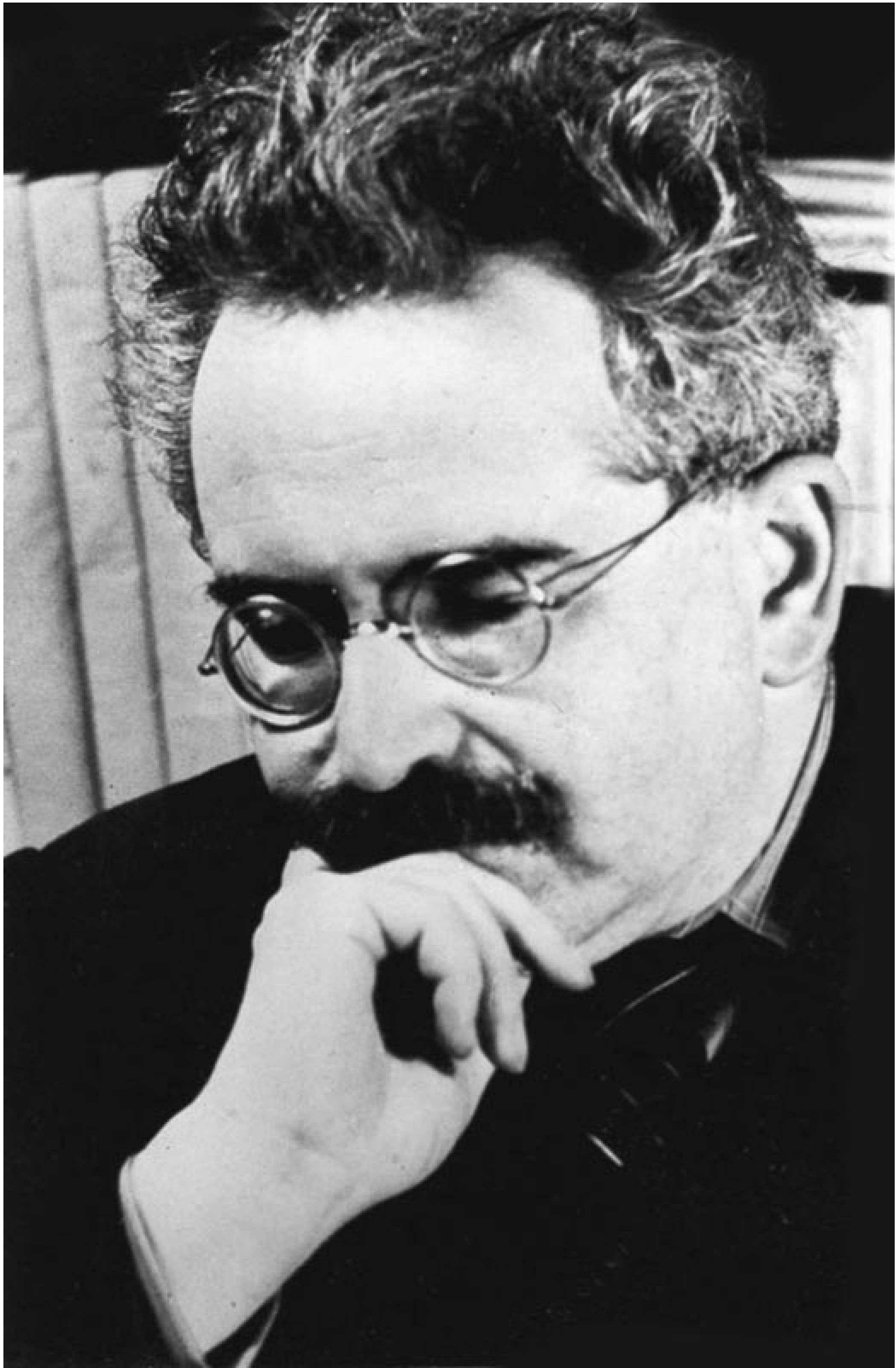




Índice de contenido

Autor

Notas



OBRAS
libro IV/vol. 2[1]

Artículos ilustrados
Modelos de audición
Historias y relatos
Miscelánea

ARTÍCULOS ILUSTRADOS

DAMOS UN VISTAZO AL LIBRO INFANTIL[2]

Destellos verdes ya en el crepúsculo
C. F. Heinle[3]

Un cuento de Andersen[4] nos habla de un libro ilustrado que costó «medio reino». Dentro de él todo estaba vivo. «Los pájaros cantaban y las personas salían del libro y hablaban». Pero en cuanto la princesa pasaba la página «volvían a entrar, para que todo estuviera en orden». Con elegancia pero sin precisión, como sucede con tantas otras cosas escritas por Andersen, esta pequeña fantasía deja de lado lo fundamental. Las cosas no salen de las páginas hacia el niño, sino que, al contemplarlas, el niño entrará en ellas como en nubes que se hallan impregnadas con el color que muestran las imágenes. El niño de este modo le aplica a su libro el arte de los taoístas consumados: supera la engañosa superficie y atraviesa tejidos y tabiques de distintos colores para entrar en el escenario en el que vive el cuento. La palabra china *hoa*, que tiene el significado de «colorear», es también sinónimo de *kua*, «colgar»: se cuelgan cinco colores a las cosas. En este mundo poroso, que se halla recubierto de colores, en el que a cada paso todo se desplaza, el niño es acogido como un actor más. Adornado con todos los colores que atrapa al leer y contemplar, el niño se halla en medio de una mascarada, y participa en ella. Al leer: pues las palabras también han acudido a este baile de máscaras y forman remolinos dentro de él, tal como si fueran unos copos de nieve bulliciosos y llenos de ruido. «La palabra *príncipe* viene rodeada por una estrella», dijo un niño de siete años de edad. Y es que, si se inventan una historia, los niños son directores de teatro que no aceptan la censura del «sentido». Esto es muy fácil constatarlo. Si le

damos a un niño cuatro o cinco palabras diferentes y le pedimos que forme a toda prisa una frase con ellas, el resultado es una prosa sorprendente: no es un vistazo al libro infantil, sino una señal en su dirección. De golpe, las palabras se ponen un disfraz y se ven envueltas en combates, escenas amorosas o peleas. Los niños escriben de este modo sus textos, pero es también así como los leen. Y algunos libros, sin duda apasionantes, para enseñarles la lectura, llevan a cabo un juego bastante similar con las imágenes. Por ejemplo, en la página correspondiente a la letra A hay un bodegón que resulta enigmático hasta que ves que aquí están reunidos los objetos correspondientes a las palabras *Aal* [anguila], *ABC-Buch* [libro de enseñanza de la lectura], *Adler* [águila], *Apfel* [manzana], *Affe* [mono], *Amboss* [yunque], *Amsel* [mirlo], *Anker* [ancla], *Armbrust* [ballesta], *Arznei* [medicamento], *Ast* [rama] y *Axt* [hacha]. Los niños conocen así estas imágenes como si se tratara de su propio bolsillo, en el que rebuscan y al que le dan la vuelta sin haber olvidado un solo hilo. Y mientras que en el grabado de colores la fantasía del niño se sumerge en aquello que son sus propios sueños, al contrario el grabado en blanco y negro, la ilustración sobria y prosaica, saca al niño de sí. La exhortación de estas imágenes hacia lo que es el describir despertará en el niño la palabra. Así el niño describe todas estas imágenes con palabras, es decir, escribe encima de ellas. A diferencia de la superficie de colores, su superficie está casi vacía y el niño tiene que llenarla. Aprende, al mismo tiempo que el lenguaje, la escritura: es decir, el jeroglífico. En sus signos hoy damos todavía a las primeras palabras que aprendemos la línea de las cosas a las cuales ellas se refieren: *Ei* [huevo], *Hut* [sombrero]. Así pues, el auténtico valor de estos sencillos libros infantiles está lejos de la obtusa contundencia por la que la pedagogía racionalista los recomendaba. «De qué manera toma nota un niño de un lugareño», cómo recorre con los ojos y los dedos su paisaje de imágenes, Lo dice este modélico poema infantil de un ya viejo libro de enseñanza:

«Vor dem Stätlein sitzt ein Zwerglein,
Hinterm Zwerglein steht ein Berglein,
Aus dem Berglein fließ ein Bächlein,
Auf dem Báchlein schwimmt ein Dächlein,

Unterm Dáchlein steckt ein Stüblein,
In dem Stüblein stizt ein Büblein,
Hinterm Büblein steht ein Bänklein,
Auf dem Bänklein ruht ein Schränklein,
In dem Schränklein steht ein Kästlein,
In dem Kästlein liegt ein Nestlein,
Vor dem Nestlein sitzt ein Kätzlein,
Merken will ich mir das Plätzlein[5]».

J. P. WICH, *Steckenpferd und Puppe*, Nördlingen, 1843

De manera menos sistemática, también más caprichosa y más indómita, busca el niño en las imágenes enigmáticas las diversas figuras del «ladrón», el «alumno holgazán» o el «maestro escondido». También estas imágenes, que están emparentadas con los dibujos contradictorios e imposibles que actualmente triunfan como *tests*, son tan sólo una mascarada, una mera farsa improvisada en la que las personas van patas arriba, multiplican sus piernas y sus brazos y usan un tejado como abrigo. Y, sin embargo, este carnaval se va infiltrando en el serio espacio de los libros que enseñan la lectura. El editor Renner, de Nüremberg, en la primera mitad del pasado siglo, publicó una colección de veinticuatro láminas que presentan las letras disfrazadas. Así la letra F aparece disfrazada de franciscano, la J de juez, y la P de porteador. El juego gustó tanto que todavía hoy podemos encontrar estos viejos motivos con gran diversidad de variantes. Finalmente, el jeroglífico del periódico representa el Miércoles de Ceniza de este carnaval de letras y palabras, es decir, su desenmascaramiento: de ese modo el espléndido desfile les muestra a los niños una dura sentencia, lo que es la enjuta racionalidad. El juego tiene un origen distinguido, que directamente se deriva de los jeroglíficos del Renacimiento, y uno de sus libros más valiosos, la *Hipnerotomaquia de Polifilo*[6], es, en cierto sentido, su título más alto de nobleza. Cierto que en Alemania tal vez nunca haya estado tan difundido como ha estado en Francia, en donde, hacia el año 1840, se pusieron de moda unas preciosas obleas que reproducían el texto con

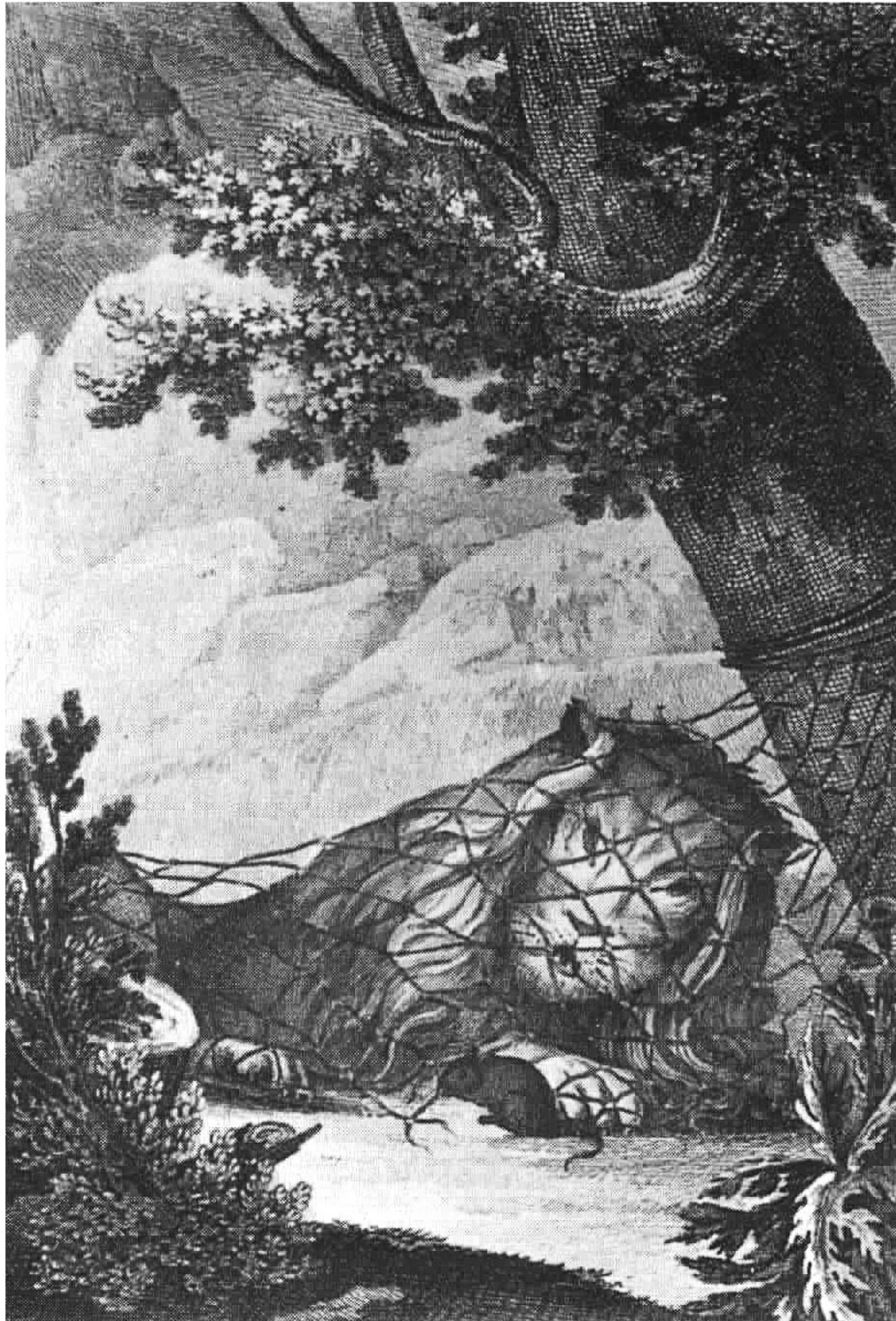
imágenes. De todos modos, los niños alemanes también tenían libros “pedagógicos” provistos de bonitos jeroglíficos. De finales del XVIII, a más tardar, es por ejemplo el libro titulado *Sentencias morales del Eclesiástico para niños y jóvenes de todos los estamentos, con imágenes que expresan las palabras que son más importantes*[7]. El texto tiene preciosos grabados de cobre, y todos los sustantivos que lo permiten están sustituidos por hermosas imágenes de carácter alegórico u objetivo. Todavía en 1842 Teubner publicó una *Pequeña Biblia para niños* con 460 ilustraciones del tipo indicado. Igual que al pensamiento y la fantasía, también a la mano activa le estaba reservado en el pasado un campo muy amplio en el libro infantil. Ahí señalaremos, por ejemplo, esos célebres libros de imágenes desplegables que se rompen muy rápido y parecen haber tenido siempre una vida muy corta. Un libro dotado de un intenso atractivo era el *Livre jou-jou* que publicó Janet en París, presumiblemente en los años cuarenta. Es una novela sobre un príncipe persa, y todas las peripecias de su historia se presentan mostradas en imágenes, en cada una de las cuales, como por arte de magia, aparece un acontecimiento de carácter alegre y liberador tan pronto como mueves la banda del borde. Similares son algunos libros en los que las puertas, las cortinas, etc., que hay en el interior de las imágenes se pueden desplegar y dejan ver una pequeña imagen que hay tras ellas. Y aún, finalmente, igual que la muñeca para vestir también ha encontrado su novela (*Isabellens Verwandlungen oder das Madchen in sechs Gestalten. Ein unterhaltendes Buchfür Mädchen mit sieben kolorierten beweglichen Kupfern*, publicado en Viena), de la misma manera han entrado en el libro esos hermosos arcos de juguete en los que se podían sujetar unas pequeñas figuras de cartón mediante unas muy finas rendijas ocultas, para luego ordenarlas de distintas maneras. Cosa que permitía presentar un paisaje o una casa de acuerdo a las diversas situaciones que se producen en una narración. Pero para aquellos pocos niños y los muy escasos coleccionistas que han tenido la suerte de darse de pronto con un libro de magia, todo el resto es irrelevante. Se trata de unos volúmenes ingeniosos compuestos por series completas de páginas que cambiaban según la posición de la mano que los hojeaba. Al experto esas obras le muestran más de diez veces la misma imagen distribuida en páginas diferentes, hasta que su mano se

desplaza y, cual si el libro se hubiera transformado, percibimos imágenes distintas. Un volumen en cuarto editado en el siglo XVIII y que yo poseo entre los míos parece contener, según se mire, un jarrón, una caricatura, unos papagayos, hojas blancas o negras, un molino de viento, un bufón, un arlequín y un largo etcétera. Otro libro nos muestra un repertorio de juguetes y golosinas para los niños buenos pero, si lo hojeo de otra forma, descubro instrumentos de castigo y abundantes rostros terroríficos para los niños malos.

El florecimiento del libro infantil en la primera mitad del pasado siglo no se debió sin duda al conocimiento pedagógico concreto (que es bien superior al actual desde algunos puntos de vista concretos), sino que surgió directamente de la vida burguesa de la época. Dicho en pocas palabras: surgió del Biedermeier[8]. Hasta en las ciudades más pequeñas había así editores cuyos productos más solicitados eran tan atractivos como los modestos muebles de la época, en cuyos cajones han dormido por espacio de un siglo. De ahí que no haya libros infantiles solamente en Berlín, Leipzig, Viena y Nüremberg; para el coleccionista, nombres como Meissen, Grimma, Gotha, Pirna, Plauen, Magdeburgo y Neuhaldensleben suenan mucho más prometedores como lugares de publicación. En casi todos estos pueblos y ciudades trabajaron abundantes ilustradores, por más que ya no conocemos sus nombres. Hoy de vez en cuando se descubre a uno de ellos y se construye su biografía. Así ocurrió con Johann Peter Lyser, que fue músico, pintor y periodista[9]. El libro de cuentos de A. L. Grimm dotado con varias ilustraciones de Lyser (Grimma, 1827), el *Libro de cuentos para hijas e hijos de los estamentos cultos* (Leipzig, 1834), dotado con texto e ilustraciones de Lyser, y por último el *Libro de cuentos de Lina* (Grimma, sin fecha), con texto de A. L. Grimm e ilustraciones de Lyser[10], contienen sus trabajos más hermosos, destinados todos a los niños. El colorido de esas litografías palidece frente al del Biedermeier, pero es muy adecuado para los vagabundos enjutos y afligidos, el paisaje sombrío y la atmósfera propia de los cuentos, que no carece de un toque irónico-satánico. El arte de estos libros se pegó por completo a la vida cotidiana pequeñoburguesa, no siendo disfrutado sino utilizado, como las recetas de cocina y los refranes, constituyendo la variante popular, o incluso infantil, de los sueños más

exaltados del Romanticismo. Y, por eso, Jean Paul[11] es su patrón. El mundo mágico propio de sus historias se ha plasmado a través de esas imágenes, cuyo siempre brillante colorido tiene en la literatura de Jean Paul un pariente muy próximo. Pues, en efecto, el ingenio de Jean Paul reposa, al igual que el del color, en la fantasía, y en cambio no en la creatividad. Así, al ver en colores, la fantasía muestra que, en su diferencia con la imaginación creativa, ella es un fenómeno primigenio. Dado que el ser humano responde a toda forma y a todo contorno que percibe con la facultad de producirlo. Así el cuerpo que baila y la mano que dibuja lo copian y, con ello, se lo apropian. Pero esta concreta facultad tiene su límite justamente en el color; el cuerpo humano no puede producirlo, y por eso mismo el cuerpo humano no puede responder creativamente al color, sino que lo hace receptivamente: lo hace con el ojo que reluce en color. (Además, desde el punto de vista antropológico la visión es el confín de los sentidos, pues capta forma y color al mismo tiempo. Y por tanto le pertenecen las facultades de las correspondencias de carácter activo: la visión de las formas y el movimiento, el oído y la voz; así como, en lo que hace a las pasivas, la visión del color forma parte de los campos sensoriales del oler y el gustar. La lengua alemana da unidad a este grupo mediante verbos tales como *aus-sehen, riechen* y *schmecken*, unos que reciben su valor intransitivamente del objeto y transitivamente del sujeto, del sujeto humano). En pocas palabras: el color puro es el medio de la fantasía, patria nubosa del niño juguetón, no el canon estricto propio del artista constructor. A esto va unido el efecto «sensorial y moral» que resulta propio del color, que Goethe entendería a la manera del Romanticismo: «Los colores transparentes son ilimitados tanto en su iluminación como en su oscuridad, y el fuego y el agua pueden ser percibidos en tanto que su altura y su profundidad… La relación que es propia de la luz con el color transparente, cuando ahondas en ella, se hace muy atractiva, y el encendido de los colores, su confusión y su reaparición es como un ir tomando aire en las grandes pausas producidas entre eternidad y eternidad, de la máxima luz a la quietud eterna y solitaria en los más profundos tonos. En cambio, los colores más opacos vienen a ser como flores que no se atreven a medirse con el cielo, y, sin embargo, tienen que ver (por una parte) con la debilidad

y con lo blanco, y (por otra) con lo malo y con lo negro. Dichos colores son capaces… de producir unas variaciones tan bonitas y unos efectos tan naturales y directos… que al final los colores transparentes simplemente aparecen por encima de ellos en calidad de espíritus que sólo sirven para realzarlos[12]». Con estas palabras, el *Apéndice* de la *Teoría de los colores* hace estricta justicia al sentimiento de estos extraordinarios coloristas y al espíritu de los juegos infantiles. Piénsese en los juegos numerosos que se basan en la intuición pura de la fantasía: las pompas de jabón, los juegos de té, el húmedo colorido de la linterna mágica, la pintura o las calcomanías. En todos ellos el color flota ligero por encima de las cosas, dado que su magia no se debe ni a la cosa coloreada ni al color muerto, sino al colorido resplandor, es decir, al rayo colorido. Al final de su recorrido, el vistazo que damos al libro infantil desemboca en una roca floreada justamente al estilo Biedermeier. Apoyado en una diosa azul celeste, descansa el poeta de manos melodiosas. Lo que la musa le inspira, lo anota a su lado un niño con alas. Esparcidos a su alrededor hay unas arpas y algunos laúdes. Unos gnomos tocan instrumentos en el seno mismo de la montaña, y en el cielo ya se pone el sol. Lyser pintó así en cierta ocasión el paisaje en cuyo fuego multicolor se refleja la mirada de los niños reclinados encima de los libros[13].



1. *Las fábulas de Esopo,* segunda edición, Viena, por Heinr. Friedr. Müller, marchante en el Kohlmarkt Nr. 1218. [Colección Benjamin]

v. 28.

Du verzäunest deine Güter mit

warum machest du nicht vielmehr deinen

und du wägest

dein und ein warum wägest.

du nicht auch deine Worte auf der

Cap: XXIX v. 28.

Es ist genug zu diesem Leben

wer und

und hat damit er

seine Nothdurfft decken kan.

2. *Sentencias morales del libro del Eclesiástico,* Nüremberg.

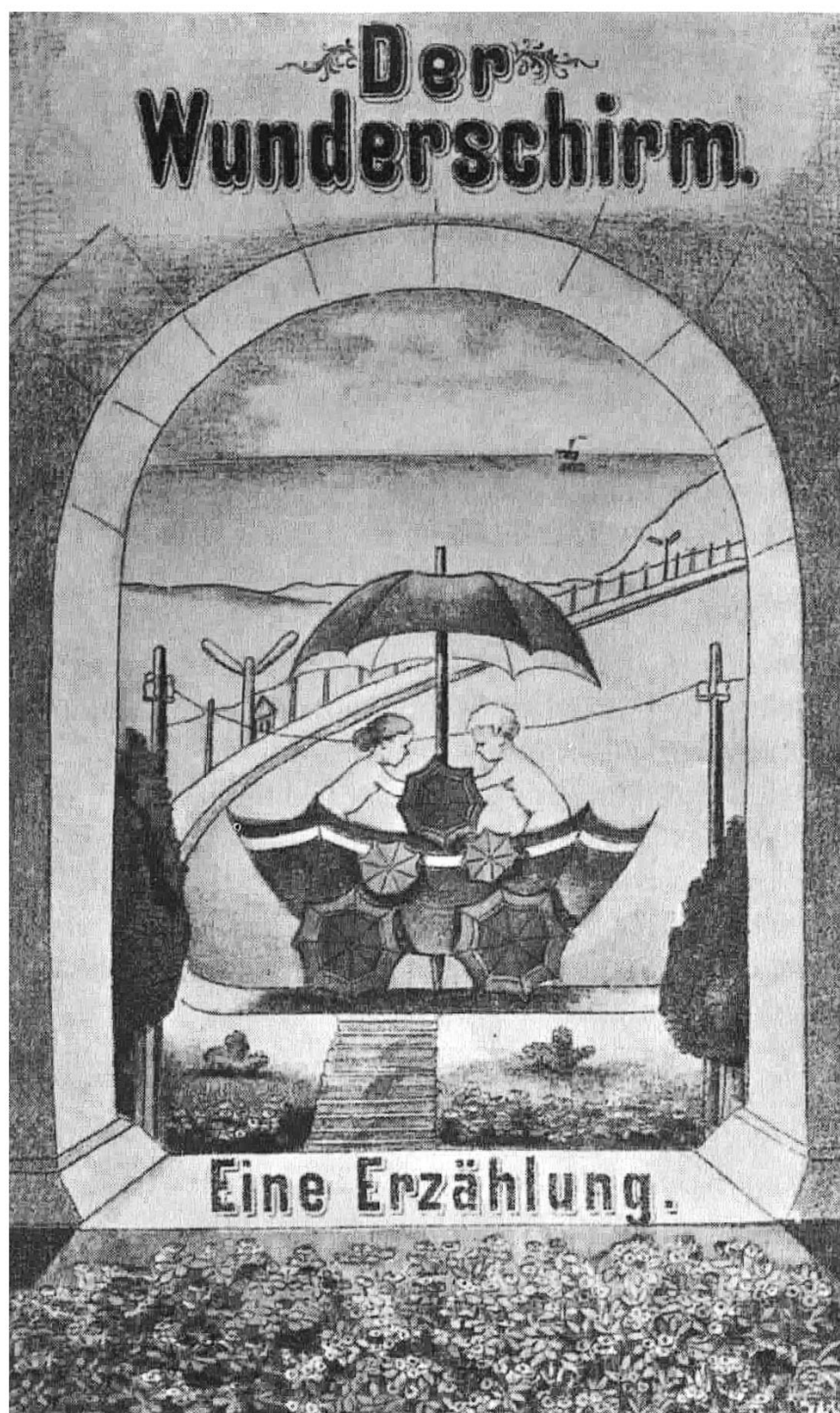
[Colección Benjamin]

[Colección Benjamin]



Rübezahl.

3. *Libro de cuentos para hijas e hijos de los estamentos cultos,* de J. Lyser. Incluye ocho grabados, Leipzig 1834, Wígand'sche Verlags-Expedition. [Colección Benjamin]



4. *El mágico paraguas rojo*. Un nuevo relato para niños, Neuruppin, impresión y edición de Gustav Kühn. [Colección Benjamin]

LIBROS DE ENFERMOS MENTALES[14]

de mi colección

A menudo, un apuro poco llamativo se viene a encontrar al principio de un éxito.

Cuando hace diez años empecé a ordenar mis libros, no tardé en dar con unos volúmenes que no me decidía sin más a expulsar, pero cuya presencia no podía continuar tolerando en el lugar en que los encontré.

Los poemas de Hermann von Gilm[15] son una de las curiosidades de la literatura alemana, pero comprendo que en la época en que descubrí a Hölderlin yo no podía admitir algo así dentro de la sección de «poesía alemana». Hoy, en cambio, yo no podría renunciar a mi volumen de *Ecce-homo-Ulk*, que es el primer libro de Emil Szittya[16], como tampoco a otros primeros libros de autores igualmente conocidos. Pero los trasladé de una sección a otra, hasta alojarlos finalmente en la cercanía de los poemas de Gilm. Y el libro de Blüher *Die Aristie des Jesus von Nazareth*[17] no quería incorporarlo a la sección de filosofía de la religión. Pero en lo que hace a su contribución a la patología del resentimiento antisemita, me parecía ser demasiado valiosa como para expulsarlo.

Así que, en el curso de los años, se fueron reuniendo unos hermanos que eran enormemente diferentes, recopilando una «biblioteca patológica» mucho antes de tener la idea de coleccionar libros de enfermos mentales, incluso mucho antes de saber que existían libros de enfermos mentales.

En 1918, en una pequeña librería de viejo de Berna, vi el libro de Schreber *Memorias de un neurópata*, publicado en Leipzig por la editorial Oswald Mutze[18]. Pero ¿había oído hablar ya de este libro? ¿O lo conocí

unas semanas después gracias a lo que Freud nos dice de él en el tercer volumen de sus *Pequeños escritos de teoría de la neurosis* (Leipzig, 1913)? La verdad, da lo mismo. Me fascinó de inmediato.

Por cuanto respecta a su editorial, era famosa por sus colecciones de los productos más extravagantes de la literatura espiritista. Así, se comprende que no tuviera reparo en publicar todo un sistema teológico en el que «Dios puede acercarse sin correr riesgo sólo a los cadáveres» y cuyo autor se encuentra «firmemente convencido de que Dios conoce el concepto de los ferrocarriles» y desarrolla una teoría del lenguaje divino, es decir, del «lenguaje fundamental», que es precisamente «un alemán algo antiguo, pero sin embargo vigoroso». En dicho lenguaje se nombra a Dios «en consideración de quien es y será» y se dice de los antiguos compañeros de estudios del paciente que están «colgados de Casiopea». Igualmente contundentes y curiosas son las expresiones que encuentra este paranoico en ciertos estadios de su enfermedad para formular hechos banales que a él se le han vuelto inexplicables. Así, la idea de un fin del mundo donde la paranoia no es algo raro domina en este enfermo hasta tal punto que sólo puede explicarse la existencia de las otras personas como un mero engaño y como un juego y, para aceptarla, habla de unos «hombres construidos a marchas forzadas», como de «muñecos prodigiosos», de personas «surgidas por ensalmo», etc., etc. Pero el libro contiene otros muchos giros extraordinarios. Por ejemplo, la intensa necesidad de aullar que siente el enfermo la denomina despectivamente «carraspera psíquica». Pero también el «contrasentido que hay en las palabras primigenias», del que Freud se ocupa de modo ocasional, está presente en tan grandioso documento: así *Saft* [jugo] significa *Gfi* [veneno], *Gifi* significa *Speise* [alimento], *Lohn* [recompensa] significa *Strafe* [castigo], etc., etcétera.

El autor escribió esta obra con objeto de guiar a su mujer por el mundo de ideas religiosas que se le iba formando en su enfermedad. Pero además lo hizo con un motivo concreto. Y es que, tras diez años de internamiento, el juez Schreber sería declarado capaz y devuelto de nuevo a su familia por las numerosas e inteligentes solicitudes que después añadió como apéndice a la obra. Claro que aquí no podemos recorrer las estaciones de esta enfermedad hasta la estricta y feliz encapsulación de su mundo ilusorio, y

tampoco podemos elaborar una verdadera caracterización psiquiátrica de éste y de otros casos que veremos.

Es bien claro que el mundo de Carl Friedrich Anton Schmidt, doctor en Filosofía, Medicina, Cirugía y Obstetricia, miembro de varias sociedades científicas y asesor del gobierno de Baviera, no es producto de la paranoia como de cualquier otra psicosis. La psiquiatría no utiliza ya los síntomas para denominar los diversos tipos de demencia; de lo contrario, aquí podríamos hablar de la «demencia de la agrupación». El distinguido autor de *La vida y la ciencia en sus elementos y sus leyes*, libro publicado en Würzburg en el 1842[19], no delata en el texto de esta obra nada de sus maníacas ideas. En todo caso, debería hacernos sospechar el espacio desproporcionadamente grande que el autor llena de informes psiquiátricos en la sección *Antropología y medicina*. Todos son obra suya. Así tenemos que imaginarnos a este hombre como el médico redivivo o contemporáneo del *Woyzeck* de Büchner[20]. Un vistazo a los diagramas muestra el carácter obsesivo, claramente maníaco, de esta imagen del mundo.

Aunque el mundo de la demencia tuviera, como el del saber, sus cuatro Facultades, las obras de Schreber y de Schmidt serían un compendio de su teología y su filosofía. Mas, vayamos ahora a la jurisprudencia, veamos *El Estado universal en toda la Tierra*. Su sacrificado autor, que redactó una guía para gobernar pensando en el «rey de Inglaterra, en Londres» y la dedicó con todo amor a las más diversas santidades, como «H. P. Blavatsky de la gran Sociedad de Teosofía», tuvo que costearse por sí mismo la publicación de dicha obra. Todo lo que sabemos sobre ella desde el punto de vista bibliográfico es lo que nos dicen un pequeño sello de goma donde se lee «*Ganz-Erden-Universal-Staats-Ausgabe BRNO 2 - BRÜNN2 Postfach 13*» y la etiqueta de una editorial comisionista que aparece pegada en la cubierta. La fecha de impresión es de 1924.

Claro que no hace falta caracterización más precisa. Si hay alguna locura inofensiva, es sin duda la de este autor eslavo, que se halla impregnada del espíritu propio de los monjes-vagabundos de Rusia.

Por último, un documento de una grave psicosis: la obra médica con que vamos a acabar la escribió «Cari Gehrmann, médico de Berlín», y se titula *Cuerpo, cerebro, alma, Dios*. Sus tres primeros volúmenes se publicaron en

Berlín en el 1893[21], y hay un cuarto volumen que contiene las historias clínicas; por ejemplo:

Caso X. Una caña quebrada es enderezada de nuevo.

Caso 7. Estimulación de las nubes. La espiga se convierte de pronto en un junco. La reducción como punto de partida del perfeccionamiento hacia el arándano. Estimulación de los centros «pneuma» y «Madre de Dios». Nomeolvides. Nivel del agua del día del Señor. La figura «religión-nostalgia» concierne al amor secreto en relación con la lucha.

Caso 13. Repercusión del sudor de los pies sobre el sistema sexual y el aparato respiratorio. La curación significa el despliegue armonioso de los centros «medias». La fuente de los sacramentos.

Caso 30. El crucifijo tras la cortina verde. *Pneuma y Madre de Dios*. La ventana abstracta domina a la voluntad. La cicatriz, como símbolo de la devoción, cura al centro táctil.

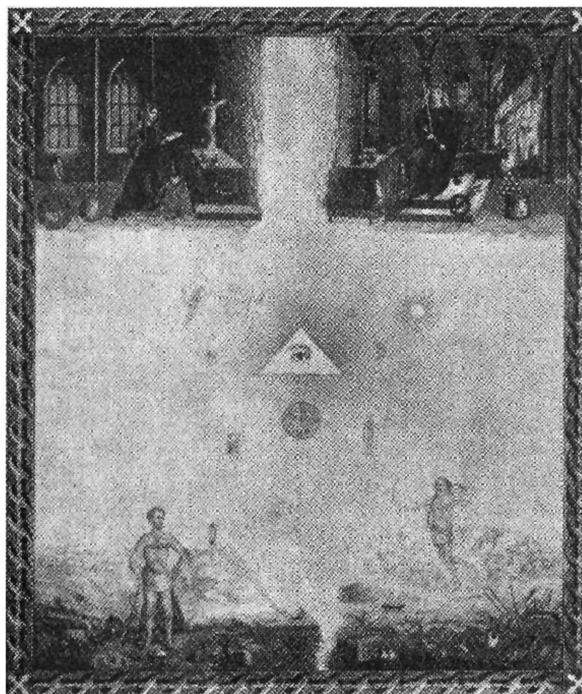
Caso 32. La rueda de molino en el globo aerostático de la iglesia (*grosella*).

Caso 40. Tumbarse en el arroyo de la bendición es homólogo a dormir en la cama de la iglesia. La cumbre azul, bañada por la luz.

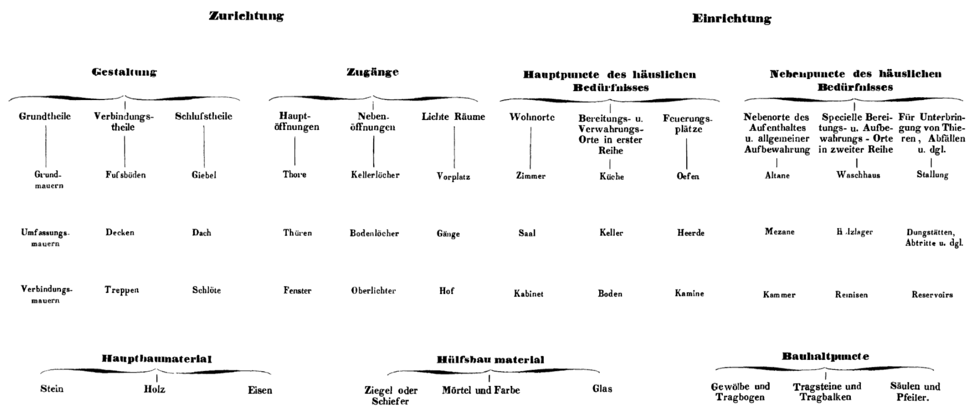
La medicina teológica, que aparece ilustrada con 258 casos de este tipo, se centra en la regla femenina y se basa en el presupuesto de que a todos los órganos, nervios, vasos y constelaciones del cuerpo les corresponden determinadas regiones cerebrales a cuyos fantásticos nombres se refieren los títulos de los «casos». Reproducimos uno de los innumerables esquemas que el enfermo presenta con su libro [ilustración 8J.

La existencia de estas obras es en cierto sentido turbadora. Como estamos bien acostumbrados a ver el ámbito de la escritura, pese a todo, como ámbito superior y protegido, nos asusta la aparición de la locura, que aquí se infiltra con mayor sigilo sin duda que en ningún otro lugar. Y ¿cómo lo consigue? ¿Cómo ha eludido la locura los controles aduaneros de esta auténtica Tebas de cien puertas que es la ciudad de los libros? La historia de la publicación de tales obras debe ser tan curiosa como lo es su propio contenido. Podríamos pensar que hoy la situación es diferente. El interés por las manifestaciones de la locura es tan general como lo ha sido siempre, pero ahora se ha vuelto más fecundo y legítimo. Podríamos por tanto

suponer que los libros de los locos obtienen sin problema un pasaporte. Y sin embargo conozco ya hace meses un manuscrito que iguala como mínimo al libro de Schreber por su valor humano y literario, que resulta más fácil de leer, pero que tiene muchísimos problemas para encontrar una buena editorial. Si esta breve alusión despierta el interés por ese libro, si estos breves extractos mueven finalmente a los lectores a prestar atención a los carteles y a las octavillas de los locos, obtendrán estas líneas sus dos metas.



5. Portada de: C. F. Schmidt, *La vida y la ciencia en sus elementos y sus leyes*. El ojo que hay en el centro es símbolo de Dios, cuya mirada vivificante abarca los cuatro campos principales de la actividad humana: la religión, la jurisprudencia, la medicina y el arte, representados en las esquinas de la imagen por una mujer que reza, una juez, Esculapio y Apolo flotando con los símbolos de sus actividades respectivas. Las figuras que hay alrededor del punto central aluden a la escala de la vida individual [el ser humano, el ángel y el serafín], así como al mundo material superior mediante las estrellas, la Luna y el Sol. Bajo el ojo se encuentra el Sol del ser, el cual ilumina el globo terráqueo (con los símbolos del tiempo y la fugacidad). No podemos abordar aquí los complejos detalles de los símbolos, reunidos en tríadas.



6. Esquema de la «casa» según: C. F. Schmidt, *La vida y la ciencia en sus elementos y sus leyes.*

Deshalb können *gegenwärtig* die Lohnverhältnisse *gutherzig, liebevoll, vernünftig* und *zweckmäßig-segensreich* nur auf diese Art geregelt werden

(selbstverständlich unter noch bedeutend vorteilhafteren und besseren Approvisationsverhältnissen als vor dem Kriege!)

und zwar:

1. Dienende Bürger	1000	Kronen
2. Hoffnungs-Bürger	1500	„
3. Ehrenbürger mit 4 höheren Volksschulklassen	2000	„
4. Ehrenbürger mit Matura .	3000	„
5. Ehrenbürger mit 2facher Universitätsbildung . . .	4000	„
6. Ehrenbürger mit 3f. Univ. b.	4500	„
7. Ehrenbürger mit 4f. Univ. b.	5000	„
8. Ehrenbürger mit 5f. Univ. b.	5500	„
9. Ehrenbürger mit 6f. Univ. b.	6000	Kronen
10. Ehrenbürger mit 7f. Univ. b.	6500	„
11. Ehrenbürger mit 8f. Univ. b.	7000	„
12. Ehrenbürger mit 9f. Univ. b.	7500	„
13. Ehrenbürger m. 10f. Univ. b.	8000	„
14. Hervorragende Künstler, Komponisten, Maler, Dichter, Erfinder usw. (Ehrenbürger!) sollen jährlich mit einem *Ehrenhonorar* . . . . . belohnt werden.	9000	„
15. Könige ausnahmsweise . .	10000	„
16. Herren	6000	„
17. HErren	5000	„
18. HERRen	4000	„
19. HERREN (Asketen) . . .	3000	„
20. HEILIGE im aktiven Stand	2000	„
21. KAISER	—	„

7. Grupos salariales de *Ganz-Erden-Universal-Staat.*

8. Esquema de una región cerebral según: Gehrmann, *Cuerpo, cerebro, alma, Dios.*

LIBROS DE ENSEÑANZA DE LA LECTURA DE HACE CIEN AÑOS[22]

Ningún palacio real y ninguna finca de ningún millonario ha recibido nunca ni la milésima parte del amor que en el curso de la historia de la cultura se les ha dado a las letras. Por el placer de lo bello y por honrarlas, mas también por astucia. Las letras son las columnas de una puerta sobre la que podría estar escrito lo que Dante leyó en las puertas del infierno, mas su ruda figura nunca debería asustar a todos esos niños que cada año han de atravesarla. Así que esas pilastras se adornaron con arabescos y guirnaldas. Pero se tardó mucho en entender que no se conseguía ayudar a los niños adornando sin mesura el armazón de las letras para hacerlas así más atractivas.

Las letras no tardaron en rodearse de una corte de objetos. De ese modo, los más viejos de nosotros todavía colgamos el sombrero *[Hut*] en la *h*, contemplamos al ratón *[Maus*] royendo la m y vemos en la r la parte más espinosa de la rosa. Gracias al interés por los pueblos exóticos, por los niños y por los desclasados que despertó en el tiempo de la Ilustración europea, gracias a la irradiación del humanismo, de la que el clasicismo es solamente el eclipse del Sol, los libros de enseñanza de la lectura de repente aparecieron a una luz que era completamente diferente. Los pequeños objetos ilustrados que hasta entonces, carentes de letra distinguida, señorial, habían ido haraganeando o incluso habían estado apretujados en cajas tan pequeñas como las ventanitas de las fachadas burguesas del siglo XVIII de repente impartían las consignas revolucionarias. Las ayas, los farmacéuticos y los artilleros, pillos, niños, camareros, cocineras, relojeros, húngaros y ulanos reconocieron su solidaridad, y convocaron grandes asambleas

desarrolladas de forma tumultuosa. Si Rousseau nos dice que la soberanía procede del pueblo, estos libros proclaman con igual decisión: «El espíritu de las letras procede de las cosas. Nosotros nos hemos acuñado en estas letras. No somos sus vasallos, sino que ellas son la manifestación de nuestra voluntad general».

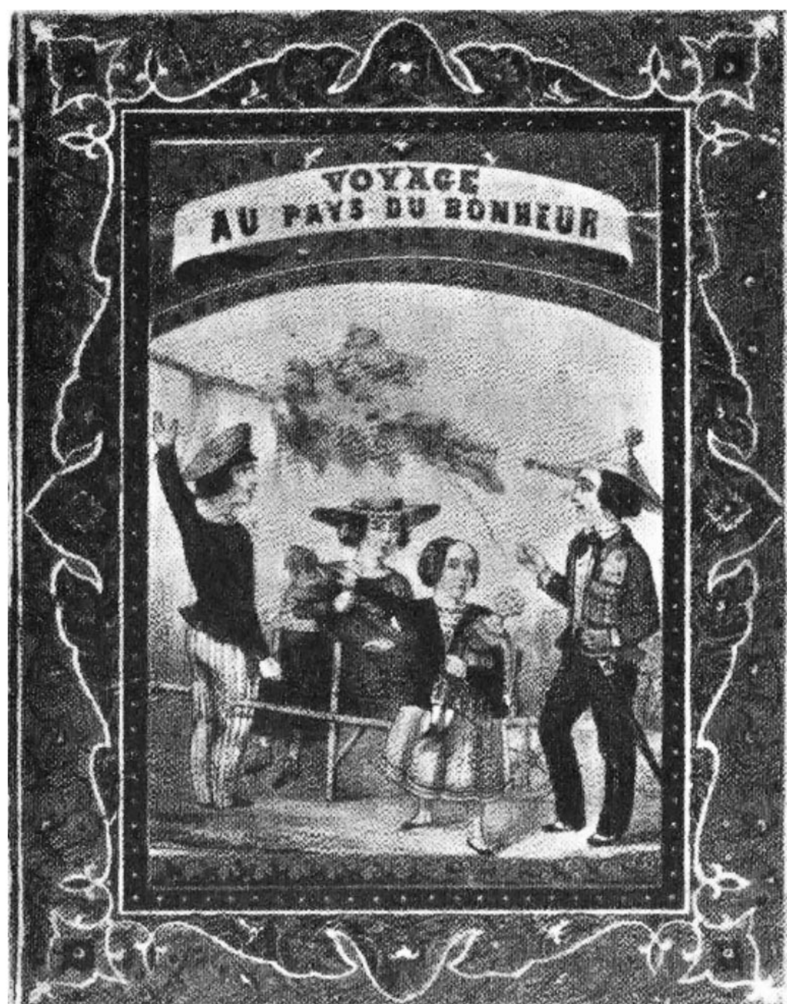


9. La página correspondiente a las letras XY es la cruz de todos los libros [alemanes] que enseñan la lectura. Al artista [que en este caso es el famoso Geissler) le viene muy bien que los grabadores en madera [xilógrafos] que vemos aquí hayan tenido la idea extravagante de grabar en madera sólo a hombres cuyo nombre comienza [en alemán] con la X o la Y: Xerxes [Jerjes],

Xenophon ⌊Jenofonte⌋, Young, Ypsilanti.

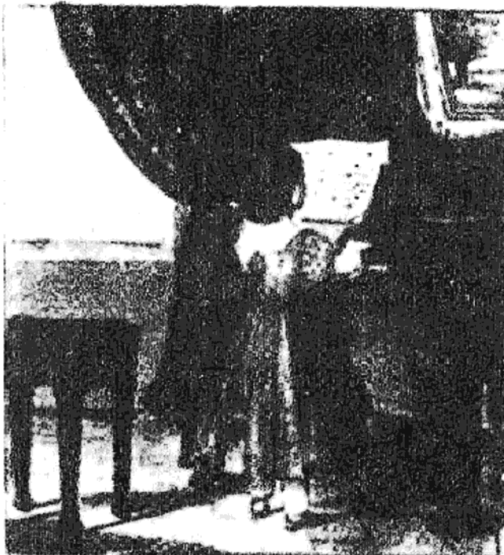


10. *El más nuevo 'Orbis pictus' o et mundo en dibujos para niños piadosos,* Neuhaldensleben, sin fecha [1838]. Uno de los libros infantiles más hermosos del Biedermeier. Carece de texto. El artista se conformó con añadir a cada una de las ilustraciones una lista ordenada alfabéticamente de los objetos ahí representados. Todos empiezan con la misma letra. Aquí se trata de la P y hay 23 objetos. ¿Los buscamos?



11. Portada de *Viaje al país de la felicidad,* libro infantil francés publicado en París en torno al año 1840. A cada página le corresponde una litografía. Los niños que han hecho el viaje se aburren en el país de la felicidad, en donde sólo hay juguetes y golosinas. Echan de menos el colegio y huyen al fin de este paraíso.

Q. Querangal.



Tiens! tiens! comme maman.

Just like mamma!!

R. Ramorino.



U, u dada au petit trot

Get up, get up, Cockhorse, trot away.

12/13. Un libro de enseñanza de la lectura del Romanticismo francés, sin fecha ni lugar de publicación. En cada página hay un niño cuyo nombre comienza con la letra correspondiente en el alfabeto. Claro que ya en aquella época había que viajar mucho por Francia para encontrar una Querangal o un Ramorino en el país.

NOVELAS DE CRIADAS DEL SIGLO PASADO[23]

¿Novelas de criadas? ¿Desde cuándo se clasifican las obras literarias en relación con el círculo de sus consumidores? Por desgracia, esto rara vez sucede. Pero esta clasificación podría ser bastante más esclarecedora que las hoy agotadas reseñas estéticas. Pero es difícil clasificar de esa manera a las diversas obras literarias. Sobre todo porque no se suelen estudiar lo que son las relaciones de producción. Antes eran más claras que en nuestros días, y por eso la historia de la literatura tendría finalmente que empezar por estudiar la venta ambulante de libros si algún día quisiera, en vez de contemplar una y otra vez las mismas cumbres, investigar la estructura geológica de la montaña del libro.

Antes que se desarrollaran los anuncios, el comercio de libros necesitaba de los vendedores ambulantes para que sus productos alcanzaran a las capas inferiores. Vale la pena imaginarse al vendedor de libros de esa época y centrado en esas capas: un hombre que sabía llevar las historias de los espíritus y los caballeros a las habitaciones de los criados de las ciudades y a las casas campesinas de los pueblos. Hasta él mismo tenía que encajar en aquellas historias que vendía. Naturalmente, no como protagonista, no como un joven príncipe desterrado o en calidad de caballero andante, sino como ese ambiguo anciano ¿que advierte o que seduce?, y que aparece en una gran cantidad de estas historias, y que en la ilustración que aquí tenemos [n. º 17] está a punto de desaparecer ante la señal de la cruz que se le opone.

No es extraño que se despreciara en general toda esta literatura mientras reinaba la superstición de la existencia de un «arte» absoluto. Pero el

concepto de documento que aplicamos hoy a las obras de los primitivos, o de los enfermos y los niños, nos muestra iluminados estos textos por una luz nueva. Así hemos entendido actualmente el valor de los temas típicos, hemos analizado y estudiado los pocos temas realmente vivos y atractivos, y hemos visto cómo la voluntad artística de varias clases y generaciones encarnó de manera decidida en las variaciones de los temas y en el lenguaje de las formas. El auténtico archivo de estos temas duraderos y eternos es el sueño, tal como nos ha enseñado Freud.

Estas obras, que se dirigen sin ambages a esa hambre de temas que es propio del público, son interesantes en sí mismas, mas lo son más si ese mismo espíritu queda expresado mediante ilustraciones, cuyo principio ya da testimonio de la estrecha conexión establecida entre los lectores y su tema. El lector quiere saber exactamente a qué se refieren. ¡Si tuviéramos más ilustraciones de este mismo tipo! Pero, si no han sido protegidas (como a algunas de las que aquí tenemos [nos. 14, 16]) por el sello de una biblioteca, habrán recorrido el camino previsto: es decir, del libro a la pared y de la pared a la basura.

Estos libros plantean muy diversas preguntas, sin hablar de cuestiones más externas sobre influencias y autoría. Por ejemplo: ¿por qué en las narraciones que se escribieron durante el período del apogeo de la burguesía siempre se vincula la autoridad moral a la figura de un hombre o de una mujer de buena familia? Puede que deba ser porque las clases sirvientes todavía se sentían por entonces solidarias con la burguesía y porque todavía compartían sus más reservados ideales románticos.

Muchas de estas novelas llevan un lema en verso sobre cada uno de sus truculentos capítulos. Ahí nos encontramos con Goethe y Schiller, o con Schlegel e Immermann, pero también con príncipes literarios como Waldau, Parucker, Tschabuschnigg o el modesto B., autor de quien proceden estos versos:

«Einsam irrt sie und verlassen
Durch die weite Stadt,
Jeden Augenblick zu fürchten
Sie die Feinde hat[24]».

Seguimos así moviéndonos torpemente por estas torpes obras. Y nos extraña tener que tomar en serio libros que nunca han formado parte de una «biblioteca». Mas no olvidemos que el libro era, al principio, un objeto de uso, un alimento. Estos libros han sido devorados. Estudiemos en ellos la química alimentaria de las novelas.



Ich schwöre es, wie dieser fallen Alle fallen!

Lady Lucie Guilford,

Fürstin der Rache,

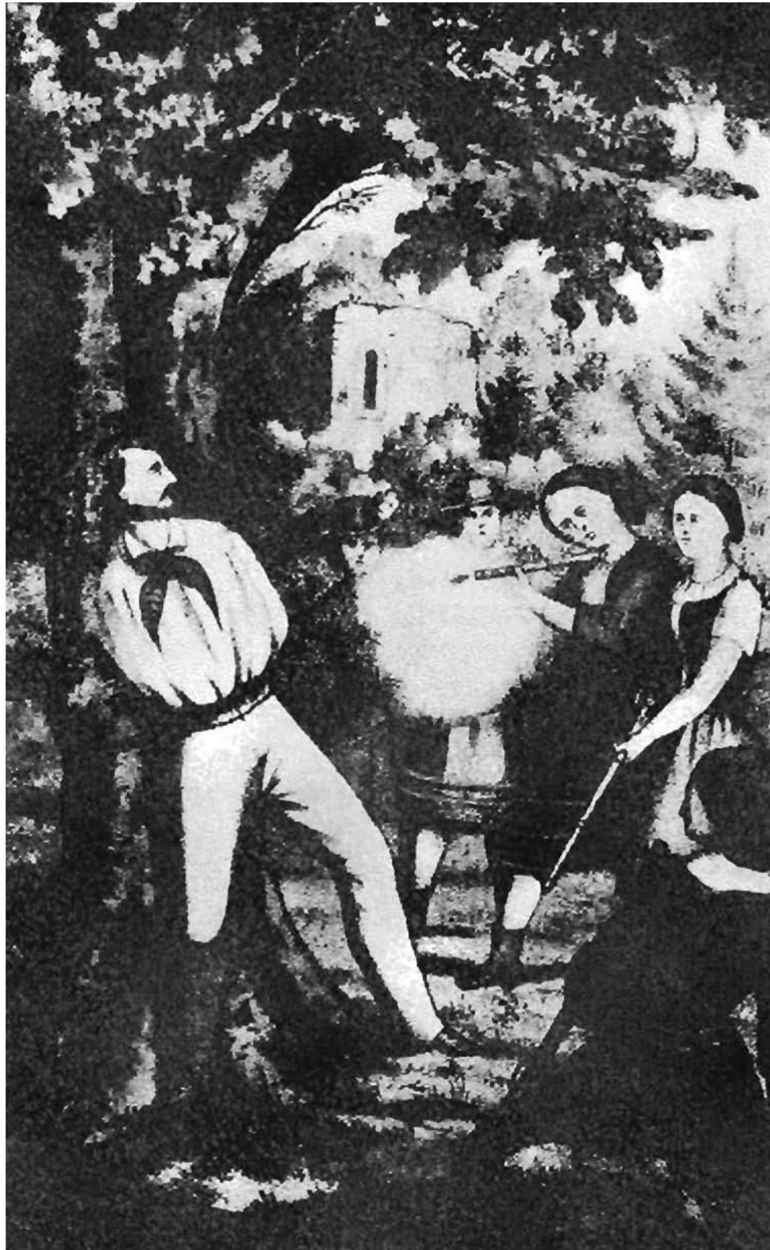
die Hyäne von Paris.

Dresden.

14. «¡Juro que, como éste, caerán todos los demás!».
La dama que está diciendo estas palabras colecciona
cabezas de hombres, que guarda en la estantería de su casa.



15. «¡Atrás, temerario!».Se trata del tristemente célebre «Caballero negro», que ha conquistado la fortaleza de York e intenta apoderarse de la bella Rebeca. Las dos figuras parecen ir bailando la danza del pánico.



16. «¡Maldito seas!». Estas damas de *Antonetta Czerna, la Princesa del bosque o la venganza de un corazón ultrajado de mujer*, narración modernizada de O. G. Derwicz, Pirna, sin fecha, se han vestido con sus mejores galas y se han reunido en el jardín para ejecutar con sus fusiles al pobre joven como si se tratara de una fiesta.



17. «¡Júralo!». La imagen pertenece al libro titulado Adelmar von *Perlstein, el caballero de la llave dorada o Las doce jóvenes durmientes, protectoras del joven encantado*. Cuento de aparecidos y del caballero procedentes de la Edad Media.

CON QUÉ SE ROMPÍAN LA CABEZA NUESTROS ABUELOS[25]

Los jeroglíficos no son tan antiguos como los célebres enigmas de los pueblos, el más famoso de los cuales debe ser sin duda el de la esfinge. Tal vez el ser humano debió perderle un poco de respeto a la condición de palabra antes que se atreviese a aligerar la conexión, sólida en apariencia, entre el sonido y el significado, e invitarlos a jugar uno con otro. Juego que se desarrolló con mucho encanto en revistas como las tituladas *Daheim, Der Familienfreund* y *Bazar*. La fascinación del crucigrama y de los restantes deportes mentales podemos comprenderla fácilmente, mientras que este deporte del pasado nos parece sin duda curioso y remoto. Y aunque comprendamos que nuestros abuelos se divirtieran con esto, en realidad no sabemos cómo le sacaban su secreto a este *corps de ballet* de los utensilios y las letras. Pero esto sucede solamente mientras tomemos como punto de partida nuestra manera de ver (a la que corresponde muy bien el crucigrama), nuestras arquitecturas normalizadas, los esquemas propios de la estadística, el lenguaje unívoco de nuestros anuncios luminosos y el correspondiente a nuestras señales de tráfico.

Las actualidades de otra época se plasmaron también en otros signos. No tenemos sino que pensar en el estilo propio de la caricatura política practicado a mediados del siglo pasado, a cuya altura ya no hay nada hoy. En esa misma época floreció el jeroglífico, el cual no respetaba entre otras cosas la autoridad de la ortografía, como un Cham o un Daumier[26] no hacían caso de la autoridad del ministerio. Y en efecto el patrón del jeroglífico fue Grandville[27], genial ilustrador cuya demagogia al dibujar movilizó contra EL SEÑOR de la Creación no sólo cielo y tierra, sino

también los muebles, junto a la ropa y los instrumentos; y que, además, proporcionó a las letras los miembros y arrogancia necesarios con los que engañar a los lectores.

Erster Rebus.



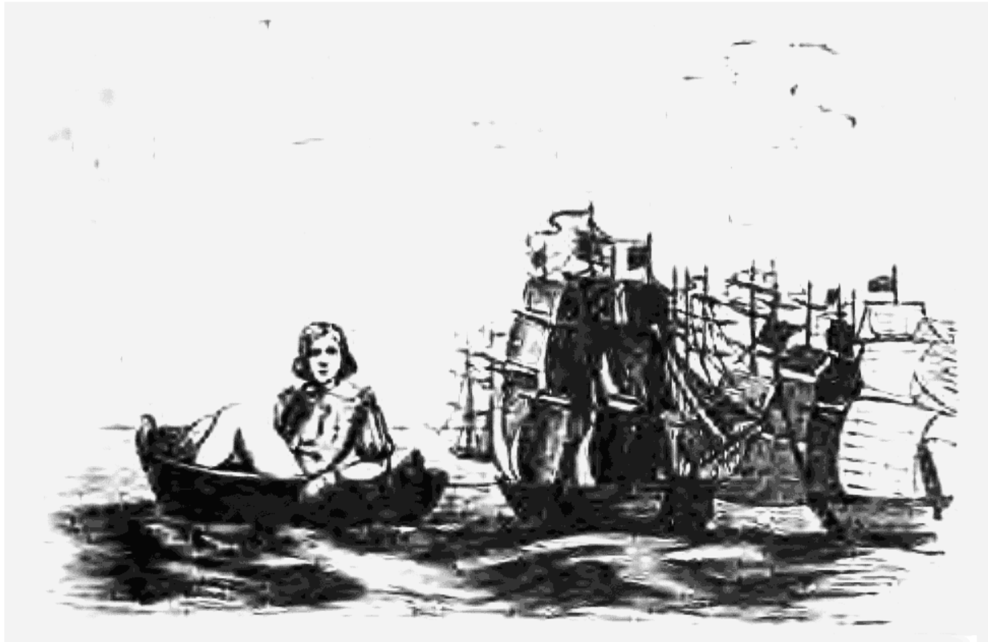
S s S ſ s ſſ ß S ſ s ß ſſ S ſ s ſſ S ſ s ſſ ß

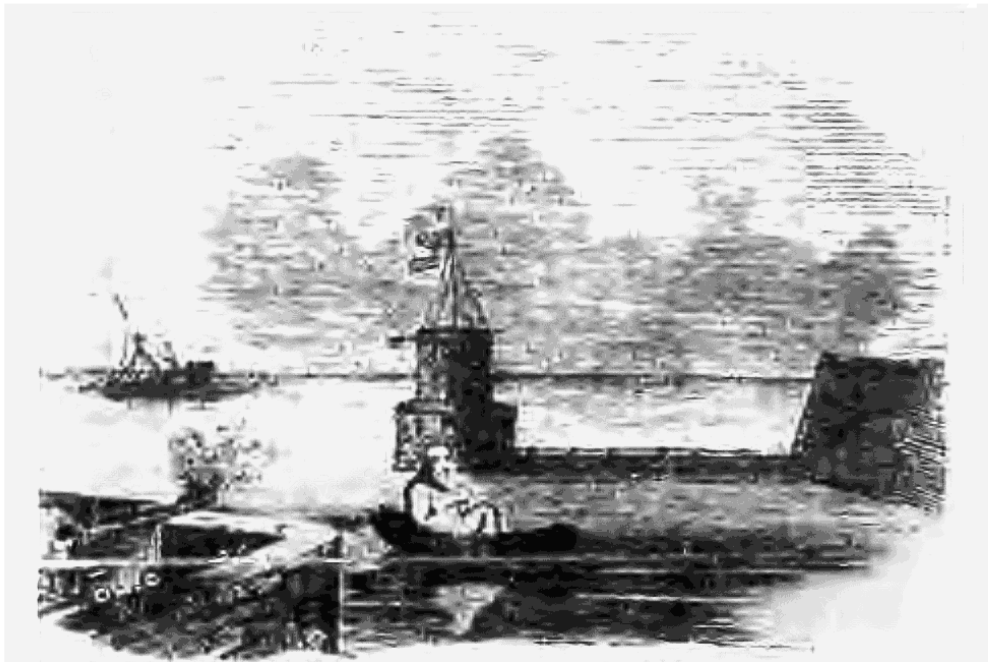
Solución: «Las cosas no pueden siempre estar igual, bajo la Luna cambiante».

18. Un jeroglífico muy apreciado que aparece en las formas más diversas.



19. Un jeroglífico típico como prueba de que no se respetaba la autoridad de la ortografía.





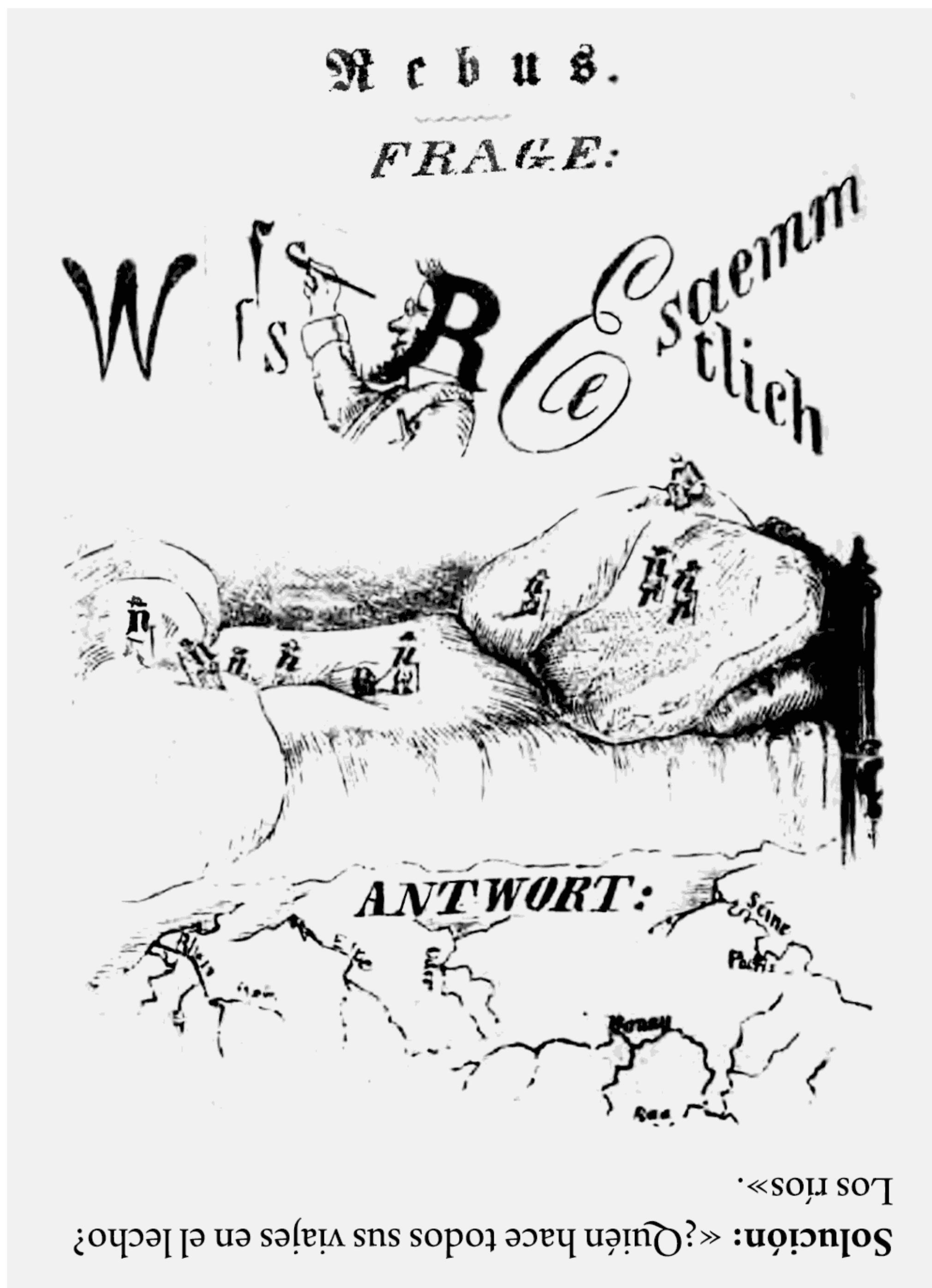
Solución: «El joven se hace a la mar provisto de mil mástiles. Silencioso, y en un bote salvado, toma puerto el anciano».

20. Un jeroglífico clásico.



Solución: «Un erudito del brazo de una mujer extravagante».

21. Un jeroglífico «extravagante».



22. Un jeroglífico en el que el Sena llega hasta Polonia. Todas estas imágenes proceden de viejos números de las revistas Bazar y Deutscher Haus-schatz (Preussische Staatsbibliothek. Berlín).

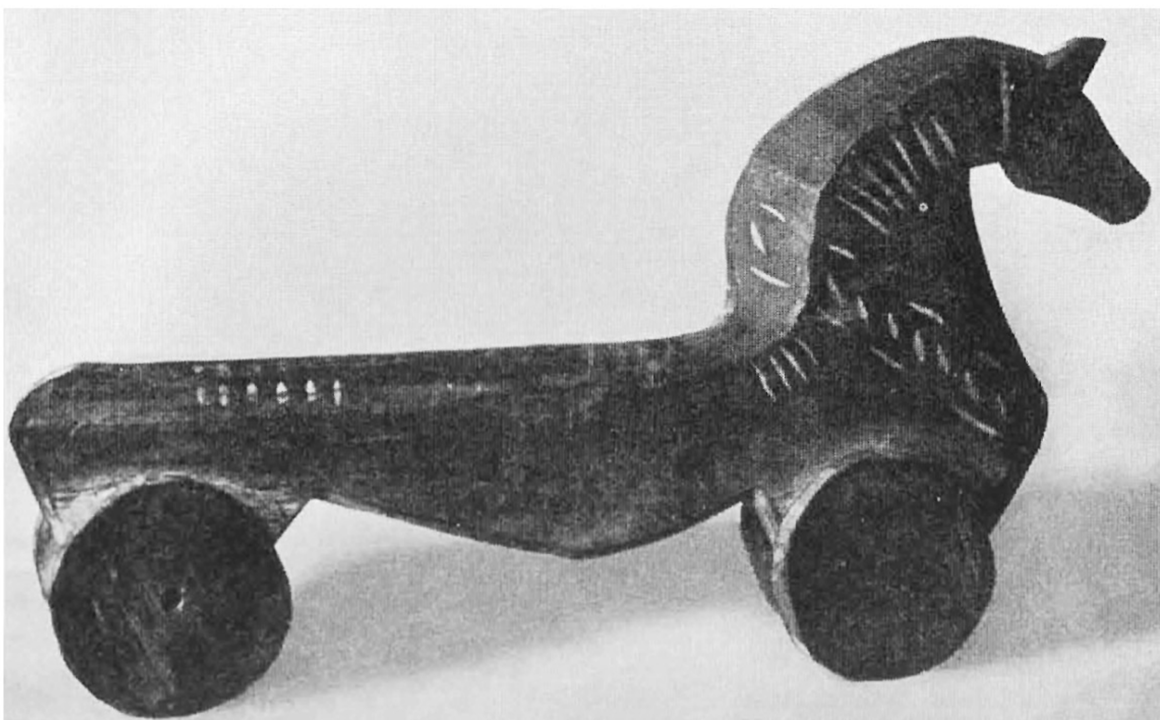
JUGUETES RUSOS[28]

En todos los pueblos, el juguete surge por igual a partir justamente de la industria doméstica. El primitivo tesoro de formas del pueblo bajo, de los campesinos y artesanos, es hasta hoy la base más segura para el desarrollo del juguete infantil. Y esto no es extraño. El espíritu del que surgen todos estos productos, el completo proceso de producción y ya no solamente su resultado, se hace presente al niño en el juguete, y éste naturalmente comprende mejor un objeto producido de manera simple y primitiva que un objeto que ha sido elaborado a través de un complejo proceso industrial. Esto justifica, dicho sea de paso, el intento moderno de producir juguetes infantiles que se presentan como «primitivos». Pero, por desgracia, nuestros diseñadores suelen olvidar que, en lo que hace al niño, no le influyen primitivamente las formas constructivas y esquemáticas, sino, bien al contrario, la estructura de su muñeco o su perrito si puede alcanzar a imaginarse el modo en el que han sido construidos. Es que el niño quiere saber esto, y por ello establece de este modo la relación viva con sus cosas. Como eso es fundamental en el juguete, es posible decir en consecuencia que del conjunto de los europeos tal vez tan sólo a los alemanes y los rusos los distingue el genio del juguete.

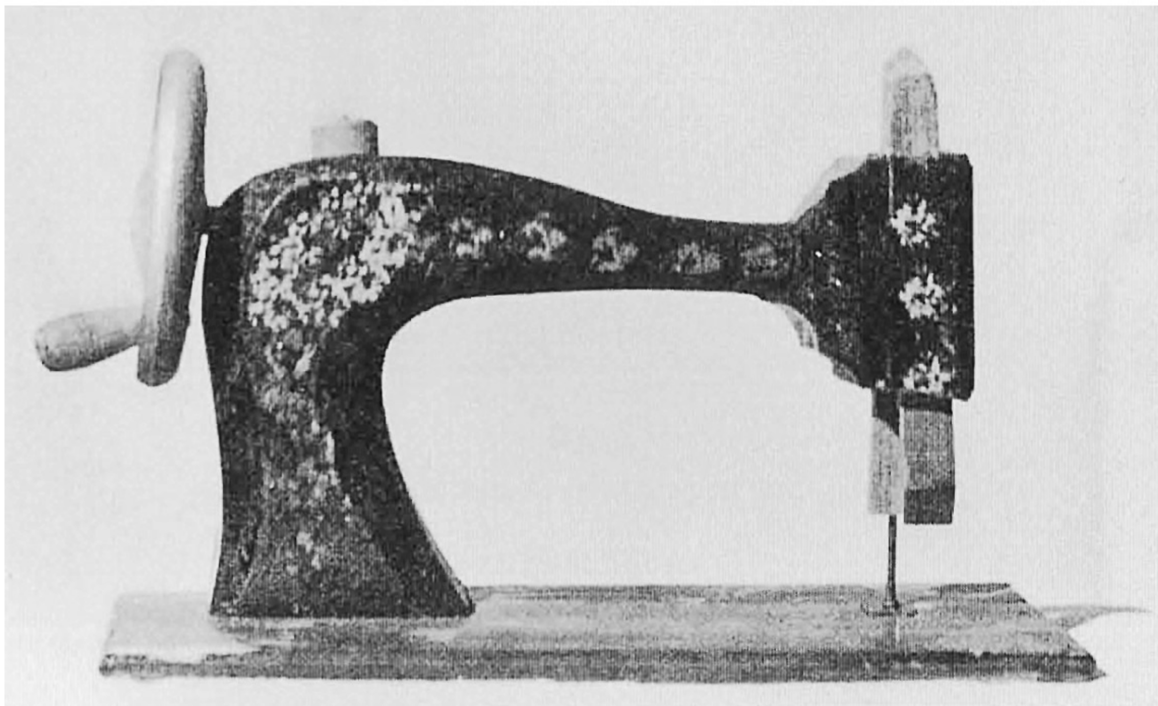
No en Alemania, sino en todo el mundo (hoy la industria alemana del juguete es la más internacionalizada) resultan conocidos los minúsculos muñecos y animales, como las casitas campesinas guardadas en una caja de cerillas y las arcas de Noé que se construyen en algunos pueblos de Turingia y en los alrededores de la ciudad de Nüremberg. Por el contrario, el juguete ruso es aún muy poco conocido. Su producción apenas si está industrializada, y al exterior de sus fronteras sólo se ha oído hablar de la

existencia de la figura estereotipada de la «Baba», ese trocito cónico de madera que representa a una campesina.

Pero, en verdad, el juguete ruso es también el más rico y variado. Los ciento cincuenta millones de personas que viven en Rusia están repartidos en centenares de pueblos, y todos ellos practican ese arte de forma más o menos primitiva. Y es que allí hay juguetes en centenares de formas diferentes y con los materiales más diversos: madera, barro, huesos, tela, papel, solos o combinados. La madera es sin duda el más importante de entre todos estos materiales. Rusia es un país de grandes bosques, y en casi todas partes la gente exhibe maestría incomparable en su tratamiento: en tallarla, pintarla y barnizarla. Desde sencillos títeres de madera de mimbre, que es blanca y muy blanda, desde las vacas, los cerdos y las ovejas cortadas con enorme realismo hasta los cofres pintados con colores brillantes en los que representan a un campesino en su troika, a unos lugareños reunidos en torno a un samovar, a unas segadoras o a unos leñadores trabajando, hasta alcanzar a esos grandes grupos con los que reproducen sus viejas leyendas, los vistosos juguetes de madera llenan las tiendas más distinguidas y elegantes de Moscú, Leningrado, Kiev, Odessa y Jarkov. La colección más grande es propiedad del Museo del Juguete de Moscú, tres de cuyas vitrinas están llenas de juguetes de barro del norte de Rusia. La expresión robusta y campesina de aquellos muñecos procedentes de la región de Wjatka contrasta bien con su fragilidad. Pero han logrado sobrevivir al viaje, y es bueno que tengan refugio seguro dentro del museo de Moscú. Porque quién sabe durante cuánto tiempo este viejo arte popular podrá hacer frente a la marcha triunfal de la técnica, que hoy se extiende ya por toda Rusia. La concreta demanda de estas cosas ya está enmudeciendo en las ciudades. Pero en la región de que proceden se encuentran seguras todavía, dado que en las casas campesinas siguen siendo amasadas, pintadas luego con colores vivos y cocidas por fin al acabar el tiempo de la jornada laboral.



23. Viejo caballito de madera de la región de Vladimir.



24. Maqueta de madera de una máquina de coser. Al girar la manivela, el clavo sube y baja, haciendo ese ruido de tableteo que le muestra al niño el ritmo de la máquina de coser. Obra de campesinos.



25. A la izquierda: un samovar (amarillo, rojo y verde) para colgar del árbol de Navidad. A la derecha: un tamborilero que produce chasquidos mientras mueve los brazos cuando se va girando la manivela.

brazos cuando se va girando la manivela.

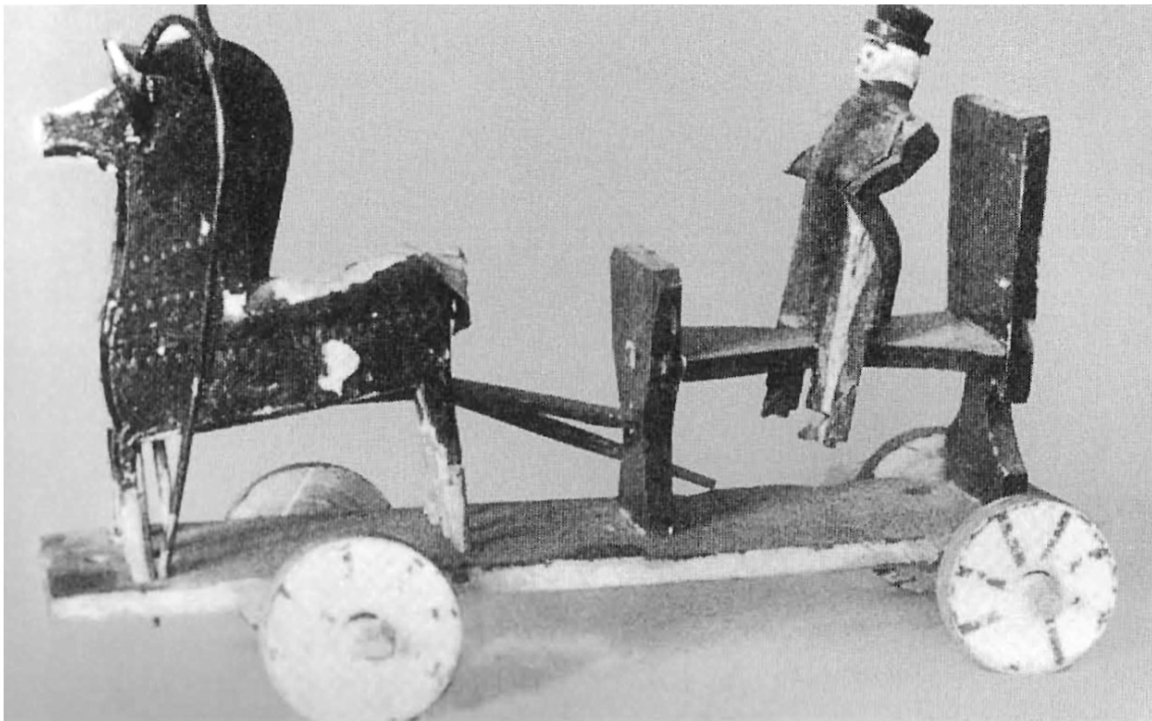


26. Muñeco de paja. Altura: 6 pulgadas. Confeccionado en verano durante la cosecha, cuando se seca es conservado como muñeco. Es una reminiscencia de un antiquísimo fetiche de la recolección.

antiquísimo rebelde de la recolección.



27. Cascanueces. Imitación en madera de una figura de mayólica. Confeccionado entre 1860 y 1880 en la región de Moscú.



28. Coche de punto con dos caballos. Talla en madera de la región de Vladimir. Hacia 1860/1870.



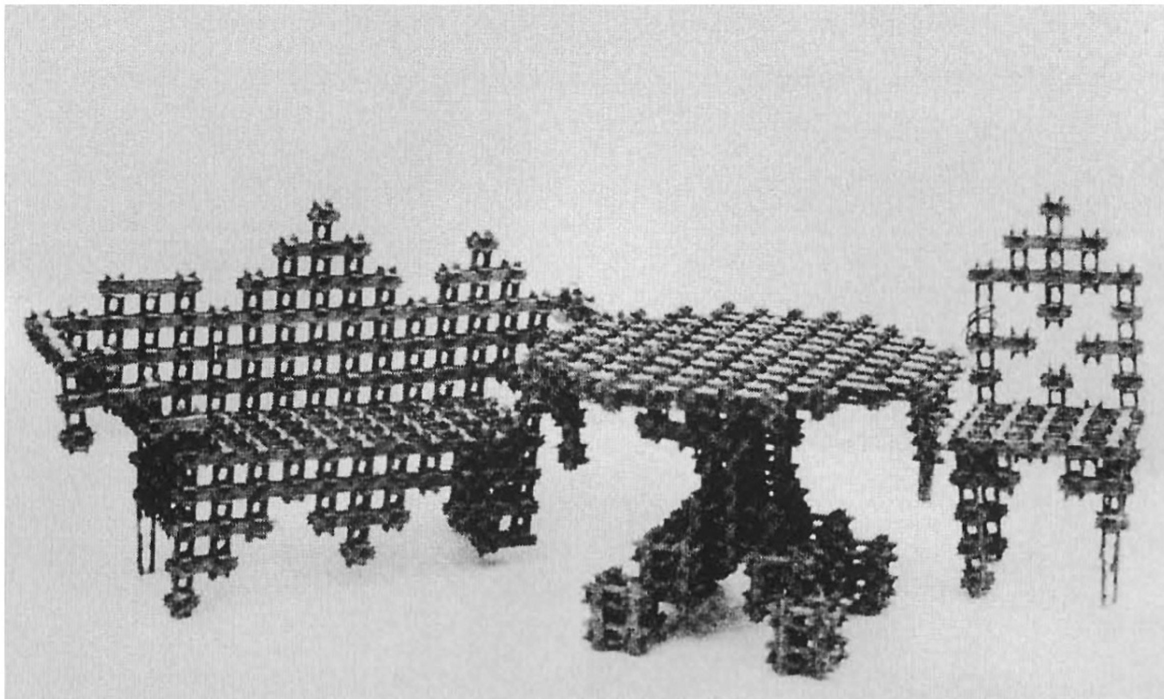
29. Es interesante comparar los dos muñecos. En uno de ellos aún se ve el caballo, mientras que en el otro el caballo se ha fundido con el hombre. El juguete popular va simplificando continuamente las formas que utiliza.



30. Aya con dos niños (juguete muy antiguo).

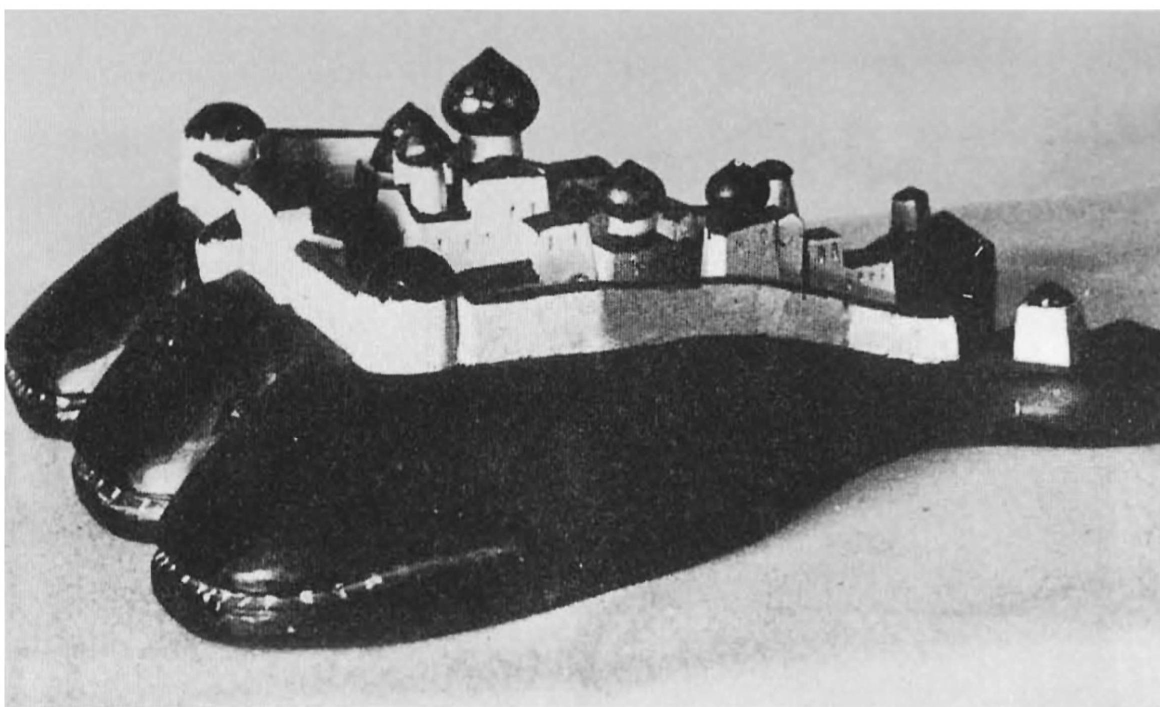


31. Baco en un macho cabrío sobre una caja de música.



32. Muebles para una casa de muñecas. Obra de unos presos siberianos, realizada en el siglo XIX. Hace falta muchísima paciencia para ensamblar las minúsculas piezas de madera.

de madera.



33. La Tierra sobre tres ballenas. Confeccionado en madera por un artista. El motivo procede de una leyenda rusa.

LA PIRÁMIDE NAVIDEÑA, ANTECESORA DEL ÁRBOL DE NAVIDAD[29]

La disposición más antigua aplicada a las velas navideñas procedía de los rituales eclesiásticos, a saber, del altar. Era la pirámide de luces, un armazón estable de madera en el que las velas se mostraban escalonadas en diversas capas. Por supuesto, a estas pirámides les faltaba el aroma de la resina y de las propias ramas del abeto.

La victoria del árbol de Navidad se produjo luego lentamente. De qué modo esto sucedió lo muestran justamente esas imágenes procedentes de viejos libros infantiles.

En definitiva fue un pequeño incidente lo que provocó la sustitución de la pirámide por el actual árbol de Navidad. Sucedió en 1827 en el mercado navideño de Berlín. En aquella época se ofrecían pocos abetos en las calles, viéndose cinco pirámides por cada árbol. Unos trabajadores que habían estado desempleados durante todo el invierno de ese año construyeron pirámides navideñas para venderlas antes de la fiesta. Esta vez la oferta era tan amplia que al final se quedaron sin vender más de mil pirámides de todos los tamaños, y esto por más que su precio era muy bajo. Cuando ya resultaba imposible venderlas, decidieron llevarlas al Puente del Rey y las arrojaron de cabeza sobre la helada corriente del río Spree, de donde los pobres las recogieron el día de Navidad para emplearlas como combustible. Desde entonces, el mercado de las pirámides no se ha recuperado de su «crisis».



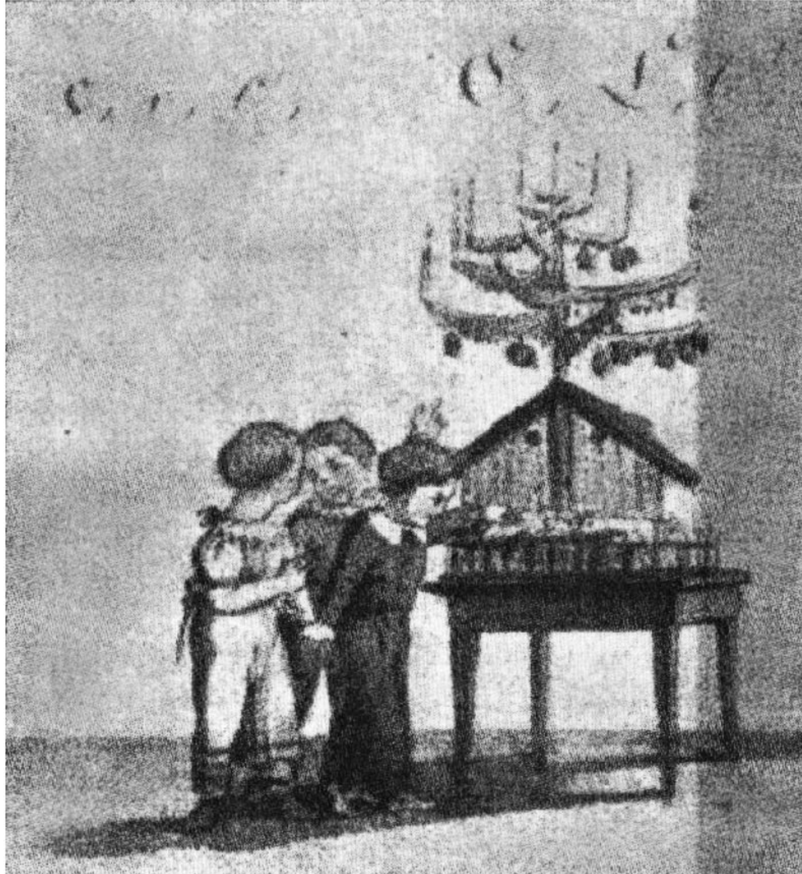
34. 1830. Árbol de Navidad entre dos pirámides navideñas. Éstas tienen aún el privilegio de sostener las velas. Por la ventana mira hacia dentro un niño pobre.



35. Imagen vienesa del año 1834. El árbol está en medio de una mesa vacía. Los regalos, colgados de las ramas.



36. Año 1838. En esta extraña imagen se han unido el árbol de Navidad y la pirámide luminosa.



37. Los árboles de Navidad del pequeño tamaño que éste tiene eran introducidos en la casa llevando todas las velas encendidas, lo cual era el signo de que el esperado reparto de regalos iba ya a comenzar.

MODELOS DE AUDICIÓN

MODELOS DE AUDICIÓN[30]

La intención fundamental de estos modelos es una didáctica. El objeto que encuadra la enseñanza son situaciones típicas propias de la vida cotidiana. Y el método consiste en confrontar ejemplo y contra-ejemplo.

El locutor aparece por tres veces en cada modelo de audición: al principio dice a los oyentes qué tema va a abordarse; a continuación presenta al público los dos protagonistas de la primera parte del modelo. Esta es la que expone el contra-ejemplo: *así* no habrá que hacerlo. Luego el locutor reaparece, al final de la primera parte, para explicar qué errores se han cometido. Y después les presenta a los oyentes un nuevo personaje que aparecerá en la segunda parte, mostrando romo hacer frente a la concreta situación. Al fin el locutor compara el método erróneo con el correcto, para formular la moraleja.

Por tanto, en ningún modelo de audición hay más de cuatro voces: i) la del locutor; 2) la del protagonista, el cual siempre es el mismo en ambas partes, 3) la de su interlocutor, que siempre es torpe en la primera parte del modelo; 4) la de su interlocutor, que siempre es hábil en la segunda parte de la obra.

La Radio de Fráncfort emitió tres modelos de audición en los años 1931/1932:

1) *¿¡Un aumento de sueldo!? ¡Pero qué dice!*

2) *El chico miente siempre.*

3) *¿Puedes ayudarme de aquí al jueves?*

El primer modelo de audición muestra a un empleado torpe y a un empleado hábil que se hallan negociando con su jefe. El segundo muestra a un chico de diez años que ha pronunciado una leve mentira; en la primera parte lo interroga su padre, que le hace que mienta más y más; en la

segunda su madre muestra cómo hacerle comprender su error, mas sin provocar su reacción. En el tercer modelo de audición se confronta la torpe actuación de un hombre que le pide un préstamo a un amigo, pero que es rechazado con la hábil actuación de otra persona que se encuentra en la misma situación.

Walter Benjamin y Wolf Zucker

«¿¡UN AUMENTO DE SUELDO!? ¡PERO QUÉ DICE!»[31]

EL LOCUTOR. Señoras y señores, les pedimos que presten atención a uno de sus compañeros, el señor Max Frisch[32]. Creo que todos ustedes, que trabajan en una oficina, en una tienda o en una empresa, lo conocen. El señor Frisch es el hombre que siempre tiene éxito, que se sale siempre con la suya, y que consolida su posición sin pelear mucho con sus compañeros. Le hemos pedido que nos cuente sus secretos, que nos explique cómo es que consigue el llevarse bien con todo el mundo y salir adelante en estos tiempos, cuidar sus nervios y ser buen compañero. Escuchen si quieren saber cómo lo hace. Va a hablar uno de ustedes, uno que comparte todas sus preocupaciones y dificultades y a menudo sabe enfrentarse a ellas mucho mejor que ustedes. Por favor, no piensen que el señor Frisch es una excepción, un hombre con suerte. El señor Frisch no quiere que lo envidien, sino decirles cómo se las arregla para tener suerte.

EL ESCÉPTICO. Disculpe que le interrumpa: ¿nos está diciendo que un débil individuo es capaz de organizar su vida de modo que sea hermosa? ¿Usted cree eso?

EL LOCUTOR. Hasta cierto punto, sí.

EL ESCÉPTICO. ¿Y si esa persona no tiene dinero? ¿Y si desde hace años va saliendo adelante con un sueldo pequeño? ¿Qué hará entonces?

EL LOCUTOR. Tal vez pida a su jefe un aumento de sueldo.

EL ESCÉPTICO. (*Ríe sarcásticamente*). No conoce usted bien a los jefes. ¿Un aumento de sueldo hoy en día? ¿Nos va a contar un cuento?

EL LOCUTOR. No, de ningún modo. El señor Frisch va a mostrarles en la práctica cómo se hace eso, cómo se puede hacer.

EL ESCÉPTICO. Su señor Frisch puede contarnos lo que quiera, pero yo trabajo desde hace muchos años y sé qué sucede hoy cuando alguien pide que le suban. Hasta se puede dar por satisfecho si conserva su sueldo y no lo despiden.

EL LOCUTOR. Eso le pasa por torpe, pienso yo.

EL ESCÉPTICO. De nada sirve ser hábil. Venga a mi oficina y le enseñaré cómo son las cosas.

EL LOCUTOR. De acuerdo. Tal vez así averigüemos a qué se debe que la mayor parte de la gente nunca tenga suerte.

EL ESCÉPTICO. Permítame que le presente al señor Zauderer, que se encuentra en la situación que queremos mostrar. Desde hace varios años tiene un sueldo de 250 marcos. Para vivir necesita 50 marcos más. Le apuesto a que, si habla ahora con su jefe, no conseguirá nada.

EL LOCUTOR. Es posible, pero quizá por culpa suya.

EL ESCÉPTICO. ¡Culpa suya! El jefe no quiere, eso es todo.

EL LOCUTOR. Escuchemos; puede que descubramos el error.

(Alguien llama suavemente a la puerta).

EL JEFE. (*Enfadado*). ¡Adelante!

(Vuelven a llamar).

EL JEFE. (*Enfadado*). ¡Adelante! ¿Cuántas veces he de repetirlo?

ZAUDERER. (*Asustado*). Disculpe, señor director, no quiero molestarle… Si tuviera un minuto…

EL JEFE. Ha hecho bien en venir, tengo que hablarle. No podemos continuar así. Mi mesa está llena de reclamaciones: de Leipzig, de Erlangen, de Elburg y hasta de Magdeburgo, nuestro mejor cliente. Esto no puede seguir. Reclamaciones y quejas incesantes. Aunó usted le envía demasiado, a otro muy poco, y al de Magdeburgo le llega su pedido con una factura que pagó hace tres meses. ¿Qué tiene que decirme, señor Zauderer?

ZAUDERER. (*Desconcertado*). No sé; esta mañana ya he advertido unas cuantas cosas en el correo. Pero es que no sé a qué se debe.

EL JEFE. No me lo tome a mal, pero esto es el colmo: ¿para qué está usted aquí si nada funciona?

ZAUDERER. No sé, señor director, el contable nuevo tiene muchos errores. Usted sabe que yo me estoy pasando aquí noches enteras y que repaso todos los documentos. No me puede acusar de negligencia.

EL JEFE. (*Disgustado, pero sin perder aún la paciencia*). Querido señor Zauderer, voy a decirle algo, tome asiento. Ya sé que usted es sensato y no me engaña. Por eso lleva tanto tiempo en nuestra empresa. Pero póngase usted en mi lugar: el correo no me trae más que problemas. Y usted me dice que no es suya la culpa, sino del contable, y que usted no sabe qué sucede. De verdad, ¿puedo darme por satisfecho con esto? Dígamelo usted mismo.

ZAUDERER. No puedo decir nada. Hago todo lo posible para que las cosas vayan bien. No se puede hacer más.

EL JEFE. No lo sé, pero es asunto suyo. Por mí, usted no estaría más de dos horas al día aquí sentado. Pero las cosas han de funcionar.

ZAUDERER. Sí, señor, pero… yo quisiera…

EL JEFE. (*Sorprendido*). ¿Quiere añadir algo en relación con esta situación?

ZAUDERER. No, en relación con esto no, señor director, pero…

EL JEFE. Eso es lo importante para mí, lo demás me da igual.

ZAUDERER. Yo quisiera… Verá, quiero pedirle un aumento de sueldo.

EL JEFE. ¡Lo que me faltaba! ¡Yo tengo cosas para reprocharle desde hace semanas y usted me pide un aumento de sueldo!

ZAUDERER. Sí, señor director; no quiero molestarle, pero es que mi sueldo no me basta. Necesito algo más.

EL JEFE. No comprendo qué idea se ha hecho usted. ¿Un aumento de sueldo? ¿Ahora? ¿En este momento? ¡Precisamente usted! ¡Incomprensible!

ZAUDERER. Señor director, yo pensaba… ahora… sólo quería preguntarle… por favor, entienda que mi pequeño sueldo no me basta.

EL JEFE. Querido señor Zauderer, óigame usted bien, con atención: yo no le voy a subir el sueldo. En primer lugar, no es el momento; segundo, no estoy contento con su trabajo en los últimos tiempos; y, tercero, permita que le diga que solamente en consideración a usted he renunciado a reducir nuestra plantilla.

ZAUDERER. (*Algo ofendido*). Bueno, entonces me iré. Sin embargo, tenía la esperanza de que usted me comprendería. Pero si usted no está a gusto con mi trabajo, sin duda tengo que abandonar su empresa.

EL JEFE. (*Conciliadoramente*). No diga tonterías, señor Zauderer. Ya le he dicho que, personalmente, yo no tengo nada contra usted. No sea insensato y quédese conmigo. No va a encontrar empleo en otro sitio.

ZAUDERER. (*Lloriqueando*). Señor director, disculpe, pero desde que estoy aquí he sido tratado injustamente. El señor Meier, que entró en nuestra empresa al mismo tiempo que yo, gana hasta 70 marcos más.

EL JEFE. ¿Y qué? Fijar el sueldo es cosa mía. Querido amigo, de verdad le recomiendo que se entregue usted a su trabajo como hace el señor Meier; y entonces ya no sentirá que lo he tratado injustamente.

ZAUDERER. Pero si yo hago…

EL JEFE. (*Imperiosamente*). Nuestra conversación ha terminado, Zauderer. Buenos días.

ZAUDERER. (*Asustado*). Buenos días.

(Se oye un portazo).

EL ESCÉPTICO. (*Ríe sarcásticamente*). ¿No se lo había dicho? Esto es lo que sucede cuando hoy uno pide un aumento de sueldo. ¿No le basta esta escena, señor mío?

EL LOCUTOR. No. Lo que acabamos de escuchar es un magnífico ejemplo de los errores que comete un empleado cuando se entrevista con su jefe.

EL ESCÉPTICO. ¿Errores? Es que el jefe no quería, y el asunto quedó al punto resuelto.

EL LOCUTOR. La entrevista duró cuatro minutos. ¿Sabe cuántos errores cometió en ese tiempo el señor Zauderer? Por lo menos siete.

EL ESCÉPTICO. ¿Siete?

EL LOCUTOR. Primero: es una gran estupidez el plantear una solicitud en el momento en que el jefe está enfadado, y no sin razón. Segundo: si el jefe está de mal humor, entonces es mejor no hablar del sueldo. Tercero: cuando se habla con el jefe, uno no puede mostrarse siempre tímido, apocado y sumiso. Claro que no hace falta ser

grosero ni ponerse arrogante, pero hay que mantener la dignidad, y decir lo que se quiere exactamente. Cuarto: El señor Zauderer respondió a los reproches de su jefe echándole la culpa a un compañero. Esto no es elegante y causa una impresión bastante mala. Quinto: cuando habla de su aumento, el señor Zauderer sólo se refiere a sus necesidades, pero al jefe le interesa su negocio, no la vida privada de sus empleados. Sexto: El señor Zauderer aplica una estrategia equivocada cuando le amenaza con marcharse. Naturalmente, el jefe sabe que el señor Zauderer no lo dice en serio. Es muy torpe hacerse el ofendido. Eso es algo que nunca sale bien. Séptimo: la palabra «injusticia» siempre se encuentra fuera de lugar. Un jefe no tolera que le pregunten por qué paga mejor a un empleado que a otro. Es asunto suyo. El señor Zauderer comete por lo demás una indiscreción al hablar con su jefe del sueldo de los otros empleados. Esto es lo que tengo que decir sobre la escena que acaba de mostrarme.

EL ESCÉPTICO. (*Algo inseguro*). Bueno, admito que Zauderer no se ha comportado de manera muy hábil. Pero ¿es que se puede hacer mejor?

EL LOCUTOR. Tal vez el señor Frisch pueda mostrarlo. El señor Frisch es el hombre que consigue cuanto se propone. Intentará evitar todos los errores, y además tal vez obtenga un éxito que se encuentra al alcance de cualquier empleado. Vayamos a su oficina. Señor Frisch, buenos días.

FRISCH. Buenos días.

EL LOCUTOR. Señor Frisch, ¿podría usted mostrarnos cómo es que consigue que le suban el sueldo?

FRISCH. Lo voy a intentar. No se sabe nunca si va a salir bien, pero hay que intentarlo, desde luego.

EL ESCÉPTICO. Señor Frisch, ¿cuánto gana usted?

FRISCH. 350 marcos, de los cuales me descuentan 40 para los impuestos y seguros.

EL ESCÉPTICO. ¿Y cree usted que aún obtendrá más? ¿De qué trabaja usted?

FRISCH. Soy jefe de contabilidad en una empresa de géneros de punto.

EL ESCÉPTICO. ¿Y cuánto desearía usted ganar?

FRISCH. 450, que en realidad son 400.

EL ESCÉPTICO. ¡Eso es un 30% de aumento!

FRISCH. Sí, hay que intentarlo. Pero no hablemos más; voy a ver a mi jefe.

(Llama a la puerta).

EL JEFE. Adelante.

FRISCH. Muy buenos días, señor director.

EL JEFE. Buenos días. ¿Qué quiere, amigo Frisch?

FRISCH. ¿Puedo molestarle un minutito?

EL JEFE. Bueno, ¿de qué se trata? Espero que de nada desagradable. ¿Ha vuelto a descubrir todavía algo que va mal?

FRISCH. ¿Puedo sentarme? Gracias. No, no hay nada, el nuevo método de contabilidad está dando muy buenos resultados. Cada salida del almacén que se produce tiene su propio asiento, que ha de ir firmado por el administrador. Y hasta que no tenga yo una copia, el transportista no tiene permiso de salida.

EL JEFE. Estupendo. Y piensa usted que de este modo ya no volveremos a ser estafados.

FRISCH. Ahora es imposible que lo hagan. A no ser que toda la contabilidad esté formada por unos embusteros.

EL JEFE. (*Con benevolencia*). No tenemos por qué suponer eso. No. Gracias a Dios.

FRISCH. Estoy de acuerdo.

EL JEFE. Y ese nuevo método contable ¿no provoca retrasos? Usted sabe que, ahora más que nunca, tenemos que entregar nuestros pedidos lo antes posible.

FRISCH. Muy al contrario, señor director. Vengo de hablar con el transportista, y ahora todo es más rápido que antes. Gracias a mi método no se producen ya reclamaciones.

EL JEFE. Ojalá que así sea. En todo caso, ha hecho bien en hablar con el transportista.

FRISCH. Voy a seguir haciéndolo.

EL JEFE. Bueno, y ¿eso es todo lo que me quería decir?

FRISCH. No. Si me lo permite, también hay un asunto privado.

EL JEFE. ¿Cómo? ¿Y tendrá que ser ahora? Ya ve que mi mesa está llena de cartas que no he tenido tiempo de leer.

FRISCH. Disculpe, no le voy a quitar mucho tiempo. Además, los señores de la nueva factoría de Zwickau se encuentran a punto de llegar. Vamos a tener que negociar muy a fondo con ellos; me he reservado hoy toda la tarde.

EL JEFE. Eso es muy importante. Es preciso que todo acabe bien. Hay que conseguirlo.

FRISCH. Confíe en mí, señor director.

EL JEFE. Bueno, pero ¿de qué me quería usted hablar?

FRISCH. Desearía pedirle un aumento de sueldo.

EL JEFE. Permítame que le pregunte cómo se le ha ocurrido de repente esa idea. Me resulta extraño.

FRISCH. Lamento sorprenderle, pero pienso que mi fuerza de trabajo tiene más valor de lo que usted está pagando por ella.

EL JEFE. No entiendo nada. Estamos reduciendo personal, y aún tenemos una cuarta parte más de lo que podemos pagar, ¡y aún con eso me pide que le aumente su sueldo!

FRISCH. Señor director, discutamos con calma. Me gustaría explicarle por qué razón necesito más dinero, y también por qué pienso que la empresa me puede pagar más. Y si es de otra opinión, de verdad le ruego me lo explique.

EL JEFE. ¡Cómo que explicaciones! Cuánto dinero pago a mis empleados es asunto mío. Usted sabe que yo soy receptivo ante los deseos de mi gente, pero usted no me puede hablar así.

FRISCH. Señor director, usted siempre confió en mí, incluso hemos preparado juntos las últimas negociaciones realizadas. Solamente le pido poder tener con usted la confianza de hablarle de mis cosas. Diga, ¿qué le parece?

EL JEFE. De verdad, no le reprocho nada. También a mí me gustaría ganar más. Nos gustaría a todos, desde luego.

FRISCH. Sin duda, a mí también. Bueno, en primer lugar necesito más de lo que gano…

EL JEFE. ¿Cuánto gana usted?

FRISCH. 350 marcos brutos.

EL JEFE. Pues ¡no está nada mal!

FRISCH. Pienso que no es lo suficiente para que pueda presentarme en público como debería presentarse el jefe de contabilidad de nuestra empresa.

EL JEFE. ¿A quién le importa cómo se presente?

FRISCH. No me diga eso. Cuando vengan los señores de Zwickau, examinarán a cada uno de nosotros. No se les va a escapar nada de nada: a ese empleado la empresa le está pagando bien y no tiene ni que preocuparse por lo que cuesta un traje, come bien, etc. Bueno, ya me entiende.

EL JEFE. Ni que yo tuviera una *boutique* y que usted fuera el maniquí.

FRISCH. (*Riendo*). Usted no va muy descaminado. Para la empresa, cada uno de sus empleados viene a ser una especie de maniquí a partir del cual la gente llega a conclusiones sobre la capacidad, fiabilidad y seguridad de la empresa entera. Un empleado bien vestido y aseado es publicidad para la empresa. Por lo tanto, podríamos entender el aumento de sueldo que usted está dispuesto a concederme en calidad de gasto publicitario.

EL JEFE. Espere, amigo Frisch, no hemos llegado tan lejos todavía. Lo que usted me dice está muy bien, pero la situación de la empresa no permite que asuma nuevas cargas. Usted mismo, como jefe de contabilidad, lo comprenderá mejor que nadie.

FRISCH. Sin duda, señor director, conozco bien nuestra situación; pero quiero que se fije en otra cosa. El año pasado celebramos nuestro quincuagésimo aniversario, y todos los empleados recibimos, aparte de una gratificación especial, un libro conmemorativo escrito por usted. Yo lo leí con mucha atención.

EL JEFE. ¿Qué tiene que ver eso con su aumento de sueldo?

FRISCH. Calma, calma, señor director. Verá, usted explica en ese libro cómo su padre, pese a la confusión propia de la época, estableció su empresa sobre bases muy sólidas e hizo todos los esfuerzos necesarios para lograr productos de primera, e invirtió grandes sumas en tener la mejor maquinaria, porque estaba seguro de que esa inversión le sería rentable, pagando a sus empleados mucho mejor que la competencia porque quería atarlos a su empresa. Seguro que usted sabe de qué le hablo, ¿verdad?

EL JEFE. (*Con benevolencia*). Veo que se ha leído bien a fondo el librito. Pero el tiempo ha cambiado, amigo mío. En aquella época todo era mucho más sencillo.

FRISCH. (*Con fuerza*). Puede que hoy todo sea diferente, pero nuestra empresa sigue siendo la misma. Y usted la dirige de la misma manera que lo hizo aquel hombre inolvidable. ¿No cree que en estos tiempos tan difíciles es más importante todavía tener unos empleados de fiar, en cuyas manos pueda usted poner la empresa? Pienso que eso hace falta más hoy que en el pasado.

EL JEFE. (*Emocionado*). Tiene usted razón, amigo mío. Dígame cuánto quiere.

FRISCH. (*Tras una breve pausa*). 500.

EL JEFE. ¿Cómo dice?

FRISCH. (*Con decisión*). 500 marcos.

EL JEFE. ¿Dice 500?

FRISCH. Sí.

EL JEFE. Olvídese ya de eso, amigo mío. Yo no soy millonario.

FRISCH. Ni lo seré yo tampoco por ganarlos. Y pienso, sin querer ser arrogante, que usted cada semana ahorra gracias a mí más del aumento que le estoy pidiendo en cada mes.

EL JEFE. Eso habría que verlo.

FRISCH. Si mira usted el capítulo de pérdidas por robo, por ejemplo, a lo largo del último ejercicio, verá que en esto tengo la razón.

EL JEFE. No voy a discutirlo con usted. Pero tenga en cuenta cómo van las cosas este año. Las ventas hoy no son ni el 60% que el año pasado.

FRISCH. Sí, sin duda tenemos que esforzarnos, y yo he de hacer todo lo posible para que suban las ventas.

EL JEFE. Eso espero de usted, pero seamos sensatos. ¿Se conformaría usted con 400?

FRISCH. Eso son sólo 50 marcos más de lo que gano ahora. No me lo tome a mal, pero sin duda yo esperaba más.

EL JEFE. Bueno, desde luego reconozco su mérito en la empresa, y de verdad no quiero que me crea mezquino. Lo arreglaremos subiendo a 45.º marcos en total.

FRISCH. (*Tras una pausa*). Tal como van las cosas este año, 450… Voy a esforzarme al máximo para que no vuelva a ponerme estas excusas la próxima vez.

EL JEFE. (*Riendo*). Bien. Si las ventas suben, no será el último en beneficiarse. Pero ahora, permítame que le diga que es un tipo curioso: oyéndonos hablar, se diría que es usted el jefe y yo soy su empleado. Es un poco raro.

FRISCH. (*Con seriedad*). Yo lo explicaría de este modo: en su empresa no me siento como un empleado que hace su deber estrictamente durante sus ocho horas y luego se va a casa indiferente; me siento a veces realmente como un jefe, al menos por lo que hace a las preocupaciones.

EL JEFE. Eso me alegra mucho. Usted sabe de sobra que yo tan sólo puedo trabajar con personas autónomas, verdaderamente responsables.

FRISCH. (*Con una ligera ironía*). Tal vez acabará repercutiendo en el sueldo.

EL JEFE. (*Riendo*). ¿Volvemos a la carga? Por favor, ya está bien. Pienso que por hoy puede estar satisfecho.

FRISCH. Y lo estoy… por hoy. Se lo agradezco.

EL JEFE. Muy bien, pero ante todo tómese muy en serio el asunto de los de Zwickau.

FRISCH. Claro, por supuesto. Buenos días.

EL JEFE. Buenos días. (*Hablando para sí*). Un tipo listo, este Frisch.

(Una puerta se cierra).

EL LOCUTOR. ¿Qué le había dicho? Frisch ha conseguido exactamente lo que pretendía. Ha aumentado su sueldo en cien marcos. ¿No ha actuado de forma muy sensata?

EL ESCÉPTICO. No puedo negarlo. Ese Frisch es un genio de la astucia.

EL LOCUTOR. Sí, y el jefe también debe creerlo. Habrá pensado esto: «Si este Frisch ha sabido engatusarme, también sabrá negociar con nuestros socios. Necesito tener un hombre así, no puedo dejar que se me escape».

EL ESCÉPTICO. Sí, lo admito. Pero es un caso único.

EL LOCUTOR. Claro: eso es cada persona. Pero al mismo tiempo, para todos existen situaciones semejantes con unas reglas bien determinadas.

EL ESCÉPTICO. Muy bien. Frisch ha actuado finamente, ha evitado caer en los errores que cometió el señor Zauderer. Pero, para tener algo de éxito, ¿basta con no cometer errores?

EL LOCUTOR. Claro que no, tiene usted razón. Hace falta algo más.

EL ESCÉPTICO. ¿Qué?

EL LOCUTOR. La actitud, la mentalidad.

EL ESCÉPTICO. ¿Qué quiere decir con esos términos?

EL LOCUTOR. Me refiero con ello a la actitud interior con la que Frisch aborda su trabajo, que es la misma actitud con que aborda la vida. Frisch se muestra claro y decidido, es valiente y sabe lo que quiere; esto le permite poder hablar con tranquilidad y, al mismo tiempo,

con mucha cortesía; sin renunciar a su dignidad, sabe adaptarse a sus interlocutores.

EL ESCÉPTICO. Es un temperamento natural y, por cierto, muy afortunado. Pero ¿y si todo esto no le hubiera servido para nada y el jefe no hubiera dado su brazo a torcer?

EL LOCUTOR. El señor Frisch cuenta siempre con la existencia de esta posibilidad. Cuando fracasa, no se desanima. El entiende su lucha como si fuera una especie de deporte, como si fuera un juego. Lucha con las dificultades de la vida con un espíritu de compañerismo. Y mantiene la cabeza fría hasta cuando pierde. Créame: las personas que saben perder son también la gente que triunfa, los que no se deprimen por tener un fracaso, sino que siguen mostrándose valientes. Las desgracias que la vida trae consigo nunca les impiden volver a luchar. ¿Quién es el primero que suspende un examen? Quien siempre tiene miedo, que es también quien siempre se lamenta. Y por el contrario, quien acude con serenidad a examinarse, ése casi ha aprobado. Hoy necesitamos personas así, y aquí radica el secreto del éxito, según mi opinión.

QUÉ LEÍAN LOS ALEMANES MIENTRAS QUE SUS CLÁSICOS ESCRIBÍAN[33]

Personajes

El locutor
La voz de la Ilustración
La voz del Romanticismo
La voz del siglo XIX
El editor Johann Friedrich Unger
El escritor Karl Philipp Moritz
El actor Iffland
Literato primero (*idéntico a* la voz de la Ilustración)
Literato segundo (*idéntico a* la voz del Romanticismo)
El pastor Grunelius El librero Heinzmann

Un camarero, un subastador, un pregonero, un director teatral y dos actores.

Discurso del director teatral

Señoras y señores: por lo general el locutor es quien hace esa introducción que yo voy ahora mismo a pronunciar. Pero no tardarán en darse cuenta de que esta vez nuestro locutor está enredado en un tipo tan extraño de conversaciones fantasmales que hemos de exonerarlo de la tarea de anunciar lo que sigue. Además, al escuchar esas conversaciones, comprenderán que nuestro locutor carece de la serenidad y objetividad que

su trabajo requiere. Su tono es muy nervioso y exaltado. La Ilustración, que por hoy es lo primero de que se va a ocupar, parece no gustarle demasiado. Al Romanticismo, que vendrá sólo un poco después, no le da ningún crédito, y en cuanto al siglo XIX, que es con el que va a encontrarse al final, se refugiará sin duda en Goethe nada más oír sus críticas.

Por lo demás, ustedes no tendrán que soportar por mucho tiempo la compañía de este desagradable sujeto. El locutor aparece solamente en lo que son los umbrales de la obra. Es decir: al principio y al final; y también en el medio, cuando, al producirse su disputa con la voz del Romanticismo nos traslademos de pronto de un café de Berlín a la editorial Breitkopf de Leipzig, donde coincidiendo con la feria[34] se han ido reuniendo unas personas a las que escucharemos. Por lo demás, sería conveniente el que ustedes piensen este viaje desde Berlín a Leipzig al tiempo como un viaje por un lustro. Pues en ambos lugares nos encontramos en la década que cae entre el 1790 *Y* el 1800. Ahí nos guiará el editor berlinés Johann Friedrich Unger, que fue también el guía de buena parte de los escritores de la época. A su lado encontramos dos figuras anónimas bien típicas, esos dos literatos que se han apropiado de la voz de la Ilustración y de la voz del Romanticismo. Al igual que Unger, también son verdaderos personajes históricos el escritor Karl Philipp Moritz y el actor y dramaturgo Iffland; como se hallan a la sombra de personajes más grandes, pueden fácilmente aparecer en este jueguecillo literario sin sentirse por ello degradados. Por último, en la escena inaugural, aparece el pastor Grunelius, figura que nos hemos inventado, y, en la segunda escena, el librero Heinzmann, de Berna.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Señor mío, vaya ya acabando. Las voces no acostumbramos esperar.

EL DIRECTOR TEATRAL. Yo no he venido para hablar con voces. Eso es asunto del locutor.

EL LOCUTOR. Del locutor, tal como usted dice, que por su parte no está acostumbrado a tratar cortésmente con las voces.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. La Ilustración no es nada quisquillosa.

EL LOCUTOR. ¿Entonces, puedo hablarle con franqueza? He oído decir que usted hoy, señor, se va a alojar dentro de un fumadero.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. En Zimmermann, Galle del Rey.

EL LOCUTOR. Sus enemigos (y usted sabe que aún los tiene) dirán que salió de un fumadero de Berlín.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. En ese caso, los enemigos de la Ilustración serían unos completos ignorantes. Yo salí de la Bastilla, tras asaltarla en el año 89.

EL LOCUTOR. ¿Y qué le ha aportado usted a la gente?

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Sin duda el derecho y la equidad.

EL LOCUTOR. ¿La equidad? Será en sentido figurado.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Bueno, ¿por qué lo dice?

EL LOCUTOR. Los libros de sus partidarios son muy caros[35]. La *Historia de la Guerra de los Treinta Años* de Schiller cuesta 18 marcos, según veo en el catálogo de Göschen, y *Benvenuto Cellini* 24[36]. La edición de las obras de Johann Wolfgang Goethe que se publicó dentro del año 179o figura en los catálogos a 57 marcos.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Lo lamento. Pero esto no sólo demuestra que la lectura de los clásicos era bastante difícil de costear, sino además que la gente se encontraba dispuesta a hacer por ella grandes sacrificios. Una edición de los clásicos era una compra para siempre, una auténtica herencia que se deja a los hijos y los nietos.

EL LOCUTOR. Esa edición sin duda se colocaba en la estantería, pero ¿la leía alguien? Goethe, que sabía de qué hablaba, dijo al final de su vida que el gran público no tiene ni juicio ni gusto, que lo vulgar y lo excelso le interesa igual[37].

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. No me relaciono solamente con lo que es el gran público y con la gente de gusto, sino también con el pueblo y el

conocimiento elemental. Con el *Librito de ayuda para los campesinos*, del que en el 1788 se vendieron un total de 30 000 ejemplares. Con los libros populares de Pestalozzi. Con *El amigo de los niños*, de Eberhard von Rochow[38]. Dicho en pocas palabras: con los libros para niños y para campesinos. De eso también quiero hablar con mis amigos.

EL LOCUTOR. Así que usted acude a un fumadero para reunirse allí con sus amigos.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Y con mis enemigos. Habrá un pastor protestante que en verdad no me aprecia demasiado.

EL LOCUTOR. También estarán sus amigos: ¿quiénes son?

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. El editor berlinés Johann Friedrich Unger, que ha publicado *Wilhelm Meister* y otros libros de Goethe, así como *La doncella de Orleans* [de Schiller], *Alarcos* de Schlegel y la *Teoría de los dioses* de Karl Philipp Moritz, que estará también.

EL LOCUTOR. ¿Qué forma piensa adoptar usted?, si es que me permite preguntarlo.

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. Una que contiene centenares. Pues mi voz es la del gran filósofo Immanuel Kant, o la del pequeño escritor Merkel; la voz del médico judío Marcus Herz o la del trivial y ruidoso Nicolai[39]. Usted va a volver a escucharla en seguida, y entonces será la voz de un licenciado.

(Se oye el preludio del canto que viene a continuación)

LA VOZ DE LA ILUSTRACIÓN. ¡Silencio, no diga nada más, escuche!

(Se oye cantar, si es posible a varias voces).

Vom Himmel hoch da komm ich her.
Ich bring euch gute neue Mar.

Der guten Mär brign ich soviel,
Davon ich singen und sagen will:

Euch ist ein Kindlein heut geborn,
Von einer Jungfrau auserkorn,
Ein Kindelein so zart und fein.
Das soil euer Freud und Wonne sein.

Es ist der Herr Christ unser Gott.
Der will euch führn aus aller Not.
Er will euer Heiland selber sein,
Von allen Sünden machen rein.

Er bringt euch aile Seligkeit,
Die Gott der Vater hat bereit,
Daft ihr mit uns im Himmelreich,
Solit leben nun und ewigleich.

Lob, Ehr sei Gott im höchsten Thron,
Der uns schenkt seinen eingen Sohn.
Des freuen sich der Engel Schar
Und singen uns solchs neuesjahr[40].

EL PASTOR GRUNELIUS. Sí, amigos míos. Cuando estos niños se ponen a cantar, la atmósfera navideña entra incluso en un local tan mundano como éste, al que hoy he acudido sólo de manera excepcional, como ustedes saben. Señor Moritz, ¿podría usted alejarse de la ventana?

LITERATO PRIMERO. (*En voz baja*). Señor pastor, dejémoslo pasar. Casi se diría que prefiere estar solo… (*En voz más alta*). Aquí puedo decirlo. Sé por qué el señor Moritz está puesto junto a la ventana.

EL PASTOR GRUNELIUS. No entiendo su tono, ¿qué quiere usted decir?

LITERATO PRIMERO. Como usted bien sabe, hay muy variadas opiniones sobre estos coros de los niños pobres. Hace poco he leído en el

Braunschweigisches Journal de Campe[41] un artículo escrito por un maestro de escuela que propone que sean abolidos. Estoy convencido de que tiene razón. Dice que el escaso beneficio que los niños obtienen de esta enseñanza gratuita no compensa la corrupción moral y el completo embrutecimiento que se producen inevitablemente al irse dando vueltas a través de las calles y las casas. Por lo demás, propone que se utilicen esas donaciones para vestir y educar a los niños pobres. En todo caso, los niños de estos coros no pueden recibir buena educación, pues pierden en la calle el tiempo que deberían pasar en la escuela.

EL PASTOR GRUNELIUS. Señor mío, acerca de estas cosas nunca nos podremos concordar. Pero le digo con toda sinceridad que no comprendo qué tiene esto que ver con el señor Moritz.

LITERATO PRIMERO. Conoce usted su novela, *Anton Reiser*…

EL PASTOR GRUNELIUS. No, no la conozco. Me han dicho que es un libro muy triste.

LITERATO PRIMERO. Efectivamente, pues cuenta la juventud de nuestro querido Moritz.

EL PASTOR GRUNELIUS. ¿El tal Reiser es Moritz? Ahora sí que comprendo algunas cosas.

LITERATO PRIMERO. Y sobre todo usted comprendería por qué está Moritz junto a la ventana. Porque él fue uno de esos niños. La última vez que tuvimos ocasión de hablar, me describió esas horas inacabables que pasaban apretujados en la calle, soportando sobre ellos la lluvia y la nieve, hasta que un mensajero les comunicaba que debían cantar en una casa. Todos se apretujaban en la sala y cantaban un aria o un motete, y se podían considerar afortunados si al final les daban un poco de vino, o algo de café y un pastel.

(Se oye el estrépito de unas sillas que caen y unos gritos airados).

EL PASTOR GRUNELIUS. El señor licenciado no parece hoy muy firme sobre sus piernas.

LITERATO PRIMERO. O tal vez haya vuelto a empinar el codo.

LITERATO SEGUNDO. Guárdese sus insinuaciones, señor mío. El empinado ascenso a nuestro Olimpo local se encuentra cubierto de glaciares, tal como usted habrá notado ya.

MORITZ. Si usted sugiere que los escalones que llevan dentro del Café Kranzler resultan ser un poco resbaladizos, tiene razón sin duda. Pero es mejor que trate de evitar tan florido lenguaje.

LITERATO SEGUNDO. Mi lenguaje no es nada en comparación con mi propio florecer.

EL PASTOR GRUNELIUS. (*En voz baja*). Lo único floreciente que puedo ver en él es su nariz.

LITERATO SEGUNDO. Señores, a ver si logran averiguar cuántos libros he traído aquí.

LITERATO PRIMERO. Me imagino que trae sus poemas completos, sin los cuales no lo he visto nunca.

EL PASTOR GRUNELIUS. Eso no llegaría a ser ni un libro.

LITERATO SEGUNDO. Treinta y ocho libros, señores míos.

EL PASTOR GRUNELIUS. No podemos tomarnos eso en serio.

LITERATO SEGUNDO. ¿Se apuesta usted algo? ¿Se apuesta una botella de champán?

LITERATO PRIMERO. Por favor, no diga tonterías.

LITERATO SEGUNDO. Convénzanse sin embargo por sí mismos.

(Todos los presentes manifiestan su asombro. La lista siguiente hay que repartirla entre todos ellos):

Almanaque de las musas alemanas, Almanaque para almas nobles, Calendario de las musas y las gracias, Calendario genealógico del principado de Braunschweig-Lüneburg, Almanaque para amantes de la salud, Almanaque de la Iglesia y los herejes, Libro del esparcimiento social, Almanaque para niños y para jóvenes, Almanaque para el fomento de la felicidad doméstica.

EL PASTOR GRUNELIUS. *¡Almanaque para el fomento de la felicidad doméstica!*: pues ya sólo nos faltaba esto. Nueve décimas partes de la miseria doméstica proceden de esos estúpidos almanaques, que hacen que las mujeres crean ser una Cloé o una Aspasia.

MORITZ. Lía reunido usted una colección endiablada. Y un pobre pedagogo como yo se pregunta cómo puede competir con todos esos libros. Lo peor que tienen es que con sus rimas, sus anécdotas, sus canciones, sus bailes, sus artículos, sus mapas, sus grabados y sus disfraces alejan al público culto de las obras serias.

EL PASTOR GRUNELIUS. Así es, señor Moritz. Todo son fragmentos y sombras y pruebas. Veo llegar el día en que reduzcan las Sagradas Escrituras y en que le añadan al Antiguo Testamento imágenes de colores de los Patriarcas.

MORITZ. Hoy estamos nadando entre dos aguas: al público culto le gustan los amoríos, los versitos galantes y las novelas lacrimógenas, mientras que las pocas personas humildes que ahora leen están entre las garras del vendedor ambulante, que les lleva a casa novelas de ladrones y de espíritus por entregas. Señor pastor, usted está en situación mucho mejor: el cielo y el infierno tienen algo que decirle a todo el mundo.

EL PASTOR GRUNELIUS. Se equivoca si cree que mis sermones podrían competir con las historias de moda. Tendría que ser un Abraham de Sancta Clara[42] para poder captar la atención de la gente. La situación empeora sin cesar.

LITERATO SEGUNDO. Un momento aún, señores míos. Ese que está ahí sentado tiene que ser Unger. Lleva el último catálogo de la feria, vamos, vamos a verlo. Señor Unger, ¿qué tal está usted?

UNGER. Bien, amigo mío. Si hubiera sabido que usted estaba aquí, habría tomado en otro sitio mi café. Tiene usted razón si está enfadado, pero pregunte a mis autores, pregúntele a Moritz; yo no puedo imprimir un solo libro si es que antes no he hablado sobre las nuevas letras con Didot, mi querido colega de París.

LITERATO SEGUNDO. Por favor, no voy a presionarle. No se trata de eso. Déjenos ver su *Berlinische Monatsschrift*[43] y el nuevo catálogo de la feria. Ya ven, señores, lo hemos atrapado.

EL PASTOR GRUNELIUS. ¡Un momento de calma, señores míos! Escúchenme bien. Les van a salir los colores a la cara. ¿Han oído hablar de la editorial Widtmann, de Praga? Yo tampoco, y es lástima. A esa desconocida editorial le vamos a deber dentro de poco una obra maestra que se titula *La abuelita judía o El terrible espíritu de la mujer de traje negro*. Pero el señor Widtmann tiene en Praga mucha competencia. ¿Qué me dicen de *Los vigilantes o La casa de los espíritus en Saaz, Una terrible leyenda de los viejos tiempos encantados*? O si no esto otro. Querido señor Moritz, ¿no se le hace increíble? Acérquense y vean: *Adelmar von Perlstein, el caballero de la llave de oro o Las doce doncellas dormidas, protectoras del joven encantador. Historia medieval de caballeros y espíritus*.

LITERATO PRIMERO. Me parece evidente que el señor Waldner, que ha escrito esto, no ha de temer la competencia de nuestro gran Vulpius.

LITERATO SEGUNDO. Pues seguro que Vulpius habrá reaparecido con algún mamotreto.

EL PASTOR GRUNELIUS. Por supuesto. Mire, aquí lo tiene: *Rinaldo Rinaldini, el capitán de los ladrones*[44]. Por lo demás, este Vulpius…

MORITZ. Por favor, no me cuente que es el futuro cuñado del señor Goethe. En primer lugar, eso no ha sucedido todavía. En segundo lugar, el escribir historias de ladrones es un oficio completamente honrado. Sí, señor pastor, me dirá usted que no. Pero he de decirle que todos esos libros son inofensivos en comparación con los indignos mamotretos del señor Spiess, por ejemplo, que pertrecha sus productos lamentables con todo tipo de conmovedores envoltorios.

UNGER. Sí, nuestro Spiess es edificante: ahí ha perdido usted un gran colega, vea, señor pastor. Algunas veces crees estar leyendo un libro edificante del 1650, y al fin acaba siendo una de sus lacrimógenas historias de lacayos. Yo, naturalmente, no he leído ninguna. Me basta con el título de la última… Veamos, ¿cómo era?

LITERATO SEGUNDO. *La injusticia humana*, si no recuerdo mal. *La injusticia humana o Viajes por las cuevas de la aflicción y a través de las casas de la miseria*[45]. Horrible, en efecto.

MORITZ. Permítanme que insista. Lo reprobable me parece la hipocresía con que estos escritorzuelos quieren convencernos de que su objetivo no es ganar dinero fácilmente, sino fomentar la Ilustración, junto con el civismo y la decencia. Naturalmente, estos libros van entrando ya en los colegios: no hace ni tres horas, en clase de griego, he pillado a un chico con uno de estos novelones bajo el banco.

UNGER. Muéstremelo, Moritz. Nunca he hojeado un libro de Spiess. *Biografías*, escuchen: *Biografías de locos*[46].

EL PASTOR GRUNELIUS. Este libro ya va por el volumen cuarto, y la cosa parece no tener fin.

UNGER. Déjemelo ver, señor pastor. Mientras el señor Moritz se pelea con sus pobres alumnos de primero, voy a hacer de *tertius gaudens* y hojear ese libro.

LITERATO SEGUNDO. Léalo en voz alta, señor Unger. Nosotros somos demasiado cultos, no hemos leído nada de ese Spiess.

UNGER. Como digan, señores. Empecemos entonces por el prólogo.

EL PASTOR GRUNELIUS. Nos bastará un trocito.

UNGER. Spiess escribe: «¿Puedo esperar que los extraviados me agradezcan que les avise que el abismo se halla cerca? Mi deber es impedir que el acalorado caminante muera al beber de la fría fuente, cosa que ya he cumplido, y ahora puedo esperar ese agradecimiento si les pido que se tomen en serio el contenido que llena este librito. La locura es terrible, pero sin duda aún es más terrible el que podemos ser fácilmente sus víctimas. Una pasión intensa, una esperanza defraudada, una posibilidad desperdiciada, o incluso un peligro imaginario puede arrebatarnos el regalo más valioso de nuestro Creador, es decir, nuestra inteligencia; y ¿qué mortal podrá quizá preciarse de no haberse encontrado nunca en su vida en uno de esos casos y de no haber corrido ese peligro? Les voy a presentar las biografías de algunos de estos infelices no para despertar su compasión, sino para mostrarles que cada uno de ellos ha tenido la culpa de su desdicha, por lo que se encuentra en nuestra mano evitar una desdicha similar. Por supuesto, no puedo resistirme frente a ese torrente impetuoso una vez me he lanzado temerario a sus profundidades insondables, pero debo estar agradecido a quien sepa exponer mediante ejemplos la dimensión de su profundidad y así, antes de cruzar el río, logre advertirme del peligro. Me sentiría muy recompensado si mis relatos impidieran, por ejemplo, que una chica crédula o un chico imprudente ejecutaran sus audaces planes, que podrían privarlos, tal como dije, de su inteligencia».

MORITZ. En efecto, muy pérfido. No se me hace extraño que estos libros vayan entrando en las mejores casas.

LITERATO PRIMERO. Sin duda, señor Moritz, ahí nos encontramos el problema de nuestra actual educación. Explicamos hoy a las

personas su virtud natural junto a su destino original, y entonces llegan estos visionarios, genios, pietistas y fieles partidarios de las ideas del *Sturm und Drang* y lo convierten todo nuevamente en niebla espesa y en efervescencia.

EL PASTOR GRUNELIUS. Mire, amigo mío, esto les debe hacer reflexionar. Usted y sus compañeros deberían sin duda preguntarse por qué su apóstol, J. J. Rousseau, predicador de la naturaleza y la virtud, era un hombre carente de virtud y de naturaleza. Dicho en pocas palabras: para un teólogo positivo, toda su Ilustración será lo mismo que si a una persona le encienden ante sus narices una vela a plena luz del día.

LITERATO SEGUNDO. No, señor pastor, no es tolerable ese argumento. Ese tono no es el adecuado. Creo que el señor Moritz diría que eso es una *argumentado ad hominem*, cosa que no es digna de una persona que ha estudiado en la universidad. Usted nos está hablando de Rousseau, y yo le podría hablar de Lavater[47], ése que mezcló la religión positiva con un batiburrillo hecho de mística, genialidad y entusiasmo, y que, como sabe, ha acabado espantando a todos los lectores responsables.

MORITZ. Lo peor es que esa gente cree que están llamados a educar a los niños. Hace poco que he visto un *Librito de moral para los hijos de los campesinos*. No está bien que lo diga, pero creo que en mi *Lógica para niños* he hecho eso mismo bastante mejor[48].

UN CAMARERO. Disculpe, señor Unger, pero usted me haría un gran favor si se apartara un poco para que pueda encender las luces. Además, hay un señor que espera hace veinte minutos hasta que usted acabe de leer las *Noticias*. ¿Sería tan amable de cambiárselas por el *Periódico de Cotta*?

UNGER. Con gusto, amigo mío. Señor Moritz, siempre me sorprende que esa cosa tan llena de anuncios tenga ningún éxito. ¿Usted puede entenderlo? Hace una semana vi incluso en el periódico un aviso de boda.

MORITZ. ¿Conoce usted el *Periódico de Leipzig*? He oído decir que publica números enteros que sólo llevan anuncios de particulares. En Inglaterra esto ya era habitual hace quince años. Me asombra que también suceda aquí.

LITERATO PRIMERO. Señores, yo creo que todo lo que conecte los periódicos con la vida cotidiana es cosa buena. En mi opinión, los periódicos no han de ser sólo para los altos funcionarios y los profesores de universidad, sino, ante todo, para los mejores.

EL PASTOR GRUNELIUS. Amigo mío, no querrá que los periódicos caigan en las manos del público inculto. Yo no estoy al corriente de todo lo que los señores comentan aquí, pero en cambio puedo asegurarle que, siendo un pastor, sin duda puedo ver mejor que nadie la terrible epidemia de lectura que está asolando a nuestro público (y, cuanto más inculto, también de modo más desesperado). Hoy hay gente leyendo donde hace veinte años nadie pensaba en libros. Cuando yo era joven, si el burgués o el artesano leía algo, se trataba de un libro respetable y bien acreditado por el paso del tiempo: la crónica de una familia, un libro de hierbas o un devocionario. Pero ¿hoy? Una chica de ciudad que debería estar en la cocina lee a Schiller y a Goethe en el pasillo, y una chica de pueblo, pobre y mal educada, cambia el huso por los dramas de Kotzebue[49]. Mi buen hermano Reinhard[50], capellán de la corte, tiene buenas razones cuando dice que la falta de felicidad doméstica (de la que tanto se oye hoy lamentarse) se debe a la horrible adicción a la lectura.

LITERATO SEGUNDO. Hace poco he leído en el *Museo alemán* que, en las grandes ciudades, incluso llevan libros de las bibliotecas para los soldados que se encuentran de guardia.

UNGER. ¡Las bibliotecas! ¡Ahí está el problema!

EL PASTOR GRUNELIUS. Disculpe, no quisiera interrumpirle, pero usted ha nombrado a los soldados, y me gustaría decirle qué libros leen mientras están de guardia. Hace muy poco tuve la ocasión de echar

un vistazo dentro de un fardo que habían enviado a la autoridad competente para que le diera el visto bueno. Voy a decir los títulos, señores, simplemente los títulos: *Augusta o Las confesiones de una novia antes de su boda, La historia de Julia o Cómo quedarse soltera, Idas y venidas de Juanito*. Para tomarle el pelo a la censura, como lugar de publicación figuran Estambul o Aviñón.

LITERATO PRIMERO. No voy a defenderles esos libros, pero voy a decirles quién tiene la culpa, en muy buena medida, de que existan. La censura sin duda, señor mío, que fue creada por su maldito edicto del 9 de julio de 1788[51]. La censura ha privado al público de los textos beneficiosos y decentes, y ha dirigido su curiosidad y sus enormes ganas de leer a los especuladores más astutos. Porque usted sabe bien, igual que yo, que nuestra *Berlinische Monatsschrift* ha tenido que trasladarse ajena debido a la acción de la censura; que la censura prohibió el libro de Kant *La religión dentro de los límites de la mera razón*, y que impidió al señor Humboldt incluso el imprimir en una liga dos inocentes líneas con ocasión de la boda de la condesa Lottum…

UNGER. Señor licenciado, está poniendo nervioso al querido pastor. Pero dejemos estas quisquillerías y alegrémonos de que la censura no haya prohibido, como en Austria, cualquier tipo de textos sobre Francia, incluso acerca de su geografía; y alegrémonos de que podamos leer a Mendelssohn, así como a Jacobi, a Bürger y a Sterne; y sin olvidarnos de la *Ilíada*.

MORITZ. ¡No estará diciendo que la *Ilíada* está prohibida en Austria!

UNGER. Allí la *Ilíada* estuvo prohibida, como la *Eneida* lo está hoy en Baviera. Pero yo no quería hablarles de esto. Miren, lo que no puede aceptar una persona que piense con decencia es la respuesta que se dio a los libreros de Berlín en relación con su solicitud del año pasado: «Sobre este punto no vamos a aceptar la objeción de que desciende la venta de libros. Pues hay que luchar contra el mal por más que esto pueda perjudicar al comercio».

MORITZ. Al fin y al cabo, los censores también tienen que vivir. Y yo les aseguro que ese trabajo no está bien pagado. Al parecer, por la poesía pagan algo mejor. Muy probablemente porque las maldades en verso es ya más difícil descubrirlas.

UNGER. Mire, esto no es el camino adecuado. Usted antes mencionó su *Lógica para niños*. Pues ese libro hace diez veces más por la educación y la Ilustración que cien censores, aunque sus intenciones sean buenísimas, cosa que no puede decirse de todos. Si usted escribiera una continuación de ese libro me haría un gran favor. Pero además, sería el mejor camino para dar a conocer mis nuevas letras a los lectores jóvenes.

LITERATO PRIMERO. ¡Por fin, señor Moritz! Hace tiempo que quiero decirle que estoy estudiando su libro con mi pequeño círculo, formado por niños de buenas familias. Lo que más me gusta de ese libro es ese pasaje incomparable en que explica a los niños lo que son los dioses. He hecho que lo aprendan de memoria: «Pues el mundo real también existe en la idea que se hace el ser humano, mientras que el mundo de las ideas no existe fuera de la idea de los hombres. Y a ese mundo de ideas pertenecen todos los relatos de brujas y fantasmas, todos los cuentos de hadas y toda la mitología o teoría de los dioses, gracias a la cual el mundo, desde los tiempos más remotos, está poblado por innumerables seres nuevos que no existen fuera de la imaginación del ser humano: Apolo, Marte, Minerva, Júpiter y todos los dioses y diosas del Olimpo[52]».

EL PASTOR GRUNELIUS. (*Carraspea*). Pienso que ya va siendo hora de que me marche, señores. A las siete tengo una reunión. Mis mejores respetos para todos ustedes.

(Murmullo de despedida).

LITERATO PRIMERO. Espero que el viejo Grunelius no se haya enfadado.

UNGER. ¿Pero qué dice usted? ¡Si el pastor es el hombre más bondadoso del mundo!

LITERATO SEGUNDO. Está muy bien lo que usted les dice a nuestros niños acerca del Olimpo. Pero yo conozco otra manera de quitarles la superstición más desconsiderada todavía con los viejos dioses y los héroes antiguos. La ha elaborado el doctor Kortum, de Mülheim, de modo que si debiera conceder un premio de Ilustración, se lo daría a él.

LITERATO PRIMERO. No lo dirá en serio. La *Jobsíada* es una gamberrada que usted no puede presentarnos como modelo de la Ilustración.

LITERATO SEGUNDO. Pues sí; es que la *Jobsíada* tiene lo que ustedes no tienen: humor. Y el conocimiento sin humor acaba conduciendo al oscurantismo, al dogmatismo y al despotismo. Lo bueno de Kortum es que no respeta ni la Ilustración, y que lo mezcla todo: los dioses, los héroes y los profesores, los pastores y las cortesanas, los latifundistas y los estudiantes. Igual que la Muerte. Ya saben cómo acaba el que es el primer libro de su obra:

«Sintemal Freund Hein pflegt unter beiden
Nicht das mindeste zu unterscheiden,
Sondern er nimmt alies, weit und breit,
Mit der strengen Unparteilichkeit.

Und er pflegt immer schlau zu lauern
Sowohl auf den Kavalier ais auf den Bauern,
Auf den Bettler und Großsultan,
Auf den Schneider und Tartarchan.

Und er geht mit der scharfen Sensen
Zu Lakaien und zu Exzellenzen,
Zu der gnadigen Frau und der Viehmagd
Ohne Distinktion auf die Jagd.

Es gilt bei ihm gar kein Verschonen,
Er achtet weder Knotenperücken noch Kronen,
Weder Doktorhut noch Hirschgeweih,
Zieraten der Köpfe mancherlei.

Er hat bei der Hand tausend und mehr Sachen,
Welche ein End mit uns konnen machen:
Bald gibt ein Eisen, Laid die Pest,
Bald eine Weinbeere uns den Rest.

Bald ein Prozeß, bald eine blaue Bohne,
Bald eine böse Frau, bald eine Kanone,
Bald ein Strick, bald sonstige Gefahr,
Wofür uns alie der Himmel bewahr.

Der ungestalte Aesop und die schöne
Weltberühmte griechische Helene,
Der arme Job und König Salomon
Mufttten endlich alie davon.

Keiner konnte seiner Faust entfliehen,
Nicht Nostradamus und Superintendent Ziehen.
Mit Doktor Faust und Traumer Schwedenburg
Ging er ohne Umstande durch.

Orpheus, den groften Musikanten,
Molière, den Komödianten,
Und den berühmten Maler Apell
Nahm Freund Hein samtlich beim Fell.

Summa Summarum, weder vorn noch hinten
Ist in den Chroniken ein Exempel zu finden,
Daß Freund Hein etwa irgendwo leer
Bei jemand vorübergegangen war.

Und was er übrigens noch nicht gefressen,

Wird er doch in der Folge nicht vergessen,
Sogar, leider! lieber Leser, auch dich,
Und was das schlimmste ist, sogar mich[53]».

Bueno, ¿qué les parece?

MORITZ. Tal vez sea una extravagancia, pero de verdad me ha impresionado cómo al fin el autor vuelve a sí mismo, como si se tratara de su hogar. Esto fue siempre mi mayor anhelo. Sé que ustedes, señores, no pueden comprenderlo, pero aun así quiero contarles un pequeño recuerdo de juventud que todavía me aflige algunas veces esos días que el cielo está cubierto. Yo tenía diez años. Guando el cielo se cubría enteramente de nubes y se reducía el horizonte, yo sentía de pronto una especie de miedo a que el mundo entero quedara recubierto de un tejado, como la casa en la que yo vivía. Y cuando iba con mis pensamientos más allá de ese techo abovedado, el mundo me parecía muy pequeño, de tal manera que me lo imaginaba como incluido en otro mundo, que a su vez estuviera incluido en otro[54]…

UNGER. Creo que entiendo lo que usted quiere decirnos. ¿De qué sirve la Ilustración si nos vuelve inquietos e inconstantes en vez de concedernos un hogar?

LITERATO SEGUNDO. De esto en cambio se ha encargado Kortum, que por ejemplo ha escrito para sus campesinos de Hannover unos tratados sobre apicultura, las ventajas del nuevo cantoral luterano y la lucha contra enfermedades contagiosas[55].

MORITZ. Eso sí que es el camino correcto. Pues en un reino enorme una persona sólo puede vivir en una ciudad, y en ella solamente en una casa, y, dentro de esta casa, sólo en una habitación. Y el lugar engaña a las personas, al igual que el tiempo. Crees que has vivido algunos años cuando sólo has vivido unos instantes. Crees vivir en un país y una ciudad, pero en realidad tan sólo vives en el pequeño

rincón en que te encuentras sentado o tumbado, en la habitación en que duermes o trabajas[56].

(Suena un gong).

EL LOCUTOR. «La habitación en la que duermes»: yo, el locutor, recojo estas palabras, con las que mando a dormir a estas personas. Y ahora tengo que decir unas palabras sobre esa Alemania de la cual he tomado estas voces. Porque éstas no son sólo berlinesas, sino son alemanas. Pero no lo sabían, dado que Alemania estaba dormida, y cuanto más profundas eran las capas de sus habitantes, más profundo también era su sueño. Los alemanes estaban casi por completo aún bajo el signo de la manufactura, de la industria doméstica y la cultura agraria: todas las cosas que eran necesarias se producían dentro de la esfera de su propio lugar de residencia. De ahí que el horizonte fuera estrecho, que las almas se cerraran en sí mismas, y que los espíritus tuvieran gran dificultad de movimiento, pero también que hubiera una intimidad bastante cálida y un noble contento. Tres cuartas partes de la población todavía vivían en el campo, y la mayor parte de las ciudades eran pueblos grandes, ciudades campesinas, y no había aún grandes ciudades como París, Roma o Londres. Tampoco había máquinas, ni aparatos parecidos a las máquinas; por tanto, la producción de bienes no era exacta, ni tampoco abundante ni rentable, y las comunicaciones no eran rápidas ni tampoco eran amplias. Frente a la inseguridad de los transportes, del comercio mundial y de la situación política, había gran consistencia en lo que hace a la pequeña propiedad y el comercio local, basadas en la solidez de los mercados, así como en la falta de competencia, y la uniformidad de la clientela como de los medios de producción. El hombre de la época se veía impulsado por su forma de vida a filosofar y fantasear, mientras que hoy sucede lo contrario. Es en esa concreta situación donde surgió la era clásica de la literatura alemana. Mientras otros sudaban y corrían, como Inglaterra que se afanaba y trajinaba con lingotes de oro y sacos de

pimienta, mientras América se iba transformando en el *trust* yermo y gigantesco que ahora es y Francia iba sentando las bases políticas para la victoria de la burguesía en el continente europeo, Alemania dormía un sueño honrado, un sueño sano y reparador.

(La siguiente voz del Romanticismo la tiene que decir el literato segundo):

LA VOZ DEL ROMANTICISMO. ¡Y qué sueños soñó mientras dormía!

EL LOCUTOR. (*Tras una pausa*). Esta voz me resulta familiar.

LA VOZ DEL ROMANTICISMO. Y lo es, por supuesto. Pero en el interior de la humareda de un fumadero berlinés la voz del Romanticismo no le puede llegar con claridad; pronto la oirá más nítidamente.

EL LOCUTOR. Me gustaría sabe cómo se llama.

LA VOZ DEL ROMANTICISMO. Me imagino sin duda que le resultaría más cómodo encontrarse con los señores Bernhardi, Hülsen o Steffens, por no hablar de Novalis o de Tieck[57], pero la voz del Romanticismo en realidad no tiene ningún nombre.

EL LOCUTOR. Es que la voz del Romanticismo…

LA VOZ DEL ROMANTICISMO… surge del cuerno mágico en el que sopló Clemens Brentano, y desde el fondo de la impertinencia que le regaló a Friedrich Schlegel sus conocimientos más profundos, del laberinto de los pensamientos que Novalis dibujó en sus cuadernos, de la inacabable carcajada que asustó a los burgueses en las comedias de Tieck y del espesor de la tiniebla en que Bonaventura hizo su guardia[58]. Y por eso la voz del Romanticismo es una voz que no tiene nombre.

EL LOCUTOR. Tengo la impresión de que esta voz no nos quiere decir cuál es su nombre. Teme quedar en situación comprometida, y sin duda lo teme con razón. Le propongo el nombre de Jean Paul[59], el escritor favorito de los lectores alemanes en el 1800, el novelista

más extravagante y menos disciplinado que haya habido en el mundo.

LA VOZ DEL ROMANTICISMO. Con esa imagen no concuerda el que Jean Paul escribiera su pedagogía.

EL LOCUTOR. Habla usted sin duda de *Levana*[60]. Oiga cómo describe a un joven Jean Paul y tendrá que admitir que no tiene talento de educador. Es un fantasioso incorregible.

(El siguiente texto lo lee el locutor, hasta que suene el gong, de manera insulsa. Después del gong, el texto ha de leerlo ja la voz del segundo literato, pero entonando con expresividad y monotonía delicada)[61].

«Derramó lágrimas de alegría y así de tristeza, y así el futuro y el pasado movían a la vez a su corazón. El Sol bajaba cada vez más rápido por el curso del cielo, y él subía cada vez más rápido ascendiendo a través de la montaña para ver el Sol aún por más tiempo. Y vio un pequeño pueblo, Maienthal, que brillaba entre las sombras húmedas… Y entonces la Tierra, templada y afinada por lo eterno, resonó con mil cuerdas…

(Suena un gong).

LITERATO SEGUNDO… y la misma armonía movió al río ahora desmembrado en oro y noche, al suave murmullo de las flores, y al aire habitado, y al bosque movido por el viento; y entonces, el Este enrojecido así como el Oeste enrojecido, se encontraban abiertos como las dos hojas de una puerta, y un mar encrespado iba brotando del cielo abierto y de la Tierra abierta».

HEINZMANN. No me lo puedo creer, señor Unger, oiga cómo ahí dentro van leyendo en voz alta.

UNGER. Yo conozco bien Leipzig, señor Heinzmann. Eso procede de la editora Breitkopf. Fíjese en los carteles con los títulos de las

novedades.

HEINZMANN. Pero tan de mañana no estará el señor Breitkopf.

UNGER. Tal vez haya salido, pero lo esperaremos. A juzgar por la voz que se oye dentro, no somos los primeros.

LITERATO SEGUNDO. (*Lee*). «A sus pies y situado junto a esta montaña…».

UNGER. Discúlpennos si acaso molestamos.

LITERATO SEGUNDO. Señor Unger, verlo a usted en Leipzig no es sorpresa, pero sí, al contrario, una gran alegría.

UNGER. Me gustaría presentarle al librero Heinzmann, de Berna.

(Se oyen, murmuradas, las palabras «encantado», «el gusto es mío», etc.).

UNGER. ¿Lo hemos molestado, amigo mío? ¿Qué estaba leyendo?

LITERATO SEGUNDO. Lo que me encanta leer por la mañana, una oración nocturna.

HEINZMANN. Pues no parece un libro de oraciones.

LITERATO SEGUNDO. Es mucho más que eso.

HEINZMANN. ¿Más?

LITERATO SEGUNDO. Es *Hesperus*, de Jean Paul. Escuchen[62]: «A sus pies y situado junto a esta montaña estaba, como un gigante coronado, como una isla primaveral y desplazada, un amplio parque inglés. La montaña antedicha hacia el sur y otra más hacia el norte formaban el espacio de una cuna en la que reposaba el tranquilo pueblecito, y sobre la cual el Sol de la mañana y el Sol de la tarde tendían hilos de oro. Sobre cinco lagos relucientes oscilaban al tiempo cinco cielos oscuros, y cada ola se pintaba al Sol de fuego que pasaba por encima hasta hacerse rubí. Dos arroyos se abrían paso en la pradera, oscurecidos por las rosas y los sauces, y una rueda de fuego iba

impulsando el agua roja del atardecer por encima de todos los bancales. Las flores saludaban por doquier: sobre cada piedra cubierta de musgo, en cada tierna planta y, en fin, en cada ventana se mecía una flor sobre su aroma. Un bosquecillo claro y transparente conformado por verdes abedules ascendía a través de la montaña, en cuya cúpula anidaban cinco abetos como ruinas de un ya extinto bosque».

(Pequeña pausa. El literato segundo continúa):

Me complace ver que se han acomodado.

UNGER. Sí, ha encontrado usted un buen rincón. Me parece que aquí podríamos esperar tranquilamente la llegada de Breitkopf. Si le parece correcto, señor Heinzmann.

HEINZMANN. Por supuesto que sí. Pero Jean Paul no acaba de gustarme.

IFFLAND. ¡No irá a decirnos algo contra él! ¿Conoce usted el lema del *Hesperus*? «La Tierra viene a ser un callejón en la gran ciudad de Dios. Es como una habitación oscura, llena de imágenes reducidas e invertidas de otro mundo más bello. La costa de la divina Creación. Una aureola vaporosa en torno a un Sol mejor. Numerador para un denominador que nos es invisible todavía. En verdad que la Tierra aún no es casi nada».

HEINZMANN. ¿Es que se lo sabe de memoria?

IFFLAND. Pero no me avergüenza.

HEINZMANN. «En verdad que la Tierra aún no es casi nada». Justamente son estas expresiones lo que no soporto de Jean Paul. En Suiza en verdad que ya tenemos suficientes cabezas extraviadas. No hace falta que nombre a Lavater.

LITERATO SEGUNDO. No mezcle a un charlatán con un poeta.

HEINZMANN. Ya les dije que hablo como suizo. Los suizos somos un pueblo sobrio, pero también una vieja democracia, y vemos que las

innumerables pequeñas cortes os han quitado autonomía a los alemanes. Y eso es cosa que vemos precisamente en Jean Paul. Un mezquino espíritu subalterno les ha quitado a sus personajes la totalidad de su sustancia. Frente a cualquier cortesano se sienten indignos.

IFFLAND. No, no estoy de acuerdo. Jean Paul no tiene por qué pensar de otra manera que como piensa usted sobre la burguesía y la nobleza. Conozco sobradamente su miseria y estoy orgulloso de que Moritz, mi amigo y mi condiscípulo, haya encontrado un editor para el primer libro de Jean Paul.

LITERATO SEGUNDO. ¿Han estudiado juntos?

IFFLAND. Sí, y usted no sabrá que el más intenso deseo que haya abrigado Moritz cuando iba al colegio era el de ser un gran actor. Hubo una época en que éramos rivales.

(Se oye ruido, voces, etc.).

IFFLAND. ¿Qué es ese ruido de ahí al lado?

LITERATO SEGUNDO. Unos chicos que ensayan una nueva obra de teatro.

HEINZMANN. Lamentaría ser una molestia, mas si no utilizamos esta feria para comentar nuestro trabajo, de verdad que no sé cuándo vamos a hacerlo. Me permito indicarles que tenemos un exceso de novelas, escritos de estética y panfletos políticos. ¿Qué necesitamos? Ciencia de la naturaleza, geografía, historia y libros de viajes. Pero los libros de ciencias naturales no deben ser ni metafísicos ni mezquinos. Basta de libros de minerales y de insectos. Lo que necesitamos es libros populares que nos hagan pensar en el Creador, y en el orden y omnipotencia del gobierno del mundo; que nos muestren lo grande, lo bello y lo sublime y lo enlacen con la vida cotidiana, con la economía y el trabajo, con la mecánica y las matemáticas.

UNGER. Si no he entendido mal, su ideal es Defoe, que aparte de *Robinsón* y otros doscientos libros impulsó los primeros seguros

contra el granizo y los incendios, y también las primeras de las cajas de ahorros…

HEINZMANN. Los suizos estamos orgullosos de tener un autor de *Robinsón*. Se trata del padre Wyss, que ha escrito *El Robinsón* suizo[63]. Pero no quería hablarles de él, sino antes bien de mi ideal de autor, uno al que llevo en el bolsillo y me gustaría presentarles. Es el libro de un hombre inculto y pobre. Pero igual que la descripción de un largo viaje cuando ha sido escrita por un aprendiz es mucho más valiosa que un tratado erudito, también se obtiene un resultado muy notable cuando un pobre hombre inculto nos relata su vida.

IFFLAND. Despierta usted nuestra curiosidad.

HEINZMANN. Ésa era sin duda mi intención. Y ahora le pido, señor Iffland, que nos lea esta página. Muy pocas veces habrá leído usted un tipo de prosa como éste. Con la excepción de la suya, claro está.

UNGER. ¡Pero díganos antes de quién es!

HEINZMANN. El autor se llama Bräker. Y el libro, que ha sido publicado por Füssli, se titula *Vida y aventuras naturales del hombre pobre de Tockenburg*.

IFFLAND. Empiezo. «Nuestra vida de pastores no está sólo compuesta de alegrías. Por supuesto que no. Siempre hay problemas abundantes. Para mí, el peor era tener que abandonar muy pronto de mañana mi cálida cama y marchar descalzo al frío campo, en especial si estaba recubierto de escarcha o si una densa niebla caía envolviendo las montañas. Si la niebla era tan alta que mi rebaño y yo no podíamos llegar a ver el Sol, la maldecía y bajaba a toda prisa de la tiniebla al valle. Pero si conseguía que el Sol y el cielo estuvieran abiertos sobre mí, mientras que a mis pies se iba extendiendo el extenso océano de niebla, en medio del cual sobresalían algunas montañas que parecían islas, me sentía alegre y orgulloso. En ese caso no abandonaba durante todo el día las montañas, y mis ojos no se

cansaban de mirar cómo los rayos del Sol jugaban a lo largo de este océano y unas grandes olas de vapor iban formando en él sus extrañas figuras, hasta que al atardecer amenazaban de nuevo con volver a superarme. Entonces deseaba tener a mano la escala de Jacob, pero era en vano, y tenía que marcharme. Y me ponía triste, y todo concordaba con mi tristeza. Sólo unos pocos pájaros revoloteaban cansados sobre mí, y las grandes moscas del otoño zumbaban melancólicas en torno a mis oídos, haciendo finalmente que llorara. Y entonces casi pasaba más frío que a primera hora de la mañana, y los pies me dolían, aunque eran duros como el cuero de las suelas. La mayor parte del tiempo tenía heridas o ronchas en los miembros, y, cuando una herida se curaba, me hacía otra al saltar sobre una piedra afilada, o perdía una uña o un trozo de piel en un dedo del pie, o, con mis herramientas, me hacía un corte en una mano. Pocas veces podía ponerme una venda, siguiendo casi siempre sin darle importancia. Tal como ya he dicho, al principio las cabras me causaron abundantes problemas, y es que no me obedecían casi nunca, porque yo no sabía darles órdenes[64]».

(Se oye ruido de voces, y durante unos momentos no se entiende nada, hasta que por fin vuelve a entenderse).

IFFLAND. ¡Dios!, ¿qué pasa ahí? Bueno, sigamos[65]: «El que quiera ser un caballero, que se cuide de las palomas y las cabras. Así pues, en la vida del pastor hay estas incomodidades y otras muchas. Pero los días malos son compensados por los días buenos, cuando ni un rey se siente tan a gusto».

(Vuelve a oírse ruido de voces, ahora más fuerte).

IFFLAND. Esto es por completo insoportable. Esperemos un poco para ver si vuelve la calma.

(Se oye rechinar una puerta, y a continuación dos voces desconocidas):

UN PASTOR PROTESTANTE. Me alegro de encontrarle hoy de tan buen humor, porque es que tengo que pedirle una cosa.

UN INSPECTOR DE MONTES. ¿A mí? ¿Cómo? ¿Por qué?

UN PASTOR PROTESTANTE. Ya debería estar acostumbrado a que pida limosna para alguien cada vez que vengo.

UNGER. Pero, querido Iffland, eso es… ésos son…

IFFLAND. No lo puedo creer.

UNGER. *Los cazadores*.

IFFLAND. Acto segundo, escena séptima[66]. ¡Y cómo se esfuerzan!

UNGER. ¿Son aficionados?

IFFLAND. Escuchemos.

UN PASTOR PROTESTANTE. El pobre anciano tiene una mujer enferma y muchos hijos. Un destino terrible. En su juventud él era húsar; se quedó casi inválido y no logró obtener una pensión. Pero ahora está desesperado.

UN GUARDA. Pobre hombre.

UN PASTOR PROTESTANTE. Pero si consiguiera pasar el invierno… He organizado una pequeña colecta.

UN INSPECTOR DE MONTES. Dios se lo pague. Yo también voy le daré algo. Quien da, recibe el doble.

UN PASTOR PROTESTANTE. ¡Esto es mucho!

UN INSPECTOR DE MONTES. Es muy duro el invierno.

UN PASTOR PROTESTANTE. Esto es muchísimo. Sería mejor algo menos de dinero y, en cambio, algo de madera.

UN INSPECTOR DE MONTES. La madera es propiedad del príncipe, el dinero es mío. Hoy dormiré tranquilo; dormiré tan tranquilo, si Dios quiere,

como cuando me marche para siempre.

UN PASTOR PROTESTANTE. Dios quiera que aún le falte mucho tiempo para llegar eso. Pero ¿por qué no pensarlo ya? Quien ha vivido bien disfruta siempre de una noble alegría que *ese* pensamiento no interrumpe. Nuestra vida no tiene menos valor por eso.

UN INSPECTOR DE MONTES. Me molesta muchísimo que la gente presente la vida y el mundo como algo duro y negro.

UN PASTOR PROTESTANTE. La vida de los hombres contiene una gran felicidad. Pero deberían enseñarnos a saber pensarla de manera que no sea brillante ni ininterrumpida. En una vida ordenada hay sin duda miles de alegrías, y el soportar bien los problemas también es una dicha. La dignidad del padre de familia es la primera y más noble que conozco. Un filántropo, un buen ciudadano, un marido y padre cariñoso…

(La voz se interrumpe de repente).

HEINZMANN. No podía más, Iffland ha entrado.

UNGER. Este buen hombre ensayará *Los cazadores* junto con esos niños, que después, cuando lo representen, podrán decir: dirección de Iffland.

LITERATO SEGUNDO. Ya sé yo, señor Unger, que usted tiene muy buena relación con Iffland. Pero, hablando en confianza, me gustaría mucho preguntarle si soporta sus obras. ¿Podemos seguir escuchando esos sermones sobre el amor a la humanidad? ¿No le da asco esa virtud, que, a veces, no es otra cosa que bondad instintiva carente de contenido por completo? A veces tengo la misma sensación que si de pronto leo en el periódico que cierto criminal era muy bueno con su perro o con su caballo.

HEINZMANN. Tal vez tenga razón en una cosa. La ostentación de la bondad que se lleva a cabo en esas obras es sin duda ofensiva para una sensibilidad libre y despierta.

UNGER. Esto se puede decir contra Kotzebue, pero no hay que meter a mi amigo Iffland en el saco de ese escritorzuelo.

LITERATO SEGUNDO. Dejemos a Iffland. Y, si quieren, yo le estoy agradecido incluso a Kotzebue. ¿Han leído ustedes su repugnante *Indios en Inglaterra*? Quien de verdad desee comprender qué es lo que quería decir Kant con su imperativo categórico, con ese deber férreo que no toma en consideración las circunstancias, y ya no simplemente en tanto que una mera ley moral, sino en tanto que fuerza que anida y actúa al interior del carácter poético, no tiene sino que contemplar esos moluscos con que ese más celebrado dramaturgo ha poblado los teatros alemanes.

UNGER. En todo caso, podemos preguntarnos para quién trabajamos hoy en Alemania si aún es posible publicar un espantajo como ese que Glas vende en Berlín.

HEINZMANN. No sé de qué está hablando, señor Unger.

UNGER. Hablo de una revista en la que Glas ha unido a Goethe y Schiller con Iffland y Kotzebue.

LITERATO SEGUNDO. Indignante, tiene usted razón. Pero el asunto tiene otra faceta que es casi más triste. Esto muestra que un hombre como Kotzebue tiene en Goethe y Schiller, en el mejor de los casos, a unos competidores, no a unos enemigos auténticos, peligrosos y terribles.

UNGER. Usted olvida *Xenien*[67].

LITERATO SEGUNDO. ¿*Xenien*? Sabe usted perfectamente que ése fue un grave error.

HEINZMANN. No puedo entender su indignación. Al público tenemos que tomarlo justo tal como es. No he faltado a la feria, como sabe, hace ya veinte años. He hablado con todo tipo de personas, y me he enterado de cosas que no es conveniente divulgar. ¿Tiene usted idea de cuántos suscriptores tuvo la edición Goethe publicada por

Göschen entre los años 87 y 9o? Me lo dijo él mismo: solamente 600. Y las ventas fueron menores todavía en las ediciones de obras sueltas. 300 ejemplares de *Ifigenia* y de *Egmont*. Por no hablar de *Clavijo* o de *Gotz*.

UNGER. No le podemos echar la culpa al público. Usted sabe bien cuánto hacen siempre sufrir las reimpresiones. Por cada ejemplar hecho legalmente hay diez o veinte ejemplares ilegales.

HEINZMANN. Pues ahora le voy a contar otra cosa. En mi viaje hacia aquí he parado en Kreuznach. Mi amigo Kehr abrió ahí el año pasado una biblioteca: Schiller, Goethe, Lessing, Klopstock, Wieland, Gellert, Wagner, Kleist, Holty, Matthison, etc. Bueno, pues esto no lo lee nadie.

LITERATO SEGUNDO. No respiraremos aire puro mientras que no hayamos acabado con la tiranía de Nicolai, Garve, Biester, Gedeke y todos esos pelanas de Berlín[68], y hayamos puesto a Schlegel y a Novalis en el lugar que sin duda se merecen.

HEINZMANN. Está usted bromeando.

LITERATO SEGUNDO. Sin lucha nunca habrá éxito alguno. Y si Schiller y Goethe no quieren luchar, tendremos que depositar nuestra esperanza en una generación algo más joven.

HEINZMANN. Quizá pueda ponerles un ejemplo de las maniobras estratégicas de todos estos jóvenes. Schlegel ha comentado que tal vez se puedan aumentar las ventas de su revista *Athenäum* regalando con ella pan de especias.

UNGER. La idea me parece muy moderna. Pero Schiller es aún más maquiavélico. Guando tuvo que dejar de publicar su revista *Die Horen* por la absoluta falta de lectores, le propuso a Gotta publicar en el último número un artículo peligroso para el Estado, de modo que la revista desapareciera de manera fuerte y decorosa.

HEINZMANN. Yo no puedo decir, señores míos, que aquí estemos muy cómodos sentados, y ya no es posible suponer que llegue Breitkopf antes de que sea mediodía. ¿Qué les parece si damos un paseo y nos vamos andando hasta el café?

(Se oye un tambor, una corneta o algo parecido, y después la voz de un pregonero):

UN PREGONERO. Comunicamos a todos los honorables visitantes de la feria, y en especial a libreros, editores, pastores, licenciados y demás personas distinguidas, que ahora mismo acaba de empezar, en El Oso de Plata, la gran subasta de libros raros y valiosos de los señores Haude y Spener, de Berlín, libreros del rey y de la Academia de las Ciencias.

UNGER. Por cuanto a mí respecta, voy a desayunar en El Oso de Plata.

LITERATO SEGUNDO. Señor Unger, usted nunca se ha perdido una subasta de libros. Pero usted, señor Heinzmann, no se moleste. Nos veremos luego.

EL SUBASTADOR. Veit Ludwig von Seckendorf, consejero del príncipe de Brandemburgo y rector de la universidad de Halle, *Discursos políticos y morales sobre la «Farsalia» de Marco Anneo Lucano, traducidos al alemán de manera nueva y confrontados en cada página con el texto latino, junto con una explicación de las palabras oscuras y difíciles*, Leipzig, 1695.

LA VOZ DE UN PUJADOR. ¡Medio tálero!

UNGER. Hoy nadie se atrevería a presentarnos un título así. Ahora ni el editor ni los autores quieren proponer títulos tan largos.

(Se oye el ruido de la adjudicación).

EL SUBASTADOR. Número 211: *Espejo de los príncipes. Antimaquiavelismo o El arte de gobernar*, Estrasburgo, 1624.

LA VOZ DE OTRO PUJADOR. ¡Un tálero!

UNGER. La edición latina de 1577 se considera rara; en cuanto a la alemana es sin duda más rara todavía. La conocen muy pocos. ¡Doy dos táleros!

LA VOZ DE OTRO PUJADOR. ¡Dos táleros y medio!

UNGER. ¡Tres táleros!

EL SUBASTADOR. A la primera, a la segunda, a la tercera.

(Se oye la adjudicación).

EL SUBASTADOR. ¿Adjudicado a quién?

UNGER. Al editor Johann Friedrich Unger, de Berlín.

EL SUBASTADOR. Número 212: *Escritos de Johann Wolfgang Goethe*, Leipzig, Georg Joachim Göschen, 1787-1790. Por desgracia, sólo disponemos del volumen 7 de aquella magnífica edición.

UNGER. El volumen 7, señor licenciado, eso es…

(Suena un gong).

LA VOZ DEL SIGLO XIX. *¡Fausto!* La leyenda mundial de la burguesía alemana, que tiene su comienzo en el teatro profano y acaba en el proscenio del teatro celeste; que empieza con el demonio infernal de la nigromancia y asciende hasta los demonios terrenales que practican el arte de gobernar; que comienza en fenómenos y que acaba con voces. De ese modo, un pequeño teatro de títeres empezó a mostrar el sufrimiento y las humillaciones de la burguesía alemana, así como su historia, en cuyo centro figura la imagen de la Antigüedad, con Helena y el noble palacio de Esparta.

EL LOCUTOR. ¡Usted!, ¿cómo se atreve a anticiparse?

LA VOZ DEL SIGLO XIX. Soy la voz del siglo XIX, y me he adelantado a otras muchas personas. Me adelanté a los clásicos antes de que acabaran de escribir, y el más grande de todos (uno que apenas si había visto una cuarta parte de mi figura) me saludó de tal modo que tengo mi derecho a intervenir.

EL LOCUTOR. Supongo que está hablando usted de Goethe. Y ¿cómo dice que lo saludó?

LA VOZ DEL SIGLO XIX. Ya veo que usted sabe de lo que va la cosa. Goethe dice de mí: «Ahora todo es siempre demasiado, ahora todo transciende sin cesar. En el pensamiento y en la acción. Y ahora ya nadie se conoce. Nadie comprende el elemento en que flota y actúa, el material con el que trabaja. Velocidad y riqueza son ya todo lo que el mundo admira y que todos desean. Los ferrocarriles, el correo, los barcos de vapor y todas las facilidades posibles de la comunicación son aquello que busca el mundo culto para cultivarse más aún y, con ello, permanecer mediocres… Propiamente este siglo es destinado a cabezas capaces, a las personas prácticas que, provistas de cierta destreza, sientan y gocen su superioridad sobre la multitud, aunque no tengan talento para lo máximo. Mantengámonos pues lo más posible en la mentalidad con que vinimos, y así tal vez seremos, junto con unos pocos, los últimos de una época que aún tardará mucho envolver[69]».

EL LOCUTOR. Creo que no debería sentirse orgulloso con ese saludo.

LA VOZ DEL SIGLO XIX. He cumplido con sus expectativas. He difundido una cultura media, tal como Goethe lo profetizó.

EL LOCUTOR. ¿Una cultura media? Mientras duró el siglo XIX, los alemanes ni siquiera abrieron el mejor de sus libros de poesía. Hace poco que Cotta ha vendido los últimos ejemplares de su *Diván oriental-occidental*.

LA VOZ DEL SIGLO XIX. Pero es que eran demasiado caros. Yo he sacado ediciones al mercado que sí compró la gente.

EL LOCUTOR. Gente que no tenía tiempo de leerlo.

LA VOZ DEL SIGLO XIX. Al mismo tiempo, mi siglo le ha dado al espíritu los medios para que consiga difundirse mucho más rápido que con la lectura.

EL LOCUTOR. Dicho en otras palabras: ha creado la tiranía del minuto, cuyo azote también ya sentimos aquí.

(Se escucha el tictac de un segundero).

LA VOZ DEL SIGLO XIX. El propio Goethe saludó este ritmo, y aconsejó a su nieto que se adaptara a él.

(Lo siguiente lo dice con precisión, siguiendo el segundero).

Ihrer sechzig hat die Stunde,
Uber tausend hat der Tag.
Söhnchen, werde dir die Kunde,
Was man alies leisten mag[70]!

DOS TIPOS DE POPULARIDAD

Reflexiones en torno a un guión radiofónico[71]

El guión radiofónico *Qué leían los alemanes mientras que sus clásicos escribían*, que el lector conoce parcialmente (*[Rufer und Horer,* año 2, 1932, n-º 6] pág. 274)» quiere llevar a la práctica unas determinadas reflexiones sobre la popularidad que la radio tiene que buscar en sus emisiones literarias. Ya que la radio ha sido en cierto aspecto revolucionaria, lo es o debería serlo especialmente por cuanto hace a su popularidad. El viejo punto de vista sostenía que las exposiciones populares, aun siendo valiosas, se derivan sin duda de otra cosa. Lo que resulta fácil comprender, pues antes de la radio apenas si había modos de exposición que sirvieran para educar al pueblo. Estaba el libro y la conferencia, como también estaba la revista: pero estas formas de comunicación no se distinguían de las formas en que la propia investigación científica comunica a los expertos sus progresos. La exposición de carácter popular tenía su lugar de esa manera en formas propias de la exposición científica; carecía de un método que se pueda llamar original. Se limitaba a revestir el contenido de unos campos determinados del saber de forma más o menos atractiva, y tal vez a buscar puntos de contacto con la concreción de la experiencia, con lo que se entiende por sentido común: pero así, todo aquello que la exposición de carácter popular nos ofrecía era de segunda mano. La popularización era una técnica subordinada, y su valoración lo corroboraba como tal.

Pero la radio (y es una de sus más importantes consecuencias) ha modificado por completo el conjunto de esta situación. Gracias a la

posibilidad de dirigirse al mismo tiempo a una masa ilimitada, la popularización dejó de ser una intención filantrópica y se convirtió en una tarea con sus propias leyes, que se distingue de intentos anteriores con al menos la misma claridad que la moderna técnica publicitaria se distingue de los tímidos intentos en el siglo pasado. Y esto significa lo siguiente en lo referido a la experiencia: la popularización del viejo estilo se fundamentaba desde luego en unos precedentes conocimientos científicos que ella por su parte presentaba como las propias ciencias los habían desarrollado anteriormente, pero omitiendo las ideas más difíciles. Lo esencial de este tipo de popularización era la omisión; su plasmación era el manual, con su texto fijado en letras grandes y digresiones en pequeñas letras. La popularidad mucho más amplia, pero también mucho más intensa, que busca la radio no puede desde luego conformarse con este procedimiento limitado. Exige una total transformación y agrupación de su materia desde el punto de vista de lo que es la popularidad. Por lo tanto, no basta con querer despertar el interés a partir de una cierta circunstancia, para ofrecerle al público lo mismo que en un curso de cultura general. Lo esencial será comunicarle la certeza de que su interés por supuesto posee un valor objetivo para lo que es el material, y que sus preguntas (aunque él no las plantee ante los micrófonos) se refieren a nuevos descubrimientos científicos. De este modo concreto, la relación exterior entre la ciencia y la popularidad que antes predominaba viene ahora a quedar sustituida por un procedimiento que la ciencia no puede hoy ignorar. Pues la popularidad de que estamos hablando pone ya no sólo en movimiento al conocimiento en dirección a la opinión pública, sino también a la opinión pública en dirección al conocimiento. Dicho en pocas palabras: el interés realmente popular siempre se halla activo, transformando el material del conocimiento e influyendo sobre la propia ciencia.

Cuanta más vida reclame pues la forma en la que ese trabajo educativo tiene ahora lugar, más imperiosa también es la exigencia de que su resultado sea por tanto un *conocimiento* realmente vivo, y ya no sólo una viveza abstracta, general. Por lo tanto, lo dicho valdrá en especial para el guión radiofónico que posee un carácter educativo. Por cuanto respecta al guión literario, no nos sirven de mucho ni los diálogos formados por fragmentos

de obras y de cartas ni la audacia más que discutible de dar a Goethe o a Kleist ante el micrófono el lenguaje que es propio del autor del guión. Y como sin duda lo primero es tan poco recomendable y adecuado como lo segundo, solamente existe una salida: competir directamente con las cuestiones científicas. Eso es lo que intento en mi guión. Pues en él ni aparecen los grandes personajes de la cultura alemana ni se leen fragmentos de sus obras. Para llegar al fondo, hemos partido de la superficie. Hemos intentado exponer por tanto a los oyentes algo que ha sucedido tantas veces que podemos ya tipificarlo: no la literatura, sino las *conversaciones* literarias que resultan propias de la época. Esas conversaciones que, entabladas en el café y la feria, en las subastas como en los paseos, abordaban con innumerables variantes las escuelas poéticas y periódicos, la censura y el mundo del comercio librero, la educación y las bibliotecas, la Ilustración y el oscurantismo, estaban relacionadas firmemente con las cuestiones de la más moderna de las teorías literarias, que estudia las condiciones que cada época otorga a lo que es la creación. Recomponer la conversación acerca de los precios de los libros, de los artículos de fondo en los periódicos, de los panfletos y de las novedades, una de las conversaciones más triviales que cualquiera se puede imaginar, está, al contrario, entre las tareas menos superficiales de la ciencia, pues le plantea grandes exigencias al estudio directo de las fuentes. Dicho en pocas palabras: este caso concreto de guión radiofónico trata de mantenerse seriamente en contacto con las investigaciones que hoy se llevan a cabo en lo que constituye la «sociología del público». Su mejor confirmación consistiría en que interesara por igual al especialista y a los legos, aunque por razones diferentes. Y con esto el concepto de una nueva popularidad puede que quizás haya obtenido la más sencilla de sus definiciones.

ALBOROTO EN TORNO A TÍTERE[72]

Personajes

Títere
El señor Bocazas, *locutor de la radio*
El tabernero
El hombre del tiovivo
El dueño de un puesto
El dueño de la barraca de tiro al blanco
El encargado de cuidar a los leones
Nena, *esposa de Títere*

Además
Los señores Mittmann y Gericke, de la radio
El jefe de estación
Lipsuslapsus, *un espíritu*
El primer y el segundo tirador
Niños y animales

(Se escucha el pitido de sirenas de barco).

TÍTERE. Esta mañana sí que hay mucha niebla.

(De nuevo una sirena).

TÍTERE. Las sirenas podrían romperte los oídos con su estruendo. Con esta niebla, los barcos no van a tener un día fácil. ¡Que Nena, mi esposa, me haya enviado al mercado hoy precisamente! Quiere una platija, y de ocho centímetros de largo. No puedo olvidarlo. Y ha de ser más gruesa que la última vez. Quiere ocho centímetros, nada menos, y he olvidado traer la cinta métrica… Me gustaría estar ya en el mercado, ¿dónde se habrá metido? ¡Eh, caramba!, por culpa de la niebla casi me meto en el agua. Es que con niebla nunca se ve nada. Pero si no puede verse nada, ¿cómo es que puedo ver la niebla? Casi diría que con tanta niebla ya no puede verse ni la niebla. Pero ¿veo la niebla o no la veo? Porque, si no la veo, desde luego tendría que ver otra cosa. Y, si la veo, estoy sin duda viendo, y por tanto no puede haber tanta niebla.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Maldita sea! ¿No podría usted abrir los ojos? ¿Tiene que atropellar a los demás?

TÍTERE. ¿Cómo voy a atropellar a nadie cuando ni siquiera veo a nadie al haber tanta niebla?

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Qué bonito: primero me golpea y se pone insolente todavía!

TÍTERE. ¿Por qué no se compra usted una sirena, como hacen los otros?

(Se escucha de nuevo una sirena).

EL SEÑOR BOCAZAS. No está usted bien, ¿verdad?

TÍTERE. ¡Preste atención! ¿No ha oído la sirena con que nos avisa ese señor? Seguro que a él no lo atropella nadie.

EL SEÑOR BOCAZAS. No parece ser usted muy listo: eso era un barco.

TÍTERE. Por mí, vecino, usted mismo podría estar en el agua.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Qué impertinente!, pero ¿quién es usted?

TÍTERE. ¿A quién tengo el honor de presentarme?

EL SEÑOR BOCAZAS. Al señor Bocazas.

TÍTERE. ¿Quién dice que es usted?

EL SEÑOR BOCAZAS. Dije Bocazas.

TÍTERE. No le he preguntado cómo es, sino sólo quién es.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Tenga más cuidado con lo que dice! Soy un hombre importante.

TÍTERE. Para ser un pez gordo me parece demasiado delgado.

EL SEÑOR BOCAZAS. No perderé más tiempo con usted. De manera que dígame su nombre y vayamos a comisaría. Dime, ¿de dónde eres, amiguito?

TÍTERE. Sin duda, de mi patria.

EL SEÑOR BOCAZAS. Pero ¿cómo se llama el soberano de ese país?

TÍTERE. No se llama: lo llaman.

EL SEÑOR BOCAZAS. Bueno, mi paciencia se ha acabado. ¿Me va a decir usted su nombre o no?

TÍTERE. Si al menos no hubiera tanta niebla, ya lo conocería.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¿Cómo dice? ¿Es que lleva usted su nombre pintado en la cara?

TÍTERE. No, pero llevo una chaqueta de colores.

EL SEÑOR BOCAZAS. Entonces debe ser usted un soldado.

TÍTERE. No, qué va. Pero escúcheme, vecino, voy a proponerle un acertijo para que usted solo averigüe mi nombre.

EL SEÑOR BOCAZAS. Déjese de tantas tonterías.

TÍTERE. Mire, señor vecino, mi apellido es Itere, y mi nombre empieza por T.

EL SEÑOR BOCAZAS. Su nombre no lo quiero para nada. A comisaría, señor Itere.

TÍTERE. Bueno, pues llévese a ese señor Itere, pero yo no soy ése.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Demonios, si usted mismo lo acaba de decir!

TÍTERE. Es que usted necesita mi nombre de pila.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Que el demonio lo entienda!

(*Lo que sigue lo dirá* in crescendo*, y al final con un grito de alegría por haber descubierto algo*).

T. Ítere, te-i-tere, ¡títere!

TÍTERE. Sí, señor vecino, ése soy yo.

EL SEÑOR BOCAZAS. Títere, por fin. Es un gran día. Llevo mucho tiempo ya buscándote.

TÍTERE. ¿Me buscaba usted, señor vecino? ¿Me buscaba? ¿Por qué?

EL SEÑOR BOCAZAS. Te contaré un secreto: soy el locutor de nuestra radio.

TÍTERE. ¡Oh, caramba, vaya!

EL SEÑOR BOCAZAS. Desde hace mucho tiempo, una de mis principales obligaciones es poner a Títere ante el micrófono, ese célebre amigo de los niños.

TÍTERE. De eso nada. No, gracias.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¿Cómo, Títere? ¿He oído bien? ¿Rechazas el honor de hablar por radio?

TÍTERE. Sí.

EL SEÑOR BOCAZAS. Pero ¿por qué?

TÍTERE. Se lo diré si usted quiere saberlo.

EL SEÑOR BOCAZAS. Habla ya de una vez.

TÍTERE. ¿Le he entendido bien, señor vecino? ¿Es usted de la radio?

EL SEÑOR BOCAZAS. Sí.

TÍTERE. Dicen que la radio tiene que ver con las ondas, y yo no quiero que me tiren una piedra con honda.

EL SEÑOR BOCAZAS. Títere, tú no sabes qué es la radio. Ven conmigo y lo averiguarás.

TÍTERE. Me lo pensaré por el camino.

(Ruido de la calle).

TÍTERE. (*Tras una pausa*). Señor vecino, ¿ve usted esa barandilla? Ahora que pasamos por su lado contaré los barrotes.

(Se oye que golpea los barrotes).

TÍTERE. Hablaré, no hablaré, hablaré, no hablaré, hablaré, no hablaré, hablaré, no hablaré, hablaré, no hablaré.

EL SEÑOR BOCAZAS. Mira, Títere, al fin hemos llegado.

TÍTERE. ¡Pero este edificio es horroroso!

EL SEÑOR BOCAZAS. Esto es el Palacio de la Radio.

TÍTERE. Tiene más ventanas de las que puedo contar. ¿Aquí encierran a los que tienen que oír la radio?

EL SEÑOR BOCAZAS. Vente conmigo y te lo explicaré.

(Pausa).

TÍTERE. (*En voz baja*). Tanto silencio hasta me da miedo.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Chis!, aquí no se puede hablar.

TÍTERE. Yo creía que usted me había traído hasta aquí para hablar.

EL SEÑOR BOCAZAS. Métete aquí, Títere.

TÍTERE. Esto es divertido. ¿Qué es lo que hay en las pequeñas jaulas? ¿Quizá hay ratones?

EL SEÑOR BOCAZAS. Eso son los micrófonos, y en uno de esos micrófonos vas a hablar.

TÍTERE. Y ¿qué pasa entonces?

EL SEÑOR BOCAZAS. Entonces te oirán en todo el mundo.

TÍTERE. ¿También en Putzingen? (*Aparte*). Es que ahí vive Seppl, y hace mucho tiempo que quiero decirle lo que pienso de él.

EL SEÑOR BOCAZAS. Por supuesto, y ahora vas a hablar.

TÍTERE. Pensándolo bien, antes me gustaría escuchar algo.

EL SEÑOR BOCAZAS. Claro, Títere. Dresde, Varsovia, Milán, Bruselas, Praga, Kassel, Linz y Londres y Viena y Riga…, lo que quieras. Gira la ruedecita y oirás. Pero ¡Dios, Títere, así no! (*Durante un minuto se oyen sólo ruidos de sintonización*).

TÍTERE. Tengo la impresión de que todo es lo mismo. Parecen disparar por todas partes.

(De nuevo ruidos de sintonización).

No puedo competir con este estruendo.

EL SEÑOR BOCAZAS. Señor Mittmann, señor Gericke, vengan y prepárenlo de nuevo. Ahora va a hablar Títere.

TÍTERE. ¿Y esto lo oirá en Putzingen Seppl?

EL SEÑOR BOCAZAS. Creo que sí. ¿Todo listo, señor Mittmann? (*Voces*): Silencio, va a hablar Títere.

TÍTERE. Si Putzingen no estuviera tan lejano… Me gustaría humedecerme la garganta para que Seppl me entienda bien.

EL SEÑOR BOCAZAS. Si quieres, bajo al bar y te traigo de allí una cerveza.

TÍTERE. Eso estaría bien. Es el momento. (*Carraspea*). ¡Tú, estúpido, canalla, miserable! ¿Oyes? ¿Por qué llamaste a la policía, sinvergüenza? Cuando me senté en el ciruelo. Me las pagarás, idiota, bobo. Ponte sólo a mi alcance y lo verás. Ya te pegué una vez, dime, ¿te acuerdas?

(*Suena un teléfono. La señorita*): Centralita. (*Una voz*): Sí, le paso. (*Otra voz*): Comisaría de Putzingen. ¿Es la radio?

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Dios santo! ¡Desconecten! ¡Paren! Maldito Títere, en cuanto lo dejas un momento… ¡Señor Mittmann! ¡Señor Gericke! ¡Cójanlo! Vivo o muerto.

(*Se oyen portazos y otra llamada telefónica, la bocina de un coche, algunos gritos*): ¡Ahí está! ¡En la esquina!

EL SEÑOR BOCAZAS. Se ha escapado, pero lo atraparemos. Será fácil. (*Pausa*).

TÍTERE. ¡Uf! Casi me he quedado sin aliento. Gracias a Dios, he encontrado un lugar tranquilo y apartado. Creo que aquí puedo descansar. ¿Descansar? Bien dicho. Va siendo hora de marcharme a casa. Es milagro que tenga todavía el pescado. Nena ya tendrá hambre. Sí, va siendo hora. Ahí está la estación. Diablos, si ya son las dos y media. El tren de Tuntenbühl no tardará en salir. Veamos quién viaja hoy a Tuntenbühl.

(Se oyen unos pasos).

Alguien camina al trote por miedo a perder el tren. Eso sí que es una multitud, y una de esas personas me resulta bastante familiar.

Espero que no sea ese Bocazas.

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Ahí está! Va corriendo. (*Otras voces*): Esta vez lo cogemos. ¡A por él!

TÍTERE. Las cosas se me están poniendo feas. Si conociera bien esta estación, podría esconderme. Voy a intentarlo en la consigna.

EL SEÑOR BOCAZAS. Que alguien mire si se ha escondido en la consigna.

TÍTERE. Vaya, la consigna no me va a servir. Probemos entonces en la sala de espera.

EL SEÑOR BOCAZAS. Señor Gericke, vaya a la sala de espera. Y mire bien debajo de las mesas.

TÍTERE. La sala de espera no es lugar seguro. Voy a esconderme detrás de una columna.

EL SEÑOR BOCAZAS. Mittmann, mire bien por detrás de todas las columnas.

TÍTERE. Esto es un desastre. Aquí veo una puerta de cristal; creo que voy a llamar.

(Títere da unos golpes en la puerta).

TÍTERE. Pero nadie responde.

(Títere golpea con más fuerza, pero nadie responde. Luego se oye la puerta rechinar).

TÍTERE. La gente de esta estación es muy amable. Parece que no cierran las puertas con llave.

(Pausa).

Eh, ¿qué gorra es ésa que hay sobre la mesa? Una linda gorra roja con visera, como la que tiene el jefe de la estación de Hutzelsheim.

Fíjate, Títere, no te queda mal. Pero el espejo debería estar más limpio. Voy a llevarme esa vara que hay sobre la mesa. El maestro ya te tiene dicho que necesitas el palo más que nadie.

(*Se vuelve a oír la voz de los perseguidores*) Ese Títere ha desaparecido. Habrá subido al tren. Pero esta vez no se escapará.

(Se escuchan ruidos de estación).

EL JEFE DE ESTACIÓN. ¡Mi gorra, mi gorra! ¿Quién ha visto mi gorra? Bueno, paciencia, ya aparecerá. Gracias a Dios, aún tengo diez minutos antes de que dé la señal de salida.

TÍTERE. ¡Pasajeros al tren!

EL SEÑOR BOCAZAS. ¿Nos vamos? Señor Gericke, ¿ha encontrado usted a Títere?

GERICKE. Voy a inspeccionar el vagón-restaurante. Si no está ahí, bajamos de inmediato.

TÍTERE. ¡En marcha!

(Se oye el silbido de la locomotora y el ruido de la máquina al arrancar).

TÍTERE. Ya puedo estar tranquilo. Voy a reponer fuerzas. Títere, ¿qué te parece si damos un paseo? Me parece muy bien. Vamos. Yo siempre estoy muy de acuerdo conmigo. No es fácil encontrar a una persona con la cual estás de acuerdo en todo. Me parece que voy a aprovechar la ocasión para conversar conmigo un rato;

—Hace buen tiempo, ¿verdad?

(Las respuestas las dice siempre el mismo locutor, pero con voz de bajo).

—Sí, hoy hace buen tiempo.

—Nunca me lo habría imaginado tras la niebla que había esta mañana, pero dime, ¿y tú?

—Tampoco yo me habría imaginado que hoy pudiera hacer un día tan bueno.

—Fíjate, yo pensaba que no te habías imaginado eso.

—Y yo a mi vez pensaba que tú piensas que no me he imaginado eso.

—¿No me estarás tomando el pelo?

—¿Cómo te atreves ni a insinuarlo? La verdad, estoy harto de que tengas la misma opinión que yo.

—Te voy a dar una bofetada. Una, dos y tres.

(Se oye una bofetada, y la voz que acaba de hablar grita):

¡Ay! Me he dado de bofetadas a mí mismo. No está bien discutir con uno mismo. Títere, no hagas tonterías; será mejor que escuches esa música que están tocando ahí.

(Ruido de feria. Entre la música de los organillos, las voces de los vendedores y la campanilla del tiovivo sobresale la voz del tabernero chino, cuyo discurso se tiene que decir como un recitativo con discreto acompañamiento musical de un par de flautas o de castañuelas).

EL TABERNERO CHINO. Soy tabernero chino. Soy de China. Las cosas nunca me han ido bien. Ahora voy con mi taberna por las ferias. Pero aquí no se busca ya ni la ganancia ni la pérdida, sino la comodidad de los clientes. Ofrecemos todo tipo de alimentos: pollo hervido en agua, albóndigas fritas en aceite, jamón ahumado, cohombros de mar, nidos de salangana, grandes pedazos de carnero con cinco especias. También tenemos arroz. El que quiera harina de

arroz o de trigo, quien quiera frutos cocinados con harina, puede hallarlos aquí. Además tenemos arroz seco, y, tras la comida, todavía servimos una taza de té. Señores clientes, aunque no tengan dinero, pueden acercarse sin problemas. Como fianza acepto incluso alguna prenda de vestir.

TÍTERE. Hace tiempo que quiero comer comida china. Los chinos comen huevos podridos y lombrices. Eh, señor cocinero, aquí tiene mi gorra; a cambio, sírvame una ración de comida china de boda.

EL TABERNERO. No acepto su gorra, señor mío. Estas gorras no se usan ni en Europa ni en China. En ningún lugar del mundo he visto nunca una gorra como ésta.

TÍTERE. Señor vecino, no nos peleemos. Por una comida china que esté buena estoy dispuesto a darle mi chaqueta.

EL TABERNERO. ¿No ha visto usted ese cartel? No aceptamos ropa remendada…

TÍTERE. Voy a darle una cosa que aceptará seguro.

EL TABERNERO. Y ¿qué es?

(Se oye un golpe).

TÍTERE. Una buena bofetada.

EL TABERNERO. (*Se queja, diciendo algo así como*): ¡Aueiaueiauei!

TÍTERE. El chino es una lengua muy hermosa.

(Se oye la campana del tiovivo).

¿Cuánto cuesta un viaje?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Cinco céntimos.

TÍTERE. ¿Y luego hay que bajar?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Sí, por supuesto.

TÍTERE. ¿Y si me subo a un barco…?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Luego bajas.

TÍTERE. Y en un elefante ¿me podría quedar en él sentado?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Para eso tienes que pagar dos viajes.

TÍTERE. Yo no quiero bajar en mucho tiempo.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. ¿Durante cuánto tiempo quieres ir?

TÍTERE. Una buena horita.

(Se oye de vez en cuando la música del tiovivo y la campana).

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Para eso necesitas coger nueve billetes.

TÍTERE. Y eso, ¿cuánto cuesta?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Creo que nueve por cinco exactamente.

TÍTERE. (*Titubeando, desconcertado*). Sí, señor vecino.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Bueno, ¿qué pasa ahora?

TÍTERE. Debo apuntarlo.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Adelante, señor mío.

TÍTERE. Pero ¿por dónde empiezo?

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. (*Con impaciencia*). Cinco por nueve son cuarenta y cinco.

TÍTERE. (*Lentamente*). Cuarenta y cinco, sí, voy a apuntarlo. Eso me parece que empieza con ce.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Simplemente escriba un 4 y un 5.

TÍTERE. ¡Ah, sí, un 4!, antes sabía cómo escribir 4.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Déjeme, yo le ayudo: haga usted una raya de arriba abajo, otra de izquierda a derecha y otra de arriba abajo.

TÍTERE. Entonces, son tres.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Cuatro.

TÍTERE. No. Tres rayas.

(*El intercambio de palabras se acelera. Títere cuenta*): Una raya, otra raya y otra raya: eso sólo hace tres.

EL HOMBRE DEL TIOVIVO. Y yo le digo que eso es un cuatro. ¿Es que no lo ha aprendido en el colegio?

TÍTERE. Creo que me está tomando el pelo. Primero hizo una raya, luego otra y otra raya más. Sé bien que eso son tres. Y esto va a comprenderlo a toda prisa.

(Se oye el ruido de tres bofetadas).

Una y otra bofetada y otra más. Total, tres bofetadas.

(El intercambio de palabras se convierte en toda una pelea. Luego, tras una pausa):

TÍTERE. El tiovivo ya no me divierte. Escuchemos qué tienen aquí al lado.

(En medio del ruido de la feria se oye la voz del dueño de algún puesto):

EL DUEÑO DE UN PUESTO. ¡Acérquense, señoras y señores! ¿Qué les dice esta carpa? ¿Se imaginan lo que hay en mi humilde cabaña? Pero no la confundan con los infames puestos de esos charlatanes que hay por todas partes en la feria. Tan humilde tienda es la residencia terrenal del espíritu Lipsuslapsus, invisible, omnisciente, el gran mago que puede predecir su futuro. Entren pues y pídanle consejo: Lipsuslapsus descubre los objetos perdidos, les enseña idiomas

mientras duermen, interpreta sus sueños y hace sus deberes escolares.

TÍTERE. Yo siempre he querido vivir bien. Tal vez este espíritu invisible me podría ayudar.

EL DUEÑO DE UN PUESTO. ¡Muy bien, joven, muy bien! Venga por aquí y no se olvide de los veinte céntimos de entrada a mi humilde cabaña.

(Pausa).

TÍTERE. (*En voz baja*). Hay mucha humedad. Si hasta parece una fría cueva… Me siento muy raro. Creo que lo mejor es decir algo.

(El siguiente diálogo ha de ser solemne; las respuestas suenan como un eco que llega de lejos).

TÍTERE. Lipsuslapsus, querría hacerte unas preguntas, unas preguntas sobre mi futuro.

LIPSUSLAPSUS. (*El eco*). ¡Oscuro!

TÍTERE. ¿Qué camino me conducirá hasta el éxito?

LIPSUSLAPSUS. ¡El mérito!

TÍTERE. Pero, dime, ¿cómo puedo averiguar mis buenas aptitudes?

LIPSUSLAPSUS. ¡Inquietudes!

TÍTERE. ¿Y si estudio la filosofía? Dicen que es importante.

LIPSUSLAPSUS. ¡Adelante!

TÍTERE. Pero así no se gana dinero.

LIPSUSLAPSUS. ¡Ligero!

TÍTERE. ¿Y si me busco algo más lucrativo?

LIPSUSLAPSUS. ¡Esquivo!

TÍTERE. El derecho se me hace muy pesado.

LIPSUSLAPSUS. ¡Cansado!

TÍTERE. Bueno, yo estudiaré para médico.

LIPSUSLAPSUS. ¡Tétrico!

TÍTERE. ¿No es agradable la medicina?

LIPSUSLAPSUS. ¡Admirable!

TÍTERE. Y ¿no es importante en nuestra vida?

LIPSUSLAPSUS. ¡Olvida!

TÍTERE. ¿Qué necesito para ser yo médico?

LIPSUSLAPSUS. ¡Crédito!

TÍTERE. Mejor me cambiaré a la política.

LIPSUSLAPSUS. ¡Es crítica!

TÍTERE. ¿Y si opto por casarme con una rica?

LIPSUSLAPSUS. ¡Pica!

TÍTERE. Y si tengo dinero, ¿seré feliz?

LIPSUSLAPSUS. ¡Desliz!

TÍTERE. Entonces, ¿qué he de hacer por medrar?

LIPSUSLAPSUS. ¡Heredar!

TÍTERE. (*Por el tono de su voz y los ruidos se nota que está de nuevo al aire libre*). Este espíritu me parece un timo. Como lo pille, se va a enterar el dueño.

(Se oyen las voces de los perseguidores).

PRIMERA VOZ. Acabo de verlo pasar, señor Bocazas.

SEGUNDA VOZ. Esta vez sí que lo atraparemos. (*Otras voces*): A la izquierda, señor Mittmann, córtele usted el paso a la derecha. ¡Rápido, señor Gericke! ¡Miren, ahí está! (*Se oyen unos disparos*).

EL DUEÑO DE LA BARRACA DE TIRO AL BLANCO. ¡Vengan aquí, señores, y aprovechen la oportunidad de poner el mundo en orden de un disparo! Miren esos muñecos tan bonitos: si le dan a este padre, él pondrá en movimiento con el pie esa cuna en la cual duerme su hijo. Si le dan al violinista que hay detrás, él va a deleitarlos con su música. Y ¿no han visto el moro que está ahí delante de una puerta bien cerrada? Denle en el pie y la puerta se abrirá; y así podrán ver asombrados el interior del palacio del sultán. Si prefieren hacer una buena obra y liberar a un preso de la cárcel, basta con dar en la ventana de la celda, y el preso saldrá de ella de inmediato. Esta sí que es la octava maravilla del mundo, la célebre barraca de tiro al blanco del famoso doctor Detonación.

(El discurso es interrumpido por las voces de los perseguidores. De vez en cuando, igual que ha sucedido con el discurso del dueño de la barraca de tiro, se oyen disparos).

EL PRIMER TIRADOR. Le voy a dar al oso para hacerlo bailar.

EL SEGUNDO TIRADOR. Mira ese otro muñeco; es estupendo. Nunca he visto uno así en una barraca.

EL PRIMER TIRADOR. Y parece real. Casi diría que no está pintado.

EL SEGUNDO TIRADOR. No encuentro el punto negro al que hay que apuntar.

EL PRIMER TIRADOR. Y ese otro muñeco, ¿qué hará si le das?

EL SEGUNDO TIRADOR. Ahora vamos a verlo.

(Se escucha el crujido de un gatillo).

TÍTERE. Señores, no disparen, por favor, tengan piedad de Títere.

EL PRIMER TIRADOR. Esto es increíble. Está hablando el muñeco.

TÍTERE. Yo no soy un muñeco, pero es que unas circunstancias difíciles han venido a obligarme a aparecer aquí como muñeco.

EL DUEÑO DE LA BARRACA DE TIRO AL BLANCO. (*En voz muy alta*): ¡Silencio! ¡Aquí no se habla! ¿Cómo se atreve a alterar el orden en el interior de mi negocio? Diga, ¿quién es usted?

TÍTERE. (*Aparte*). Ya no hay peligro. Parece que la banda se ha marchado.

(*Se oyen las voces de los perseguidores*): Vaya, no lo encontramos, nos ha tomado otra vez el pelo.

TÍTERE. Discúlpeme, señor, me gustaría mostrarle yo también mi habilidad. Tome esta moneda y deme un arma.

EL DUEÑO DE LA BARRACA DE TIRO AL BLANCO. Adelante.

TÍTERE. ¿No hay nada con música?

EL DUEÑO DE LA BARRACA DE TIRO AL BLANCO. Por supuesto que sí. Ahí tenemos una pequeña orquesta radiofónica. Si le da al director, oirá en seguida la obertura de la ópera *Plimplamplasco o El príncipe encantado de los monos*.

(Se escucha un disparo, y a continuación se oye la música de un reloj, muy alegre, que acaba al fin desapareciendo entre los ruidos de la feria).

TÍTERE. Todo esto quizás estaría bien si no hubiera olvidado mi pescado en el puesto del timo Lipsuslapsus. Sus consejos me han salido caros. El mercado ha cerrado. ¿Dónde puedo conseguir otro pez para comer? No puedo volver a casa sin llevarlo… Se me ocurre una idea. ¿Y si vas al jardín zoológico? Bueno, no titubees. Un salto y habrás pasado el muro.

(Da unas palmadas).

Vamos, no pierdas tiempo. Pescaremos un pez en el estanque.

VOCES DE NIÑOS. ¡Eh, Títere! ¿No nos oyes? ¡Ven!

EL PRIMER NIÑO. ¿Qué haces aquí, Títere?

TÍTERE. Bueno. Pues… la verdad es… que yo quería… He venido con objeto de estudiar el lenguaje de los animales.

EL PRIMER NIÑO. ¿Cómo? ¿Estás aprendiendo sus idiomas?

TÍTERE. No… ya los conozco. Tan sólo me faltan unas pocas palabras que dicen las cobayas. Y por eso he venido.

EL PRIMER NIÑO. Pues si conoces los idiomas de los animales, ven con nosotros y cuéntanos lo que están diciendo.

VOCES DE NIÑOS. ¡Ven! ¡Ven con nosotros! Vámonos primero a ver los monos. No, al rinoceronte. ¡De eso nada! Primero las rapaces.

UNA NIÑA PEQUEÑA. Títere, por favor, acompáñame donde los antílopes.

TÍTERE. Despacio, niños, uno después de otro. ¿Qué os parece si empezamos por zorros y lobos?

VOCES DE NIÑOS. Sí, de acuerdo, ¡vamos!

(Se oye aullar a los lobos y ladrar a los zorros. Luego, tras una pausa):

VOCES DE NIÑOS. ¿Qué están diciendo Títere?

TÍTERE. Están diciendo… Os asombrará. Hablan de lo que desearían que pasara con su piel cuando se mueran.

VOCES DE NIÑOS. No lo entendemos, Títere. ¿Qué significa eso?

TÍTERE. Ese zorro pequeño con la piel desgarrada dice que lo que a él le gustaría es estar en la mochila de un soldado y marchar a la guerra.

VOCES DE NIÑOS. ¿Y qué dice ese lobo?

TÍTERE. Quiere acabar en el bosque como felpudo de la casa de un

VOCES DE NIÑOS. ¿Y qué dice el precioso zorro azul?

TÍTERE. Siempre ha deseado conocer de cerca a los seres humanos. Le gustaría convertirse en un manguito en el que mete una niña sus maní tas.

VOCES DE NIÑOS. Títere, vayamos a los monos. ¿Qué es lo que están diciendo?

(Se oyen gritos y gruñidos de los monos).

TÍTERE. ¡Callaos! ¡Silencio! El idioma de los monos es difícil. Si no os calláis, no entiendo nada.

EL PRIMER NIÑO. Los monos, yo creo que no tienen idioma.

LOS OTROS NIÑOS. ¡Callaos! ¡Silencio!

TÍTERE. La historia es muy curiosa. Ahí tenéis sentado al gran papión, en la parte más alta de aquel árbol. Está hablando con un mono jovencito para que se comporte como un mono cuando tiene cerca a las personas. Y dice que, cuantas más tonterías, mejor.

EL PRIMER NIÑO. Y ¿por qué?

TÍTERE. Eso mismo le preguntan los monos. ¿Sabéis qué les responde? «Para que ellos no sepan que somos enormemente inteligentes y que poseemos un idioma, pues de lo contrario nos obligarían a trabajar».

EL PRIMER NIÑO. ¿Qué más cosas dicen?

TÍTERE. Ahora están hablando de las ventajas e inconvenientes de estar presos. La mayoría de los monos están aquí contentos porque tienen alimento, compañeros de juegos y una jaula caliente que siempre los protege de la lluvia y el frío.

(Se oyen unos gritos estridentes de un mono).

EL PRIMER NIÑO. ¿Y el mono pequeño? ¿Qué acaba de decir?

TÍTERE. No está de acuerdo con los otros. Dice que nada puede consolarlo de encontrarse metido en una jaula y no ver sino monos y personas, y que él cambiaría todos los monos y todas las personas por alcanzar a ver un papagayo, una jirafa o una mariposa…

(Se oyen de nuevo gruñidos).

TÍTERE. ¿No oís gruñir a ese orangután? Ha dicho que su situación es muy injusta porque en el zoo no existe una jaula para mariposas.

EL PRIMER NIÑO. (*Susurrando*). Menudo charlatán es ese tipo. Pero ¿qué están diciendo los elefantes?

TÍTERE. Están muy enfadados porque no ha llegado todavía el gorrión que cada mañana les relata las novedades de otros animales.

EL PRIMER NIÑO. Pregúntale qué tal se encuentra su bebé.

(Títere gruñe algo, y luego dice):

TÍTERE. Dice que hoy ya ha bebido diez botellas.

LOS NIÑOS. ¡El elefante no tiene un bebé! ¡Eso no es verdad!

EL PRIMER NIÑO. Títere, ¿qué están gritando los leones?

TÍTERE. Están muy pensativos calculando a qué día del mes estamos hoy.

EL PRIMER NIÑO. Pregúntales si quieren caramelos.

(Títere da unos gritos, y luego les dice):

TÍTERE. Dicen que encantados.

LOS NIÑOS. Los leones no comen caramelos. Títere, no eres más que un charlatán.

(*Cada vez más fuerte*): ¡Eres un charlatán! ¡Qué vergüenza, Títere! ¡Márchate de aquí a toda prisa! (*Silbidos y gritos*).

EL CUIDADOR. Los niños están hoy fuera de quicio. Son toda una plaga. En fin, la vida es dura. Aquí estoy empujando mi carreta cargada con carne, pero desde que Moholy, mi querido león, se murió de pronto la semana pasada ya no disfruto dando de comer a los animales. Me faltan los rugidos amistosos de Moholy cuando iba a su jaula a llevar la merienda. Me faltan el brillo de sus ojos salvajes y la intensa visión de los remolinos de la arena, azotada siempre por su cola. Pero en medio de toda esta tristeza es un gran consuelo que la dirección haya aceptado mi propuesta de disecar a mi querido Moholy. Así al menos me libro de ver la jaula vacía, y me siento mejor en cuanto veo aparecer un trocito de su pata situada al fondo de la jaula (pues lo han escondido tras un tabique para que el Sol no le haga desteñir). Pero, basta de cháchara y a seguir con mi ronda, que aún me falta mucho.

(*Las voces de los perseguidores*): ¡Que cierren el zoo! Seguro que Títere debe estar por aquí. ¡Hay que llamar a la policía! Esta vez sí que lo atrapamos. Niños, niños, ¿habéis visto a Títere?

TÍTERE. ¡Ese horrible Bocazas otra vez! Ya está ahí con su banda. Han vuelto muy rápido. No he tenido un minuto de tranquilidad desde que entré en la radio. Pero ¿qué veo? La jaula del león. ¿No me dijo ayer Nena que había visto en la jaula un león disecado? Disecado o vivo, siempre será mejor que venir perseguido por la banda de ese horrible Bocazas. Animo, Títere, entra y apalanca bien la puerta.

(Lo siguiente lo dice desde dentro).

TÍTERE. Prohibido dar de comer y molestar al león. Creo que yo podría darle de comer tanto como quisiera; en cuanto prueban la hierba, no

quieren tomar otra cosa.

(Las voces de los perseguidores, como arriba).

TÍTERE. Ya está ahí el Bocazas. Pero esta vez se va a enterar.

(Lo siguiente ya no lo dice desde dentro).

TÍTERE. Vengan, por favor, señores míos. Me gusta mucho recibir visitas. Entrada libre, señores. Mi amigo se alegrará de saludarles. Le voy a avisar.

(De nuevo desde dentro: se oyen fuertes rugidos de un león).

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡El león, Dios mío!

TÍTERE. (*Desde dentro*). Sí, mi amigo dice estar de acuerdo. Voy a abrirles la puerta. Y él saldrá y les mostrará el camino.

(El rugido del león se escucha más fuerte cada vez).

(*Las voces de los perseguidores*): ¡Dios santo, si es que está sacando al león! ¡Sálvese quien pueda! ¡Auxilio! ¡Socorro! (*Las voces se pierden*).

TÍTERE. (*Se ríe diabólicamente*). Señores, hoy no nos vamos a volver a ver.

(Pausa).

TÍTERE. ¡Taxi! ¡Taxi!

(Ruido de la calle).

Calle de la Fruslería, número 12, ¡rápido!

EL TAXISTA. Eso es imposible. En esa calle no hay más que dos casas.

TÍTERE. Pero en mi casa se cuentan las ventanas. ¡Vamos!

(Ruido de la calle, un rato después se escucha el estruendo de una explosión). (Pausa).

(Campanas).

TÍTERE. Me quedé dormido. Son las campanas de Santa Catalina. ¿Las seis de la tarde y aún estoy en cama?

NENA. No hables tan alto, Títere, cuídate. ¿Estás mejor?

TÍTERE. Me encuentro muy bien.

NENA. Títere, cariño, cuando pienso cómo te trajeron… La pierna vendada y en una camilla.

TÍTERE. No quiero que me cuentes nada de eso. Ya pasó. No me duele nada. Mejor me dices qué son esos paquetes.

NENA. Los trajeron los niños con los que estuviste hoy en el zoo.

TÍTERE. Muéstramelos, Nena.

(Durante toda la enumeración se oye el crujir de papeles. El contenido de los paquetes lo dicen alternativamente Nena y Títere).

TÍTERE Y NENA. Una caja de cigarrillos de chocolate. Una pistola de mazapán. Un muñeco de crocante. Un reloj de chocolate. Un garfio escarchado de ciruelas. Una bandeja toda de colores. Un jarrón de bizcocho. Una casa de pan de especias. Un enorme sable de caramelo.

TÍTERE. ¿Me como primero la pistola o el sable?

NENA. Yo quiero la pistola.

TÍTERE. ¡Quédate con el garfio!

NENA. No, con el reloj. Me lo voy a comer en lugar de la sopa.

TÍTERE. Tienes que empezar por el jarrón, que es el primer plato.

NENA. No, Títere. Yo soy el ama de casa; yo decido el menú.

TÍTERE. Tienes razón; y yo he de hacer un plan.

NENA. ¿Cómo? ¿Qué plan?

TÍTERE. Uno contra el Bocazas.

NENA. ¿Y por qué necesitas un plan contra él?

TÍTERE. Porque quiero romperle uno tras otro los huesos la próxima ocasión en que lo vea.

NENA. ¡Títere!

TÍTERE. Puedo empezar por la clavícula. Me parece bonito eso de empezar por la clavícula. Luego ya podrá venir la tibia. Pero aun así no sé si la de la pierna derecha o la de la izquierda. Es que no querría romperle las dos. Eso sería cruel. Luego, las costillas pueden sentirse ofendidas si siguieran enteras. Pero voy a tener que procurar no romper la costilla equivocada. ¿Cuántas costillas tendrá el señor Bocazas? ¿Tú qué crees, Nena? Siendo tan alto, tendrá lo menos veinte.

NENA. No es posible, Títere. Todos tenemos sólo doce costillas.

TÍTERE. Una más o menos da igual. Dime, Nena, ¿cómo es esa historia de David y Goliat?

NENA. Te lo explicaron en el colegio, Títere.

TÍTERE. Sólo quiero saber cuál murió de los dos. ¿David?

NENA. No. Goliat.

TÍTERE. Bueno, pues, entonces, mi plan ya está listo. Debes conseguir una carreta.

NENA. ¿Para qué quiero yo una carreta?

TÍTERE. Porque el señor Bocazas, cuando le haya roto las costillas, no podrá caminar.

NENA. Seguramente.

TÍTERE. Por tanto, lo llevaremos en carreta al mercado, donde está el monumento sobre el que aparece el señor Kules matando al león. Ahí apoyaremos a Bocazas; y cuando se reúna mucha gente, yo cantaré la historia mientras pasas el plato. Mira, ya he escrito la canción. (*Recitativo a la manera de un romance de ciego*):

Su esposa le ordenó
ir a comprar un pescado,
y Títere marchó
aunque estaba nublado[73].

(Llaman a la puerta).

NENA. ¿Quién es?

EL SEÑOR BOCAZAS. Sólo he venido a entregar un sobre para Títere.

TÍTERE. ¡Diablos! Otra vez ese Bocazas.

EL SEÑOR BOCAZAS. Buenos días, Títere. Me alegro de ver que estás mejor. También me alegro de entregarte esto.

TÍTERE. ¿Un sobre?

NENA. ¿Un sobre?

EL SEÑOR BOCAZAS. Y lo que hay dentro.

NENA. ¿Mil marcos?

EL SEÑOR BOCAZAS. Los honorarios de la radio.

TÍTERE. ¿De la radio? ¡Qué horror! ¡Casi me matan!

EL SEÑOR BOCAZAS. Pero ha logrado lo que se proponía.

TÍTERE. ¿Qué quieres decir?

EL SEÑOR BOCAZAS. Has hablado en la radio todo el tiempo, aunque no lo sepas.

TÍTERE. Pues habrá sido en sueños.

EL SEÑOR BOCAZAS. No en sueños, pero sí en la cama.

NENA. ¿En la cama?

EL SEÑOR BOCAZAS. Quien ríe el último también ríe mejor. Los de la radio somos aún más listos que tú. Mientras hacías maldades en la ciudad, pusimos un micrófono bajo tu cama y hemos grabado en unos discos todo lo que has dicho. Te traigo un disco. Escucha: (*Como si procediera de ese disco, se oye el texto de arriba, solamente un poco deformado*):

(*El disco*): matando al león. Ahí apoyaremos a Bocazas; y cuando se reúna mucha gente, yo cantaré la historia mientras pasas el plato. Mira, ya he escrito la canción:

Su esposa le ordenó
ir a comprar un pescado,
y Títere marchó
aunque estaba nublado.

TÍTERE. Por fin me entero de lo que es la radio.

NENA. Y yo he visto por fin un billete de mil.

TÍTERE Y NENA. Muchas gracias, Bocazas.

(Ahora suenan campanas, como arriba).

EL SEÑOR BOCAZAS. ¡Ha sido un honor! ¡Hasta la vista! Tengo que darme prisa, porque vamos a hacer la retransmisión desde Pumpernickel. Hoy sí que ha sido un día divertido.

LICHTENBERG

Un perfil[74]

Personajes

Un locutor

I. Seres lunares:
Labu, *presidente del Comité Lunar de Estudio de la Tierra*
Quikko, *director del parque de maquinaria*
Sofanti
Peka
Las voces de los seres lunares suenan en eco, como si vinieran del fondo de un sótano.

II. Seres humanos:
Georg Christoph Lichtenberg
El mayordomo del rey de Inglaterra
El actor David Garrick
Maria Dorothea Stechardt, *compañera de Lichtenberg*
Eberhard, *criado del profesor Pütter*
Pütter, profesor de derecho
Un pregonero
Un vendedor de siluetas
Tres ciudadanos de Gotinga
Un pastor protestante

LOCUTOR. Yo, el locutor, tengo sin duda el deber desagradable de situarme sobre todos los partidos, es decir, sobre todos los planetas. Como los sucesos que vamos a contar han ido ocurriendo entre la Tierra y la Luna, unas veces en una, otras en otra, vulneraría las leyes de la cordialidad interplanetaria si adoptara el punto de vista de la Tierra o la Luna. Así que ahora, para ser correcto, les comunico que la Tierra le parece a la Luna (que sin duda lo sabe todo de ella) tan enigmática como la Luna le parece a la Tierra (que sin duda no se sabe nada de ella). Que la Luna lo sabe todo de la Tierra y la Tierra no sabe nada de la Luna se desprende del hecho de que en la Luna existe un Comité dedicado al Estudio de la Tierra. Ustedes podrán seguir sin dificultades las sesiones de este comité. Para que lo entiendan todo bien, me permito explicarles unas cuantas cosas. Las sesiones del Comité Lunar son muy breves, dado que el tiempo que se concede a los oradores en la Luna es mínimo. Pues los habitantes de la Luna no tienen otro alimento que el silencio de sus conciudadanos, que por tanto no les gusta interrumpir. También hay que mencionar que un año terrestre apenas dura unos minutos en la Luna. Es el fenómeno de la diferencia horaria, algo que ustedes sin duda conocen. No tendré que decirles que en la Luna se han hecho fotografías desde tiempos ya inmemoriales. El parque de maquinaria del Comité de Estudio de la Tierra cuenta solamente con tres aparatos, que resultan más fáciles de usar que cualquier molinillo de café: el espectrófono, que nos permite que veamos y escuchemos todo lo que está sucediendo en la Tierra; el parlamonio, que traduce a música las palabras que emiten los humanos (que a los habitantes de la Luna les resultan molestas, por estar siempre acostumbrados a la música que emiten las esferas); y por fin el oniroscopio, mediante el cual podemos observar todos los sueños de los terrenales (y esto es muy importante, si tenemos presente que en la Luna se interesan en el psicoanálisis). Pero ahora mismo van a presenciar una sesión de nuestro Comité. (*Gong*).

LABU. Declaro abierta la sesión 214 del Comité Lunar de Estudio de la Tierra. Mi saludo a los miembros del comité, los señores Sofanti, Quikko y Peka. Actualmente nos estamos acercando a la conclusión de nuestros trabajos. Ya conocemos la Tierra en cada una de sus partes esenciales, y hemos decidido (a petición de muchos legos) realizar unos breves experimentos sobre el ser humano. El comité sabe que la materia no es fecunda. Las investigaciones de los últimos milenios no han encontrado ningún caso en el que un hombre haya conseguido hacer algo. Es un hecho establecido por la ciencia, y nuestras sesiones ya sólo tienen que demostrar la tesis de que esto es consecuencia de su desdichada condición. No hay unanimidad sobre la causa de dicha desdicha. El señor Peka ha pedido la palabra.

PEKA. Quiero decir algo sobre el orden del día.

LABU. De acuerdo.

PEKA. Les propongo que, antes de tratar los puntos siguientes, estudiemos el mapa de la Luna que los profesores Tobias Mayer y Georg Christoph Lichtenberg acaban de publicar ahora mismo en Gotinga.

QUIKKO. Pienso sinceramente que el Comité Lunar de Estudio de la Tierra no puede aprender nada de este mapa de la Luna. Por lo que veo, ni siquiera figura el cráter C. Y. 2803, en el que celebramos nuestras reuniones.

LABU. El mapa de la Luna es archivado sin debate.

SOFANTI. Disculpen, ¿quién es Tobias Mayer?

LABU. De acuerdo con el Archivo de la Tierra, es un profesor de astronomía de la universidad de Gotinga que ha muerto hace unos años. En cuanto a Lichtenberg, ha concluido sus trabajos.

SOFANTI. Propongo que agradezcamos al señor Lichtenberg su interés por el estudio de la Luna convirtiéndolo en objeto de las investigaciones de nuestro comité, cuyas últimas sesiones estarán dedicadas a los hombres, según se nos acaba de informar por el señor presidente.

LABU. ¿Estamos todos de acuerdo? El comité acepta la propuesta.

QUIKKO. Tengo la suerte de poderles presentar una foto de Lichtenberg.

TODOS. Muéstrela.

PEKA. Aquí hay veinte personas.

QUIKKO. Este es el pastor Lichtenberg, de Oberamstädt, cerca de Darmstadt, rodeado de su esposa y sus dieciocho hijos. El menor de ellos es el investigador de la Luna.

SOFANTI. Ahora tendrá más de treinta años.

LABU. Señores, nuestro tiempo ha terminado. Ruego al señor Quikko que oriente hacia Gotinga el espectrófono.

QUIKKO. Espectrófono orientado hacia Gotinga.

(Se oyen unos zumbidos y unos timbres).

QUIKKO. Lichtenberg no está en Gotinga.

LABU. Pues busque en otros sitios, pero busque callado, sin hablar. Tenemos una hora de silencio. (*Pausa*).

QUIKKO. (*Susurrando*): Está en Londres, en el Drurylane Theater. Ahora están representando *Hamlet*; el protagonista es el famoso actor Garrick.

GARRICK. ¡Reposa en paz, reposa… ánima en pena!

En cuanto a vosotros, caballeros, todo mi afecto y mi cariño,

que, aunque pobre, este Hamlet puede daros

pruebas de todo su amor y su amistad, que nunca han de faltaros
con la ayuda de Dios. Entremos…
Ya sabéis: los dedos en los labios, os lo ruego.
El mundo se halla fuera de juicio… ¡Oh, suerte maldita!
Que haya tenido que nacer yo para enderezarlo.
Vamos, venid conmigo[75].

(Salva de aplausos; música).

EL MAYORDOMO. Señor profesor, en el intermedio aquí hay mucho ruido. Además, me ha pedido Su Majestad que le haga el honor al señor Garrick de presentarle a uno de los sabios más grandes de Europa.

LICHTENBERG. Mi agradecimiento, Mayordomo. Su Majestad sabe que deseo fervientemente conocer al señor Garrick. Por lo que he visto, es un actor excepcional.

EL MAYORDOMO. Y ahora verá que sus modales no resultan peores que su arte. El señor Garrick se siente tan a gusto en la dorada corte de St. James como en la corte de papel de Hamlet.

LICHTENBERG. Indíqueme su palco, por favor.

EL MAYORDOMO. Ahí lo tiene. (*Al acomodador*): Diga al señor Garrick que estamos aquí.

LICHTENBERG. Me habían dicho que la acústica era mala, pero he podido oír cada palabra.

EL MAYORDOMO. Aquí la acústica es mala realmente. Pero, si actúa Garrick, no se pierde un sonido. Reina el silencio más completo y el público parece que se encuentre pintado en la pared.

EL ACOMODADOR. El señor Garrick les invita a entrar.

GARRICK. Un honor saludarles. El rey me había avisado de que vendrían.

LICHTENBERG. Me ha impresionado tanto su actuación que en verdad que no puedo saludarle como usted se merece, señor Garrick.

GARRICK. Señor Lichtenberg, el honor de recibirle es mayor que un saludo.

LICHTENBERG. Unos amigos me pidieron que no le viera actuar. Temían que después, al marchar a Alemania, no quisiera volver nunca al teatro.

GARRICK. No puedo tomarme en serio lo que dice. ¿O cree que la fama de Iffland o de Eckhof no ha llegado hasta aquí?

LICHTENBERG. Por desgracia, no tienen a menudo la posibilidad de representar al rey Lear o a Hamlet. Aquí Shakespeare no es célebre, sino algo sagrado. Su nombre se une a las ideas honorables y sus textos se cantan, de modo que buena parte de la juventud inglesa lo conoce antes que el abecedario y que la tabla de multiplicar.

GARRICK. Shakespeare es nuestra escuela, aunque no puedo olvidar tampoco lo que he aprendido de mis amigos Fielding y Sterne.

LICHTENBERG. Tengo la impresión de que necesitaría muchas páginas para exponer lo que me ha enseñado su comportamiento al ver el fantasma.

EL MAYORDOMO. Entonces no olvidará usted una anécdota que me han contado hace muy poco. Hace unas semanas había entre el público una persona que creía que el fantasma del acto primero era de verdad. Su vecino le dijo que era un actor. «Y entonces», replicó el primero, «¿por qué ese hombre de negro está asustado?». El hombre de negro era nuestro Garrick[76].

LICHTENBERG. Justamente quería hablarle de ese traje negro. He oído varias veces criticarlo, pero nunca a lo largo de un intermedio, ni de camino a casa, ni durante la cena, sino cuando la intensidad de impresión ya se había disipado por completo, en una conversación fría y distante. Y esa crítica nunca pudo convencerme.

GARRICK. Tengo razones para vestirme así. En el escenario los trajes antiguos acaban por ser una mascarada. Son bellos, pero causan una incontrolable confusión que no resulta nunca compensada por el placer que ofrece su belleza.

LICHTENBERG. Es que a usted le sucede con los actores que llevan vestidos antiguos lo que a mí con los libros alemanes en letras latinas. Para mí son como una traducción.

GARRICK. Déjeme hacerle una observación sobre mi combate con Laertes en el último acto. Mis antecesores se ponían un yelmo. Yo me pongo un sombrero. Pero ¿por qué lo hago? Que un sombrero se caiga durante un combate me resulta fácil de representar, pero no es tan fácil que se caiga un yelmo. No sé si hay que ponérselo muy fuerte, pero en cambio percibo cada movimiento de un sombrero. Creo que usted me entiende.

LICHTENBERG. Desde luego. La función del actor no es despertar al anticuario que habita en el público.

GARRICK. Un viejo autor español dice que el teatro es como un mapa en cuya superficie Valladolid sólo queda a unos pocos centímetros de Toledo. Un hombre de 16 años sube al escenario con 60. Eso es el teatro verdadero, al que no hay que complicarle su trabajo con pedanterías. (*Suena un gong*). Disculpen, pero tengo que salir a escena.

QUIKKO. Creo que los señores del comité no se enfadarán mucho conmigo por haber desconectado. Nuestro material ya está completo y nuestras sesiones pueden por lo tanto concluir. La desdicha de Lichtenberg ya no es para nosotros un enigma. Lo hemos visto acompañado de personas de extremada importancia y en el instante de su vida en que el mundo parecía ya ponerse a su disposición. El profesor fue huésped distinguido de la corte inglesa; tuvo el honor de conversar con el gran actor Garrick sobre los secretos de su arte;

visitó los grandes observatorios de Inglaterra y conoció a la rica aristocracia en sus castillos y en los balnearios; la reina de Inglaterra le mostró su galería privada, y Lord Calmshome llegó a mostrarle su bodega. Y ahora Lichtenberg tiene que volver a Gotinga, a la pequeña casa de alquiler con la que su editor le ha pagado sus libros. Lichtenberg volverá a mirar por la ventana, que sustituye al palco del teatro. Se matará a trabajar con los estudiantes que las familias inglesas distinguidas le van enviando. Lichtenberg, que hace cálculos sobre los eclipses de Luna y la conjunción de los planetas, ha de llevar la cuenta de los gastos de los jóvenes lores que están a su cargo. ¿No ven que la tribulación de esta existencia, con sus intrigas universitarias, sus chismorreos entre profesores, las envidias y las estrecheces, lo amargarán y convertirán en un misántropo? ¿Cuál es su desdicha? ¿Hace falta buscarla? Se llama Gotinga y está situada en el Reino de Hannover.

LABU. Creo que hablo en nombre de toda la ciudadanía de la Luna y en especial de nuestro Comité de Estudio de la Tierra si agradezco ahora cordialmente a nuestro compañero y director técnico su apasionante exposición. Sus observaciones resultan luminosas, y además son muy bellas porque se mantienen en el marco del breve tiempo del que disponemos. Pero no me parece conveniente la propuesta de interrumpir nuestras investigaciones en este momento. Pues, ¿por qué no podría el profesor, aun estando encerrado en una pequeña ciudad universitaria, elevarse por encima de ella con las alas del sueño más hermoso?

SOFANTI. El intento de orientar el espectrófono en dirección a Gotinga nos indica que ahora ahí es de noche. No podemos ver nada.

LABU. Me parece una magnífica oportunidad para mostrar que mi opinión es la correcta y poner en marcha el oniroscopio. Den orden de inmediato a la central.

(Se oyen unos zumbidos y unos timbres).

LABU. Quikko, encienda ya el oniroscopio y diga qué averigua.

QUIKKO. Veo al profesor Georg Christoph Lichtenberg observándose en sueños a sí mismo. Flota por encima de la Tierra, frente a un anciano iluminado cuyo aspecto le infunde mucho más que respeto. En efecto, si Lichtenberg lo mira, es invadido al punto como por un sentimiento irresistible de devoción y confianza, y cuando va a postrarse ante el anciano, éste le manifiesta lo que sigue: «Tú investigas la naturaleza, y aquí vas a ver algo que te puede ser útil». El anciano le entrega una bola de color verde azulado que sostiene con cuidado entre los dedos índice y pulgar. Su diámetro es de muy pocos centímetros. «Toma este mineral», dice el anciano, «examínalo y dime qué es lo que has averiguado». Lichtenberg entra en una hermosa sala llena de todo tipo de herramientas, pero ahora no puedo describirlas. Examina la bola, la sacude, la ausculta, se la lleva a la lengua; después la pone a prueba ante el acero, el cristal y el imán, y al fin determina su peso específico. Todas estas pruebas le muestran que la bola tiene un valor escaso. Pero luego recuerda que de niño compró tres bolas que eran parecidas a ésta en la feria de Fráncfort. Finalmente averigua que la bola tiene un poco de arcilla y un poco de cal, mucho silicio y algo de sal y hierro. El profesor ha sido tan meticuloso que, al sumar todas las cantidades, el resultado es cien. Entonces el anciano se sitúa ante él, mira el papel y lo lee con sonrisa casi imperceptible.

(Lo siguiente hay que leerlo de tal modo que en la voz de Quikko se distingan los dos interlocutores, es decir, Dios y Lichtenberg).

—Mortal, ¿sabes qué es esto que ahora mismo has examinado?

—No, inmortal, no lo sé.

—La Tierra entera a pequeña escala.

—¿La Tierra? ¡Oh, Dios grande y eterno! ¿Y dónde está el océano con todos sus diversos habitantes?

—Están colgados en la servilleta, los has quitado con ella.

—¿Y el aire y las cosas magníficas que hay en tierra firme?

—El aire se ha quedado en la taza del agua destilada. ¿Y cómo puedes hablar de las cosas magníficas que hay en tierra firme? No son más que polvo; en la manga de tu chaqueta queda un poco.

—No he encontrado rastro del oro y de la plata que gobiernan la Tierra.

—No tendré más remedio que ayudarte. Con el acero has eliminado Suiza, Saboya y la parte más hermosa de Sicilia, y has echado a perder un buen trozo de África. En ese cristal están las cordilleras; lo que saltó mientras que cortabas la bola con cristal fue el Chimhorazo[77]. Pero ahora, por desgracia, he de comunicarles que la imagen se está haciendo borrosa. El sueño ya parece ir llegando a su fin. En Gotinga debe estar amaneciendo.

(Se oyen unos zumbidos y unos timbres).

SOFANTI. ¡Oh! El gabinete de física de nuestro querido profesor.

DOROTHEA. (*Abre una puerta*). El aire está enrarecido. Y las ventanas aún están cerradas.

(Se oye cómo se abren las ventanas).

Aire limpio y una luz hermosa. Pero hay mucho polvo. Se ha ido acumulando mientras estuve fuera esta semana. Y el trapo del polvo dónde estará… ¡Bueno!

(*Pequeña pausa*). ¡Manos a la obra! (*Canta*):

Niños, levantaos,
el Sol ya ha llegado.
Como héroe reluce
que al mundo seduce.

Día, bienvenido,
la noche se ha ido.
Brilla en nuestras almas
el rayo que lanzas[78].

(*Se oye un ruido de cristales que se rompen*). ¡Por el amor de Dios! (*De nuevo, más asustada*): ¡Por el amor de Dios!

LICHTENBERG. (*Se oye abrirse una puerta*). ¿Qué pasa? ¡No es posible! ¡La máquina de galvanizar!

DOROTHEA. (*Llora*).

LICHTENBERG. Este es el castigo que merezco por levantarme tarde. Pues, tal como decía mi querido maestro Tobias Mayer: la vida está hecha de mañanas. Y por eso me he impuesto como regla el que el Sol, al salir, no me encuentre en la cama (salvo estando enfermo)[79].

DOROTHEA. (*Sigue llorando*).

LICHTENBERG. He de escribir a Braunschweig para encargar por dos luises de oro un nuevo cilindro; durante varias semanas tendremos por ahora que arreglárnoslas sin rayos artificiales. ¿Por qué lloras, Dorothea?, ¿por el daño? Estás llorando por haber roto tu juguete. Preferiría que tuvieras juguetes de otro tipo. Si hubieras visitado, como yo, el hermoso museo de míster Cox, en Londres. Dentro de él te apetece casi andar de puntillas entre aquellos aparatos mágicos. Allí, en su interior, habrías visto las serpientes trepando por los árboles, mariposas moviendo sus alas adornadas con diamantes, tulipanes que se abren y se cierran, cascadas producidas por tubos ondulados de cristal que están girando allí a toda máquina en torno a

su eje, elefantes dorados con palacios de oro a sus espaldas, cisnes que se alejan nadando suavemente sobre espejos y pardos cocodrilos que devoran unas bolas doradas.

DOROTHEA. ¿Me llevarás alguna vez a Londres?

LICHTENBERG. ¡Londres! ¡Cuánto me angustia recordarlo! ¡Qué habrán hecho todos esos petimetres (Armstale, Smeeth o Boothwell) con los que pierdo el tiempo dando clases para merecer vivir allí! Sin embargo, Inglaterra es la nación que ha producido nunca las personas más activas y grandes. No las personas que más han leído, pero sí, sin duda, las más firmes, más generosas, hábiles y osadas. En ningún otro lugar el ser humano es tan amado como en Inglaterra, y los ingleses disfrutan de unas cosas con las cuales nosotros, que vivimos bajo gobiernos de soldados, no hemos podido ni soñar. Pero, hablando de sueños, me gustaría quizá contarte uno que he tenido esta noche. Pero no lo cuentes, Dorothea. No sería bueno para mi reputación que se supiera que tiene sueños un científico. A veces me parece que las dudas que no me atrevo a confesar durante el día se abren paso en los sueños. Y, por la mañana, me gusta nuevamente recordarlos. Dudar es algo digno de los hombres. Dicho en pocas palabras: he soñado que estaba en el espacio, lejos de nuestra Tierra, muy cercano a la Luna…

DOROTHEA. Ahí tenemos a Eberhard que nos trae una carta.

LICHTENBERG. Ya iba siendo hora de que volviera, pues parece acercarse una tormenta. (*Llaman a la puerta*).

LICHTENBERG. ¡Adelante!

EBERHARD. Tenga muy buenos días, profesor. El profesor Pütter me ruega que le entregue una carta procedente de Gotha.

LICHTENBERG. Gracias. Mis respetos para Pütter.

EBERHARD. Adiós, muy buenos días.

LICHTENBERG. Deja la carta ahí, no quiero abrirla.

DOROTHEA. ¿Por qué?

LICHTENBERG. Me da aprensión.

DOROTHEA. ¿Cómo?

LICHTENBERG. Tengo un mal presentimiento.

DOROTHEA. ¿Cuál? ¿A qué te refieres?

LICHTENBERG. Es otra vez mi superstición. Creo que cualquier cosa se puede convertir en un presagio, consulto así un oráculo cien veces al día. No hace falta que te cuente los detalles. Por ejemplo, un insecto que se arrastra me va dando respuesta a mis preguntas sobre mi destino. ¿No es esto impropio de un profesor de física[80]? (*Pausa*). Tal vez sí, tal vez no. Sé que la Tierra gira, pero no me avergüenzo de creer que está quieta[81].

DOROTHEA. ¿Qué dirá esa carta?

LICHTENBERG. No lo sé, pero cuando antes oí romperse el cristal, tuve la impresión de que acababa de recibir con ello una mala noticia.

DOROTHEA. Déjame que la abra.

LICHTENBERG. No servirá de nada, no sabes leer la letra que usan esos señores.

DOROTHEA. ¿De qué señores hablas?

LICHTENBERG. Creo que son los señores del seguro de vida.

DOROTHEA. ¿Qué es ese seguro?

LICHTENBERG. La empresa que te ha de pagar cuando me muera.

DOROTHEA. No me gusta que digas esas cosas.

LICHTENBERG. (*Se oye abrir la carta*). Mis presentimientos eran buenos. O, al menos, sí lo han sido esta vez. Los señores escriben: «Muy apreciado señor profesor: en respuesta a su escrito del pasado día

24, nos vemos obligados a comunicarle que, a la luz de los informes de nuestro médico, al que hemos entregado los certificados y documentos que usted nos envió, no estamos por ahora en condiciones de contratar con usted un seguro de vida[82]». Esto alimenta mis manías.

DOROTHEA. Pero ¿qué significa todo eso?

LICHTENBERG. Peores que la carta son los pensamientos que me incita. Hipocondría. ¿Sabes lo que es eso?

DOROTHEA. ¿Cómo puedo saberlo?

LICHTENBERG. Es el miedo a quedarse ciego, a enloquecer, a morir, a soñar y, en fin, a despertar. Y, cuando te despiertas, miras si el primer cuervo que hayas visto ha pasado volando a la derecha o a la izquierda de la torre.

DOROTHEA. No imaginé así esta mañana.

LICHTENBERG. Una mañana sin duda muy hermosa, pero tal vez haga demasiado calor. Cuando miro el campo, no comprendo mis rarezas nocturnas. Imagínate: anoche, cuando estaba aún en duermevela, vi un hombre que era una tabla de cálculo. Luego me despertó mi propia voz y oí cómo decía: «Ese hombre debe ser muy refrescante», y pensé en el principio de no contradicción que tenía ante mí como un alimento[83].

DOROTHEA. Hay que cerrar la ventana, hay mucho viento.

LICHTENBERG. Y es un viento muy fuerte. Tendremos en seguida una tormenta. Así que no debemos estar tristes por haber perdido ese cilindro, pues, en unos minutos, recibiremos en nuestro gabinete unos preciosos rayos.

DOROTHEA. ¿Está dispuesto ya el pararrayos?

LICHTENBERG. Sí, desde el mediodía de ayer tenemos en esta casa el primer pararrayos de Alemania, y el buen Dios va a ponerlo ahora

mismo en funcionamiento.

(Se oyen unos truenos).

QUIKKO. Hay tormenta en Gotinga. Eso nos obliga a desconectar.

SOFANTI. Espero que me permitan emplear esta pausa para informarles de mis observaciones sobre el desarrollo de esta sesión.

LABU. Sofanti tiene entonces la palabra.

SOFANTI. Por desgracia yo no puedo aprobar las ideas del querido señor Quikko sobre nuestro filósofo alemán. Pues quien haya seguido atentamente ese diálogo con su compañera sin duda llegará a la conclusión de que lo que a este hombre le arruina su vida no son las circunstancias exteriores, sino por cierto su temperamento. Sí, señores míos, me atrevo incluso a calificar a este desdichado profesor como un hombre enfermo. Miren: un profesor de ciencias físicas, uno que está más que acostumbrado a conectar los fenómenos del mundo como causa y efecto y que, sin embargo, basa su paz y felicidad en los insectos y el revoloteo de los cuervos, en los sueños y en los presentimientos… Este hombre podría vivir igual en Londres o en París, en Constantinopla o en Lisboa, pero la vida más viva y más distinguida de las cortes estarían perdidas para él, que se cerraría allí en sí mismo. Un hombre así no ha de llegar a nada. ¿Quieren tener ustedes pruebas de ello? Pues aquí las tienen. Es la fotografía del *Almanaque de bolsillo de Gotinga*[84], que debemos a un hábil operador en Neptuno. Miren qué artículos escribe el señor Lichtenberg. ¿Son dignos estos temas de un gran erudito? Observaciones sobre la preparación del helado en la India; sobre las modas inglesas; sobre los nombres propios; sobre casos de apetito descomunal; sobre la utilidad de los bastonazos en diversos pueblos; sobre las campanas; sobre la docilidad de los animales; sobre el carnaval, o los menús[85]…

LABU. Siento indicar al señor Sofanti que su comprensible irritación está a punto de hacerle rebasar el tiempo disponible de su turno, así como que, a causa del conocido fenómeno de la diferencia horaria entre la Tierra y la Luna, hemos perdido durante todo un año el contacto el objeto de nuestro estudio. Pero, intentemos orientar el espectrófono nuevamente hacia Gotinga.

(Se oyen unos zumbidos y unos timbres).

QUIKKO. El profesor no se encuentra actualmente en su laboratorio, sino en el despacho de su vivienda en casa de su editor, el señor Dieterich. Gracias al fichero de nuestro archivo hemos averiguado que este Dieterich aloja en casa de modo gratuito al profesor Lichtenberg para que éste le escriba gratis el *Almanaque de bolsillo de Gotinga*. El profesor está sentado en su escritorio. Seguiremos su mano, que avanza escribiendo con la pluma. La vela está situada a su derecha, la iluminación es muy buena.

«Queridísimo amigo:

Esto sí que es por cierto amistad alemana. Mil gracias por haberse acordado de mí. He tardado un poco en contestarle, pero el cielo sabe bien por qué. Es el primero al que se lo confieso. El verano pasado, muy poco después de recibir su última carta, sufrí la pérdida más grande que he tenido en toda mi vida. No le cuente a nadie lo que voy a decirle. En el 1777 (los sietes son en verdad unos inútiles) conocí a una muchacha de esta misma ciudad, una que tenía por entonces sólo un poco más de trece años; hasta entonces nunca había visto tal modelo de belleza y de dulzura, y eso que ya he visto muchas cosas. La primera ocasión en que la vi ella se encontraba en compañía de cinco o seis niños más que, como es aquí costumbre, vendían flores a los transeúntes en los alrededores de la ciudadela. Me ofreció un ramo y lo compré. Conmigo iban tres ingleses que entonces se alojaban en mi casa. “God almighty”, dijo uno de ellos, “what a handsome girl this is!” [“¡Oh, Dios mío, qué hermosa es la muchacha!”]. También yo me había

dado cuenta; y, sabiendo que nuestra ciudad es una Sodoma, pensé muy seriamente en poder retirar de ese comercio a aquella excelente criatura. Por fin, conseguí hablar con ella a solas y le pedí que me visitara, pero ella respondió que nunca iba a la casa de un hombre. Le dije que era profesor de universidad, y por fin una tarde me visitó con su madre. Dicho en pocas palabras: dejó de vender flores y pasaba en mi casa el día entero. Y descubrí que en el hermoso cuerpo vivía el alma que había ido buscando sin tener éxito durante muchos años. Le enseñé a escribir y a calcular, y le proporcioné otras nociones que, sin hacer de ella una sabionda, desarrollaran su inteligencia. Mi instrumental de física, que me costó más de 1500 táleros, la interesó por su resplandor, y así acabó siendo casi su único entretenimiento. Nuestra relación creció hasta el máximo. Ella se iba muy tarde cada día para volver a la primera hora de la mañana siguiente, y su principal preocupación era mantener correctamente la totalidad de mis cosas, es decir, desde la corbata hasta la bomba neumática, y lo hacía con dulzura celestial que antes yo nunca habría creído posible. La consecuencia fue, como usted mismo ya estará suponiendo, que a partir de la Pascua de 1780 ella ya se quedó a vivir en mi casa. Se encontraba tan a gusto con este tipo de vida que no salía de ella sino para ir a la iglesia. No había modo de echarla, siempre estábamos juntos. Y, cuando estaba en la iglesia, era como si con ella se hubieran ido mis dos ojos y todos mis sentidos. En pocas palabras: se convirtió en mi esposa (consiéntame la expresión, querido amigo) sin mediar bendición sacerdotal. No podía mirar sin la mayor emoción a este bello ángel que había aceptado llevar este vínculo. Me resultaba en verdad insoportable que ella me hubiera sacrificado todo sin darse tal vez cuenta de la enorme importancia que la cosa tenía. De manera que opté por sentarla a la mesa cuando unos amigos comían conmigo, y le proporcioné además los vestidos que correspondían a su situación; y cada día la iba amando más. Decidí casarme con ella ante el mundo, cosa que ella también me recordaba alguna que otra vez. Pero ¡dios mío! De repente, mi celestial muchacha se me murió el atardecer del 4 de agosto de 1782. Había llamado a los mejores médicos, y había hecho todo lo posible. Permita, amigo mío, que termine. Ya no puedo seguir.

G. C. Lichtenberg[86]»

LABU. Por desgracia, señores, hemos podido comprobar una vez más que el interesantísimo fenómeno de la muerte (que entre nosotros es desconocido) provoca perturbaciones lamentables en los seres humanos. Creo que ustedes estarán de acuerdo en acompañar con una música el alma de esta muchacha en su camino a través del espacio.

(Sigue una música muy breve).

LABU. Lamento comunicarles que el espectrófono se ha desplazado tanto que será muy difícil que volvamos a ver al señor Lichtenberg.

(Se oyen unos zumbidos y unos timbres).

QUIKKO. En efecto, se ha dado un desplazamiento de una millonésima de miligrado, con lo que ya no estamos en Gotinga. Según los instrumentos de medición, se tratar de Einbeck, que no se encuentra lejos de Gotinga. ¡Silencio!

LICHTENBERG. Profesor Pütter, creo…

QUIKKO. Escuchemos, es la voz de Lichtenberg. Y procede de Einbeck.

LICHTENBERG. Profesor, retirémonos a la taberna, aquí hay un exceso de ruido.

PÜTTER. Si, es que por ahí viene mucha gente siguiendo al pregonero.

PREGONERO. En nombre del alcalde regidor de la ciudad de Einbeck se ha de hacer saber que el asesino Heinrich Julius Rütgerodt va a ser llevado hoy mismo de la vida a la muerte, hoy, 30 de junio, a las tres de la tarde, en las afueras de nuestra ciudad. Heinrich Julius Rütgerodt, que era un ciudadano respetable con ingresos de 1500 táleros, le dio muerte a su madre porque, dijo, comía demasiado. E inventó para ello cierta máquina que, en opinión de destacados e

importantes profesores y mecánicos, sin duda es digna de la humana inteligencia. En efecto, varias tablas del granero se ensamblaron de modo que cayeran en la cabeza de su madre en cuanto ella pisara cierta tabla. Rütgerodt la mató de esa manera sin tener que herirla. Y también mató a golpes a su mujer porque una mañana le hizo mal el café. No ha indicado otra causa diferente en el interrogatorio. A la criada le dio muerte en el sótano de la misma manera, dado que no quería seguir alimentando al hijo de ella. Todos los profesores y juristas aparecen de acuerdo en que, pese a su tendencia a la inhumanidad, Rütgerodt tenía algún momento en que lo torturaba su conciencia. No soportaba ver la luz del día, sino que se pasaba el tiempo en casa, con las ventanas cerradas por completo. También se ha comprobado que, cuando sus sentidos estaban sanos y su entendimiento en plenitud, Rütgerodt era un hombre inteligente. Este monstruo humano va ahora a ser trasladado en público de la vida a la muerte, recordando ante el pueblo sus delitos, de los que se le exigen confesión.

PÜTTER. Querido señor Lichtenberg, lamento haberlo invitado a una excursión en la que se vea molestado por este griterío de la plebe.

LICHTENBERG. Yo ya habría pedido al tabernero que cerrara al punto las ventanas si por mi parte no me interesaran estos raros casos criminales.

PÜTTER. Dígame lo que quiera, pero bien sé que sólo la amistad le ha movido así a participar en la aventura de una ejecución.

LICHTENBERG. Claro que, al fin y al cabo, no asistiremos a la ejecución. Por cuanto a mí respecta, yo tendría…

PÜTTER. Oh, ¿pero qué me dice? En cuanto a mí, se trata solamente de examinar el acta, después que el delincuente haya sido ya ejecutado.

LICHTENBERG. No me dirá que se encuentra trabajando como en un Pitaval[87] particular de nuestro Reino de Hannover.

PÜTTER. No puedo negarlo, señor Lichtenberg.

LICHTENBERG. Pues entonces permítame que le resuma una pequeña obra a la que asistí hace unos años, hecha en un teatrillo de marionetas, en Londres.

(Se oyen voces afuera).

PÜTTER. Voy a cerrar las ventanas. El ruido va siendo gigantesco.

LICHTENBERG. Era la obra de un titiritero que había ido a instalar su carpa en las cercanías del Covent Garden. Por algunos peniques podías sentarte allí durante horas, y una de las obras de su repertorio aún es para mí inolvidable. Normalmente, los títeres representan personas, pero en este caso solamente se trataba de títeres. Había cinco, seis o siete colgando ante un telón: un comerciante, un soldado, un sacerdote, un ama de casa y un juez. Los títeres se mecían con el viento y hablaban. ¿De qué? De la libertad de la voluntad. Su conversación era tranquila, pues todos tenían la misma opinión: la naturaleza, la religión y la razón unen sus esfuerzos en favor de conseguir una libre voluntad. Pero una marioneta que estaba en un lado (creo que antes he olvidado mencionarla) no lo tenía tan claro. Esta marioneta era un filósofo, tal vez también un profesor de física. Todas las restantes marionetas no daban importancia a su opinión… Mas de repente vimos cómo aparecía por arriba una enorme mano de cartón. Representaba una mano humana que iba retirando un muñeco tras otro. Todo era muy claro. El titiritero iba sacando del escenario sus muñecos, uno a uno. En cuanto uno desaparecía, los demás al momento preguntaban por qué. Siempre había un pretexto, pero lo que nunca se mencionaba era la mano del titiritero. Y al final sólo quedaba en el escenario aquel filósofo o profesor de física.

PÜTTER. No sé qué significa lo que dice.

LICHTENBERG. No quiero decir nada, sino tan sólo hacer una pregunta. ¿Al ejecutar a un asesino no estamos cometiendo el mismo error que

un niño que golpea la silla en que se apoya[88]?

UN VENDEDOR. Discúlpenme, señores, si molesto, pero echen un rápido vistazo a la colección que va conmigo, la mejor colección de siluetas que haya existido nunca. Cada una cuesta diez céntimos tan sólo. Vean al rey de Hannover, el rey de Prusia, los señores Danton y Robespierre, de los que tanto se habla, el señor Goethe, que es ministro en Weimar y gran autor de *Werther*, el señor Bürger de Gotinga, el gran viajero Forster, el señor Iffland y el señor Kopf, los mejores actores de Berlín, y hasta la señorita Schroder de Weimar… no puedo nombrar a todos los que traigo. ¿No les interesa? (*Pausa*). Pero quizá querrán un pequeño recuerdo de este día. Les presento la silueta de este monstruo. En el reverso hay un texto procedente del señor Lavater[89]…

PÜTTER. (*Lee*): «Un asesino insaciable y malvado, un feroz asesino de mujeres, un asesino de madres, un horrible tacaño que ningún moralista podría imaginar ni ningún actor representar ni ningún poeta describir. Disfrutaba de la sombra de la noche, cerraba las ventanas para convertir en noche el día, echaba el cerrojo de su casa, evitaba la luz como evitaba a las personas, enterraba en un sótano los tesoros que había robado. Manchado en sangre de los inocentes, el día del aniversario de su boda bailaba y reía con aquella mujer a la que en un rato mataría al lado de la tumba que ella misma había cavado siguiendo sus órdenes. Todo esto se puede leer en la imagen: sus ojos no miran nada, su sonrisa es como una tumba abierta, sus espantosos dientes son en verdad las puertas del infierno».

PÜTTER. Pagaría diez céntimos por esa silueta.

LICHTENBERG. Yo incluso pagaría veinte, porque tiene una pequeña historia.

PÜTTER. ¿Qué quiere decir?

LICHTENBERG. No tengo inconveniente en explicárselo. Me he permitido gastar una broma, pero ha de quedar entre nosotros.

PÜTTER. El sigilo es parte de mi profesión.

LICHTENBERG. Bien lo sé. Pero no me atrevería a contarle esta historia si es que no supiera que tenemos la misma opinión sobre la fisiognomía de Lavater, que ahora está triunfando en todas partes.

PÜTTER. Lo que a mí me asombra de ese hombre es el que una persona que intenta prestar tanta atención a los signos para deducir de ellos el carácter no se haya dado cuenta de que nadie cree en las personas que escriben justamente como él. En todo caso, deberíamos saber que la manera de dar testimonio de algo es más importante algunas veces que el propio testimonio[90].

LICHTENBERG. Entonces, escuche. Circunstancias que no quiero mencionar me permitieron enviar a Lavater la silueta del monstruo al cual están a punto de ejecutar ahí fuera. Pero yo no le dije ni a quién representaba la silueta ni que era yo quien se la enviaba. Y ahora, escuche su respuesta; la llevo conmigo, que este papel vale más que un reino.

PÜTTER. Léamela pues.

LICHTENBERG. «Esta silueta pertenece a un hombre sin duda extraordinario que sería grande si tuviera más amor e inteligencia. Tal vez me equivoque, pero veo en él la disposición y la tendencia a fundar o difundir una nueva secta religiosa. No puedo decir más, ya es demasiado».

PÜTTER. ¡Sin duda! ¡Ya lo creo! Ha hecho usted un acertado experimento con los fisiognomistas.

LICHTENBERG. Si la fisiognomía llega a ser lo que Lavater espera, la gente llegará a ahorcar a los niños antes de que hayan cometido ninguno de esos crímenes que merecen la horca[91].

PÜTTER. Tal vez sería mejor el que no mencionáramos la horca cuando estamos tan cerca de una.

LICHTENBERG. Me alegro de que el ruido haya cesado. Es que todavía me estremezco al recordar la mañana en que vi por primera y por última vez a un hombre al que iban a ahorcar. La cosa fue en Londres. El pobre estaba en pie ante el jurado y, mientras dictaban la sentencia, el Lord Mayor de Londres hojeaba el periódico[92].

PÜTTER. Creo que es hora de que nos marchemos. La Luna ya nos mira pasando a través de la ventana.

LICHTENBERG. Una Luna menguante, y muy turbia además. Nada odio más que ver la Luna cuando[93]…

QUIKKO. Señores, ya están oyendo los insultos que nos va a dirigir el señor Lichtenberg. No es digno de que sigamos escuchando. Voy a desconectar.

LABU. Sin dar por buena la impulsiva reacción de nuestro apreciado compañero, cedo la palabra al señor Peka.

PEKA. Señores, creo que ya se han dado cuenta de que las imágenes del espectrófono eran ahora más nítidas que nunca, tal vez a consecuencia de que la tormenta haya limpiado la atmósfera que es propia de la Tierra. Hemos contemplado bien a Lichtenberg, y creo estar hablando en nombre de todos si les digo que estamos convencidos de que la solución a nuestro problema se halla más cerca de lo que pensábamos. Lichtenberg es un hombre desdichado. Mas no debido a las circunstancias exteriores, esas que lo retienen en Gotinga, ni tampoco debido a su disposición interior, que hace de él un hipocondríaco, sino simplemente por su aspecto. Creo que habrán advertido que el señor Lichtenberg tiene una joroba, y el que un jorobado hable mal de la fisiognomía es bastante fácil de comprender. Como en un punto importante (la joroba) no se puede sumar a lo que dice la opinión general, sin duda no le queda más

remedio que hacerse una opinión particular sobre cualquier asunto. Tampoco debería sorprendernos que Lichtenberg hable mal de Lavater, de los entusiastas y los genios. Porque aquel que se ve sometido a la crítica por culpa de la forma de su cuerpo no tiene más remedio que adoptar una actitud defensiva hasta cuando critica.

LABU. Agradecemos mucho al señor Peka su exposición clara y precisa. Vamos ahora mismo a averiguar si es que tiene razón y un jorobado resulta incapaz de entusiasmarse.

SOFANTI. Venus nos acaba de comunicar un fenómeno del que recomiendo tomar nota. El cincuentón de Lichtenberg, fiero enemigo de los exaltados que se mantuvo fiel a la razón todo a lo largo de su vida, está a punto de engañarla con la musa. ¡Está declamando!

LABU. Una oportunidad extraordinaria para poner en marcha el parlamonio. Oigamos el principio del poema para traducirlo luego en música.

SOFANTI. Les ruego silencio.

(Gong).

LICHTENBERG. (*Solemnemente, a diferencia de su tono habitual*). Más de una vez me he preguntado qué sucedería si el Sol no volviera, si despertara en una noche oscura, y en consecuencia me alegraba cuando el día volvía a despuntar. El silencio del alba, que es el amigo de la reflexión, unido al intenso sentimiento de las fuerzas de nuevo renovadas y de la salud recuperada, despertaban en mí tanta confianza en el orden de la naturaleza y en el espíritu que la gobierna que volvía a sentirme tan seguro en medio del tumulto de la vida como si mi destino reposara recogido en mis manos. «Esta sensación que no te impones», pensé en esos momentos, «una que sin duda no te inventas y que además te proporciona este indescriptible bienestar es obra de ese espíritu, y con ella te dice

claramente que ahora al menos estás pensando bien». Y me dije entonces a mí mismo: «No perturbes esta paz del cielo mediante la culpa. ¿Qué sería para ti un nuevo día si esta claridad que hay en tu ser no lo reflejara en tu interior? ¿Qué será lo que esperas de la música que emiten las esferas, si no son ya estas reflexiones? ¿Qué es la armonía que emiten los planetas, sino la expresión de esta certeza que al principio invade los espíritus con un fuerte tumulto de placer, pero que luego…?»[94].

(El recitado, que antes ya quedara oculto por la música, ahora da paso a una melodía de carácter hímnico y extenso, al estilo de Haydn o de Handel. Algo después, la música se transforma en una marcha fúnebre).

PRIMER CIUDADANO. El cortejo es magnífico.

SEGUNDO CIUDADANO. ¡Chis, no se habla en un cortejo fúnebre! Espere que lleguemos.

PRIMER CIUDADANO. (*En voz más baja*). Sólo quiero decir que el cortejo es magnífico. ¡Guando recuerdo cómo enterraron a Bürger[95]! Tres personas seguían su ataúd: el profesor Althof…

SEGUNDO CIUDADANO. ¡Cállese, va usted a causarnos problemas!

PRIMER CIUDADANO. Ya ha llegado el principio del cortejo. La música va pronto a terminar, dando entonces paso a los discursos.

TERCER CIUDADANO. Parece que creía en la transmigración de las almas. Se lo he oído decir al mecánico Poppe, que fue quien construyó sus instrumentos.

SEGUNDO CIUDADANO. ¡Miren ahí! ¿Conocen ese sitio?

PRIMER CIUDADANO. Sí, es su ventana. Desde su gabinete él podía ver su propia tumba.

TERCER CIUDADANO. Desde esa ventana contempló el entierro de Bürger con un anteojo. Y cuando vio pasar el coche fúnebre delante de la puerta del cementerio, su criado (que estaba en la habitación de al lado) pudo oír un sollozo. No vio bajar del coche el ataúd, pues cerró la ventana[96].

SEGUNDO CIUDADANO. Coqueteó con la muerte durante toda su vida. Han pasado más de siete años y lo recuerdo como si fuera ayer: «Los ángeles me están comunicando con mucha claridad desde hace algún tiempo que tienen muchas ganas de arrastrarme por fin al cementerio dentro de una casita transportable[97]». Eso me lo escribió hace siete años.

TERCER CIUDADANO. Se dice que creía en la transmigración de las almas.

SEGUNDO CIUDADANO. Pues la suya igual llega a la Luna. Siempre le gustó hacer viajes largos.

PRIMER CIUDADANO. No me puedo creer el que fuera profesor de física. En cierta ocasión dijo: «¿Qué es la materia? Tal vez no hay nada así en la naturaleza. Matamos la materia y después decimos que está muerta[98]».

TERCER CIUDADANO. No hay que creer todo lo que dicen de él; últimamente evitaba a todo el mundo. Pero ahí adelante hay movimiento, han enterrado ya el ataúd.

PRIMER CIUDADANO. Es un escándalo que los profesores no hayan suspendido hoy las clases.

SEGUNDO CIUDADANO. Sin duda este cortejo es muy hermoso. Si ustedes recuerdan el entierro de Bürger…

VARIAS VOCES. Su comportamiento es insolente, son ustedes gente despreciable.

EL PASTOR PROTESTANTE. Honorable comitiva fúnebre, ilustres representantes de la universidad, dignísimos ciudadanos de la

villa…

LABU. Declaro abierta la última sesión del Comité Lunar de Estudio de la Tierra. Por desgracia, el objeto de observación (el profesor Lichtenberg, de Gotinga) ha muerto antes que concluyéramos el trabajo. He cortado el sonido del entierro, que solamente habíamos comenzado a escuchar, porque el Comité tiene razones para llevar a cabo por su parte un funeral delicado a Lichtenberg. Pues ¿dónde quedaría nuestra reputación y honor científico si finalmente no reconociéramos que hay que pedir disculpas al difunto? (*Murmullos de los miembros del comité*).

Señores, el ser humano no es feliz, eso está confirmado. Pero hemos sacado a partir de ello conclusiones bien precipitadas. Concluiremos pues que el ser humano no ha de llegar jamás a nada. El profesor parece confirmarlo, pues conocemos la amplia lista de las obras que el difunto quería componer y que nunca escribió en realidad. *La isla de Cebú, La rueca, El príncipe doble*, etc. Es posible que Lichtenberg no escribiera finalmente libro alguno porque conocía claramente el destino que les esperaba. Por uno que se lee —repetía—, mil son hojeados como mucho. Otros mil libros no los toca nadie. Otros se usan para obturar las ratoneras o son lanzados contra los ratones. Sobre otros la gente se pone de pie, o se sienta, o tamborilea, y hasta los usa para cocinar. Y con otros libros se encienden las pipas acomodándose junto a la ventana[99]. Lichtenberg tenía en todo caso una opinión muy mala de los libros y una muy buena en cuanto al pensamiento. Gracias a nuestros métodos fotográficos, nosotros sin embargo poseemos los textos que Lichtenberg escribió en su diario y que tendrán un día cierta fama en la Tierra. Señores, estos libros están llenos de conocimientos importantes que Lichtenberg tal vez no habría obtenido si dispusiera de la serenidad imperturbable que nos adorna a los habitantes de la Luna. Así, me atrevo a cuestionar la idea en que se basan nuestras investigaciones: que los seres humanos, como no son felices, nunca

llegan a nada. Tal vez precisamente su desdicha es lo que los hace ir avanzando, y algunos al final llegan tan lejos como el profesor Lichtenberg, que merece sin duda nuestro aprecio no sólo por su mapa de la Luna. Por lo tanto, propongo que el cráter G. Y. 2802, donde celebramos nuestras reuniones, se sume a aquellos cráteres que hemos dedicado anteriormente a los distintos espíritus terrenales que nos parecen haberlo merecido. Los cráteres de los márgenes del mar de nubes y de las alturas de las montañas de la Luna que llevan los nombres de Tales y de Helvetius, de Humboldt, de Condorcet y de Fourier deberán acoger ahora en su seno al denominado cráter Lichtenberg, que vemos reposar claro y pacífico gracias a esa luz mágica y pura que ilumina el milenio, una que es en todo comparable a la luz que irradian los escritos de esa «cumbre de luz[100]» de lo terreno. Y, en conclusión de las investigaciones del Comité, damos paso a la música de las esferas.

(Música).

HISTORIAS Y RELATOS

LA MUERTE DEL PADRE

Relato[101]

Durante el viaje evitó pensar qué significaba el telegrama: «Ven en seguida. Empeoramiento». Por la tarde había salido con mal tiempo de la localidad de la Riviera. Lo iban rodeando los recuerdos como la luz de la mañana se abalanza de repente sobre el trasnochador: caían directamente sobre él, con dulzura y vergüenza. Y escuchaba indignado el rumor que emitía la ciudad, en cuyo mediodía estaba entrando. El sentirse ofendido le parecía la única respuesta a las molestias que le causaba la familia. Pero, a cambio, sentía aún el placer de las horas que acababa de pasar con una mujer casada.

Ahí estaba su hermano. Y mientras una eléctrica descarga caía ahora sobre sus caderas, odió a aquel hombre vestido de negro. Percibió su saludo apresurado junto con su mirada melancólica. Los esperaba un coche. El viaje fue ruidoso. Otto balbuceó una pregunta, pero el recuerdo de un beso aún lo arrastraba.

Sobre la escalera de la casa apareció de pronto la criada, y él se desmoronó cuando ella le quitó de entre las manos la pesada maleta. Todavía no había encontrado a su madre, y su padre aún vivía. Allí estaba, sentado en su sillón, junto a la ventana… Otto se acercó y le dio la mano. «Otto, ¿ya no me besas?», le preguntó de pronto en voz baja su padre. El hijo se lanzó entonces sobre él, y enseguida salió. Ahora se encontraba en el balcón y gritaba a la calle. Se cansó de llorar, y entonces recordó en sueños la escuela, los años de comerciante, el viaje a América.

«Don Martin». Estaba más tranquilo, avergonzado de que su padre aún viviera. Sollozó, y la criada puso su mano encima de sus hombros. La miró

detenida y mecánicamente: una mujer sana y rubia, la refutación más completa del enfermo al que había tocado. Y se sentía en casa.

En el barrio más animado de la ciudad estaba la biblioteca utilizada por Otto durante las dos semanas de su estancia. Cada mañana trabajaba por tres horas en su tesis doctoral sobre Economía Política. Y por la tarde estudiaba el contenido de las revistas ilustradas. Otto amaba el arte y le dedicaba mucho tiempo. En estas salas nunca estaba solo. Se llevaba bien con el respetable funcionario que entregaba y recogía los libros pedidos. Cuando levantaba la mirada del libro, frunciendo las cejas sin pensar en nada, solía percibir una cabeza que conocía ya desde el colegio.

La soledad de estos días, que no era ociosa nunca, le sentaba bien, después de que las últimas semanas que había pasado en la Riviera hubieran puesto sus nervios al servicio de una mujer fuerte y sensual. Por la noche, en la cama, buscaba los detalles de su cuerpo, o le enviaba su sensualidad, más fatigada, entre ondas hermosas. No pensaba a menudo en ella. Cuando iba sentado en el tranvía frente a alguna mujer, arqueaba las cejas elocuentemente con expresión vacía, como en un gesto con el que rogaba una soledad inaccesible en su dulce indolencia.

Mientras, la casa centraba sus esfuerzos en el moribundo; no se preocupaba para nada por Otto. Pero, una mañana, fueron a despertarlo más temprano para llevarlo ante el cadáver de su padre. La habitación estaba iluminada. Desmoronada, allí, ante la cama, estaba su madre. Sintiéndose más fuerte, la tomó por el brazo y dijo con acento de firmeza: «Levántate, madre». Ese día también fue a la biblioteca. Su mirada, cuando rozaba a las mujeres, era aún más vacía y más firme de lo acostumbrado. Mientras subía al tranvía, apretó la cartera contra sí, con los cincuenta folios donde se contenía su trabajo.

Desde todo ese día trabajó, pero con menor seguridad. Hoy detectaba errores y empezaban a preocuparle unos problemas en que hasta entonces no había reparado. Sus insistentes peticiones de libros perdieron de repente la medida y la meta. Estaba rodeado de revistas donde buscaba con estúpida meticulosidad los datos que eran menos importantes. Pero, si dejaba de leer, experimentaba la misma sensación que un hombre al que le queda grande el traje. Cuando al fin arrojó un puñado de tierra en la tumba del padre, de

pronto comprendió la conexión entre el discurso fúnebre, la inacabable serie presente de personas conocidas y lo que era su propio aturdimiento. «Todo esto ha sucedido muchas veces, todo esto es muy típico». Abandonando la tumba, entre la gente, el dolor de su corazón se había convertido en preocupación, y su rostro parecía ser más ancho debido a la aparente indiferencia. Lo irritaron las conversaciones en voz baja entre su madre y su hermano cuando estaban sentados a la mesa, los tres. La criada rubia les trajo la sopa. Levantó tranquilamente la cabeza y vio sus ojos marrones y desconcertados.

Así embelleció Otto muchas veces el miedo mezquino de esos días de luto. Una vez besó a la chica (por la noche) en mitad del pasillo. Su madre siempre recibía su cariño estando a solas con él; por lo general, sólo hablaba de negocios con el otro hermano.

Una tarde, al volver de la biblioteca, se le ocurrió que ya era hora de marcharse. ¿Qué le quedaba por hacer ahí? Él debía estudiar.

Estaba solo en casa, y acudió al despacho de su padre, como de costumbre. En aquel diván había sufrido en sus últimas horas el difunto. Las persianas estaban muy echadas porque hacía calor; por las rendijas se veía el cielo. Vino la chica y puso unas anémonas en el escritorio. Otto estaba de pie junto al diván, y la agarró en silencio cuando ella pasaba a su lado. Ella se le apretó, y se echaron juntos. Algo después, ella lo besó y se levantó sin que él la retuviera.

Se marchó a primera hora de la mañana, dos días después. La chica iba a su lado con la maleta, y Otto le iba hablando de la ciudad y de las cosas universitarias. Al despedirse le dio sólo la mano, pues la estación estaba a rebosar. «¿Qué diría mi padre?», se preguntó mientras se sentaba y expulsaba el sueño de su cuerpo, emitiendo un bostezo.

PALAIS D…Y[102]

Si entre mil ochocientos setenta y cinco y mil ochocientos ochenta y cinco el barón X llamó la atención en el Gafé de París, y si al forastero al que tanto impresionaba la distinción del conde de Gaylus, del mariscal Fécamts y del jinete Raymond Grivier le impresionaba también de igual manera la distinción del barón, ello no se debía a su elegancia, ni a su alto abolengo ni tampoco a sus éxitos deportivos, sino simplemente al reconocimiento, a la admiración por la lealtad que, por muchos años, había mantenido al *établissement*. Una lealtad que, en adelante demostrará conmovedoramente en circunstancias inusuales y distintas. De eso trata esta pequeña historia.

Pues la historia empieza con la herencia que el barón esperó por treinta años y que finalmente recibió en septiembre de mil ochocientos ochenta y cuatro. El heredero ya no estaba lejos de cumplir los cincuenta, y además ya no era un vividor. Pero ¿lo había sido alguna vez? La pregunta se planteó en cierta ocasión. Uno dijo que nunca había visto el nombre del barón en la *chronique scandaleuse* de París y que jamás lo había oído en boca de los propietarios de los clubs de mala fama y de las más altaneras prostitutas, mas no pudo negar lo que otro dijo: que el barón, con sus pantalones de raso y su ancha corbata Lavallière, era algo más que un fenómeno mundano; había ciertos pliegues en su rostro que delataban a un experto en las mujeres y que estaba pagando ahora muy caros los conocimientos que decimos. Así pues, el barón era un enigma, y el ver en sus manos la gran herencia que esperara tanto tiempo despertó en sus amigos, junto a una simpatía sin envidia, la curiosidad más discreta y maliciosa. Así, lo que no habían conseguido ni con las charlas junto a la chimenea ni con las botellas de borgoña (desvelar el misterio de esta vida) creían esperarlo finalmente de aquella riqueza repentina.

Pero dos o tres meses después de esto todos estaban de acuerdo por completo en la más amarga decepción. Nada había cambiado en el barón: ni su ropa, ni el estado de su ánimo, ni sus ocupaciones y costumbres, ni siquiera sus gastos. El barón seguía siendo, como siempre, un holgazán distinguido cuyo tiempo parecía estar tan repleto como el del escribiente más modesto; cuando dejaba el club, continuaba acudiendo a su pisito en la avenida Victor Hugo, y no buscaba el menor pretexto para despedir a los amigos que lo acompañaban de noche hasta su casa. Más de una vez sucedió que a las cinco de la madrugada, e incluso más tarde todavía, en su salón no estaba el magnífico armario Chippendale que en otros tiempos había estado ahí, sino solamente una mesa de juego. El barón solía tener suerte jugando, cosa que se sabía en virtud de las pocas veces en que había jugado en el pasado. Pero ahora ni siquiera los jugadores más habituales podían recordar una racha de suerte como la del invierno de mil ochocientos ochenta y cuatro. Racha que se mantuvo en la primavera, y que continuaba todavía cuando el verano inundó los bulevares con sus ríos de sombra. ¿Cómo era posible que en septiembre el barón fuera pobre? Bueno, pobre exactamente no, pero ahora oscilaba entre la pobreza y la riqueza de igual modo que antes, si bien ahora ya no iba a heredar. Empezó pues a reducir sus gastos; sólo iba al club para tomarse un té o jugar una partida de ajedrez. Nadie se atrevía a preguntarle lo que le pasaba. ¿Qué se podía preguntar sobre una vida que, encerrada en su marco pequeño y mundano, transcurría a la vista de cualquiera, desde el paseo a caballo matutino, las clases de esgrima y la hora del *lunch* hasta las seis menos cuarto de la tarde, cuando el barón se marchaba del Café de París para cenar, dos horas después, con algún conocido en Delaborde? En el ínterin ya no jugaba a las cartas. Y, sin embargo, sin duda esas dos horas le hicieron perder su patrimonio.

El cómo había sucedido esto se averiguó en París años después, cuando al fin el barón se retiró, nadie supo nunca bien adonde (¿serviría de algo decir el nombre de un remoto señorío lituano?), y, una mañana lluviosa, uno de sus más próximos amigos se estremeció mientras paseaba, afectado de pronto, no sabía si por una visión o por una ocurrencia. O en realidad, por las dos cosas. Pues el monstruo que bajaba ante él tambaleándose por la

escalinata del Palais D…y transportado a hombros de tres fornidos operarios de mudanzas era el valioso mueble Chippendale que un día dejara su lugar a la mesa de juego. El armario, magnífico, era por completo inconfundible. Pero el amigo lo reconoció no ya solamente por esta razón. Porque también la fuerte espalda de su propietario se había tambaleado al despedirse en la estación de sus amigos. El forastero subió la escalinata, atravesó el portal aún abierto y se detuvo casi mareado en el gran vestíbulo vacío. Frente a él, una escalera de espiral conducía directa al primer piso, y su rampa era un amplio relieve de mármol: faunos y ninfas, ninfas y sátiros, sátiros y faunos. El forastero recuperó la calma y exploró las habitaciones. Todas las paredes estaban vacías. No había más huella de sus habitantes que un *boudoir* lleno de pieles y almohadones, dioses de jade y grandes vasijas de incienso, junto a los jarrones y gobelinos. Una capa de polvo muy ligera lo cubría todo. Aquel umbral sin duda no invitaba a pasar, y el forastero estaba casi a punto de reiniciar la búsqueda cuando tras él una chica muy hermosa, que por sus ropas debía de ser una criada, entró de pronto en la habitación. Y ella, que era la única persona en conocer lo sucedido allí, le contó esta historia finalmente:

Hacía sólo un año, el barón le alquiló este palacio, a un precio desorbitado por completo, a un duque montenegrino, su propietario. Ella empezó a trabajar el mismo día en que se firmó aquel contrato; durante dos semanas su trabajo consistió en supervisar el trabajo de los operarios y recibir a los proveedores. Las instrucciones cambiarían luego: casi todas estaban referidas al atento cuidado de las flores, que habían dejado algo de su aroma en la habitación en la que estaban. A otra cosa aún se refería sólo la última de las instrucciones, que se encontraba unida a la promesa de una remuneración incalculable. «Un día tras otro, ni un minuto antes ni uno después de las seis», le contó la criada, «el barón aparecía en la escalinata y ascendía lento hasta el portal. Siempre llevaba consigo un ramo grande». Era imposible el averiguar en qué orden venían las orquídeas, las lilas, las azaleas y crisantemos, ni cuál era su relación con la estación. El barón tiraba de la campanilla. La criada abría la puerta para coger las flores y responder al punto a la pregunta que guardaba la clave de aquel trabajo sigiloso:

—¿Está la señora en casa?

—Lo lamento, pero acaba de salir.

El enamorado se iba ensimismado, y, al día siguiente, regresaba al palacio abandonado para hacer su visita.

Así se supo cómo la riqueza, que a menudo tiene la ruin meta de atizar las pasiones de los otros, sirvió esta vez para reavivar el amor de su dueño una última vez.

MYSLOWITZ, BRAUNSCHWEIG, MARSELLA

El relato de una embriaguez por hachís[103]

Esta historia no es mía. Pero tampoco voy a discutir si el pintor Eduard Scherlinger, al que vi por primera y última vez la misma noche en que la contó, era o no era un gran narrador, pues en esta época de plagios siempre hay quienes te atribuyen una historia aunque tú hayas dicho y explicado que tan sólo la has reproducido. Ésta yo la escuché en uno de los pocos lugares clásicos que aún tiene Berlín para contar y escuchar historias, en el restaurante Lutter & Wegener. Éramos unos cuantos agradablemente reunidos en torno a una mesa; nuestra charla iba decayendo, y sólo sobrevivía a duras penas en grupitos de dos o tres personas, sin mucha relación de unas con otras. En un contexto que aún hoy desconozco, mi amigo el filósofo Ernst Bloch dejó caer que no hay nadie que alguna vez en su vida no haya estado muy cerca de ser millonario. Nos echamos todos a reír, pensando que la frase era una más de sus paradojas. Sucedió entonces algo muy extraño. Empezamos a tomar en serio la afirmación y a discutir seriamente sobre ella, y al final cada uno recordó el punto en que estuvo muy cerca de ganar sus millones. Una de las extrañas historias que se contaron era la de Scherlinger, esa que ahora voy a reproducir, en la medida de lo posible, con sus mismas palabras.

Guando tras la muerte de mi padre —comenzó a contar— recibí en herencia una pequeña fortuna, me marché a Francia de inmediato. Me sentía feliz por conocer Marsella, patria de Monticelli, al que debo todo en mi arte, antes de cumplir los treinta años[104]; por no mencionar otras cosas que me interesaban en Marsella. Dejé depositado mi dinero en el pequeño banco privado que durante décadas había asesorado tan fielmente a mi padre, y

con el hijo de cuyo jefe yo tenía buena relación, aunque no llegara a la amistad. De manera que me prometió que, durante mi ausencia, él se iba a ocupar de mi depósito y que, si se presentaba de repente una buena oportunidad para invertir, me informaría de inmediato. «Sólo tienes que dejarnos una clave», añadió finalmente. Entonces le miré sin comprender. «Sólo podemos ejecutar órdenes por telégrafo», me explicó a continuación, «como barrera contra los engaños. Imagínate que te enviamos un telegrama y cae por error en otras manos. Evitamos consecuencias negativas pactando contigo un nombre secreto que utilizarás en el lugar de tu nombre real al enviar una orden telegráfica». Comprendí, y me quedé perplejo todavía un instante. No es fácil introducirse de repente en cualquier nombre extraño como en un disfraz. Hay millares de nombres disponibles; el pensar que da igual cuál elijamos paraliza al principio la elección, y más aún la paraliza un sentimiento que se encuentra escondido y apenas llega a ser un pensamiento: el sentimiento de que la elección tendrá impredecibles consecuencias. Igual que le sucede a un jugador de ajedrez al que le cuesta mucho decidirse, que acaba moviendo un simple peón, yo dije: «Braunschweiger». No conocía a nadie con este apellido, ni la ciudad de la que se deriva**[105]**.

A mediodía de un ardiente día de julio, tras pasar cuatro semanas en París, me bajé en la estación Saint-Louis de Marsella. Unos amigos me habían recomendado el hotel Regina, no lejos del puerto; me tomé algún tiempo para acomodarme y examinar si la lámpara de la mesita de noche y los grifos funcionaban bien, y después, en seguida, me puse de camino. Como ésta era la primera vez en que visitaba la ciudad, me sometí a una vieja regla: a diferencia de la mayoría de los viajeros, que en cuanto llegan se ponen a dar vueltas por el centro de la ciudad desconocida, yo visito primero la periferia. No tardé en darme cuenta de que esta regla aquí resultaba especialmente adecuada. La primera hora fue muy productiva entre los puertos interiores y los diques, los almacenes, los barrios de la pobreza y los dispersos refugios miserables. Los suburbios son, en todo caso, el estado de excepción de la ciudad, el terreno en que se disputa la incansable batalla entre ciudad y campo. Pero esta batalla no es más enconada en ningún otro sitio que entre Marsella y la Provenza. La lucha

cuerpo a cuerpo de los postes de telégrafo contra los agaves, de la alambrada contra las palmeras, del vapor de pasillos apestosos contra la invasiva humedad de los plátanos en las plazas llenas de calor, o de escalinatas y colinas. La larga Rue de Lyon es el polvorín que la ciudad de Marsella ha excavado en el campo para hacerlo estallar en Saint-Lazare, en Saint-Antoine, en Arene y en Septèmes, y cubrirlo con las esquirlas de granada de las diversas lenguas de todos los pueblos y todas las empresas: *Alimentation Moderne, Rue de la Jamaïque, Comptoir de la Limite, Savon Abat-Jour, Minoterie de la Campagne, Bar du Gaz, Bar Facultatif*. Por encima de todo flota el polvo, que aquí está formado por sal marina, mezclada a cal y mica. Recorrí luego los muelles más lejanos, utilizados por los transatlánticos, bajo los rayos de un Sol que se ponía despacio, poco a poco, entre las murallas del centro histórico a la izquierda y a la derecha, las colinas y canteras, hacia el alto Pont Transbordeur, que le pone aquí fin al puerto viejo, ese cuadrado que siempre los fenicios reservaban al mar como si fuera una plaza grande. Hasta entonces yo había estado solo, incluso en los suburbios más poblados, pero, a partir de ahora, me sentía arrastrado por la gruesa corriente de marineros en fiesta, estibadores que volvían a su hogar y amas de casa que se paseaban, toda una corriente salpicada de niños que se movía a lo largo de cafés y bazares para perderse en las calles laterales y alcanzar sólo en algunos marineros o *flâneurs*, como yo lo era, la arteria principal, la famosa y extensa Cannebière, calle de los negocios, de la Bolsa y de los forasteros. A través del laberinto de bazares se extiende de un extremo a otro del puerto la amplia cordillera del «recuerdo». Allí las fuerzas sísmicas han ido apilando este macizo hecho de vidrio en pasta, cal de conchas y esmalte en el que los tinteros, los barcos de vapor, las anclas, las columnas de mercurio y las sirenas se unen y confunden. Me parecía que la presión de mil atmósferas, bajo la que todo aquel mundo de imágenes se agolpa, se empina y se escalona, era la misma fuerza que en las duras manos de los marineros se va a poner a prueba, después de un largo viaje, en los muslos y pechos de las mujeres, y que la lujuria que en las cajas de mejillones arranca al mundo de piedra un corazón de terciopelo rojo, o quizás azul, para mecharlo con agujas y con broches es esa misma fuerza que, en el día de pago, estremece estas calles. Con estos

pensamientos había dejado tras de mí La Cannebière; sin ver mucho, había avanzado por los árboles de la alameda de Meilhan y por delante de las rejas de las ventanas del Corso Puget, hasta que al final el azar (que dirige mis primeros pasos por la ciudad) me condujo al famoso Passage de Lorette, la cámara mortuoria de la villa, ese pequeño patio donde en la presencia somnolienta de unos cuantos hombres y mujeres el mundo entero parece reducirse a una sola tarde de domingo. Me invadió entonces algo de la tristeza que aún amo hoy en la luz de los cuadros de Monticelli, y creo que en verdad en esas horas se le comunica al forastero algo que sólo los habitantes más antiguos de la villa perciben. Pues la infancia es sin duda quien encuentra las fuentes de donde brota la aflicción, y para conocer la tristeza de ciudades que, en apariencia, son tan relucientes, hace falta haber sido niño en ellas.

Creo que podría recurrir —dijo entonces Scherlinger, sonriendo— a un adorno romántico para mostrar cómo en un bar del puerto, desde luego un lugar de mala fama, conseguí el hachís mediante un árabe, que era el fogonero de un barco de carga. Mas no vale la pena, porque tal vez yo me parecía mucho más a esos árabes que a los forasteros que visitan esos bares. Al menos en el sentido de que también yo llevaba hachís en mis viajes. No creo que arriba, en mi habitación, fuera sólo el deseo subalterno de lograr escapar a mi tristeza lo que, hacia las siete de la tarde, me movió a ingerir una dosis de hachís. Más bien lo que intenté era acurrucarme bajo la mano mágica con que la ciudad me había agarrado suavemente del cuello. Tal como ya he dicho, no era un novato en relación con mi veneno, pero ya fuera por mis depresiones casi cotidianas en casa, ya fuera por la escasa compañía o los inadecuados lugares frecuentados, nunca me había sentido yo en el seno de esa comunidad de entendidos cuyos repetidos testimonios (desde *Los paraísos artificiales* de Baudelaire hasta *El lobo estepario* de Hermann Hesse) conocía muy bien. Me tumbé en la cama a leer y fumar. Frente a mí, en la ventana, pero muy por debajo, tenía una de esas calles estrechas y negras del barrio portuario, como la huella del corte de un cuchillo en el espeso cuerpo de la ciudad. Así disfruté de la total certeza de que nadie me iba a molestar en el aglomerado inabarcable de centenares de miles de habitantes en donde nadie podía conocerme. Pero el efecto de la

droga se hacía esperar. Ya habían pasado tres cuartos de hora, y empecé a desconfiar de la calidad de lo adquirido. ¿O la había guardado demasiado tiempo? De repente llamaron a la puerta. No entendía nada. Me asusté muchísimo, pero, sin levantarme para abrir, pregunté quién era, sin modificar mi posición en absoluto. El botones dijo: «Aquí hay un señor que quiere hablarle». Entonces contesté que le hiciera subir, pero me faltó presencia de ánimo o coraje para preguntarle por su nombre. Con el corazón palpitante, me apoyé en el poste de la cama y miré a la rendija de la puerta hasta que apareció por ella un uniforme. El «señor» era un cartero con un telegrama: «Propongo comprar viernes 1000 Royal Dutch. Comunique en seguida aprobación».

Miré el reloj, eran las ocho. Un telegrama urgente podía llegar a mi banco de Berlín a primera hora del siguiente día. Despedí al cartero con una propina. La intranquilidad y el descontento se empezaron a alternar en mí. Intranquilidad por verme molestado precisamente ahora con un negocio; descontento por la ausencia del efecto. Pensé que lo más inteligente era ponerme en seguida de camino hacia la oficina de correos, abierta hasta medianoche para el envío de los telegramas. Mi banquero me parecía tan fiable que no me cabía duda de que tenía que aceptar ya su propuesta. En cambio, lo que me preocupaba era la idea de olvidar la clave por culpa del hachís, si al final surtía algún efecto. Así que era mejor no perder tiempo.

Mientras bajaba por las escaleras recordé la última vez en la que había ingerido hachís (varios meses atrás), no siendo después capaz, en mi habitación, de saciar el hambre de lobo que sentía. Así que me pareció recomendable comprar una tableta de chocolate. Desde lejos vi un escaparate atiborrado de cajas de bombones, claras hojas de estaño, relucientes, y hermosos pasteles apilados. Entré en la tienda y me quedé asombrado. Allí no había nadie. Pero esto me sorprendía mucho menos que los extrañísimos sillones, al ver los cuales llegué a la conclusión de que en Marsella se toma el chocolate en unos sillones altos como tronos que parecen más propios de un quirófano. De pronto, del otro cabo de la calle, me llegó envuelto en una bata blanca el que era el dueño de la tienda, y apenas tuve tiempo de rechazar riendo su propuesta de afeitarme o de cortarme el pelo. Me di cuenta por fin de que el hachís llevaba tiempo ya

surtiendo efecto; y si la transformación de las polveras en brillantes cajas de bombones, de los estuches de níquel relucientes en brillantes tabletas de chocolate y de las pelucas en pasteles no lograba convencerme de ello, mis carcajadas eran, desde luego, una advertencia más que suficiente. Pues la embriaguez comienza en carcajadas, o una risa feliz y más serena. Y ahora percibía la embriaguez en la ternura infinita de ese viento que, desde el otro lado de la calle, agitaba los flecos de los toldos.

Casi de inmediato se impusieron las pretensiones temporales y espaciales que el consumidor de hachís siempre plantea. Como se sabe, dichas pretensiones son absolutamente regias y forzosas. Para aquel que ha tomado hachís, Versalles no es demasiado grande ni la eternidad larga en exceso. Al fondo de esas inmensas dimensiones que se abren en el seno de la experiencia interior, duración absoluta y espacio infinito, un humor en verdad maravilloso prefiere mantener su sonrisa feliz en la ilimitada cuestionabilidad de lo existente. Además, yo sentía una incontenible ligereza y determinación del paso, que convertía el irregular suelo de piedra de la gran plaza que estaba atravesando en el suelo de una carretera por la que yo avanzaba con decisión, en mitad de la noche. Al final de esa plaza gigantesca se alzaba un edificio simétrico muy feo, en cuyo frontispicio se veía un reloj iluminado que decía: correos. Que el edificio era muy feo es algo que yo digo ahora; no me di cuenta en aquel momento. No sólo porque al haber tomado hachís no captamos lo feo, sino, sobre todo, porque sólo el ver ese edificio me despertó un profundo sentimiento de agradecimiento: el edificio de correos me esperaba, y en todas sus salas estaba dispuesto a acoger y transmitir el importantísimo mensaje que iba a convertirme en hombre rico. Así que no podía ni apartar del edificio la mirada; sabía que habría perdido muchas cosas si me acercaba demasiado a él y no hubiera visto su conjunto, el reloj sobre todo. Entonces, en mitad de la oscuridad, aparecieron las sillas y las mesas de un bar pequeño y de mala fama. Estábamos muy lejos del barrio chino, pero, en todo caso, no había burgueses, sino, como mucho, (junto al proletariado portuario) algunas familias burguesas de la vecindad. Tomé asiento en el bar, que era pequeño. Era, en aquella dirección, el último sin duda al que podía acceder sin peligro, y comencé a estudiarlo, en mi embriaguez, con la misma seguridad

y contención con la que una persona muy cansada llena un vaso con agua hasta su borde, sin que se derrame ni una gota, algo que no siempre se consigue con los sentidos frescos. Pero en cuanto sintió que descansaba, el hachís empezó a ejercer su hechizo con tan fuerte agudeza primitiva como hasta entonces no había conocido y que luego no he vuelto a conocer. Me convertí en un fisonomista. Yo, que habitualmente no reconozco a las personas a distancia ni recuerdo los rasgos de la cara, me aferraba a los rostros que aparecían a mi alrededor, esos que evitaba normalmente por dos buenas razones: ni deseaba atraerme sus miradas ni soportaba su brutalidad. Comprendí de repente que para un pintor (¿no le sucedió a Leonardo, como a muchos otros?) la fealdad puede ser verdadera reserva de bellezas, como la cámara de su tesoro, la montaña abierta, desgarrada, que muestra todo el oro interior de lo bello, cuando resplandece en las arrugas, como en las miradas y los gestos. Todavía recuerdo especialmente el animal y vulgar rostro de un hombre en el que, de repente, me estremecía la «arruga de la renuncia». Fueron de esta manera, sobre todo, los rostros de los hombres los que más me atrajeron. Así comenzó el juego que en cada rostro me presentaba un conocido; muchas veces conocía bien su nombre, y otras veces no; desapareció finalmente la ilusión, como desaparecen las ilusiones en el sueño, no con vergüenza y bochorno, sino en paz y con amistad, como quien ha cumplido sus deberes. Mi vecino, que por su porte era un pequeño-burgués extraviado, cambiaba continuamente, todo el tiempo, de forma, plenitud y expresión de su rostro. El cuidado corte de su pelo y unas gafas de montura negra lo hacían ora severo y ora amable. Me dije que no podía cambiar tan rápido, mas la advertencia no sirvió de nada. Tenía ya muchas vidas tras de sí cuando de repente se convirtió en un estudiante de bachillerato de una pequeña ciudad esteeuropea. Tenía un despacho bonito y cultivado, de tal manera que me pregunté: ¿cómo puede tener tal cultura este joven?, ¿qué será su padre: representante de cereales o comerciante en paños? De esa manera supe de repente que aquel lugar era Myslowitz[106]. Miré luego hacia arriba y vi el fin de la plaza, no, más lejos, en la extremidad de la ciudad, el instituto de bachillerato de Myslowitz, el reloj de cuyo edificio (que sin duda se había detenido) marcaba ahora las once y algo más. Las clases se debían ya de haber reiniciado. Sumergido en la

imagen de ese modo, perdí toda mi base. Las personas que unos momentos antes (¿o pasaron dos horas desde entonces?) me fascinaban desaparecieron. «De siglo en siglo, las cosas se vuelven más extrañas», pensé entonces, y dudé en tomar el vino. Era media botella de *cassis*, un vino seco que había pedido antes. Un pedazo de hielo aún nadaba en la copa. No sé por cuánto tiempo estuve absorto en las imágenes que había dentro de ella. Pero cuando volví a mirar a la plaza, vi que iba cambiando a cada persona que llegaba, como si formara para ella una figura que no tenía relación con el modo en que esa gente la miraba, sino con la mirada inconfundible que los grandes retratistas del XVII extraen de una galería de columnas o de una ventana, según sea el carácter de la persona que quieran situar delante de ella.

De repente, me desperté sobresaltado. Ahora mi cabeza estaba clara, y yo sólo pensaba en una cosa: en el telegrama. Tenía que enviarlo de inmediato. Con el objeto de permanecer despierto, pedí que me trajeran un café. Pero pasó hasta media eternidad hasta que por fin el camarero apareció con la taza. Yo la sujeté con avidez; el aroma penetró en mi nariz, pero en cambio mi mano se detuvo a unos pocos centímetros de mis labios, cosa que sin duda me asombró (¿quién sabe si se detuvo por asombro?). Comprendí de repente la instintiva prisa de mi brazo; percibí el seductor aroma del café, pero recordé que esta bebida es para todo consumidor de hachís el punto culminante en su experiencia, pues incrementa el efecto del veneno. Quise pues detenerme, y me detuve. La taza no llegó a tocar mi boca, mas tampoco la mesa. Se quedó flotando en el vacío, sostenida en vilo por mi brazo, que empezaba a volverse ya insensible y la agarraba con fuerza y rigidez, cual si fuera un emblema, una piedra sagrada o una reliquia. Mi mirada se dirigió hacia los pliegues marcados en mis blancos pantalones, y vi que eran los pliegues no de un pantalón: de una chilaba; mi mirada se dirigió a mi mano, que era marrón, la mano de un etíope; y mientras mis labios se apretaban, tercamente cerrados, negándose así a hablar como a beber, desde el interior subió hacia ellos una sonrisa africana y orgullosa, la sonrisa de un hombre que se encuentra en el punto de conocer el correr del mundo y los destinos, y para el cual las cosas y los nombres ya no tienen secretos. Me vi así sentado, y callado y marrón. Era

Braunschweiger[107]. El sésamo encerrado en este nombre, que mantenía oculta en su interior la totalidad de las riquezas, se había abierto de pronto. Sonriendo con infinita compasión, pensé por vez primera en los habitantes de Braunschweig, que viven tristemente en su ciudad del centro de Alemania, mas sin tener la menor idea de aquellas fuerzas mágicas que, precisamente con su nombre, se han ido depositando dentro de ellos. Y, en ese momento, las campanadas que dan la medianoche desde las iglesias de Marsella parecieron de pronto ser un coro tan solemne como confirmatorio.

Había oscureció y cerró el bar. Al recorrer el muelle, leí uno tras otro los nombres de los barcos atracados. Me invadió una alegría incomprensible, sonriendo ante todos aquellos nombres franceses de mujer. Marguerite, Louise, Renée, Ivonne, Lucile… el amor que prometían a los barcos a través del conjuro de esos nombres me pareció en verdad maravilloso, y tan hermoso como conmovedor. Junto al último había un banco de piedra: «banco», murmuré, y desaprobé que el banco no llevara bien inscrito su nombre, letras doradas sobre fondo negro. Este fue el último pensamiento claro que acerté a tener en esa noche. El siguiente me lo dieron los periódicos cuando el cálido Sol del mediodía me despertó en un banco, junto al agua: «Subida sensacional de Royal Dutch».

De verdad que nunca me he sentido —concluyó finalmente el narrador — tan bullicioso, tan claro y tan festivo tras despertarme de una borrachera.

EL VIAJE DE LA MASCOTTE[108]

Esta historia es de aquellas que se oyen contar en el mar, cuya caja de resonancia más precisa es el casco de un barco, cuyo mejor acompañamiento es el estruendo feroz de las máquinas, en las que no hace falta preguntar de dónde proceden.

Según me contó mi amigo el radiotelegrafista de a bordo, fue muy poco tiempo después de la guerra, cuando unos armadores decidieron traer hasta Alemania unos veleros, unos cuantos barcos salitreros que la catástrofe sorprendiera en Chile. La situación jurídica era simple; aquellos barcos aún seguían siendo propiedad alemana, y ahora, simplemente, había que reunir la tripulación para hacerse cargo de los barcos, en Valparaíso o en Antofagasta. En los diversos puertos alemanes había ahora sobrados marineros esperando trabajo. Pero el asunto tenía un punto débil. ¿Cómo llevar a Chile la tripulación? Estaba claro que los hombres subirían a bordo como pasajeros y empezarían a trabajar en Chile. Pero también que a estos hombres no se les podía dominar con las atribuciones que tiene un capitán sobre los normales pasajeros, en especial porque la rebelión de los marineros de Kiel había creado un estado de ánimo que aún estaba muy vivo en esas gentes[109].

Esto lo sabían muy bien en Hamburgo, incluidos los mandos de la fragata «Mascotte», oficiales decididos y bregados que veían en el viaje una aventura en que podían perder hasta la vida. Y como más vale prevenir que curar, no confiaron tan sólo en su coraje, sino que estudiaron con cuidado a cada uno de aquellos marineros. Si uno de los hombres enrolados resultaba un bribón cuyos papeles no estaban en orden y su constitución era dudosa, sería precipitado echar la culpa a la negligencia de los mandos. Ya veremos por qué algo después.

Todavía no se habían alejado ni cincuenta millas de Guxhaven cuando se empezó a manifestar algo que parecía un mal presagio para la travesía. En la cubierta y en los camarotes, como también en las escaleras, desde primera hora de la mañana a bien entrada la noche se reunían los grupos más diversos, y antes de que llegaran a Helgoland allí ya funcionaban tres clubes de juego, un cuadrilátero de boxeo y un teatro al que no era conveniente que acudieran personas delicadas. En la cabina de los oficiales, cuyas paredes aparecieron adornadas, un día, con unos drásticos dibujos, los señores bailaban por la tarde apretadamente unos con otros, y en la bodega se estableció un mercadillo en el que, a la luz de linternas, se negociaba con dólares, catalejos, prismáticos, fotos desvergonzadas de mujeres desnudas, y hasta pasaportes y cuchillos. Dicho en pocas palabras: todo el barco se había convertido en Magic City flotante, y casi se diría que las delicias de la vida portuaria se podían conseguir aun sin mujeres.

El capitán, uno de esos avezados marinos que poseen muy pocos conocimientos teóricos pero en cambio sí mucha experiencia práctica, dominaba sus nervios entre aquellas circunstancias incómodas, y hasta ni siquiera los perdió cuando luego, una tarde (debían estar ya a la altura de Dover), apareció en la popa Frieda, una alegre chica de Sankt Pauli[110] de muy buena figura y mala fama, llevando un cigarrillo entre los labios. Sin duda, había algunas personas a bordo que sabían en dónde se había escondido hasta ese momento, y cómo se debía reaccionar si se tomaban medidas desde arriba para expulsar a aquella polizona.

A partir de entonces, lo que en el barco pasaba por la noche se volvió ya más interesante. Pero el año no habría sido el 1919 si a todos los demás divertimentos no se hubiera añadido el divertimento político. Así, se oyeron voces que hacían de esta expedición el principio de una nueva vida a disfrutar en un nuevo mundo; y otras voces decían que se acercaba el añorado instante para saldar aquellas viejas cuentas que les adeudaban los señores. Era innegable que soplaba un fuerte viento. Pronto se supo de dónde procedía: era un tal Schwinning, un bribón de descarada y lánguida actitud, un pelirrojo con la raya al medio que había trabajado de camarero en diversas líneas, y que conocía hasta el detalle los secretos profesionales practicados por los contrabandistas finlandeses de aguardiente.

Al principio se le controló, pero ahora estaba en todas partes. Quien lo escuchaba tenía que admitir que era un experto agitador. ¿Y quién no lo escuchaba cuando enredaba en el «bar» a unos y otros en una conversación llevada a gritos en la que su voz se oía mejor y con más potencia que los discos o cuando en el «cuadrilátero» decía, sin que ninguno se lo preguntara, a qué partido pertenecían los boxeadores? Schwinning trabajaba infatigable en politizar aquella masa mientras ella misma se entregaba a sus disipadas distracciones; luego, finalmente, sus esfuerzos fueron en verdad recompensados por una asamblea plenaria nocturna en la que fue nombrado presidente del Consejo de los Marineros.

Al llegar al canal de Panamá celebraron por fin las elecciones. Y había muchas cosas que elegir: una comisión de la cocina, una fuerte columna de control, secretariado y tribunal político; dicho en pocas palabras: se creó un aparato gigantesco sin que hubiera una sola colisión con los mandos del barco. Pero en la dirección de los rebeldes se hicieron más frecuentes los conflictos, y unos que eran especialmente graves, porque, de hecho, todo marinero formaba parte de esa dirección. Quien todavía no tenía un puesto esperaba que la próxima reunión se lo concediera finalmente, y no pasaba un día sin tener que aclarar dificultades, revisar votaciones o tomar resoluciones incesantes. Guando por fin el comité de acción estableció el plan para el motín constituido en todos sus detalles (pues dos días después, cuando dieran las once de la noche, iban finalmente a tomar el poder y dirigir el barco a las islas Galápagos), la Mascotte, navegando, había dejado ya atrás el Callao sin que los hombres se hubiesen dado cuenta. Más adelante se pudo descubrir que los cálculos se habían falseado. La mañana siguiente, cuarenta y ocho horas antes del motín previsto y preparado con cuidado, la fragata entró en Antofagasta.

Todo esto es lo que contó mi amigo. La segunda guardia había ahora alcanzado su fin. Entramos en el cuarto de derrota, donde nos esperaba el chocolate en las profundas jícaras de piedra. Yo estaba callado, pero intentaba comprender lo que me contara el telegrafista. Pero él, que ahora estaba a punto de echar su primer trago, se detuvo de pronto y me miró fijo por encima de su taza. «¡No le dé más vueltas!», dijo entonces. «Nosotros mismos no entendimos nada. Pero cuando, tan sólo tres meses después, vi

de pronto a Schwinning en Hamburgo, saliendo de la oficina con un puro apretándolo fuerte entre los labios, sí comprendí el misterio de aquel viaje».

EL PAÑUELO[111]

En general solía preguntarme por qué está actualmente llegando a su fin el viejo arte de contar historias al pasarme la noche alrededor de una mesa con algunas personas y aburrirme. Pero aquella tarde, sobre la toldilla del «Bellver», junto a la cabina del timón, reuniendo a través de unos prismáticos los distintos aspectos de la imagen sin duda incomparable que Barcelona ofrece desde el barco, creí haber encontrado la respuesta para aquella pregunta. El Sol bajaba sobre la ciudad y parecía fundirla. La vida ya se había retirado, metiéndose en los grises intersticios entre el follaje de los árboles, el cemento de los edificios y la desnuda roca de las lejanas montañas. El Bellver es una bella y amplia motonave que podría servir sin duda alguna para algo más importante y ambicioso que el escaso tráfico que existe con las islas Baleares. Y de hecho su imagen me parecía mucho más pequeña a la mañana siguiente en el muelle de Ibiza, pues por mi parte me había imaginado que seguiría viajando desde allí de travesía hacia las Canarias. Ahí estaba yo mientras pensaba en el capitán…, del que horas antes me había despedido, el primero y tal vez último narrador que haya conocido en toda mi vida. Porque, tal como he dicho, el arte de narrar va llegando a su fin. Y, al recordar las muchas horas que el capitán… anduvo paseando por la cubierta de popa, mirando ocioso hacia la lejanía, comprendí que el que no se aburre no puede narrar. Pero es que hoy el aburrimiento ya no tiene sitio en nuestra vida, y una tras otra van desapareciendo las actividades conectadas con lo que es el aburrimiento de manera estrecha y misteriosa. Y por esta razón desaparece hoy el talento de contar historias: ahora la gente ya no hila ni teje, ya no hace bricolaje ni grabado, mientras otras personas les escuchan. Dicho en pocas palabras: tiene que haber trabajo, orden y sumisión para que prosperen las historias.

Narrar no es sólo un arte, sino que es una dignidad o (en el Oriente) incluso un cargo. Y desemboca en la sabiduría, como, al revés, la sabiduría es a menudo una narración. El narrador es alguien que sabe y que puede dar consejo. Mas para recibirlo hay que contarle, cuando hoy, al contrario, en lo que hace a nuestras preocupaciones, sólo sabemos gemirlas, no contarlas. Pero además, en tercer lugar, pensé en la pipa de nuestro capitán: la pipa que vaciaba cuando empezaba a contar una historia, vaciándola al fin, cuando callaba, pero que, entre una cosa y otra, bien podía dejar que se apagase. Su pipa tenía una boquilla de ámbar, pero su cabeza era de cuerno con engastes de plata. La pipa había sido de su abuelo, y creo que ése era el talismán donde se agrupaba el narrador. Dado que otra razón por la que hoy nadie tiene qué contar es que ahora las cosas ya no duran de la forma correcta. El que haya llevado un cinturón de cuero hasta caerse a trozos siempre podrá contar alguna historia que, en el curso del tiempo, tuvo que ver con ese cinturón. La pipa del capitán debía conocer muchas historias.

Así soñaba yo cuando abajo, en el muelle, de pronto apareció un hombre rechoncho con el rostro más grande que pueda haber bajo una gorra de capitán: era el nuestro, con cuyo carguero había yo llegado a la mañana. Quien esté habituado a irse solo tras visitar ciudades extranjeras ya sabe lo importante que es en esos momentos la aparición de un rostro conocido, pues la inminente salida del lugar elimina los inconvenientes que derivan de mantener una larga conversación, pero al tiempo le pone a disposición un sombrero, o si no, una mano o un pañuelo en el que la mirada desamparada pueda anidar antes de perderse en la superficie de las olas. Y ahí estaba ahora el capitán, como si lo hubiera convocado bajo el influjo de mis pensamientos. El capitán se fue de casa a los quince años, estuvo tres cruzando los océanos Atlántico y Pacífico en un buque-escuela, y algo más adelante trabajó en un vapor de Lloyd que cubría la ruta con América, abandonándolo pronto sin embargo (nadie sabía bien por qué razón). Es todo lo que pude averiguar. Sobre su vida parecía extenderse una sombra, y una que él no quería disipar. Por tanto, a su carácter le faltaba lo mejor que posee el narrador: que puede contar su vida, que hace que esa mecha se consuma en la suave llama del narrar. Su vida, en todo caso, parecía muy pobre en comparación con lo que era la vida del barco, que él sabía siempre

revivir. Así estaba el barco frente a mí cuando subí a bordo esa mañana. Yo conocía el año de fabricación, las tarifas, la bodega, el tonelaje, la paga que se daba a los grumetes y los problemas de los oficiales. ¡Eso cuando el tráfico de mercancías aún lo realizaban los veleros y era el propio capitán quien concertaba los distintos fletes en el puerto! Por aquella época tenía aún sentido el viejo dicho: «Abandonar la navegación y pasar a un barco de vapor». Pero hoy…, y seguían unas frases de las cuales ya se desprendía que aquí también la crisis económica había cambiado todo muy a fondo.

En estas especiales ocasiones, el capitán decía unas palabras en lo que se refiere a la política. Pero nunca lo vi con un periódico. Es inolvidable su respuesta cuando un día le hablé de los periódicos. «De la prensa no se puede aprender nada, pues lo que quieren es explicarlo todo». Pues bien: ¿el arte de contar historias no consiste en buena medida en mantenerlas en todo al margen de las explicaciones? ¿Y aquí no son un modelo los antiguos, que ponen los acontecimientos a secar y dejan que las fundamentaciones psicológicas y las opiniones se desprendan? Las historias que contaba el capitán carecían en todo de explicaciones superfluas, y no salían perdiendo. Algunas eran más interesantes, pero ninguna confirma su carácter mejor que la siguiente, sobre la que además cayó de pronto un reflejo sorprendente aquella tarde, cuando estaba en el muelle de Barcelona.

«Todo sucedió», me contó el capitán a la altura de Cádiz, «hace ya muchos años, durante uno de los primeros viajes que hice a América, siendo yo el más joven oficial. Llevábamos siete días de navegación y, el día siguiente, a mediodía, teníamos que arribar a Bremerhaven. En el momento habitual hice mi ronda recorriendo primero la toldilla y después la cubierta del pasaje, intercambiando así unas palabras con los pasajeros que viajaban en el barco. Y me sorprendió el observar que la sexta tumbona estuviera vacía. De pronto me vino un sentimiento de angustia, pero creo que los días anteriores yo estaba aún más agobiado cuando pasaba por delante de ella y le lanzaba un breve saludo a la joven que iba ahí tumbada, con las manos entrelazadas en la nuca y la mirada perdida, inexpresiva. Ella era muy hermosa, pero tan llamativa como su belleza era sin duda alguna su reserva, que llegaba al extremo de hablar en realidad muy pocas veces (tenía la voz más maravillosa que recuerdo, bronca y humeante, oscura y

metálica). En cierta ocasión recogí un pañuelo que se le había caído (aún me acuerdo de cuánto me asombró su emblema: un escudo dividido en tres cuarteles llevando en cada campo tres estrellas), y ella me dijo “gracias” con la misma expresión que habría puesto si es que yo le hubiera salvado la vida. Pero esta vez, al acabar mi ronda, estaba a punto de buscar al médico del barco para preguntarle si la dama estaba enferma cuando me rodeó un remolino de blancos jirones. Levanté la mirada y vi que ella, que iba apoyada en la barandilla de la cubierta de sol, miraba ausente una bandada de papeles con los cuales jugaban el viento y las olas. Luego, el día siguiente a mediodía (yo estaba en cubierta supervisando la maniobra del atraque) mi mirada volvió a cruzarse con ella mientras que pasaba. La quilla se acercaba poco a poco al muelle donde habíamos amarrado, de modo que se veían claramente las figuras de quienes esperaban; ella las inspeccionaba febrilmente. Mi atención aún estaba concentrada en el ancla cuando de repente oí un grito que habían conformado muchas voces. Me di entonces la vuelta y vi que ella había desaparecido por completo; por el movimiento de la masa comprendí que se había tirado hacia el fondo. Intentar salvarla no tenía sentido. Aun parando la máquina de golpe, el casco estaba sólo a tres metros del muelle; su movimiento era incontenible. Quien cayera al agua estaba perdido. Entonces sucedió algo increíble: de pronto un hombre intentó salvarla. Sus músculos estaban en tensión, y sus cejas unidas como si estuviera apuntando; aquel hombre saltó desde la borda, y mientras veíamos horrorizados cómo el barco se movía hacia estribor, el salvador salió a la superficie con la chica en brazos por babor, que se encontraba tan abandonado que al principio no los vio ninguno. El hombre había apuntado bien y se había lanzado con todo su peso sobre el cuerpo flotante de la chica, se sumergió con ella bajo la quilla del barco y la sacó a la superficie. “Cuando emergimos”, me contó después, “me susurró solamente *gracias* como si le hubiera recogido un pañuelo”.

Todavía tenía en mis oídos la voz con la que dijo el narrador estas extrañas y últimas palabras. Si quería estrecharle la mano de nuevo, en verdad no debía perder tiempo. Iba a bajar a toda marcha las escaleras para llegar hasta él cuando vi que los almacenes, las barracas y las grúas se iban alejando lentamente. Íbamos navegando a toda máquina. Aplicando la vista

a los prismáticos contemplé Barcelona por última vez, y, por fin, los bajé. En el muelle, en medio de la multitud, estaba el capitán; debía haberme visto. Alzó la mano para saludarme, y yo agité la mía. Cuando volví a mirar por los prismáticos, vi que el capitán me saludaba agitando un pañuelo. Y percibí en un ángulo el emblema: un escudo dividido en tres cuarteles mostrando en cada campo tres estrellas».

UNA TARDE, ANTES DE PARTIR[112]

La economía de la isla es muy arcaica. No siegan el trigo, lo podan con hoces. En algunas zonas las mujeres todavía lo arrancan con las manos y no dejan rastrojos. Una vez cosechado, llevan el trigo a la era, donde un caballo espoleado y refrenado por el campesino que está puesto en medio de la plaza va desgranando el trigo con sus cascos. Hace sesenta años aquí aún no se conocía el pan; el principal alimento era el maíz. Y todavía hoy se riegan los campos con ruedas de cangilones accionadas por muías. En toda la isla apenas hay unas pocas vacas. Hay quien dice que esto se debe al forraje, pero don Rosello, el diputado y vinatero, que es quien aquí representa al progreso, dice que eso se debe al retraso de los habitantes. No hace aún mucho tiempo que quien llegaba a Ibiza se enteraba en seguida de cuántos forasteros había en la isla. De esta época viene la siguiente historia, que he oído contar en la mesa del dicho don Rosello.

Cierto forastero que, tras varios meses de habitar en la isla, ha adquirido confianza y amistad llega al último día de su estancia. Este era un día caluroso, y una vez acabados los preparativos de su viaje quiere librarse de sus equipajes para disfrutar otras dos horas de los placeres del atardecer a la fresca sombra de la terraza de un vinatero ibicenco. En el barco le prometen custodiar fielmente su equipaje y su chaqueta, y así, muy aliviado, el forastero se dirige al dueño de la tienda[113], que se alegra de verlo aunque vaya en mangas de camisa. Y allí, sin esfuerzo, da cuenta de unas copitas de alicante. Pero cuanto más avanza el tiempo, y mientras que bebe, más difícil es la despedida, en especial porque carece de sonidos. Lo asaltan así unas preguntas sobre la historia de los preciosos galgos, descendientes de los perros de los faraones que vagan hoy sin dueño por la isla; sobre los viejos usos de rapto y cortejo, de los que nunca averiguó nada concreto; sobre el

origen de los extraños nombres con que los pescadores denominan las montañas, que son completamente diferentes de los nombres que tienen las montañas cuando se trata de los campesinos. En el momento justo el forastero recuerda haber oído alguna vez que el dueño de esta tienda es una verdadera autoridad en cuestiones de crónica local. De manera que antes de partir intenta averiguar algunas cosas, aunque tal vez también para hacer frente a la soledad de la noche que ya empieza. Pide así una botella del mejor vino y, mientras el dueño la descorcha, ya ha dado comienzo la conversación entre ambos. El forastero ha conocido bien durante las últimas semanas la hospitalidad casi fanática de los habitantes de la isla, y por eso sabe que el derecho a invitarlos hay que ganarlo a pulso. Su primera tarea es por lo tanto convencer al dueño de que se deje invitar, y va insistiendo en esto durante la segunda y la tercera botellas, en especial para anotar en su cuaderno algunas de las informaciones que recibe. Al hojear su cuaderno a la luz de una vela, da con unos dibujos de los primeros días de su estancia en la isla. Ahí aparece el ciego con una pata de cabra o de cordero, que anda las calles guiado por un chico; y en otra página aparecen los perfiles vivos de los muros, que no tienen ninguna relación con un patrón de medida; y también la escalera de azulejos con aquellas cifras enigmáticas que encontró el forastero cuando empezó a buscar una vivienda. El dueño lo ha estado mirando todo el tiempo, interesado, por encima de los hombros. Naturalmente, él conoce la historia de que trata la pata de cordero: él mismo se encargó de solicitar al ayuntamiento el permiso para que el ciego estableciera una pequeña lotería y organizara sorteos cuyo único premio era esa pata. Y él mismo vio los azulejos numerados en una calle en la que servían de números a las casas. Más aún: el dueño también sabe lo que quieren decir las cruces blancas puestas a los pies de algunas casas que le causaron tantos quebraderos de cabeza al forastero. Vienen a ser una especie de altares, puntos en que las procesiones se detienen en su recorrido por las calles. Pero ahora es el forastero quien recuerda haber visto oscuramente algo parecido en algunos pueblos de Westfalia. Entre tanto, hace frío, con lo que el dueño se empeña en abrigar al forastero con una de sus chaquetas; luego, abre la última botella. Pero, volviendo a las notas del forastero, ¿dónde hay en los relatos italianos de Stendhal un motivo

comparable con éste ibicenco?: una chica casadera viene rodeada en un día de fiesta por sus pretendientes, pero su padre establece un plazo estricto para que mantenga el diálogo con ellos; una hora, hora y media como máximo, aunque sean treinta o más chicos, con lo que cada uno sólo tiene unos pocos minutos. La mitad buena de la botella todavía está ahí esperando, pero el estruendo que produce una sirena interrumpe el banquete. Es el Ciudad de Mahón, que está en el puerto, a unos diez minutos de distancia, bien dispuesto ya para zarpar, donde dejó su equipaje el forastero. Su luz se deja ver en los tejados, contra el cielo oscuro. El propio dueño sabe que ya no queda tiempo de cumplidos y le entrega la cuenta al forastero, tal como lo habían acordado. El forastero sufre un sobresalto mucho antes incluso de mirarla. No encuentra el dinero y mira al dueño, cuyo rostro sincero expresa clara su consternación. Es imposible que el dueño haya cogido la cartera junto con los billetes. Así, con las palabras más amables el tabernero pide al forastero que no le dé importancia al incidente; al fin y al cabo, no le complacía ser de ese modo, en su propia casa, en realidad el huésped de un extraño; el dinero debe estar en la chaqueta, y por tanto en el barco. Al forastero no le sirve de consuelo. Los billetes que nota que le faltan no son ni muy pocos ni pequeños. Una vez a bordo, se cumple la peor expectativa. La chaqueta está allí, pero vacía, y ahora ya sabe qué pensar de la famosa honradez de aquella gente. Situado ante la alternativa de sospechar del dueño o del Steward, se decide por éste finalmente, durante la noche que pasa sin dormir atribulado en su camarote. Pero se equivoca. Es el dueño quien se quedó con el dinero. En cuanto llega a casa, el forastero tiene la prueba en este telegrama: «Dinero en mi chaqueta que usted usó. Se lo envío por giro».

—Por cuanto respecta al telegrama —dice don Rosello, que había escuchado con sonrisa indulgente aquella historia—, fue sin duda el primero que ese hombre envió en toda su vida.

—¿Y qué importa? —preguntan.

—Ya sé adónde quiere ir a parar: los habitantes de la isla aún son puros. La edad de oro. Tópicos rousseaunianos. Hace siete años cerraron la cárcel, que se ubicaba en un castillo moro, y no ha vuelto a hacer falta. Ninguna falta. ¿Sabe usted por qué? Se lo voy a decir con las palabras de su viejo

guardián, el mismo que tuvimos que despedir: «Nuestros paisanos han viajado mucho y han aprendido a distinguir el bien y el mal». Conocer mundo fomenta la moral. Eso es lo que cuenta.

LA CERCA DE CACTUS[114]

El primer forastero que vino a visitarnos en Ibiza fue un irlandés llamado O’Brien. Fue hace más o menos veinte años, el hombre había cumplido los cuarenta. Antes de retirarse ahí, en Ibiza, el irlandés había viajado mucho; había pasado su juventud como granjero en África oriental; era un gran cazador y un gran lacero, pero, sobre todo, era el tipo más raro que haya visto en toda mi vida. Se mantenía al margen de las personas cultas, de los curas y de los funcionarios, y apenas se trataba con los naturales del lugar. Pero los pescadores, sin embargo, aún se acuerdan de él, y gracias, sobre todo, a su maestría haciendo nudos. Por lo demás, su misantropía parecía ser en parte consecuencia de su temperamento; unas desagradables experiencias con personas cercanas hicieron en su caso lo demás.

Lo único que entonces pude averiguar fue que un amigo al que O’Brien había confiado su única propiedad valiosa desapareció junto con ella: una colección de máscaras africanas que había adquirido estando en África. Por lo demás, el ladrón no tuvo suerte: murió en el incendio de un barco, y con él se perdió la colección de máscaras, con la que viajaba.

O’Brien vivía en su finca[115], muy por encima de la bahía, mas para el trabajo se iba al mar. Se dedicaba a la pesca; hundía sus nasas, construidas con cañas, cien y más metros, donde las langostas se pasean por el fondo rocoso, o salía en las tardes más tranquilas para echar las redes para recogerlas doce horas después. También gustaba mucho de cazar animales terrestres, y en Inglaterra conocía a muchos aficionados y científicos que le encargaban aves, escarabajos, salamanquesas o raras mariposas. Pero lo que le daba más trabajo eran los lagartos. Todavía se recuerdan los terrarios, que se iniciaban por aquella época, empezando justamente en Inglaterra, en el rincón de cactus de los *boudoirs*, o en los invernaderos. Los lagartos se

convirtieron por entonces en un nuevo artículo de moda, y las Baleares se hicieron tan famosas entre los traficantes de animales como lo habían sido en el pasado entre los generales de las legiones romanas por la fama que tenían sus honderos, porque *balea* significa «honda».

Tal como ya he dicho, aquel O'Brien era un tipo raro. Desde cocinar y cazar lagartos hasta el mero hecho de dormir y pensar, no hacía nada como todo el mundo. Por cuanto hace a los alimentos, no tenía buena opinión de las vitaminas, como tampoco de las calorías. Así, solía decir que lo que comemos es sano o venenoso, y que no hay más posibilidad. Por tanto, para comer correctamente hay que actuar como convalecientes. O'Brien enumeraba en consecuencia una larga lista de alimentos que eran buenos para los sanguíneos; otros lo eran para los coléricos; otros aún para los flemáticos, y aún otros más para los melancólicos, porque, gracias a ellos, todas estas personas asimilan las sustancias que cada uno necesita.

Y algo así decía sobre el sueño; él tenía sus propias teorías y decía que en la tribu de los pamúes había conocido el remedio infalible contra pesadillas y visiones. Simplemente, antes de irnos a dormir, tenemos que conjurar directamente aquella imagen que nos atemoriza (tal como lo hacen los pamúes en sus ceremonias), y durante la noche estaremos a salvo. Para O'Brien esto equivalía a vacunarse en contra de los sueños.

Lo que pensaba de los pensamientos pude averiguarlo aquella tarde en la que navegábamos en una barca recogiendo las redes que él había lanzado la víspera. Nuestra pesca había sido escasa y casi habíamos recogido la red por completo cuando las mallas se enredaron en un escollo y, pese a nuestros esfuerzos, se rompieron.

Enrollé mi chubasquero y me tumbé, para usarlo de almohada. El cielo estaba nublado, el aire en calma. No tardaron en caer algunas gotas, y la violenta luz (que en esta isla exige siempre tanto de las cosas) se retiró para devolverlas a la Tierra.

Cuando me levanté, miré a O'Brien. La red aún estaba entre sus manos, que no se movían; me pareció que estaba como ausente. Extrañado, lo miré con atención; su rostro carecía de expresión y de edad, y en torno a su boca, bien cerrada, parecía flotar una sonrisa. Agarré los remos y moví la barca por las aguas tranquilas.

O’Brien alzó la vista finalmente.

—Está arreglado —dijo mientras examinaba el nuevo nudo—. Es de doble lazo.

De nuevo lo miré, sin entender.

—Nudo de doble lazo —repitió—. Mire, también nos puede servir como anzuelo.

Tomó un trozo de cuerda, luego dobló uno de sus cabos y le dio como tres o cuatro vueltas, hasta que aquello se convirtió en el eje de una espiral cuyos giros daban lugar, con un tirón, a un nudo.

—Propiamente —añadió—, es variante del nudo de cirujano, bastante preferible a los nudos de ojal—. Y acompañó sus palabras con unos giros rápidos. Yo me sentía algo mareado.

—El que ata estos nudos a la primera —concluyó O’Brien— ha llegado muy lejos y ya puede sentarse a descansar. Esto lo digo de modo literal: sentarse a descansar, pues hacer nudos es un arte del yoga; y el medio de relajación más prodigioso. Sólo se aprende mediante el ejercicio, pero no en el agua, sino en casa, tranquilamente, en invierno, mientras ahí afuera está lloviendo. Mucho mejor cuando hay preocupaciones. Es que usted no se puede imaginar cuántas veces he hallado de este modo la respuesta a preguntas angustiosas.

O’Brien me prometió darme unas clases e iniciarme en los misterios de este arte, desde los nudos doble y de tejedor, hasta los de tope y los en ocho.

Mas no fue así, porque al poco tiempo ya dejó O’Brien de frecuentar el agua. Primero estuvo tres o cuatro días sin acudir, luego semanas enteras. Nadie sabía qué hacía. Circulaban rumores sobre una misteriosa ocupación. Sin duda O’Brien había descubierto una afición nueva.

Pasaron varios meses hasta que volvimos a estar juntos en su barca. Esta vez la pesca fue abundante; cuando al fin descubrimos una gran lubina cogida en su anzuelo, me invitó a que fuera a cenarla en su casa al siguiente día.

Después de la cena, O’Brien me dijo abriendo una puerta: «Mi colección, de la que habrá oído hablar».

Yo había oído hablar de su colección, de sus famosas máscaras africanas, pero sólo sabía que la había perdido.

Pero ahí estaban. Una veintena de máscaras colgadas en las paredes blancas de una habitación toda vacía. Su expresión era más bien grotesca y delataba severidad exagerada hasta hacerse cómica, un rechazo implacable de todo cuanto fuera inadecuado. Los labios superiores levantados y las abovedadas estrías en las que párpados y cejas se habían convertido parecían expresar una aversión infinita hacia quien va hacia ellas, hacia cualquiera que se les acercase, mientras las cimas escalonadas del ornamento inscrito en la frente y los gruesos refuerzos de las trenzas sobresalían violentos como marcas que proclamaban los derechos de una fuerza exterior sobre esos rasgos. La boca de esas máscaras no parecía encontrarse destinada a emitir sonidos; los labios levantados o cerrados eran barreras de antes o después de la vida, como los labios de los embriones y los muertos.

O'Brien se quedó detrás de mí.

«Esta máscara», dijo de repente como si sólo hablara para sí, «es la primera que reencontré».

Al darme la vuelta, lo vi ante una cabeza alargada; una lisa; de ébano; sonriente. La forma de esa sonrisa era ascendente, por lo cual parecía repetir la sonrisa que debía estar como escondida tras los labios cerrados. Por lo demás, la boca estaba hundida, y el rostro no era en sí más que un engendro de la anchurosa frente abovedada, que descendía en un arco incontenible tan sólo interrumpido por las redondas ojeras, que parecían emerger del interior como de una campana de buzo.

«Esta máscara es la primera que reencontré. Puedo contarle cómo».

Lo miré. Con la espalda, O'Brien se apoyó cómodamente en la baja ventana, y me contó esta historia:

«Si usted mira hacia afuera, tiene justo ante sí una cerca de cactus, la más grande de toda la región. Mire su tronco y vea cómo está lignificado hasta arriba. Esto indica su edad; ciento cincuenta años por lo menos. Fue una noche como la de hoy, pero entonces había luna llena. No sé si usted ya se ha dado cuenta de la fuerte influencia de la Luna en esta región, donde su luz no parece caer en lo que es el escenario de nuestra vida diurna, sino en una Tierra contigua o contraria. Había pasado la tarde ante mis cartas náuticas. Tengo que decir que mi manía es mejorar los mapas de la marina

británica, lo que es un modo fácil de adquirir algún nombre, pues cuando ocupo un nuevo lugar con mis nasas realizo sondeos. Así que tomé notas de unas lomas en el fondo marino y me dije que sería muy bonito que le dieran mi nombre a una de las colinas, inmortalizándome. Y después de eso me marché a dormir. Usted habrá visto que he puesto cortinas ante las ventanas; por aquella época aún no las tenía, y la Luna se acercaba hasta mi cama mientras yo me tumbaba sin poder dormir. De modo que me puse a jugar a mi juego preferido: lo conoce, hacer nudos. Creo que ya le hablé de esto una vez. Es un juego mental: hago un nudo que sea complicado; luego lo dejo de lado y (mentalmente) hago ahora otro nudo. Luego vuelvo al primero. Pero ahora he de deshacerlo. Naturalmente, la cuestión es conservar en la memoria con toda precisión la forma de los nudos, sin mezclarlos. Estos ejercicios, en los que soy un experto, los llevo a cabo cuando me sumo en pensamientos pero no tengo una solución, o cuando estoy cansado y no logro dormir. En ambos casos busco lo mismo: relajarme.

» Pero aquella vez mi maestría no sirvió de nada, pues cuanto más me acercaba a la solución, más avanzaba también hacia mi cama la deslumbrante luz de aquella Luna. Así que al fin recurrí a otra cosa. Me repasé todas las sentencias, y los acertijos y canciones que había aprendido en esta isla. Esto ya fue mejor. Noté que mi inquietud se apaciguaba, y mi mirada cayó sobre la cerca de cactus. Recordé un viejo verso de tono burlesco: *Buenas tardes, higos chumbos*[116]. El campesino saluda al higo chumbo, saca tranquilamente su cuchillo y lo abre de un tajo en la mitad.

»Pero la temporada de higos chumbos ya había pasado. La cerca estaba vacía y sus palmas colgaban del vacío, ora agrupadas, ora escalonadas; unas vainas muy gruesas que esperaban en vano que lloviera.

»La cerca parecía transformada. Era como si afuera, en la luz que rodeaba ya toda mi cama, hubiera unas personas que miraban; como si toda una multitud estuviera pendiente ahora de mí. Un tumulto de escudos, y de mazas y hachas. Al quedarme dormido, advertí de repente el instrumento con que las figuras de allí afuera me tenían en jaque. ¡Eran las máscaras, que se estiraban hacia mí!

»Y, finalmente, me quedé dormido. A la mañana siguiente me sentía intranquilo. Agarré un cuchillo y me encerré durante ocho días con el bloque, del que saqué la máscara que está aquí colgada. Las demás fueron surgiendo una tras otra, sin que yo mirara a la cerca de cactus. No le digo que sean similares a mis máscaras anteriores, pero me atrevería a jurar que un experto no podría distinguir ahora estas máscaras de las que hace unos años estaban ocupando su lugar».

Esto es lo que O'Brien me contó. Seguimos hablando luego un rato más, y después me marché.

Unas semanas más tarde oí decir que O'Brien había vuelto una vez más a encerrarse con un trabajo misterioso y que no quería ver a nadie. Yo ya no volví a verlo, porque se murió poco después.

Había dejado de pensar en él cuando, sin duda para mi sorpresa, descubrí cierto día en una tienda de objetos de arte de la Rue de La Boétie tres máscaras africanas dentro de una urna de cristal.

—¿Me permite que le felicite sinceramente por esta extraordinaria adquisición? —dije entonces al dueño de la tienda.

—Veo con placer —me respondió— que sabe usted apreciar la calidad. Veo que es un experto. Las máscaras que admira, y con razón, no son sino una pequeña muestra de la gran colección cuya exposición estamos preparando.

—Y puedo imaginarme, señor mío, que estas máscaras inspirarán a nuestros artistas para hacer sus propios experimentos.

—¡Yo también lo espero! Si está usted interesado, puedo traer de mi oficina los informes de nuestros primeros expertos en La Haya, y también de Londres. Verá usted que se trata de objetos con varios siglos de antigüedad. En dos casos son incluso milenarios.

—Leer estos informes me parece muy interesante. ¿Puedo preguntarle de quién es esta colección?

—Procede del legado que formó un irlandés llamado O'Brien. No habrá oído su nombre, vivió y murió en las Baleares.

HISTORIAS DE LA SOLEDAD[117]

La muralla

Yo llevaba entonces varios meses viviendo en un pueblecito español de montaña. Bastante a menudo me había propuesto dar una vuelta por los alrededores, que estaban enteramente rodeados por una amplia guirnalda de adustas peñas y pinares oscuros. Entre ellos había algunos pueblos; la mayoría de ellos con nombres de santos, que podrían vivir perfectamente en aquella región paradisíaca. Pero estábamos aún en el verano; el calor me obligó a aplazar mi propósito un día tras otro, y tuve que renunciar hasta al paseo a la colina de los molinos de viento que yo veía desde mi ventana. Así que me conformé con recorrer las calles tan angostas como umbrosas en cuya red nunca encuentras el mismo punto de la misma forma. Una tarde descubrí durante mi paseo una tienda en la que vendían tarjetas postales. Una de las que se podían contemplar, estando expuesta en el escaparate, mostraba una muralla como la que poseen muchas localidades de la región. Mas nunca las había visto como ésa. El fotógrafo había captado totalmente su magia, y la muralla se tendía por su paisaje igual que una voz, un himno dilatado por los siglos. Me prometí no comprar esa tarjeta hasta que hubiera visto la muralla. Pero a nadie le hablé de mi propósito, pues la misma tarjeta me guiaba con la leyenda «S. Viñes». No había oído hablar nunca de San Viñes, pero tampoco conocía a San Fabiano, ni a San Romano ni a San Sinforio, que daban su nombre a otras localidades de la zona. En mi mapa no figuraba dicho nombre, pero eso no era importante. Los campesinos vivían en la región, los marineros la señalizaban; pero tenían nombres diferentes para los mismos lugares. Así que consulté mapas antiguos; y como esto no sirvió de nada, busqué una carta de navegación. Esta

investigación me fascinaba, y me habría sentido hasta ofendido si hubiera tenido que pedir ayuda a otras personas en un estadio tan avanzado del asunto. Ya había pasado una hora más estudiando mis cartas cuando uno del pueblo me invitó a dar un paseo. Me quería llevar a la colina desde la cual tantas veces los molinos de viento, abandonados desde hace muchos años, me saludaban por encima de los pinos. Guando llegamos arriba, estaba ya empezando a oscurecer y descansamos un rato para esperar la Luna, con cuyos rayos volveríamos al pueblo. Finalmente, salimos de un bosquecito de pinos y, a la luz de la Luna, cercana y por completo inconfundible, estaba la muralla cuya imagen me venía acompañando varios días; protegido por ella estaba el pueblo, al que regresamos. Yo no dije nada y me separé de mi amigo al poco tiempo. La tarde del día siguiente me topé de improviso con la tienda. La tarjeta aún estaba en el escaparate. Sobre la puerta había un cartel en el que antes no había reparado, sobre el cual, en grandes letras rojas, se podía leer: «Sebastián Viñes». El pintor había añadido al nombre un pilón de azúcar junto a un pan.

La pipa

Un paseo en compañía de un matrimonio amigo me condujo cerca de la casa donde yo vivía en esta isla. Me entraron ganas de encender la pipa. Como no la llevaba sobre mí, decidí ir a buscarla a mi habitación, en cuya mesa debía de encontrarse. Con unas pocas palabras le pedí a mi amigo que se adelantara con su esposa mientras que yo iba a por la pipa. Luego me marché; pero apenas me había alejado diez pasos cuando noté de pronto que la pipa estaba en mi bolsillo. Así que alcancé a mis amigos, echando nubes de humo por la pipa, cuando no había transcurrido ni un minuto. «Pues sí, estaba en la mesa», dije por una razón que desconozco. En la mirada del hombre había algo que se parecía a la mirada de uno que se acaba de despertar y todavía no sabe dónde está. Seguimos paseando, y la charla hizo su camino. Algo después le hice regresar hacia el episodio de la pipa.

—¿Cómo es posible que no se hayan dado cuenta? Lo que les he dicho es imposible.

—En efecto —me contestó el hombre tras hacer una breve pausa—. Yo estuve a punto de decirle algo, pero pensé que sería verdad. Porque, ¿por qué tenía que mentirnos?

La luz

Yo me encontraba solo por primera vez con mi amada, en un pueblo desconocido por completo, y la esperaba ante mi alojamiento, que no era el mismo que el suyo. Queríamos dar un paseo al atardecer. Mientras esperaba, iba arriba y abajo por la calle. Y entonces vi a lo lejos una luz, que resplandecía entre los árboles. «Esta luz», pensé, «no les dice nada a quienes la están viendo cada tarde. Tal vez proceda de una farola o de una finca. Pero a mí, que soy un forastero, me dice muchas cosas». Y entonces di media vuelta para recorrer la calle nuevamente. Así me estuve un rato, pero cada vez que me volvía esa luz fascinaba mi mirada. Pero me vi forzado a detenerme. Fue muy poco antes de volver a encontrarme de nuevo con mi amada. Me había dado la vuelta una vez más, y me di cuenta de que la luz que había visto surgir a ras de tierra era la de la Luna, que ahora iba subiendo lentamente, tras las lejanas copas.

CUATRO HISTORIAS[118]

La advertencia

En un lugar turístico, muy cerca de Tsingtau, existía un paraje muy rocoso marcado por su romántica situación y por unas paredes escarpadas que conducían directas a un abismo. El paraje era meta de numerosos hombres enamorados durante su época feliz, que tras haber admirado aquel paisaje del brazo de su amada acudían en su compañía a un restaurante cercano. Este restaurante iba muy bien. Su propietario era el señor Ming.

Así que un día, a un hombre que había sido abandonado por su amada se le ocurrió poner fin a su vida en donde había sido más feliz, y, en un punto cercano al restaurante, se arrojó de una peña hacia el vacío. Aquel hombre tuvo imitadores, y al poco este paraje ya no era conocido como mirador, sino también como gólgota. Esta nueva fama se reveló muy perjudicial para el restaurante del señor Ming, pues ningún caballero se atrevía a llevar su dama hasta un lugar donde, en cualquier momento, podía aparecer una ambulancia. Los negocios del señor Ming fueron a peor, hasta que tuvo que buscar una salida.

Un día se encerró en su despacho. Cuando volvió por fin a salir de él fue a la central eléctrica más cercana. A los pocos días, una alta alambrada se extendía por el margen exterior de aquel paraje, y en un cartel se podía leer esto: «¡Cuidado! Alta tensión. Peligro de muerte». Desde entonces, los candidatos al suicidio evitan acudir a este lugar, y el negocio en que reina el señor Ming florece igual que en los mejores tiempos.

La firma[119]

Potemkin sufría graves depresiones, que se repetían a intervalos más o menos regulares, durante las cuales nadie podía acercársele, estando terminantemente prohibido entrar en su habitación. En la corte su enfermedad ni se mencionaba, porque todos sabían que quien aludiera a ella caería en desgracia ante Catalina, la gran emperatriz. Una de las depresiones del canciller vino a durar más de lo habitual, y las consecuencias eran graves: en los registros se acumulaban actas cuya tramitación, imposible sin la firma de Potemkin, reclamaba la zarina. Los altos funcionarios no sabían qué hacer.

En ese momento, un insignificante ordenanza llamado Shuvalkin fue a dar casualmente a la antecámara del palacio del canciller, donde los consejeros estaban reunidos, como siempre para lamentarse. «¿Qué es lo que sucede? ¿Qué podría hacer por Sus Excelencias?», preguntó Shuvalkin obsequioso. Entonces le explicaron lo que pasaba y se disculparon por no hacer uso de sus servicios. «Si eso es todo», respondió Shuvalkin, «denme las actas, señores, se lo ruego». Como nada tenían que perder, los consejeros aceptaron, y Shuvalkin, con las actas bajo el brazo, recorrió las galerías y pasillos que conducían al dormitorio de Potemkin. Sin pedir permiso para entrar, y sin ni siquiera detenerse, Shuvalkin abrió la puerta, que no estaba cerrada. A media luz, Potemkin estaba sentado encima de la cama, mordiéndose las uñas, vestido con un raído camisón. Shuvalkin se acercó al escritorio, mojó la pluma y, sin decir palabra, la colocó en la mano de Potemkin depositando las actas en sus rodillas. Tras dirigir una ausente mirada al intruso, Potemkin fue firmando todas aquellas actas, como en sueños. Una vez recogida la última de ellas, Shuvalkin volvió a salir sin formalismos, llevando los dosieres bajo el brazo, tal como se había presentado, y entró triunfante en la antecámara, agitando las actas en sus manos. Los consejeros se abalanzaron sobre él y le arrebataron los papeles, comenzando al punto a examinarlos conteniendo el aliento. Ninguno pronunció ni una palabra, todo el grupo se había quedado de piedra. Shuvalkin, de nuevo, se acercó hasta ellos, y preguntó obsequioso, nuevamente, cuál era la causa de su pasmo. Su mirada cayó sobre la firma.

Siempre igual en cada una de las actas: Shuvalkin y Shuvalkin y Shuvalkin…

El deseo[120]

Una tarde de *sabbat* los judíos estaban reunidos en una triste posada de un pueblo hasidista. Todos eran de allí, salvo uno al que nadie conocía, un tipo muy pobre y harapiento, sentado al fondo, a la sombra de la estufa. La conversación pasó por muchos temas. De pronto uno propuso que cada cual dijera qué querría si pidiera un deseo. Uno quería dinero; otro, un yerno; un tercero, un nuevo banco de carpintero… Al final quedaba por hablar solamente el mendigo del rincón. Y también él, a regañadientes, dijo por fin lo que desearía: «Querría ser un rey poderosísimo, mandar un país enorme, y mientras durmiera, por la noche, dentro de mi palacio, el enemigo nos invadiría; y algo antes de amanecer los enemigos llegarían al castillo, que no ofrecería resistencia. Me despertaría con el susto y no tendría tiempo de vestirme, y huiría así, en camisón, atravesando las montañas y los valles, escapando por bosques y colinas, andando sin descanso, día y noche, para llegar sano y salvo hasta este banco en vuestro rincón. Eso deseo». Los demás se miraban sin entender. «¿Qué obtendrías de ello?», preguntó entonces uno. «Un camisón», le respondió el mendigo.

El agradecimiento

Beppo Acquistapace trabajaba en un banco neoyorkino. Era un hombre modesto, vivía sólo para su trabajo. En cuatro años apenas había faltado tres días, y siempre autorizado por alguna razón irreprochable. Por tanto, sorprendió a todo el mundo que un día, sin avisar, no acudiera al trabajo. Como el día siguiente no aparecieron ni él ni sus razones, el señor McCormick (que ejercía como jefe de personal) hizo algunas preguntas en la oficina de Acquistapace. Pero nadie le supo responder. El desaparecido se relacionaba muy poco con sus compañeros de trabajo; sólo trataba con los

italianos que pertenecían, como él, a familias pobres. Precisamente a ello se vino a referir Acquistapace en la carta con la cual, una semana después, le explicó a McCormick dónde estaba.

La carta procedía de la cárcel, y Acquistapace se dirigía allí a su jefe con palabras tan apremiantes como serias. Fue detenido como consecuencia de un penoso incidente sucedido en un bar con el que no tenía relación. El no recordaba ya el motivo que desencadenó la pelea entre sus compatriotas, pero por desgracia hubo una víctima. Y ahora sólo podía recurrir a McCormick para dar fe de su reputación. Pues el jefe no sólo poseía cierto interés en el trabajo del detenido, sino, además, ciertos contactos que hacían posible interceder por él ante las instancias competentes. Acquistapace sólo había estado retenido diez días en prisión cuando volvió al banco, a su trabajo.

Al acabar la jornada, acudió al despacho de McCormick y le dijo a su jefe, emocionado: «No sabría cómo agradecérselo, sólo a usted debo mi excarcelación. Nada podría alegrarme más que demostrarle mi agradecimiento. Pero por desgracia soy muy pobre. Y usted sabe», añadió con sonrisa modesta, «que aquí no me hago millonario. Pero —concluyó entonces con voz firme— quiero asegurarle aún una cosa: si se encontrará en una situación que podría mejorar rápidamente eliminando a alguno, puede contar conmigo, no lo olvide».

UN MINUTO[121]

Tras solicitarlo varios meses, la dirección de la radio me encargó que entretuviera veinte minutos a la audiencia con comentarios de mi especialidad, es decir, los libros. Si mi charla atraía a los oyentes, podía repetirse nuevamente con una cierta regularidad. El director de la sección fue tan amable que me explicó que lo importante, junto a la estructura de la charla, era cómo se hablaba. «Los principiantes cometen el error de creer que dictan una conferencia ante un público más o menos amplio que, casualmente, es invisible. Pero esto es absurdo. El oyente suele ser un individuo; y si logra usted miles de oyentes, éstos serán miles de individuos. En consecuencia, ha de comportarse como si le hablara a un individuo, o a muchos de ellos, si es que lo prefiere, pero no sin duda a una asamblea. Esto es lo primero. Y lo segundo es respetar el tiempo. Si no lo hace, interrumpiremos su emisión. Todo retraso, hasta el más pequeño, se multiplica en la programación. Y si no intervenimos sin miramientos en el momento justo, perdemos el control de la emisión. Así pues, no lo olvide: hable con toda naturalidad y acabe conforme al minutaje».

Me tomé en serio estas instrucciones; además, para mí era importante el que mi primera conferencia fuera bien acogida. El manuscrito con el que acudí a la hora indicada a la emisora lo había leído en casa en alta voz para controlar su duración. El locutor me recibió con amabilidad y mostró su confianza al renunciar a supervisar mi debut vigilando desde la cabina. Entre la presentación y la despedida yo era el dueño de la situación. Me encontraba, por primera vez, en un moderno estudio, dentro del cual todo está pensado para que quien habla se relaje y pueda desplegar sus aptitudes. Puede hablar de pie junto al atril o bien sentado en un sillón muy amplio; puede elegir la iluminación, como puede incluso caminar y llevar el

micrófono consigo. Por último, un reloj que no marca las horas, sino solamente los minutos, le indica el valor propio del instante dentro de esta cámara cerrada. Cuando la aguja marcara los cuarenta, yo tendría que finalizar.

Había leído la mitad del manuscrito cuando volví la vista hacia el reloj, esa esfera en la cual el segundero recorre sesenta veces más veloz el mismo círculo que el minutero. ¿Había calculado mal en casa?, ¿o estaba hablando a un ritmo equivocado? Una cosa sin duda estaba clara: dos tercios de mi tiempo habían pasado ya. Mientras seguía leyendo en el intento de no perder la calma, buscaba febrilmente una salida. Sólo una tajante decisión me podía ayudar en ese trance: sacrificando párrafos enteros, improvisé las observaciones que me fueron llevando hasta el final. Pero abandonar así mi texto no carecía tampoco de peligros. Aun así, no pudiendo hacer otra cosa, reuní todas mis fuerzas y me salté varias páginas enteras mientras desplegaba una larga frase, para aterrizar exactamente en el campo de la última sección. Respirando aliviado, recogí luego todos mis papeles y, exaltado como estaba por la hazaña, me alejé del atril para ponerme nuevamente el abrigo.

Ahora tenía que hablar el locutor, pero no lo hizo. Me volví hacia la puerta, y de paso miré hacia el reloj: ¡el minutero marcaba treinta y seis!, ¡quedaban cuatro minutos todavía hasta marcar cuarenta! Eso que yo había visto antes debía de ser sólo el *segundero*. Y comprendí por qué el locutor no decía nada. En aquel instante, el silencio (que tanto bien me estaba haciendo) me vino a envolver como una red. En esa cámara reservada y destinada a la acción de la técnica y al hombre que domina a través de ella sentí de pronto un nuevo escalofrío, pero muy parecido al más antiguo que sin duda todos conocemos. Les presté atención a mis oídos, que no oían otra cosa que el silencio, y comprendí que era el de la muerte, que se estaba escuchando al mismo tiempo en millares de oídos y viviendas.

Sentí un miedo en verdad indescriptible, al que siguió una salvaje audacia. Decidí salvar lo que pudiera; me saqué del bolsillo el manuscrito, tomé una de las hojas que me había saltado y empecé a leer con una voz que no dejaba oír los latidos de mi corazón. En verdad no podía ya esperar que se me ocurriera alguna cosa. Y como aquel texto era muy breve,

alargué las sílabas, fui paralizando las vocales, arrastré la erre e hice pausas también entre las frases. Y llegué de nuevo hasta el final, esta vez al correcto. El locutor me despidió amablemente, tal como me había recibido, pero yo seguía estando inquieto. Por eso, al día siguiente, cuando vi a un amigo que sabía que me había escuchado, le pregunté qué le había parecido. «Estuvo muy bien», dijo. «Pero los receptores continúan aún teniendo problemas. El mío falló por un minuto entero».

CONVERSACIÓN SOBRE EL CORSO

Ecos del carnaval de Niza[122]

En Niza era martes de carnaval. Pero yo, que ya había decidido ignorarlo, paseé hasta el puerto para recuperarme de las impresiones de la víspera, contemplando el trajín que se deriva de la llegada y salida de los barcos. Absorto, iba mirando a los obreros que descargaban el «Napoleón Bonaparte», de Ajaccio. Y, de repente, un golpe sobre el hombro me hizo nuevamente prestar atención.

—¡Qué suerte de encontrarlo aquí, doctor! Quería hablarle de algo a toda costa, pero al preguntar en el hotel usted ya había salido.

Tenía ante mí a mi viejo amigo Fritjof, que hacía años que vivía en Niza y que solía darme compañía en mis escasas visitas a la ciudad, al igual que guiaba por la ciudad vieja y aledaños a algunos otros forasteros que le resultaran agradables.

—Le están esperando —dijo tras habernos saludado.

—¿Dónde? ¿Quién? —pregunté con desconfianza.

—Ahí, en el Café M. Ya sabe, en el Casino Municipal, desde donde se tiene la mejor de las vistas sobre el Corso.

A mí esa vista no me interesaba. En cambio, la descripción que me hizo Fritjof de un amigo danés al que le había prometido presentarme sí despertó mi curiosidad.

—Es escultor —me dijo—, lo conocí hace años en un viaje. Lo vi en Capri en 1924; en 1926 lo encontré en Rodas, en 1927 en Hiddensee, y por última vez en Formentera. Es una de esas gentes que se pasan en islas la mayor parte de su vida; no están a gusto en el continente.

—Ese tipo de vida me parece asombroso doblemente para un escultor —le interrumpí.

—Escultor…, así es como lo llamo. Pero no es uno al uso. Creo que nunca le encargaron una obra. Su patrimonio sin duda le permite el vivir de manera independiente. Por lo demás, no he visto todavía ninguna de sus obras. Pero siempre habló de ellas en los sitios donde lo he ido encontrando. Y sobre todo los que hablaban de ellas siempre han sido las gentes del lugar. Parece que esculpía dichas obras en la roca de montañas apartadas.

—Un artista de la naturaleza, si podemos decirlo de ese modo.

—En Rodas sospechaban que era un brujo. Yo no creo que sea para tanto, pero sin duda es un tipo raro. Lo mejor será que se comporte como si no supiera en absoluto a qué se dedica. No le gusta nada hablar de eso. En los diez años en que lo conozco sólo recuerdo una conversación que rozara ese tema. No comprendí mucho lo que se dijo, mas sí lo suficiente para saber que sus obras suelen ser de tamaño gigantesco. No sé exactamente en qué consisten, parece que se inspira en esas rocas. Como en tiempos remotos las rocas solían hablar directamente a la fantasía de mineros o pescadores, que antaño creían ver en ellas a dioses, o personas o demonios.

Habíamos cruzado mientras tanto por la Plaza de Masséna, que hoy (el día del último desfile) estaba libre del tráfico profano, y a la que acudían las carrozas a través de las calles laterales.

En el primer piso del café nos saludó el danés desde una mesa; era un hombre pequeño, delgado, mas no feo, cuyo pelo rizado tenía un tono rojizo. Fritjof hizo las presentaciones de forma deliberadamente descuidada, y al poco ya estábamos sentados en unos cómodos sillones ante unos vasos de *whisky*.

Un vendedor de periódicos, con gorra puntiaguda de payaso, hacía su ronda por aquel lugar.

—Cada carnaval tiene un lema —dijo Fritjof—, y el de este año ha sido «El circo y la feria».

—No es mala idea —dije— apoyar la diversión del carnaval en las diversiones populares.

—No es mala idea —repitió el danés—, pero podría ser inadecuada. La feria y el circo tienen mucho que ver con lo que es el humor carnavalesco,

pero ¿no es demasiado? El carnaval es un estado de excepción. Un descendiente de las saturnales de la Antigüedad, en las cuales lo que estaba abajo se ponía arriba de repente y a los esclavos los servían sus señores. Pero un estado de excepción sólo se destaca claramente frente a uno ordinario. Y la feria por cierto no lo es. Me parecería conveniente aplicar otro lema.

—¿De qué lo tomaría? —dijo Fritjof—. Lo extraordinario se encuentra por doquier, se ha vuelto nuestro pan de cada día. No voy a hablar de nuestra situación, ni social ni económica. Miremos sólo a lo más cercano. Ahí está ese monstruo con un lápiz de varios metros de longitud sujeto tras la oreja. Representa al «cronista de la feria». ¿No parece el muñeco del anuncio de una fábrica de lápices? ¿Muchas de estas criaturas gigantescas no parecen salidas directamente del escaparate de una tienda para sumarse al desfile de carnaval? Miren ese grupo de carrozas que se viene acercando por la izquierda. Admitirán que parecen un ejército en la campaña publicitaria de una zapatería.

—¿Qué representan? —dije—, no lo entiendo.

Se acercaba una serie de carrozas pequeñas, cada una de las cuales presidida por una gran figura. Todas iban tumbadas, extendiendo una pierna hacia lo alto. Era su única pierna, y el pie además era muy ancho y plano. Desde tan lejos no se veía si la figura estaba o no descalza.

—Yo tampoco sabría qué es lo que representan las figuras —dijo ahora el danés— si no las hubiera visto en Zúrich casualmente el año pasado; en su biblioteca conocí la célebre colección de sus grabados, un inmenso tesoro. Por eso conozco a estos seres fabulosos llamados «esquiópodos», es decir, «pies de sombra». Vivían en el desierto y se protegían del Sol con su gran pie. En la Edad Media los mostraban (mejor, los anunciaban) en las ferias frente a los curiosos apiñados ante la amplia carpa de los monstruos y de los prodigios naturales.

Las carrozas pasaron lentamente justo por debajo de nosotros; a continuación aparecieron otras aún más grandes, que venían tiradas por caballos. Ahí estaba la «carroza de la lotería», tirada por sus seis ruedas de fortuna; la «carroza del domador de peces», que hacía bailar su látigo sobre pequeñas ballenas y las doradas de papel maché; la «carroza del tiempo»,

que tirada por un pobre jamelgo y guiada por Cronos nos mostraba el horario de verano y el horario de invierno, el del centro de Europa y el de la Europa occidental en forma de mujeres exuberantes ingeniosamente revestidas.

—Hoy —dijo Fritjof dirigiéndose al danés— las carrozas sólo son estrados móviles. Pero tendría que ver las de anteayer, cuando las transformaron en bastiones. Parapetada tras los muñecos gigantescos la tripulación de cada una libraba su batalla con el público, contra los espectadores de ocasión que quedan convertidos en el blanco de todo el resentimiento que a lo largo de los días y los años quienes siempre se quedan relegados causan en quienes se esfuerzan en la vida, aunque tan sólo sea como comparsas de este carnaval.

—Un carro —dijo el danés muy pensativo— es sin duda algo peculiar. Una representación de la lejanía, que le otorga su fuerza; el embrujo que todo charlatán acostumbra explotar cuando, para vender un crecepelo o un elixir de la vida, instala su mercancía sobre un carro. El carro es algo que siempre nos llega de lejos. Y lo que llega de lejos ha de ser importante.

Guando oí pronunciar estas palabras, recordé un librito interesante que poco tiempo antes había visto en una librería de viejo de Múnich entre un grupo de libros relativos a los distintos medios de transporte procedentes de una antigua caballeriza. El título del libro era sencillo: *El carro y sus cambios a lo largo del tiempo*. Me lo compré atraído por unos curiosos grabados y su formato ligero y atractivo, y desde entonces me había separado muy pocas veces de él. También ahora mismo lo llevaba conmigo; y como me había cansado de mirar, me repantigué en mi sillón y me puse a hojearlo.

El libro reproducía uno tras otro todos los tipos de carros y vehículos, y en un apéndice venía hasta el carro naval, de donde algunos derivan la controvertida palabra «carnaval». En todo caso, la etimología es preciso tomarla más en serio que la que deriva esta palabra de la vieja Cuaresma, cuando había que despedirse de la carne diciendo: «*Carne vale*!». Más adelante, cuando la cuestión se estudió con más detenimiento, se reparó en la costumbre de bendecir con solemnes procesiones las barcas tras las

tormentas del invierno, y así se llegó hasta el origen de aquel *carrus navalis*.

Apoyado con el danés en la ventana, Fritjof decía muy de vez en cuando unas palabras en mi dirección: los nombres de las máscaras que pasaban debajo y que él leía en el programa del desfile. Algunas de las figuras de fantasía que yo creaba arrellanado ante mi copa podían competir con las del desfile, al margen de que no estaban (como éstas) desfiguradas por la acción de un número recosido en la espalda. Así que me imaginé cómo serían «el domador domado», cómo «los canguros boxeadores», «el vendedor de castañas» o incluso «la dama de Maxim», hasta que una banda de música estridente me obligó a prestar más atención.

La música anunciaba la llegada de la carroza del rey del Carnaval.

En consonancia con el lema de este año habían vestido al muñeco con un brillante uniforme de domador. Un león clavaba sus garras en su espalda. Pero esto no le impedía sonreír con sus treinta y dos dientes bien visibles. Aquella era la risa familiar del viejo Cascanueces. De repente me sentí tentado de retroceder hasta el caníbal que habitaba mis libros infantiles, que también sonreía de ese modo cuando comía algo de su gusto.

—¿No es repugnante su sonrisa exagerada? —me preguntó Fritjof señalando al muñeco, cuya cabeza simplona se veía sin tener que levantarme del sillón.

—Lo exagerado —contesté— es el alma de las figuras de carnaval.

—Lo exagerado sólo nos repugna por no tener la bastante fuerza (o mejor dicho, inocencia suficiente) para entenderlo —continuó el danés.

Yo recordé las extrañas cosas que Fritjof poco antes me contara de la actividad del escultor. Valía la pena llevarle la contraria, y le dije con calma:

—Exagerar es siempre necesario. A los estúpidos les será creíble y llamará la atención del distraído.

—No —replicó el danés, y vi que ahora casi echaba chispas—, la cosa no resulta tan sencilla. ¿O debería decir que es más sencilla? Lo vemos en la naturaleza de las cosas, pero no de las cosas cotidianas. Igual que existe un mundo de colores más allá del espectro que nosotros podemos percibir, hay también un mundo de criaturas más allá de las que conocemos. Las antiguas leyendas de la totalidad de los pueblos lo conocen.

El danés se acercó, y finalmente se sentó a mi lado mientras que decía estas palabras.

—Piense en los enanos y gigantes. Si lo corpóreo puede ser un símbolo que represente lo espiritual, será sin duda en estas criaturas de la literatura popular. Hay dos esferas de la inocencia más perfecta, y están en los dos límites en que nuestra estatura habitual pasa a lo gigantesco o a lo minúsculo. Todo lo que es humano incluye culpa. Pero las criaturas gigantescas siempre son inocentes, y la procacidad de Pantagruel y Gargantúa (que por cierto pertenecen a la dinastía de los reyes de nuestro carnaval) da buena prueba de ello.

—¿Y a eso le correspondería la inocencia que habita en lo pequeño? —pregunté—. Al oírle, no puedo dejar de pensar en *La nueva Melusina* soñada por Goethe[123], la pequeña princesa en su cajita cuyo curioso encierro, cuyo canto siempre fascinante y cuya naturaleza diminuta encarnan justamente la inocencia. La inocencia infantil, quiero decir, que es muy diferente de la inocencia propia del gigante.

—¡Pero vean qué grupo más extraño! —reclamó Fritjof desde la ventana.

Y, en efecto, una carroza muy curiosa iba pasando ante las tribunas mientras empezaba a oscurecer. Ante una pared, o un biombo donde colgaban unos cuadros, había unos pintores con paleta y pincel que al parecer estaban casi a punto de terminar sus obras. Pero unos bomberos, con las mangueras dispuestas a funcionar, amenazaban con regar todas aquellas obras maestras y a sus creadores.

—No sé de qué se trata —confesé.

—Es el *car des pompiers* —nos dijo Fritjof—. Un *pompier* es un pintor que nos resulta plúmbeo y académico. Pero esa palabra se refiere igualmente al bombero. Un juego de palabras sobre una carroza. Lástima que no haya alguno más.

Antes incluso de que oscureciera, las fachadas de la Place Masséna empezaron ahora a iluminarse. La amplia reja que la rodeaba con todo tipo de símbolos de feria y del mundo del circo había sido devorada de repente por un fuego de faroles de colores. En el lugar donde antes se veía un león ardía ahora toda una barrera de brillantes luces amarillas, en cuya silueta

dos lamparitas rojizas aludían a los arranques de la fiera; de igual modo, la chica de madera que antes parecía estar al frente de una barraca de tiro se había transformado en un luciente retrato de Astarté.

Pero más interesante todavía que el juego de la luz en la fachada era lo que las luces le comunicaban a la plaza. Las luces la conducían en efecto hacia su más auténtico destino. Así quedaba claro que esa plaza pertenece a la serie grande y distinguida de las plazas europeas de salón, cuyos inicios se encuentran en Italia y gracias a los cuales las fiestas italianas, con sus *corsi* y sus alargadas procesiones (sin olvidar aquí el carnaval), son determinantes para Europa. Estas plazas estaban destinadas no ya sólo a albergar, los días laborables, los mercados y las asambleas populares, sino a convertirse, en los festivos, en la sala solemnemente iluminada bajo el cielo nocturno, que no le iba a la zaga a la brillante sala artesonada del palacio ducal. Una plaza así es la que estábamos contemplando en silencio.

Tras una larga pausa, el danés dijo:

—Usted ha hablado del mundo de lo delicado y lo minúsculo que Goethe muestra en *La nueva Melusina. Y* ha dicho que ese mundo, a diferencia del de los gigantes, es el mundo que es propio de la inocencia infantil. ¿Sabe usted que tengo ciertas dudas? La inocencia infantil, a mi juicio, no sería humana si es que no conociera los dos reinos de los gigantes y de los enanos. No quiera pensar sólo en el aspecto delicado de los niños que construyen sus castillos en la arena o que juegan con un pobre conejo. Piense también en el otro lado, en lo tosco e inhumano que vemos en los libros infantiles, ese aspecto que hace a *Maxund Moritz* y a *Struwwelpeter*[124] ser tan apreciados y tan útiles. Por cuanto en ellos ese otro lado se nos presenta en toda su inocencia. Me gustaría llamarlo «lo caníbal», que usted lee en los labios entreabiertos del rey del Carnaval. Lo maravilloso de los niños es que pueden alternar constantemente entre los reinos limítrofes de lo humano, y permanecer en uno o en otro sin tener que llegar a un compromiso con el mundo contrario. Esta ausencia total de compromiso es lo que perdemos con la edad. Podemos inclinarnos a lo minúsculo, pero ya no podemos sumergirnos en él; podemos divertirnos con lo monstruoso, pero siempre con cierta inhibición. Los niños, que tal vez teman a los adultos, se mueven entre los gigantes del desfile como entre sus

iguales. En cambio, a los adultos el carnaval nos da, una vez al año, la oportunidad de comportarnos un poco como gigantes, es decir, más libres y decentes de lo que hacemos a diario.

Un cohete subía por el cielo; y se oyó un cañonazo: la señal para quemar al rey del Carnaval —cincuenta y siete de su dinastía—, cuya hoguera tiene que encontrarse totalmente apagada antes de que el Miércoles de Ceniza dé comienzo, de nuevo, a lo de siempre.

LA MANO FELIZ

Conversación sobre el juego[125]

—Hay que tener una buena mano. Yo podría contarles una historia —dijo el danés, de pronto.

—¡No, una historia no! —dijo entonces el dueño del hotel—. Lo que quiero es que me diga su opinión: ¿cree usted que en el juego todo es el azar, o hay otra cosa?

Éramos sólo cuatro: mi viejo amigo el novelista Fritjof, el escultor danés que me presentó Fritjof en Niza[126], el brillante dueño del hotel en cuya terraza tomábamos el té de esa tarde y yo mismo. Ya no recuerdo cómo la conversación fue a parar en el juego. No había participado mucho en ella; disfrutaba del Sol de primavera y del placer repentino de haber dado en el remoto Saint-Paul con mis amigos de Niza.

Cada día me hacía comprender que Fritjof hubiera elegido este rincón para retomar el trabajo en su novela, ésa misma que en Niza no avanzaba. Al menos, alcancé esta conclusión cuando semanas atrás le pregunté por ese asunto en Niza, y me contestó mientras mostraba una sonrisa irónica e imprecisa: «Es que he perdido mi estilográfica». Me marché de allí poco después, y ahora me alegré de ver a Fritjof y a su amigo danés. También me sorprendí en cierto modo. Fritjof, que era en todo un pobre diablo, ¿había conseguido finalmente alojarse allí en un buen hotel?

Estábamos reunidos en un lugar en verdad separado y apartado del mundo, y, mientras que charlábamos, mirábamos las banderas señalizadoras que ondeaban sobre la puerta de la ciudad, o en los árboles escalonados por el valle.

—Si quiere que le diga mi opinión —dijo el danés de pronto—, lo fundamental no son las cosas de las que hemos hablado por ahora. Ni el capital del jugador, ni sus «sistemas» ni el temperamento; antes bien su falta, justamente.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Si usted hubiera visto lo que yo vi en San Remo el mes pasado, ya me habría entendido.

—Explíquese —dije con curiosidad.

—Fui una noche al casino —nos contó el danés—, y me senté a una mesa en la que acababa de empezar a jugarse una partida de bacará. Quedaba un sitio, que estaba reservado; y las miradas que, de vez en cuando, caían de reojo sobre él delataban la espera de alguien importante. Yo estaba a punto de preguntar de quién se trataba cuando cerca de mí se pronunció su nombre, y penetró en ese mismo instante, apoyada en un empleado del casino y en el brazo de su secretario, la marquesa Dalpozzo. El trayecto desde el coche a su sillón parecía haber dejado agotada a la anciana. En cuanto llegó, se desplomó. Un rato después, llegado el turno de tener la banca, abrió sin prisa su bolso y sacó una pequeña jauría de perritos de porcelana, de cristal y jade, que eran claramente sus mascotas y que desplegó a su alrededor. Se tomó su tiempo para ello, y a continuación hundió de nuevo su mano en el bolso para sacar un fajo formado por billetes de mil liras. De contarlos se encargó el crupier. La marquesa repartió las cartas; y, en cuanto dio la última, se desplomó en su asiento una vez más. No oyó la petición de otra carta con que su compañero quería mejorar su situación. Se había quedado dormida por completo. Su secretario la despertó respetuoso, con un suave movimiento de la mano al que se le notaba cierta práctica. La marquesa puso las cartas boca arriba. «*Neuf à la banque*», dijo ahora el crupier; ella había ganado. Pero esto sólo le propició más sueño. Y por más dinero que ganara, su secretario tuvo que despertarla, una y otra vez, para que siguiera disfrutando de su suerte.

—El Señor premia a los suyos mientras duermen —dije yo, como comentario[127].

—¿No habría que hablar de Satanás? —preguntó sonriendo el discreto dueño del hotel.

—Bueno, ¿saben ustedes —preguntó Fritjof en vez de responder— que a veces me pregunto por qué el juego tiene mala fama? Ahí no hay que buscar nada enigmático. El juego provoca muchos suicidios, trastornos, estafas… Pero, como he dicho, ¿es eso todo?

—El juego tiene algo antinatural —propuso el danés.

—Yo pienso —repliqué— que el juego es demasiado natural. Igual que la esperanza inagotable de coger una racha.

—Ha dicho la palabra decisiva —me contestó el danés—, Fe, caridad y, por último… esperanza. Ya ve dónde ha acabado la esperanza.

—Quiere decir que el objeto de la esperanza es indigno de ella. «El vil metal» o algo así, si es que no le he entendido mal.

—No me ha entendido bien —dijo el danés, apartándose de mí y dirigiéndose a Fritjof—. ¿Ha estado quizás alguna vez en el metro o en un banco, cerca de una mujer que a usted le haya resultado atractiva, realmente muy cerca?

—Voy a decirle algo —dijo Fritjof—: si está muy cerca, usted no podrá verla claramente. De cerca es imposible contemplarla. Al menos, a mí eso me parece una impertinencia.

—Entonces va a entenderme bien ahora, cuando regrese a nuestra pregunta. Hemos mencionado la esperanza. Yo la comparo a una mujer joven y hermosa a la que sería indecente estar mirando de demasiado cerca.

—¿Cómo? —le pregunté; estaba a punto de perder el hilo.

—He hablado de cercanía temporal —continuó diciéndome el danés—. Pero hay gran diferencia entre tener un deseo para un futuro lejano y tenerlo ya para ahora mismo. «Lo que desea de joven lo tiene luego copiosamente el viejo», asilo dice Goethe[128]. Cuanto antes tengas un deseo, mejores son las perspectivas de cumplirlo… Pero me he apartado del tema.

—Creo que usted nos quería decir —afirmó entonces Fritjof— que quien está jugando también tiene un deseo.

—Sí, pero es un deseo que puede ser cumplido de inmediato. Esto es lo reprobable del asunto.

—Sitúa al juego en un contexto extraño —dijo entonces el dueño del hotel—. La bolita rodando en la ruleta vendría a ser algo parecido a la estrella fugaz que cae lejos y puede concedernos un deseo.

—Sí, el deseo correcto, que se dirige a la lejanía —dijo ahora el danés rotundamente.

—Dicho esto, hubo una pausa. Para mí, sus palabras arrojaban una luz nueva sobre el refrán antiguo: «Desafortunado en el juego, afortunado en amores». Luego, como si Fritjof pretendiera colarse en mis ensueños, pronunció con gesto pensativo:

—Es obvio que en el juego hay estímulos más fuertes que el ganar. ¿No hay quien busca en el juego una pelea contra su destino? ¿O una ocasión para cortejarlo? En el tapete se saldan muchas cuentas que tan sólo conoce el jugador.

—Tiene que ser una enorme tentación ese poner a prueba si estamos sobre el rumbo del destino.

—Pero la prueba puede acarrear consigo un ambiguo resultado —dijo entonces el dueño del hotel—. Recuerdo ahora una escena que observé en Montevideo. Viví allí mucho tiempo, siendo joven. En Montevideo está el casino más grande de los que hay en Uruguay; la gente viaja desde Buenos Aires para pasar allí el fin de semana apostando y jugando. Yo acudí una noche para observar lo que sucedía. Por prudencia no había llevado dinero. Ante mí encontré a dos hombres jóvenes que se hallaban jugando con pasión. Hacían apuestas pequeñas, pero muchas. No tenían suerte. Al poco tiempo, uno había perdido la totalidad de su dinero. Al otro le quedaban todavía unas pocas fichas, que ahora no quería arriesgar. De modo que dejaron de jugar y se quedaron a observar a los restantes. Como suelen hacer los perdedores, permanecieron en silencio mucho tiempo, hasta que el que no tenía nada se reanimó y le susurró a su amigo, muy bajo: «Treinta y cuatro». Este tan sólo se encogió de hombros, y entonces salió el treinta y cuatro. El adivino, que naturalmente se encontraba triste y compungido, lo intentó de nuevo. «Siete o veintiocho», le susurró al vecino, que sonrió pero siguió impasible. Y de nuevo, en efecto, salió el siete. El primero empezó de repente a ponerse más nervioso y, ya casi implorando, susurró muy bajo: «Veintidós». Lo repitió tres veces, pero en vano: cuando por fin salió el veintidós, su casilla estaba totalmente vacía. Parecía en verdad inevitable que entre los dos amigos se produjera una escena. Mas justamente cuando el adivino, temblando como estaba de excitación, iba a decirle algo a su

vecino, éste le dio sus fichas para no hacer obstáculo a la suerte. El adivino apostó al cuatro. Salió entonces el quince. Apostó al veintisiete y salió el cero. Las dos últimas fichas las apostó y perdió al mismo tiempo. Derrotados y reconciliados, los dos amigos finalmente se marcharon.

—¡Qué curioso! —dijo Fritjof—. Quizá tener las fichas en la mano le quitó su talento de adivino.

—También podría decirse —replicó el danés— que su talento de adivino le quitó la obtención de sus ganancias.

—Eso es una fútil paradoja —anoté.

—De ninguna manera —respondió—. Si existe el jugador afortunado, como con un mecanismo telepático, su sede habrá de estar en lo inconsciente. El conocimiento inconsciente se convierte por fin en movimiento cuando el jugador obtiene el éxito. Si, por el contrario, se convierte en consciencia, queda perdido para la inervación. Nuestro hombre «pensará» así lo correcto, y «actuará» de manera equivocada. Acabará como tantos otros perdedores que se tiran de los pelos y gritan desolados: «¡Lo sabía!».

—Así pues usted piensa que un jugador, cuando es afortunado, actúa siempre instintivamente. Como alguien en el momento del peligro.

—El juego —confirmó entonces el danés— es un peligro que ha sido artificialmente creado. Jugar es un examen blasfemo (en cierto modo) de lo que es nuestra presencia de ánimo, dado que en el peligro nuestro cuerpo se entiende con las cosas al margen de lo que hace la cabeza. Comprendemos aquello que hemos hecho cuando estamos salvados, una vez que ya hemos respirado de alivio. Mientras actuamos, vamos claramente por delante de lo que es nuestro conocimiento. Y el juego tiene tanta mala fama porque provoca descaradamente lo más sutil y preciso que hay en nuestro organismo.

Se produjo una pausa. «Hay que tener una mano afortunada, una mano feliz…», pensé yo entonces. ¿No había querido contarnos el danés antes una historia a este respecto? De manera que se lo recordé.

—Ah, la historia —nos dijo sonriendo—. Ya es un poco tarde para eso. Por lo demás, todos conocemos a su protagonista, y lo apreciamos. Voy a decirles que es un escritor. Es importante, aunque en realidad… (He estado

a punto de estropear la historia). Dicho en pocas palabras: el hombre decidió probar su suerte aquí, en la Riviera. No tenía ni idea sobre el juego, lo intentó aplicando distintos sistemas y perdió con todos. Así que renunció a sus sistemas y siguió perdiendo. El dinero pronto se acabó, y sus nervios todavía antes; luego, un día, perdió su estilográfica. Como ustedes saben, los escritores a veces son graciosos, y nuestro amigo lo es en alto grado. Necesita una iluminación de carácter concreto y un papel igualmente muy concreto; de lo contrario no puede trabajar. Por lo tanto, pueden imaginarse que el hecho de perder la estilográfica le resultó muy grave. Tras haber dedicado todo el día a buscar sin éxito una nueva, fuimos al casino por la noche. Yo, como no juego, me conformé con sólo contemplar a nuestro amigo jugando. Al poco no fui el único en hacerlo, sino que también a muchos otros pronto les empezó a llamar la atención el hombre que ganaba sin parar. Al cabo de una hora nos marchamos para poner el dinero a buen recaudo, al menos esa noche. El día siguiente fue muy parecido. Pues mientras la mañana transcurrió sin éxito rebuscando en las papelerías, la noche resultó muy provechosa. De la novela no se volvió a hablar desde que desapareció la estilográfica, y nuestro amigo, que es sin duda un hombre muy entregado y trabajador, no miraba ya nunca el manuscrito y evitaba incluso escribir cartas. Si yo le recordaba que debía escribir urgentemente, se buscaba una excusa. Evitaba igualmente dar la mano y hasta cargar paquetes. Menos mal que al leer sí pasaba las páginas del libro. Era del todo como si llevara su mano en una venda que se quitaba al caer la tarde, en el casino, donde nunca permanecimos mucho tiempo. Habíamos ganado de este modo una buena suma de dinero cuando un día el portero del hotel finalmente nos trajo la estilográfica. La habían encontrado en el jardín de palmeras. Nuestro amigo entonces dio al portero una buena propina, y ese mismo día se marchó para terminar de escribir su novela.

—Muy bello —dijo el dueño del hotel—, pero eso, ¿qué demuestra?

A mí me daba enteramente igual si la historia demostraba algo o no, y me alegré de ver a mi buen Fritjof, al que la vida sonreía pocas veces, bebiéndose su té aquella tarde tranquilamente instalado en un hotel de Saint-Paul.

RASTELLI CUENTA[129]…

Esta historia la he oído relatar a Rastelli, el malabarista incomparable, que una noche la contó en su camerino.

Érase una vez un malabarista extraordinario de tiempos remotos. Gracias a las caravanas y los barcos, su fama se había extendido por todo el globo terráqueo, de manera que un día Mohamed Alí Bei (que mandaba en Turquía) oyó al fin hablar de él. De modo que envió sus mensajeros hacia los cuatro puntos cardinales con el encargo de invitar a aquel maestro a acudir a Constantinopla para apreciar personal e imperialmente su famoso talento. Mohamed Alí Bei fue un despótico príncipe, cruel a veces, y así se decía que encerró en un calabozo a un gran cantante que un día le pidió que le escuchara, pero que al final no le gustó. Pero sin duda también se conocía su generosidad, y un artista que finalmente le agradara podía contar con un buen premio.

Unos meses después llegó el maestro a la ciudad de Constantinople. Pero no vino solo, por más que nada dijo sobre su acompañante. Y sin embargo habría podido tener mucho éxito con él en aquella corte del sultán. Todo el mundo sabe que los déspotas de Oriente sentían debilidad por los enanos. El acompañante del maestro era un enano o, mejor dicho, era un niño enano. Criatura además tan delicada, tan ágil y elegante que en toda la corte no existía otra igual. El maestro ocultaba a aquel enano, y por buenas razones. Pues este malabarista trabajaba de un modo un poco diferente a los demás. Estos han aprendido en la escuela china a manejar los palos y los platos, así como las antorchas y las espadas. Por el contrario, el maestro no buscaba su honor en la variedad de los instrumentos; empleaba uno solo, el más sencillo, y que sólo llamaba la atención por su gran tamaño. Dicho instrumento era una pelota. Gracias a ella, este malabarista era famoso en el

mundo entero, y de hecho no existía nada que pudiera igualar a los prodigios que él llevaba a cabo con esa pelota. Quienes lo contemplaban tenían claramente la impresión de que actuaba con una persona viva, ahora dócil y ahora esquiva, ora delicada ora burlona, como servicial o descuidada, no con un objeto inanimado. Y los dos parecían estar acostumbrados uno al otro y no poder hacer nada de nada el uno sin el otro. Nadie conocía su secreto. Y es que el flexible enano estaba dentro de ella. Mediante muchos años de ejercicio aprendió a adaptarse a los impulsos y los movimientos de su amo, y ahora dominaba totalmente los muelles del interior de la pelota. Para eliminar cualquier sospecha, nunca se dejaban ver los dos, y en sus viajes el amo y su asistente no se alojaban en el mismo sitio.

Al final llegó el día, la fecha señalada por el sultán. En la sala de la media Luna, repleta con los dignatarios del país, se colocó un estrado que estaba rodeado por cortinas. El maestro hizo una reverencia ante el trono y se llevó una flauta hasta los labios. Tras un preludio pasó a un *staccato* a cuyo estricto ritmo la pelota se acercó dando saltos desde las bambalinas. De repente se subió a los hombros de su amo y ya no volvió a apartarse de él. Jugó con él y lo acarició. El amo dejó la flauta y, como si no supiera nada de nada de su visitante, se fue metiendo en una danza lenta que habría sido agradable contemplar si la pelota no hubiera atraído la totalidad de las miradas. Como la Tierra gira en torno al Sol, y en torno a sí misma al mismo tiempo, la enorme pelota iba girando en torno al bailarín, pero sin olvidar su propia danza. De la cabeza a los pies no había un sitio donde la pelota no jugara. A nadie se le ocurriría preguntar por la música de este baile mudo, pues cada uno tocaba para el otro la música del baile: el maestro para la pelota y la pelota para su maestro, tal como el pequeño asistente escondido estaba acostumbrado a realizar.

Así continuó la actuación durante mucho tiempo, hasta que, de repente, después de un giro que hizo el bailarín la pelota rodó hacia la rampa, chocó con ella y se puso a dar brincos ante ella, mientras el maestro se quedaba recogido en sí mismo. Pues ahora empezaba ya el final. El maestro volvió a tomar su flauta. Al principio era como si quisiera acompañar con mucha suavidad a la pelota, cuyos saltos se hacían cada vez más débiles. Pero

entonces la flauta asumió el mando. Su respiración se hizo más plena, y como dando nueva vida a la pelota con la nueva y vigorosa melodía, ésta daba unos saltos que se hacían más altos cada vez, mientras el maestro comenzaba a levantar su brazo para, alcanzada la altura de los hombros, extender el meñique (mas sin dejar de tocar la flauta), en el que la pelota se posó tras dar un solo salto, obedeciendo así a un largo trino.

Un intenso murmullo de admiración recorrió la sala, y el propio sultán manifestó por fin su aprobación. El maestro dio un último ejemplo de su arte cogiendo al vuelo la pesada bolsa llena de ducados que le lanzaron por orden superior.

El maestro salió poco después del palacio para esperar a su leal enano en una salida apartada, y entre los centinelas se abrió paso repentinamente un mensajero. «Os he buscado por todas partes —dijo— pero es que hoy habéis abandonado muy temprano vuestro alojamiento y no me han permitido luego entrar en el palacio». Dichas estas palabras, le entregó una carta que llevaba la letra del enano. Esa carta decía: «Querido maestro, no os enfadéis conmigo. Hoy no podéis actuar ante el sultán. Estoy enfermo y he de guardar cama».

Como ven, añadió Rastelli tras una pausa, nuestro hermoso oficio no es de ayer y también tenemos nuestra historia; o nuestras historias por lo menos.

«DIBUJADAS EN EL MÓVIL POLVO»

Relato[130]

Ahí estaba. Siempre sentado ahí a esa hora. Pero sin duda no de esta manera. El inmóvil, que solía mirar absorto a lo lejos, miraba ahora delante de sí mismo. Y sin embargo parecía no existir ninguna diferencia; tampoco ahora percibía nada. Pero el bastón de caoba con empuñadura de plata no se hallaba apoyado a su lado en el banco, según su costumbre. Lo tenía en sus manos y lo movía arañando la arena: O, y pensé en un metal; L, y me detuve; I, y me avergoncé como si hiciera algo prohibido. Pues comprendí que no escribía esto para que ninguno lo leyera, sino que los signos se enlazaban, y, como si quisieran irse entremezclando unos con otros, se iban sumando, casi en el mismo sitio, a los anteriores M P I A, y los primeros ya empezaban a desaparecer mientras que los últimos surgieron. Me acerqué, pero esto no le hizo levantar la mirada (¿debería hablar de un «despertar»?); estaba habituado a mi presencia. «¿Estás haciendo cálculos de nuevo?», le pregunté, haciendo el despistado. Pues yo sabía que él le dedicaba todo su tiempo libre a los fantásticos presupuestos de unos viajes que no hizo jamás a países lejanos, tales como Islandia o Samarcanda. Nunca salió de nuestro país, excepto en aquel secreto viaje que hizo para librarse del recuerdo de un intenso amor de juventud, y, según se decía, completamente indigno, ignominioso; aquel viaje hasta Olimpia, cuyo nombre acababa de dibujar ahora ante sí.

«Estoy pensando en mi calle. O en ti, si quieres. Por supuesto, es lo mismo. Aquella calle en que una palabra tuya adquirió más vida de la que tuvo cualquier otra palabra que yo hubiera oído tiempo antes o yo haya oído después. Es aquello mismo que una vez me dijiste de pronto en

Travemünde: que para poder contar realmente la aventura de un viaje tiene que acabar por enredarse finalmente en torno a una mujer o al menos a un nombre femenino; pues esto es el apoyo que el hilo de lo vivido necesita para pasar de una mano a otra. Y tenías razón; pero mientras yo iba subiendo por aquella calle calurosa, no comprendía por qué, desde hacía sólo unos segundos, el eco de mis pasos parecía una voz que me llamaba. Las casas que había allí, a mi alrededor, tenían poco que ver con las casas que han hecho famosa a esta pequeña ciudad del sur de Italia. No lo bastante viejas como para estar desmoronándose, no lo bastante nuevas para que resultaran atractivas; eran una extraña colección de caprichos soñados en el limbo de la arquitectura. Las ventanas cerradas subrayaban la insensibilidad de las fachadas, oscuras y grises, y la gloria del sur parecía haberse retirado por completo a las sombras que se agolpaban bajo las columnas antisísmicas y los arcos de las callejas laterales. Cada paso que daba me alejaba aún un poco más de las motivaciones por las que había venido; la catedral y la pinacoteca se quedaron por fin detrás de mí, pero en verdad no habría tenido fuerzas para poder cambiar de dirección, aunque la visión reiterativa de unos brazos rojos de madera, como los de un candelabro, que había a intervalos regulares hincados en los muros de ambos lados, me hubiera proporcionado material para mis nuevos sueños. Hablo de “material para mis sueños” dado que no entendía, ni intentaba explicarme tan siquiera, cómo era posible que aquellos restos de un alumbrado tan antiguo hubieran sobrevivido en una pobre ciudad de montaña, pero que estaba dotada, en todo caso, con electricidad y alcantarillas. Por eso me pareció cosa normal el encontrarme, tras dar algunos pasos, con un montón de mantones y cortinas, y de chales y alfombras, que alguien parecía haber lavado justo en este lugar. Unos cuantos farolillos de papel arrugados ante unos cristales empañados completaban la imagen de extrema pobreza y sordidez. Ahora me habría gustado preguntar cómo se podía volver a la ciudad por otro camino, pues estaba harto de la calle, en especial porque nadie pasaba por ella. Así que tuve que renunciar a mi intención y volví de igual modo que había venido, casi como humillado por un yugo. Decidido a recuperar el tiempo perdido y a hacer penitencia por lo que me parecía una derrota, renuncié al almuerzo e

incluso a la siesta (lo que era peor), y por unos escalones escarpados llegué a la plaza de la catedral.

»Mientras antes me rodeaba un vacío angustioso, ahora había una soledad liberadora. Mi estado de ánimo cambió de repente. Nada me habría molestado más ahora que el hecho de que alguien me dirigiera la palabra o me observara. De golpe me veía devuelto a mi destino de viajero, a mi aventura solitaria; y ahora tenía nuevamente ante mí el instante en que lo comprendí por vez primera, bien dolorosamente, por encima de Marina Grande, muy cerca de Ravello. Ahora también me rodeaba una montaña, pero no eran las peñas con las que Ravello va cayendo hacia el mar, sino el flanco de mármol de la catedral; por su nívea pendiente, innumerables santos tallados en piedra parecían peregrinar hacia nosotros. Al seguir con la mirada la procesión vi que los cimientos del edificio dejaban a la vista una grieta: se había excavado un túnel que, a través de varios escalones, conducía, a la derecha, bajo tierra, a una puerta de bronce, cuyo cerrojo parecía estar muy flojo. No recuerdo por qué me colé por esta puerta subterránea; tal vez fuera debido al miedo que se apodera de nosotros cuando entramos en uno de esos lugares descritos tantas veces, del que intenté escapar dando un rodeo. Pero si había creído que iba a entrar en una cripta oscura, mi esnobismo recibió un duro castigo. No sólo porque este espacio era simplemente la sacristía, pintada de blanco e iluminada por la luz fuerte y deslumbrante de unas ventanas altas, sino que estaba repleta de turistas a los que el sacristán estaba a punto de contar por centésima o milésima vez una de esas historias en cuyas palabras sólo resuena el eco de las monedas de cobre que él obtuvo a cambio tantas veces. Este corpulento sacristán estaba puesto junto al pedestal en el cual se había concentrado toda la atención de sus oyentes. Un capitel antiguo, pero bien conservado, de estilo gótico temprano, se encontraba fijado sobre él con grapas de hierro. El sacristán llevaba un pañuelo en las manos, y hasta se diría que debido al calor, pues el sudor, sin duda, perlaba su frente. Pero, en vez de secarse, el sacristán pasaba su pañuelo, de vez en cuando y distraídamente, por el capitel, como una criada que se encuentra hablando con su señora y que, por costumbre, pasa al mismo tiempo el trapo sobre el polvo de los muebles. Mi estado de ánimo volvió entonces a ser la mortificación que

quien ha viajado solamente conoce, y así escuché la explicación que aquel sacristán estaba dando:

»"En este lugar vivía hace apenas hoy dos años un hombre que con el ridículo desvarío de sus amores y de sus blasfemias provocó que la ciudad entera estuviera un tiempo en boca de todos, y que durante el resto de su vida tuvo que expiar aquel error, incluso cuando Dios probablemente le había perdonado. Aquel hombre era un picapedrero. Tras haber trabajado durante diez años en la restauración de la catedral, ascendió gracias a sus aptitudes a director de los trabajos de restauración. Era un hombre que estaba en la flor de la vida, una naturaleza avasalladora aunque sin familia; pero cayó en las redes de la fulana más bella y desvergonzada que haya jamás frecuentado el ambiente mundano del balneario que hay cerca de aquí. La naturaleza delicada y obstinada de este hombre tal vez impresionó a la mujer; en todo caso, no se sabe que ella hubiera ofrecido sus favores a otro de la zona. Pero nadie podía imaginarse a qué precio lo hizo. Nadie se habría enterado en cualquier caso si no hubiera llegado inesperadamente de Roma la inspección de edificación para examinar la célebre restauración. De la inspección formaba parte un joven arqueólogo (y uno muy curioso y entendido) que se había especializado en el estudio de los capiteles del XIV, y que estaba a punto por entonces de escribir un tratado sobre *Un capitel del púlpito de la catedral de V…* habiéndose anunciado su visita al director de la restauración de la catedral. Este vivía completamente retirado: ya habían pasado más de diez años desde sus mejores noches, y los tiempos del resplandor y de la lucha ya habían terminado para él. Pero lo que el joven erudito obtuvo de este encuentro no fueron renovados conocimientos de historia de los estilos, sino una confidencia que comunicó a las autoridades: el amor que la fulana sintió por su admirador no había sido un obstáculo para ella, sino un aguijón para exigir un precio de carácter satánico por sus favores. Ella pretendía ver grabado en la piedra de la catedral, cerca del Santísimo, su *nombre de guerra*, el apodo que usan todas estas mujeres de acuerdo con una muy vieja costumbre. Su amante en principio se negó, pero sus fuerzas eran limitadas, y un día, en presencia de la prostituta, empezó a trabajar en ese capitel de estilo gótico temprano que ocultaba otro antiguo y deteriorado hasta que apareció como *corpus delicti*

en la mesa de sus jueces clericales. Pero habían pasado muchos años, y cuando se cumplieron todas las formalidades y se hubo presentado la totalidad de las actas, se vio que era demasiado tarde. Un anciano enfermo, y ya medio senil, se encontraba enfrentado con su obra, pero nadie creía en un engaño al contemplar esta cabeza que en otros tiempos imponía respeto y que ahora aparecía fuertemente inclinada, con su frente arrugada sobre los arabescos, intentando sin éxito leer el mismo nombre que muchos años atrás ocultó ahí”.

»Con sorpresa de pronto me di cuenta de que me estaba acercando al capitel, pero antes que pudiera extender mi mano hacia la piedra, sentí la mano del sacristán sobre mi hombro. Lo que intentaba era averiguar con curiosidad y benevolencia las razones para mi interés. Estando yo cansado e inseguro, balbucí lo más absurdo que podía decirle: que sólo era un coleccionista. Y después de esto me marché a mi casa.

»Si el hecho de dormir, como dicen algunos, no es sólo una necesidad del organismo, sino la violencia que ejerce lo inconsciente sobre lo que es nuestra consciencia para que abandone el escenario y deje sitio a imágenes e impulsos, el agotamiento que me invadió era tal vez más significativo que el que se suele dar a mediodía en cualquier pequeña ciudad de montaña de las del sur de Italia. Sea como fuere, soñé el nombre. Pero no como estaba ante mí en la piedra aun sin que yo lo viera, sino trasladado hasta otro reino, alzado, desencantado y aclarado; y así, entre el enredo de hierbas, de flores y follaje, vinieron agitándose hacia mí las letras que habían causado tanto dolor a mi corazón. Cuando nuevamente desperté, ya eran más de las ocho. Así que era hora de cenar, y de ver además cómo pasar el resto del día. Ponerle fin temprano me lo prohibía mi siesta de varias horas, y para buscar una aventura me faltaban las ganas y el dinero. Tras dar algunos pasos indecisos me encontré en una plaza. Estaba oscureciendo. Unos niños jugaban alrededor de una fuente. Este lugar, prohibido a los vehículos y que ya no albergaba las viejas asambleas, sino sólo mercados, era actualmente el gran lugar de baño, así como de juegos infantiles. Por eso también era lugar habitual para aparcar los carros con golosinas, o con frutos secos y melones, dos o tres de los cuales se encontraban ahí ahora mismo, e iban encendiendo perezosamente sus antorchas. De pronto un resplandor salió

del último, rodeado de niños y de ociosos. Al acercarme vi algunos instrumentos de viento. Soy un caminante observador. Y, por lo demás, ¿qué voluntad o qué deseo oculto me habrían prohibido el advertir lo que no habría escapado a las miradas ni del más distraído? En esta calle, al final de la cual yo me encontraba, nuevamente sin haberlo pretendido, sin duda estaba sucediendo algo. Esas prendas de seda que colgaban de todas las ventanas no eran ropa lavada y luego puesta a secar; y ¿por qué el alumbrado antiguo se había conservado aquí tan sólo y en ningún otro sitio? La música se puso en movimiento. Llegó a la calle, que se llenó de gente a toda prisa. Y ahora se vio que la riqueza, cuando roza a los pobres, les hace más difícil disfrutar de sus cosas: la luz de las velas y de las antorchas comenzaron a luchar violentamente contra los círculos amarillos de las lámparas de arco colocadas sobre los adoquines y los muros de las casas. Yo me sumé al cortejo, hacia el final. Vi que estaba previsto que se detuviera ante una iglesia. Los faroles de papel y las bombillas estaban aquí muy cerca unos de otros, y de la festiva multitud que había detrás se separó de golpe el incesante coágulo de los devotos para perderse en los pliegues de la cortina que ocultaba el gran portal abierto.

^Entonces me detuve a cierta distancia de este centro rojo y verde. La multitud que llenaba aquella calle no era simplemente una masa incolora. Eran los habitantes de ese barrio, claramente definidos y estrechamente relacionados entre sí; y como era un barrio pequeñoburgués, no había nadie de las clases altas, y ni mucho menos forasteros. Estando junto al muro, tendría que haber llamado la atención por mi ropa y mi aspecto. Pero, extrañamente, entre toda esta multitud nadie me miraba. ¿No reparó nadie en mí o bien todos pensaron que ese hombre perdido en esta calleja también era uno de ellos? Esta idea hizo que me sintiera orgulloso y feliz. Pero no entré en la iglesia; quería disfrutar de la parte profana de la fiesta y volver a casa con los primeros adultos fatigados, mucho antes que los niños, pero mi mirada cayó entonces sobre una de las grandes láminas de mármol con que las ciudades pobres de esta región llenan de bochorno los letreros de las calles del resto de la Tierra. La luz de las antorchas la inundaba, casi parecía estar ardiendo. Las letras que salían de su fondo, como envueltas en llamas, conformaban el nombre una vez más, que transformado de piedra en flor y

de flor en fuego, ahora me buscaba de manera cada vez más devoradora. Resuelto a volver a casa como estaba, me puse en marcha y de nuevo me alegré al encontrar una callecita que prometía acortar considerablemente mi camino. La vida se retiraba por doquier, y la calle principal en la que estaba mi hotel, que poco tiempo antes se encontraba aún muy animada, me pareció no sólo más tranquila, sino más estrecha. Mientras pensaba en las leyes que conectan las imágenes sonoras con las ópticas, una música lejana y vigorosa alcanzó a mis oídos, y con los primeros sonidos percibidos me alcanzó como un rayo de iluminación: "Aquí está lo bueno. Por eso había tan poca gente en esa calle. Aquí se da el gran concierto de esta noche, el concierto de V…, en el que todos los habitantes se reúnen los sábados". Ante mis ojos se abría de repente una nueva ciudad muy ampliada, y una historia completa de la ciudad más agitada y rica. Aceleré mis pasos, doblé por fin la esquina y me detuve sorprendido ante esa calle que de golpe me había fascinado y en la que, habiendo oscurecido, una banda de música ofrecía el regalo de su última pieza destinada sólo para mí, su oyente rezagado y solitario».

Mi amigo se interrumpió aquí de pronto. Su historia parecía habérsele escapado. Y tan sólo los labios, que acababan de hablar, sonrieron un rato todavía. Yo observé pensativo los signos difuminados a nuestros pies, tan levemente inscritos en el polvo. Y el verso inmortal e inolvidable atravesó una vez más, majestuoso, la bóveda de esta historia, cual si fuera una puerta.

MISCELÁNEA

(CARTA A FLORENS CHRISTIAN RANG)[131]

Querido Christian: entiendo que la carta que has pedido tiene que ir dirigida a ti, no siendo un mero apéndice a tu libro. Pues sería una gran frivolidad el que yo hiciera una exposición a partir de lo que me has contado sobre el libro y de las pocas páginas que he podido leer hasta ahora. Pero además las glosas que reclamas lesionarían la belleza de tu libro. Ya sé que esa belleza no es ahí lo esencial. Pero ninguna materia de la que se ocupe con responsabilidad el filósofo puede renegar respecto a ella. Quedaría por debajo de un análisis que subraya esto y pasa aquello por alto. Y aun así, la esperanza de tener algún eco reposa en este tipo de un discurso que hoy se va apagando. Sabes que no comparto esa esperanza. Pero el hecho de que se publique lo que tú has escrito desmiente algunas dudas que no sólo eran mías. Otras dudas se sostendrán en cambio. Pero también se sostendrá este libro, que deja al descubierto la brutal estupidez de las actuales argumentaciones públicas. Aquel que se haya visto paralizado por ellas puede aquí liberarse de la alternativa entre dejarse atrapar por los hipócritas mediante una refutación espectacular del movimiento *Clarté*[132] o negar en grupúsculos pacifistas sus mejores certezas intelectuales. Además, sin duda podrá hablar con franqueza y sin *bonhomie*, con los extranjeros. Pues este libro respeta las fronteras espirituales entre los pueblos en la misma medida en que desacredita todo intento de separación. Para llevar esto a cabo se hacía preciso nada menos que el ingente trabajo que hay tras estas líneas, las cuales confirman que la verdad (también sin duda la verdad política) es unívoca, pero no sencilla. Me alegra que menciones a Maquiavelo, a Milton, a Voltaire y a Görres, aunque no en el sentido en que yo los puedo ver aquí: en tanto que patrones de un escrito polémico que es ya tan clásico como lo son los suyos. Me permitirás que los entienda como signos de un

ámbito en el que el inculto partidista está por cierto fuera de lugar. Pero no creo que esto lo desconcierte; menos aún la apelación a la conciencia. No le faltará un principio ético con el cual atajarla. Aquellos que carecen de conciencia y los que carecen de ideas coinciden en el intento de ahogar la pluralidad moral de las ideas bajo la opaca generalidad que viene a ser la propia de un principio. Tal vez te agrade el que yo subraye que nada hay en tus reflexiones que brote de principios, por lo que podemos considerarlas filosóficas; pues no las deduces de principios y conceptos, sino que nacen de la interrelación de las ideas. De las ideas de justicia, derecho, política, enemistad y mentira. Y siendo la peor de las mentiras el silencio obstinado, contra él tú has movilizado todo cuanto el rigor y la dulzura pueden por su parte conseguir. A todos los deseos con que has hecho esto añadiré yo uno muy modesto: que no te traiga problemas.

Berlín, 23 de noviembre de 1923 Tu amigo Walter Benjamin

COLECCIÓN DE POEMAS DE NIÑOS DE FRANCFORT[133]

La cuestión de la influencia cultural de la vida y las creaciones infantiles sobre la comunidad lingüística y popular en que se desarrollan es un actualísimo capítulo de la que es nuestra historia cultural, pero una que aún no se ha estudiado. Desde este punto de vista habrá que atribuir valor muy alto a la amplia colección de poemas de niños recopilada en Fráncfort, algunos de los cuales reproducimos a continuación. Su creador es Wehrhan, un director de escuela, que por cierto por su parte no es de Fráncfort, sino oriundo de Lippe. En 1908 sentó las bases del gran archivo que, con el paso del tiempo, tiene más de mil piezas, y ello gracias no sólo al infatigable trabajo de Wehrhan, sino también a un sistema de ayudantes bien organizado. Aquí están todos los versos, giros, bromas y acertijos que acompañan la vida de los niños de Fráncfort de la lactancia al umbral de la pubertad, ya se trate de expresiones de los propios niños o giros estereotipados de sus padres.

Algunas piezas de la colección de Wehrhan son sin duda antiquísimas, y pocas de ellas han sido directamente creadas por los niños. Pero el usuario inteligente de estos particulares testimonios no está buscando ningún «original», sino que lo que estudia es cómo el niño «modela» y de qué modo «experimenta»; pues, en vez de aceptar la forma dada (ni en el campo espiritual ni en el sensorial), el niño va desplegando la riqueza propia de su mundo espiritual en la estrecha senda constitutiva de la variante. Así variados regresan al adulto finalmente los versos más antiguos de los niños, cuya obra no es la creación, sino el juego siempre fascinante que corresponde a la transformación. El material ha sido reunido

aproximadamente en cien carpetas, cada una con un título temático: «los primeros chistes», «pastelería», «irse a dormir y levantarse», «el niño tonto y torpe», «el niño miedoso», «el tiempo», «nombres de animales», «plantas», «los días de la semana», «zepelín», «la guerra mundial», «apodos», «poemas judíos», «bromas y enfados», «improvisaciones», «coplas», etc. Además hay también una gran colección de poemas de juegos, y una que incluye en especial esos muchos esquemas que, a todo lo largo de los años, han ido dibujando con sus tizas en los adoquines los niños de Fráncfort mientras que juegan a la pata coja.

Aquí reproducimos, por ejemplo, algunos poemas de la Guerra Mundial, con su demoledora potencia satírica:

Meine Mutter wird Soldat,
Da bekommt sie Hosen an,
Mit roten Litzen dran,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Da bekommt sie einen Rock an,
Mit blanken Knöpfen dran,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Da bekommt sie Stiefel an,
Mit langen Schaften dran,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Da bekommt sie einen Helm auf,
Mit Kaiser Wilhelm drauf,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Da bekommt sie ein Schiessgewehr,
Dann schiesst sie hin und her,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Dann kommt sie in den Schützengraben,
Da bekommt sie Kohleraben,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat.

Meine Mutter wird Soldat,
Da kommt sie ins Lazarett,
Da kommt sie ins Himmelbett,
Trara, Zingdra,
Meine Mutter wird Soldat[134].

Steh ich in finstrer Mitternacht
So einsam auf der Läusejagd,
So denk ich an mein stilles Heim,
Das an mich denkt im Mondenschein[135].

Mariechen,
Du dummes Viehchen,
Ich roppe dir ein Beinchen aus.
Da musst du hinken
Auf deinem Schinken,
Dann kommst du ins städtische Krankenhaus,
Dann wirst du operiert,

Mit Schmierseif eingeschmiert.
Dann kommt der deutsche Männerchor
Und singet dir ein Liedchen vor[136].

Unos poemas para aprender a contar:

Auf einem Gummi-Gummi-Berg,
Da wohnt ein Gummi-Gummi-Zwerg,
Hat eine Gummi-Gummi-Frau.
Die Gummi-Gummi-Frau,
Hat ein Gummi-Gummi-Kind.
Das Gummi-Gummi-Kind
Hat einen Gummi-Gummi-Ball.
Den Gummi-Gummi-Ball
Warf es in die Luft.
Der Gummi-Gummi-Ball
Ging kaputt.
Und du bist ein Jud[137].

10, 20, 30
Mädchen, du bist fleissig
40, 50, 60
Mädchen, du bist klecksig
70, 80, 90
Mädchen, du bist einzig[138].

Unos poemillas de tono constructivista:

Vergangenen Handschuh verlor ich meinen Herbst.
Ich ging drei Tage finden, ehe ich ihn suchte.
Ich kam an einen Guck, da lochte ich hinein.
Da sassen drei Stühle auf einem Herrn.
Jetzt nahm ich meinen guten Tag ab und sagte:
«Hut, meine Herren[139]».

Schonen Vater von meinem Gruss. Hierwäre die
Sohle zum Bestiefeln. Ums Angst braucht er kein
Geld zu haben. Wenn er rein käme, ging er vorbei[140].

Un viejo chiste de curas puesto en boca de niños:

Liebe Gemeinde zu Schweinsberg!
Steht auf oder bleibt sitzen.
Wir lesen im Buche der Heugabel,
Sechs Zinken und 35 Gamaschenknôpfe,
Wo da steht geschrieben:
In frühester Jugend verübte ich meine tollste Kühnheit.
Mit eiskaltem Wasser brannte ich den Kindern die Augen aus
Und mit einem stumpfen Reibeisen schnitt ich ihnen die Finger
ab.
Nach vollendeter Tat verhaftete mich der Besenstiel.
Dieser brachte mich auf das Oberlandesgericht Einbruch.
Hier bekam ich 14 Tage Haft, danach freí.
Nun empfanget den Segen des Herrn!
Der Hutmacher behüte euch,
Der Schirmmacher beschirme euch,
Der Dachdecker lasse sein Dach leuchten über euch.
Wir singen das Lied Nr. 300;

Grosser Klotz, wir hobeln dich!
Halleluja[141]!

Ojalá todos los interesados en el estudio de las características de la creación infantil no tengamos que esperar por mucho tiempo la publicación íntegra y completa de las colecciones de Wehrhan.

Walter Benjamin y Bernhard Reich

REVISTA O TEATRO[142]

Reproducción de una carta de Lord A… a Lord B… escrita el año del estreno de *Hamlet*.

Querido amigo: hace poco que he visto la obra de teatro titulada *Hamlet* de William Shakespeare, que aquí es muy apreciada dentro de los círculos distinguidos, y he pensado decirte algo acerca de ella. No hará falta contarte el contenido, pues hace algunos años vimos juntos un drama sobre *Hamlet* que no era de Shakespeare. Varias escenas del que he visto ahora me han recordado mucho el anterior. Los escritores jóvenes de hoy me parecen muy cómodos. No buscan temas nuevos, sino que saquean lo que cae en sus manos. Shakespeare, que ha compilado este nuevo *Hamlet*, tiene muy mala fama. De joven era un cazador furtivo, y ahora roba a sus colegas tantas cosas que, como recordarás, se publicó un panfleto contra él en el que se decía sin rodeos que era un plagiario. Y es que estos autores no se interesan por la originalidad; se lo han de reprochar en el futuro, porque sólo un autor original puede llegar a inmortalizarse. (Observaciones del director teatral X, entre cuyas manos hoy se encuentra esta carta; No estoy de acuerdo. El público siempre pretende lo mismo, y el teatro vive de las variantes. Y por eso los tipos ejemplares garantizan los virajes decisivos de las distintas fases teatrales. Una buena película se sostiene gracias a una sorprendente variación; y cuanto más estricto pueda ser su esquema, resultará mejor. En lo que respecta a la revista, venimos trasladando a Berlín y París los anteriores *hits* de Nueva York). A estos chicos tampoco les importa el modo de presentar las obras griegas, unas que ahora son fáciles de conseguir

gracias al hecho de que la magia negra las ha hecho renacer entre nosotros. En España, donde los escritores eran también flojos e indolentes, no se tolera ya esta situación. López Pinciano[143] dice por ejemplo que el teatro es igual que un mapa: así Valladolid sólo se encuentra a unos pocos centímetros de Toledo; acabas de ver a un chico de 16 y lo vuelves a ver en el escenario cuando ya tiene 6o años. (Lope de Vega dice: formo mis obras en veinticuatro horas. Y sólo me apoyo en el gusto del público, en el cual, como en tantas cosas, mandan finalmente las mujeres). Propiamente, no son obras de teatro, sino dos o tres escenas importantes adornadas con otras cuantas secundarias en las que se despliega en su conjunto todo lo que es la pompa teatral. Por lo demás, el actor es el que manda aquí, mientras el escritor está depuesto. (Si hace trescientos años *Hamlet* era como una revista, dentro de otros trescientos nuestras revistas podrían ser tragedias). Pero ¡juzga tú mismo! A Hamlet le reclaman la venganza. Todos esperamos que inicie una acción que se corresponda con esa exigencia. Pero ¿qué hace Shakespeare? Primero, el viejo charlatán Polonio habla con un sirviente que es incluso más tonto todavía que él, y los dos hacen payasadas. En la siguiente escena, los dos mejores cómicos del lugar parodian el ceremonial de la corte inglesa. Luego viene la habitual escena solemne introduciendo a los embajadores, que llevan unos rollos de papel alargados a modo de cartas. Pero entonces la obra se detiene introduciendo una disertación presuntamente cómica sobre la locura. La salida a escena del protagonista no nos hace avanzar. Hamlet interpreta la locura de varias maneras, para lo que Shakespeare desparrama varios lugares comunes de Montaigne. Luego aparecen los actores. Uno de ellos pronuncia un discurso patético que no tiene ninguna relación con la obra. Pero la parodia, que está escrita para permitir el lucimiento de uno de los actores más brillantes de la vieja escuela, gustó mucho. Cuando se terminan los aplausos, Hamlet puede actuar y nos recuerda que se encuentra obligado a vengar a su padre. He de admitir que la amplia variedad que ofrecen todas estas salidas a escena, unas en las cuales cada actor causa su impresión por separado, que esta sucesión continuada de otras nuevas escenas donde sin duda siempre pasa algo me pareció muy entretenida: la revista integral de las pasiones. Pero esta impresión desaparece cuando desaparecen los actores para los que han

sido concebidas. (Estas ideas resultan muy extrañas. En *Hamlet* me parece muy difícil conseguir explicar a los actores el carácter de los personajes, e incluso hemos discutido si Hamlet está enamorado de verdad, o si Ofelia es virgen; si Polonio es un loco o es un sabio; cada escena nos hace cambiar de opinión. Pero tal vez Lord A… tenga razón; en el acto segundo hay cuatro escenas para un actor que primero hace de loco y luego hace de sabio; que declama un discurso, pero que luego es apasionado. Ese actor ha de ser aquí un transformista).

El obeso Burbage interpretaba a Hamlet. Desde luego, hubo un número brillante: el de «Ser o no ser». Pero Shakespeare no se esfuerza mucho. Simplemente, repite sus esquemas. En seguida recuerdas aquella aria de Macbeth «Si todo terminara una vez hecho»; y el «Aun cuando al cielo le pluguiera» de Otelo[144], cosa que hizo furor en su momento y que los ciegos decían por las calles. Lo mejor de esta nueva obra es una escena en el cementerio, cuando Hamlet nos habla del carácter efímero de la vida sosteniendo el cráneo de un bufón en las manos. Por esa escena vale la pena ir a ver *Hamlet*.

La próxima vez invitaré a unos amigos a mi palco para que contemplen esa escena. Dicen que las personas distinguidas es lo único que ven. Esto es una ventaja propia de ese estilo relajado: puedes llegar y marcharte cuando quieras sin perder el hilo. Por lo demás, en la obra hay mucho movimiento en el escenario, como es habitual en Inglaterra. Todo el tiempo está saliendo alguien a escena, por delante, por abajo o por arriba. Es muy pesado para el espectador, dado que así no hay pausas y no encuentras momento de cumplir tus obligaciones sociales. El teatro está hundido. El público es tan malo como inculto, y las obras son igual que él, unas malas y absurdas fantasías, como novelas baratas. Va siendo hora de que el teatro cambie y, si no desea competir con los griegos, aprenda de los italianos a mostrar en un tema digno (como el tema de Orfeo) las artes que son propias del teatro por medio de hermosísimas mujeres, aéreas acciones y fuegos de artificio, haciendo de la tramoya en su conjunto un actor admirable. La falta de dinero es la causante de que ya no puedan realizarse decorados hermosos. En el fondo, admirar sólo el trabajo de algunos actores nos resulta aburrido. (La representación como continuo es una buena idea, pues todo el tiempo

debe pasar algo. Guando cae el telón, el público no puede estar de pronto abandonado a sí mismo. Es evidente que se paraliza en cuanto no tiene un objetivo. Y el bufé no basta. Los anuncios de películas sobre el telón entretienen muy poco. La velada sigue en el *foyer*. A la fantasía, extenuada por lo que ha visto en el escenario, hay que darle la oportunidad de recibir el impacto del concierto en el *foyer*, y fortalecerse bailando en compañía de la gente adecuada. La fantasía que llega hasta la altura de tan grandes esfuerzos no ha de caer durante el entreacto en el peligroso estado de ocio. Ha de tener la oportunidad de estimularse con nuevas sensaciones —malabaristas, ilusionistas y piròfagos, en espacios con entrada separada— y, de este modo, mejorar su forma. Dar un masaje a la atención del público; que en el próximo acto esté más fresca. El público ha de esperar con impaciencia en la representación el entreacto y en el entreacto la representación).

Carta del marinero A… al marinero B… también escrita el año del estreno de *Hamlet*.

Querido amigo: Voy todas las noches al teatro. Ayer vi una obra anunciada de este modo: «¡Atención! ¡Olvidarás tu vida! Hamlet, príncipe de Dinamarca. Veinte escenas». Muchas de ellas se desarrollaban en Dinamarca y no, como suele suceder, en Italia, o en la propia Roma. A mí ya me gustan las primeras escenas si los actores visten unos trajes exóticos. Schorsch me ha hablado de Teherán y Samarkanda. Hace poco aún que una mujer fue acusada aquí de brujería. No sé si la habrán quemado, pero yo creo en las brujas y los malos espíritus. Ayer, en la obra, un espíritu hablaba bajo tierra. Daba más miedo que antes, cuando se le veía. Los actores corrían asustados en cuanto lo oían de un sitio a otro; no entendí todo lo que decían, pues hablaban muy rápido, como si el mismo diablo los persiguiera, así que en dos horas se acabó la obra. Entre las personas de verdad, la mejor fue un actor que hablaba con más furia que sus compañeros, que nos contó un fragmento de la historia de Grecia. Todos le aplaudieron, incluidos los del escenario. Luego construyeron a toda velocidad un escenario en el

propio escenario, y los actores de antes se mantuvieron en eso un buen rato en silencio. El ministro fue asesinado por el príncipe, y luego hubo una rebelión contra la corte. Si el autor hubiera participado en el motín de los marineros, hace ahora seis meses, el resultado habría sido sin duda mejor. Lo que conoce es la vida cortesana. Hamlet fue escoltado hacia Inglaterra. De pronto, una princesa enloqueció, pero se notó excesivamente que la interpretaba un hombre joven, aunque lo hiciera con naturalidad. Luego se produjo una pelea entre el príncipe y sus enemigos. Eran unos buenos espadachines, y lo hicieron con tanta naturalidad que los que estábamos en la platea hicimos apuestas sobre cuál de los dos iba a morir. La princesa que dije fue enterrada, ante lo cual abrieron una tumba y se vieron las calaveras y los huesos. Antes de que la música empezara, hubo una matanza general; la reina resultó envenenada, el príncipe estoqueó a su enemigo, y el enemigo estoqueó al príncipe. Hasta el rey fue también estoqueado, y después el vino envenenado se lo administró por la garganta, y además también lo estrangularon. De manera que todo acabó bien. Salió a la escena un príncipe extranjero acompañado por una grave música que ordenó enterrar a Hamlet. Lo que se echa en falta es el ver unas buenas payasadas, el ministro hace muchas, pero no son muy buenas. Me habría gustado que el sepulturero jugara, por ejemplo, a la pelota con todas aquellas calaveras. Como ves, el teatro está decayendo. Vi luego al mismo actor en *Los dos caballeros de Verona*, en donde llevaba un perro atado, tenía bien sujeto un bastón en la mano y hablaba con sus zapatos como si fueran su padre y su madre. Por lo demás, está bien que no haya pausas. Así a cada momento te transportas a una región diferente, como corresponde a nuestra época agitada, en que tenemos tantas conexiones con el resto del mundo. Así que espero ver pronto una obra que se desarrolle en Francia o en Arabia, que también es una región bonita. En el escenario hay mucha gente, tan pronto se va uno llega otro, nada permanece. Y se nota bien que Dinamarca se encuentra muy cerca de Inglaterra y que una influye sobre otra. El público resulta ruidoso y las personas distinguidas llegan tarde, de modo que al final no entienden nada y se pasan la obra entera charlando. (Por lo dicho se ve que el teatro de Shakespeare satisfacía hasta cierto punto las exigencias que un marinero de la vieja Inglaterra planteaba a la vida. Sin duda, una estancia

en el extranjero es bastante más estimulante que las ropas exóticas de los actores, y es también indudable que el teatro compensaba dicho déficit con la pequeñez del espacio-tiempo en que iba mostrando las diversas regiones. Esta continua aparición de escenas, y esta interrupción de unas por otras causaría sin duda la impresión de una vida muy agitada. La organización de este teatro, la yuxtaposición de las escenas, reforzaba el punto de vista filosófico, porque de este modo las decisiones de Roma reaccionaban muy rápido a los acontecimientos de Alejandría, con lo cual el mundo aparecía, bien plásticamente, como toda una serie de campos de fuerza mutuamente interrelacionados. Al parecer, el teatro de nuestros días no está a la altura de las exigencias de una época donde ya sólo el tiempo —pero no la distancia — es importante, y ya sólo el peligro —y no el dinero— se encuentra en la calle. El teatro sigue por tanto siendo el mismo de épocas pasadas, y se corresponde en su planura a la división de los Estados, y en los problemas de la fragmentación del alma se corresponde con la ociosidad (que viene a ser madre de todos los vicios); en sus salas de cámara a su vez responde a la creciente limitación de los aficionados, y en sus relaciones limitadas y lentas responde aún a una época en que la silla de posta era el medio de transporte más moderno. El teatro cuenta en nuestros días con el conformista, no con el burgués, y se ha vuelto inútil por completo en cuanto las masas empezaron a ir inundando las grandes ciudades. La revista satisface por su parte la necesidad de variación que experimenta la gran burguesía, más por la cantidad que por el tipo de las actuaciones que presenta. Así, agotará pronto toda su reserva de ocurrencias; desde que mostró en su desnudez absoluta el cuerpo femenino, ya no dispone de más variación que la que puede dar cantidad, y en consecuencia pronto habrá más *girls* que espectadores para verlas. Luego, entre lo que hoy es la revista y la fantasía que es la propia de los habitantes de las grandes ciudades está el cordón defensivo de los cultos —incluidos ahí los escritores—, que siguen dirigiendo la mirada a la inmortalidad del panteón. La revista no tiene razones para evitar el territorio que es ocupado por el escritor, sino que podría entrar en él con completo descaro. No podemos cargar constantemente con la continuidad solemne de los actos, que no nos ahorra nada y que cubre tan sólo territorios pequeños. Las diversas escenas han de

estar reunidas de manera atractiva, tan sorprendente como apetitosa. ¡Lo alegre debe ir junto a lo serio, como el virtuosismo de los actores junto a los ingenieros teatrales! Con lo cual esto puede ser el Wembley[145] del moderno arte teatral).

FRASES FANTÁSTICAS,

escritas por una niña de once años a partir de algunas palabras dadá[146]

Libertad — jardín — palidecer — saludo — loco — aguja La libertad no se conquista igual de rápido que palidecen las hojas del jardín, por eso es impetuoso su saludo; a él se suman incluso los locos que piensan que una aguja es mayor que un mono.

Mantel — aire — almohada — continente — eternidad

La mesa que había ante él, cubierta con un mantel, estaba al aire libre. Y él, tumbado en la almohada en un continente lejano, dormía como si no quisiera despertar en toda la eternidad.

Labios — flexible — dado — cuerda — limón

Sus labios se veían tan rosados como las rosas flexibles cuando las prendes saltando a la cuerda o jugando a los dados, pero su mirada era amarga como el sabor de la cáscara del limón.

Rincón — énfasis — carácter — cajón — plano

Dijo con énfasis que había visto en el rincón un carácter plano, igual que un cajón.

Caña — frontera — botín — desierto — delgado

Las cañas de la frontera eran un lugar para ladrones. Hasta aquí trajeron su botín, pues el camino se encontraba desierto. A la luz de la Luna, todas las figuras parecían delgadas.

Rosquilla — pluma — pausa — lamento — fruslería

El tiempo se agita como una rosquilla todo a lo largo de la naturaleza. La pluma pinta el paisaje, y se produce una pausa que la lluvia rellena. Y no se oye un lamento, porque no hay ninguna fruslería.

Transcripción: Walter Benjamin

Antoine Wiertz

VISIONES Y PENSAMIENTOS DE UNA CABEZA CORTADA[147]

Cuando por fin el siglo XIX pueda ser incluido en las guías turísticas y sus ruinas estén maduras para verlas a la luz de la Luna, uno de los lugares considerados de visita obligatoria durante los viajes de novios va a ser el Museo Antoine Wiertz de Bruselas. Wiertz vivió entre 1806 y 1865, y su obra no forma parte de la gran pintura. Pero, en cambio, interesa a los estudiosos de las curiosidades culturales y a los fisiónomos de su propio siglo. Algunos títulos del catálogo de las obras de Wiertz nos dan idea de su especialidad: *El suicidio, Inhumación precipitada, Hambre, locura y crimen, El niño quemado*. El propio Wiertz redactó, de forma anónima, el catálogo de este curioso museo. De dicho catálogo, que se publicó en 1870, extraeremos el siguiente texto que es, en cierto modo, la «leyenda» de su gran tríptico que se titulaba *Pensamientos y visiones de una cabeza cortada*. Pensamos que sacarlo aquí a la luz se justifica no sólo en su tendencia, sino también en su gran revestimiento y la fuerza de su composición.

Walter Benjamin

Tríptico: minuto 1, minuto 2, minuto 3

Unas cabezas acaban de caer al patíbulo. Al artista se le ocurrió investigar si la cabeza, una vez separada del tronco, es capaz de pensar durante unos segundos todavía.

He aquí el informe de la investigación que llevó a cabo. En compañía del señor… y el señor…, que es magnetópata, se me permitió que accediera

al patíbulo; ahí pedí al señor… que, empleando los nuevos procedimientos que le parecieran adecuados, me pusiera en contacto con la cabeza cortada. Así, se puso manos a la obra. Realizó unos preparativos, y después esperamos con cierto nerviosismo a que cayera una cabeza humana.

Cuando llegó el instante inevitable, finalmente cayó la pavorosa cuchilla, se estremeció el armazón y la cabeza del ajusticiado rodó hacia el terrible saco rojo.

Los pelos se nos habían erizado, pero ja no había tiempo de apartarse de allí. El magnetópata me tomó la mano (yo me encontraba bajo su influencia), me llevó ante la cabeza temblorosa y me preguntó: «¿Qué siente usted? ¿Qué es lo que está viendo?». El nerviosismo me impidió que respondiera en ese mismo momento, pero luego grité muy asustado: «¡Es horrible! ¡La cabeza piensa!». Yo quería librarme de lo que me iba a pasar, pero parecía que estuviera hechizado. La cabeza del ajusticiado veía, pensaba y sufría, y yo veía lo que veía ella, entendía eso mismo que ella pensaba y sentía aquello que ella sufría. ¿Cuánto duró esta situación? Unos tres minutos, me dijeron. El ajusticiado debió de creer que habían sido unos trescientos años.

Lo que sufre la persona que se muere de esta manera no lo traduce ninguna lengua humana. Voy a limitarme aquí a reproducir las respuestas que di a las preguntas que me habían ido formulando mientras me sentía en cierto modo idéntico a la cabeza allí cortada.

Minuto 1: En el patíbulo

Estas son las respuestas: Un ruido incomprensible atruena en el interior de su cabeza. El estrépito que la guillotina produce al bajar. Con lo que el delincuente cree que un rayo es lo que ha caído sobre él. Sorprendentemente, la cabeza ahora está aquí abajo y cree que todavía se halla arriba; todavía cree que forma parte del cuerpo y aún sigue esperando el efecto del golpe que la separe de él.

Un ahogo espantoso. Le resulta imposible respirar. Esto se debe a una mano inhumana y sobrenatural que aprieta como si fuera una montaña la

cabeza y el cuello. ¿De dónde sale esa mano atroz? El mártir la reconoce de repente: púrpura y armiño recubren sus dedos.

Pero aún tiene que hacer frente a los más horribles sufrimientos.

Minuto 2: Bajo el patíbulo

La presión se convierte de repente en un corte. El ajusticiado toma conciencia de su situación. Mide con los ojos el espacio que de pronto separa su cabeza del cuerpo y entonces se dice: mi cabeza está cortada realmente.

El delirio aumenta. Al ejecutado le parece que su cabeza está ardiendo y dando vueltas en torno a sí misma… Y entre este delirio, surge un pensamiento incomprensible, demencial, innombrable, que invade ese cerebro moribundo. Porque, ¿cómo creerlo? El hombre al que le han cortado la cabeza aún tiene esperanza. Toda la poca sangre que le queda circula más rápida a través de las venas y se aferra aún a esa esperanza.

Ahora llega el momento en que el ajusticiado cree estar extendiendo sus temblorosas manos hacia la cabeza moribunda. Es el mismo instinto que nos impulsa de golpe a tapar con las manos una herida abierta. Así sucede con la intención aterradora de volver a poner de nuevo la cabeza sobre el tronco, para conservar ese poco de sangre, ese poco de vida… Los ojos del mártir giran en sus cuencas inyectadas de sangre… Y el *cuerpo se pone rígido igual que el granito*.

Eso es la muerte…
Todavía no.

Minuto 3: En la eternidad

No, aún no es la muerte. La cabeza sigue pensando y sufriendo.

Sufre el fuego que arde, el puñal que rasga, el veneno que nos convulsiona, sufre en los miembros que se ven serrados, sufre en las entrañas arrancadas, en la carne cortada y triturada, en los huesos que se cuecen lentamente en aceite hirviendo. Todas estas distintas referencias a la

intensidad del sufrimiento no pueden ni aún darnos una idea de lo que siente el ajusticiado.

Y un *pensamiento lo deja de repente petrificado de horror*:

¿Ha muerto ya y seguirá sufriendo de esta manera a partir de ahora? ¿Y tal vez toda una eternidad?…

Pero ahora pierde la existencia humana; muy lentamente, todo se hace noche; sólo se ve una suave niebla, pero también ésta se retira, se debilita y desaparece, y al fin todo está negro… El decapitado ha muerto al fin.

UNAS ANÉCDOTAS DESCONOCIDAS DE KANT[148]

Estas anécdotas proceden de textos que en sí mismos no guardan relación con Kant: almanaques, revistas, etc. La excepción única es la sexta anécdota, que se encuentra en el volumen titulado *Immanuel Kant. Sein Leben in Darstellungen von Zeitgenossen* (Deutsche Bibliothek, Berlín); una mina no sólo para los lectores de Kant, sino, sobre todo, para los fisiognomistas. Algunas de estas historias nos presentan la actitud gracias a la cual la doctrina kantiana, mucho antes de ser asimilada desde el punto de vista filosófico, vino a ser percibida de inmediato como una intensa y nueva potencia vital de la que resultaba imposible escaparse.

Walter Benjamin

I. Anécdotas desconocidas

Una historia en la que Kant es muy conciso

Su fámulo, un teólogo incapaz de compatibilizar la filosofía con la teología, preguntó un día a Kant qué podía leer.

Lea relatos de viajes, dijo Kant.

El fámulo: En la dogmática hay cosas que no entiendo.

Lea relatos de viajes, insistió.

Una historia en que Kant realiza una comparación

En una conversación con el filósofo se habló del bello sexo.

«Una mujer», dijo Kant, «tiene que ser igual que el reloj de una torre y hacerlo todo puntualmente; pero, al mismo tiempo, tiene que ser diferente del reloj de una torre y no revelar todos los secretos; tiene que ser hogareña como un caracol, pero al mismo tiempo, tiene que ser diferente de un caracol y no cargar siempre con todas sus cosas».

Testimonio que muestra que Kant supo dedicarle al menos al matrimonio una frase amable[149]

«*Esta regla es válida*: no *hay que casarse, salvo en el caso de esta digna pareja». Así acaba un poema nupcial de Michael Richey, Hamburgo, 1741. Kant solía citarlo en cuanto se hablaba de excepciones, ya se tratara sobre el matrimonio, o sobre el celibato o cualquier otra cosa*.

Una historia en la que Kant no se muestra galante[150]

«Las mujeres cultas», dijo Kant, «usan sus libros como su reloj; lo llevan para que vean que lo tienen, aunque suela estar parado o atrasado».

Una historia que muestra que hay dos tipos de citas: las que llevan comillas y las que las reciben

En una pequeña reunión de eruditos se hablaba de los filósofos alemanes, y en especial de Kant y de sus libros.

«¡Dios mío!», exclamó el profesor Oelrichs, «¿cómo pueden alabar hasta ese extremo los libros de Kant? Se pueden escribir en una isla desierta, no tienen ni diez citas».

Una historia sin la que nunca nadie entenderá la «Crítica del Juicio[151]»

Un verano fresco en el que había muy pocos insectos, Kant vio muchos nidos de golondrinas en un *almacén de harina y encontró unos polluelos muertos sobre el suelo. Sorprendido, repitió con gran cuidado una vez más su investigación y realizó un descubrimiento en el cual al principio no podía ni confiar en sus ojos: las propias golondrinas expulsaban de los nidos a sus crías. Asombrado ante este impulso natural y casi inteligente*

que enseñaba a las golondrinas a sacrificar algunas de sus crías si no había comida suficiente para alimentarlas a todas, concluyó de este modo: «Mi entendimiento se detuvo; pues lo único quejo podía hacer era caer de rodillas, en adoración»; y esto es algo que dijo de manera indescriptible e inimitable. Porque todo era único: el fervor de su rostro venerable, el tono de voz, el gesto adoptado por sus manos y el entusiasmo que acompañaba a estas palabras.

Historia hecha con palabras nuevas

En el seno de una reunión se hablaba de la diversidad de caracteres que se manifiestan en los pueblos; allí Kant describió de la forma siguiente a las grandes naciones europeas: «Los franceses son corteses, muy activos, frívolos, volubles y apasionados por la libertad. Los ingleses son bondadosos y constantes, codiciosos, huraños y orgullosos. Los españoles son *hombres moderados, orgullosos, religiosos y solemnes, ignorantes, crueles y holgazanes. Los italianos son hombres alegres, firmes, afectuosos y traidores. Los alemanes son honrados y hogareños, así como tenaces y flemáticos, trabajadores, modestos, hospitalarios, imitadores, cultos y adictos a los títulos*.

»*Y de aquí se desprende», añadió luego, «que Francia es sin duda el país de la moda, Inglaterra es la tierra del capricho, España es el país de los antepasados, Italia el país de la pompa y por fin Alemania el de los títulos»*.

Historia en la que Kant manda a paseo a unos oficiales

Kant nunca tenía la mala costumbre, tan extendida entre los eruditos, de llevar la conversación hacia su ciencia; pero le gustaba hablar de cosas relacionadas con la filosofía. Y esto era cosa que sabían los oficiales de cierta guarnición. Kant estaba comiendo en casa del gobernador, el conde Henkel, y aquellos señores pensaron tomarle el pelo con su ciencia. Llevaron la conversación hacia ese tema, pero tan torpemente que el filósofo se dio cuenta en seguida de lo que escondía su intención. Así que cambió el hilo de la conversación establecida y sin que se hubieran dado

cuenta, estaban en los caballos y los perros, el entretenimiento preferido de aquellos señores. Los oficiales se pusieron a discutir y se acaloraron. «Cómo se han puesto ustedes», dijo Kant, «y esto en verdad que no me extraña, pues no estamos hablando para nada de filosofía».

Silogismo que no es de los de Kant, sino un silogismo sobre Kant

Simmel impartió un curso de lógica e intentó mostrar a sus alumnos que a partir de dos premisas falsas es posible llegar a establecer una conclusión verdadera:

La premisa mayor: Todos los indios llevan coleta.

La premisa menor: Kant era indio.

Y la conclusión: Kant por lo tanto llevaba coleta.

II. Kant en calidad de consejero amoroso

A diferencia de «Doña Cristina», que cada sábado resuelve en un periódico los complicados enredos que le cuentan sus atribulados lectores y quejosas lectoras, Kant tan sólo tuvo una ocasión en su vida para hacer el papel de consejero amoroso de una mujer que era desgraciada en amores. Pues María von Herbert, que era la hermana de un discípulo suyo, en agosto de 1791 le escribió una carta aterradora. El primitivismo salvaje y la caótica ortografía de esa carta, que para el lector de la época no debían ser inusuales, le causarán sin duda al lector actual el efecto casi insoportable de una terrible lucha a vida o muerte.

Kant esperó para responder a la primavera de 1792; este imprevisto asalto de las pasiones sin duda debió alterarle. Y entonces escribió una carta que quizá podríamos considerar la más estremecedora de un filósofo desde todos los tiempos: estremecedora por la intensa claridad de su contenido y de su forma, y más aún por su total ingenuidad al abordar las relaciones entre los sexos y por su asombrosa ignorancia infantil de las reacciones eróticas naturales, que hoy haría reír a cualquier chico de catorce años: ¡como si borrar en el amado toda huella de ese legítimo enojo que se basa en «conceptos de virtud», pudiera reavivar un amor apagado! Doña Cristina

conoce desde luego mejor estas cuestiones. Pero, precisamente, este pétreo muro impenetrable que se alza aquí entre un mundo del espíritu y el inmoralismo de la naturaleza nos parece el comentario más sublime de lo que es la figura humana de Kant.

Reproducimos a continuación íntegramente la carta que le enviara la mujer, mientras que de la larga respuesta de Kant reproduciremos un fragmento tan esencial como significativo.

Kant escribe a Erhard el 17 de enero de 1793 1.º siguiente a propósito de aquella mujer y de su historia apasionada[152]: «Ella ha tropezado en el escollo del que yo me libré tal vez por suerte, no por mérito propio: en el amor romántico. Para realizar un amor ideal se entregó a un hombre que abusó de su confianza, y de nuevo, en nombre de ese amor, lo ha confesado a su segundo amante». Luego, el día 11 de febrero, Kant envía la carta recibida a Elisabeth Motherby y concluye la carta que acompaña el envío diciendo de este modo: «La educación que usted ha tenido la inmensa suerte de recibir me exime de ensalzar esta lectura como una advertencia ante los extravíos que acarrea una fantasía sublimada, pero esta lectura puede quizá servir para que usted perciba con viveza aún mayor esa suerte[153]».

Kant recibió esta carta en agosto de 1791[154]:

Como un creyente a su dios te pido ayuda, o consuelo o consejo para morir; las razones expuestas en tus obras me parece que sean suficientes para la vida futura; por eso me refugio junto a ti, pues para esta vida no he encontrado nada, pero absolutamente nada, que pueda reemplazar el bien perdido, pues yo amaba un objeto que *para mí lo incluía todo; por ero sólo vivía para él, y él era para mí exactamente lo contrario de todo lo demás, y todo lo restante parecía ser tan sólo una fruslería, y todas las personas me eran sólo como un chisme de pobre contenido; pero a este objeto lo he ofendido durante mucho tiempo mediante una mentira confesada ahora; pero esa mentira no contiene nada desfavorable a mi carácter, dado que no he tenido que ocultar ningún vicio en mi vida; pero esta mentira le bastó, y así su amor desapareció; él es hombre honrado, por eso no me niega su*

amistad, y es leal sin duda, pero aquel intenso sentimiento que nos había unido sin que lo provocáramos no existe; mi corazón se rompe en mil pedazos; si no hubiera leído tantas cosas de usted habría cambiado mi vida con violencia, pero me detiene la conclusión a que he llegado desde su teoría; que no debo morir porque mi vida sea hoy un tormento, sino que debo vivir debido justamente a mi existencia; póngase en mi lugar y así consuéleme o condéneme; he leído la metafísica de las costumbres y el imperativo categórico, mas no sirve de nada; mi razón me abandona justo cuando más la necesito; responde, te lo suplico, o quizá sea que ni siquiera tú puedes actuar según tu imperativo.

Kant contestaría lo siguiente en la primavera de 1792[155]:

Su afectuosa carta, que brota de un corazón que ha de estar hecho para la virtud y la honestidad, siendo tan receptivo a una doctrina respecto de las mismas que no contiene nada adulador, me mueve a ponerme en su lugar, tal como usted me pide, y a reflexionar sobre los medios que al fin le permitan alcanzar una moral pacificación, que sin duda es la única completa…

Así, en primer término, debo recomendarle que examine si los amargos reproches que se hace debido a una mentira que usted no se inventó para ocultar ningún posible vicio cometido son reproches que le hace la torpeza o vienen de una acusación interna que le provoca la inmoralidad que está siempre implicada en la mentira. En el primer caso, usted lamenta su sinceridad al haber revelado esa mentira: se arrepiente de haber hecho su deber; (dado que si deliberadamente ponemos a una persona en un error, aun siendo para ella inofensivo, y lo mantenemos por un tiempo, nuestro deber es sacarla de ese error); ¿y por qué se arrepiente, por lo tanto, de haber sido sincera? Porque esto ha traído la siempre lamentable consecuencia de perder la confianza de su amigo. Este arrepentimiento no posee una causa moral, dado que su causa es la consciencia no de la acción, sino de sus consecuencias. Si el reproche que la ofende se basara en el enjuiciamiento de carácter moral de lo que hace a su comportamiento, sería un mal médico moral quien le recomendara (porque

lo sucedido no puede ja dejar de ningún modo de haber sucedido en realidad) borrar de su memoria ese reproche y esforzarse ahora en ser sincera; pues la conciencia ha de conservar todas las transgresiones cometidas, actuando al modo de un juez que nunca se deshace de las actas de aquellos delitos ya juzgados, sino que las archiva para, ante una nueva acusación por delitos semejantes o distintos, endurecer entonces el juicio tal como lo exige la justicia. Pero obsesionarse con el hecho de ese mismo arrepentimiento y, una vez adoptada ahora otra manera de pensar, hacerse inútil respecto de la vida en eternos reproches sobre el modo anterior de pensar sería (si damos una mejoría *sin más por segura) una mortificación bien fantasiosa que, tal como sucede con otros tantos presuntos y supuestos remedios religiosos, sirve tan sólo para congraciarse con las supuestas fuerzas superiores sin tener que mejorar como persona, por lo cual no posee* un carácter *moral*.

Si su amado percibe ahora este cambio en lo que es su manera de pensar, pues la sinceridad que ahora ha adoptado sin duda es su lenguaje inconfundible, sólo es cuestión de tiempo el borrar poco a poco las huellas de un enojo tan legítimo, basado en los conceptos de virtud, y trocar la nueva frialdad en una inclinación que se sostenga sobre bases más sólidas aún. Si es que esto no sucede, el calor de la anterior inclinación habría sido más físico que moral, y debido a su fugaz naturaleza se habría disipado por sí mismo con el paso del tiempo; una de las desgracias más frecuentes que pueden sucedemos en la vida y ante las que hay que reaccionar serenamente, dado que se suele exagerar el valor de la vida en relación con las cosas de las que disfrutamos, mientras que su valor en relación con las cosas buenas que podemos hacerse merece el máximo respeto como también el máximo cuidado, para conservaría y emplearla con alegría para fines buenos.

Como suele suceder en los sermones, aquí encontrará usted, querida amiga, enseñanza, consuelo y reprensión, y le ruego que pase en la primera más tiempo del que pase en el segundo, pues cuando aquélla haya hecho su efecto, el segundo y la tranquilidad que había perdido reaparecerán por sí mismos nuevamente.

DEL BURGUÉS COSMOPOLITA AL GRAN BURGUÉS

Extractos de viejos textos alemanes[156]

Nota previa

Del burgués cosmopolita al gran burgués, textos de grandes escritores alemanes acompañan el camino de la burguesía alemana. Hemos reunido aquí unos pasajes que son característicos de esos textos.

Dado que «antología» en alemán significa «selección de flores», esta revista *no es una antología*. Porque no conduce en absoluto a una pradera sembrada de flores, sino, bien al contrario, a una sala de armas: a la sala de armas espirituales propias de la lucha de la clase burguesa.

La antigua manera de leer libros viejos (mero material educativo) hoy ya no nos sirve. Pero aquí hemos querido demostrar que hay un nuevo modo de leerlos.

La experiencia de que damos testimonio la habrá hecho sin duda ya todo lector a través de sus libros preferidos: así, sin que el conjunto se disgregue, de estos libros se han ido desprendiendo unos pocos pasajes cuyo valor inmediato y personal, social y político, ha de quedar grabado por sí mismo. Al analizarlos comprendemos que no son los pasajes bellos y edificantes de costumbre, sino los que son *utilizables*, los precisos pasajes que confirman, o que clarifican o cuestionan nuestras opiniones y experiencias.

En la imagen cultural de la burguesía que en los siguientes pasajes se bosqueja nuestro lector ha de encontrar ocultos, como en una imagen

misteriosa, muchos rasgos veraces y dramáticos del presente que ahora lo rodea.

Walter Benjamin y Willy Haas

Introducción de la redacción

I

Antes de realizar las elecciones, los partidos políticos publican, normalmente, promesas y programas. Así, prometen todo lo que el corazón de sus votantes pudiera soñar. Prometen la felicidad a sus votantes y a sus descendientes hasta la milésima generación. Mas, si el partido gana las elecciones, no cumple casi ninguna de sus promesas. Esto es así desde que existen elecciones; lo sabemos y no nos indignamos.

En la historia pasa algo parecido. En ella cada clase que triunfa proclama proceder a la creación de un mundo perfecto, que pronto hará felices a todos los habitantes de la Tierra. Y hasta se cree capaz de demostrarlo… de demostrarlo en la teoría. Mas, por desgracia, esto no se cumple. La clase triunfante no es capaz ni de llevar a la práctica su programa de acción ni de realizar la felicidad general. Así que pasa exactamente igual que en el caso de las elecciones. Porque también la historia es un «plebiscito cotidiano», como dijo Renan.

Claro que, habitualmente, no somos conscientes de que la historia falta a su palabra. Y ¿por qué no? Resulta muy sencillo: la experiencia contenida en una vida no es suficiente; la vida natural de una persona es demasiado corta. Y, por lo demás, lo que sucede a través de la historia se halla enteramente sometido a la interpretación arbitraria de ciertas personas, los «historiadores», que la falsifican a su gusto, de acuerdo con intereses materiales que poseen carácter general. Y por eso tenemos que seguir acudiendo a los *documentos en su origen*, siendo los más importantes entre ellos las promesas de las clases jóvenes y triunfantes que han llegado cristalizadas a nosotros bajo la forma de literatura’, es decir, de poesía,

filosofía y estudio del mundo; las promesas de las clases que aparecen transformando el mundo, con sus secretas necesidades materiales y los ideales manifiestos de 'redención de la humanidad' que se corresponden con aquéllas…

II

No puede afirmarse que todas las clases (como, por ejemplo, el feudalismo) han elaborado realmente un programa histórico *formal*: en efecto, los sueños imperiales, semi-religiosos y semi-mundanos, propios de la Edad Media, basados en la *civitas Dei* agustiniana, no pueden entenderse en calidad de dicho programa.

En cambio, en su caso, la *clase burguesa* sí que elaboró un amplio programa tan preciso como positivo, para la humanidad y para su historia. Programa que se encuentra recogido en las tesis económicas y políticas del parlamentarismo y liberalismo inglés, como en las tesis filosóficas que preceden a lo que fue la Revolución Francesa; y, recogiendo y trasladando todas ellas hacia un nuevo reino del espíritu, del ideal y de la poesía, en las distintas obras producidas por el humanismo e idealismo alemán, que a continuación viene a escindirse en las tendencias del Romanticismo, el, actualmente, viejo socialismo, las tendencias democráticas y radicales, etc., etc. Todos estos distintos documentos forman en su conjunto el amplio códice de los programas históricos que son propios de nuestra clase burguesa. Y de estos documentos literarios en el caso concreto de Alemania nos vamos a ocupar ahora aquí.

La sociedad burguesa no cumplió sin duda nada de esto. Pero no por ello compartimos ese tan ciego y chato radicalismo vulgar que echa la culpa de esto a unos burgueses concretos y a unas concretas capas profesionales de la mencionada burguesía y presenta a «el» burgués en tanto tipo especialmente malvado, como especialmente idiotizado. Esto es por cierto completamente falso. Pues la debacle en la que han caído los ideales burgueses como tales es un destino histórico, y uno por completo ineludible; cuya causa son ciertas contradicciones internas que ya estaban

presentes desde el principio y que no se podían evitar ni producir su neutralización desde el espíritu de la burguesía. No podemos desarrollar todo esto aquí en lo que atañe al punto de vista teórico[157]. La burguesía se ha vuelto claramente tan malvada como peligrosa en su última etapa, en el período real de su derrota, pues quiere todavía seguir defendiendo, con violencia, astucia y sugestión una posición que ya ha perdido. Y esto es también un destino histórico, dado que en la historia no se da el «abandono querido y voluntario» de posiciones perdidas…

La burguesía inauguró su impulso realizando promesas radicales, con la crítica más firme y radical de todo el conjunto de abusos humanos que se haya dado jamás en la historia. Empezó con la tesis del cosmopolitismo, de establecer el «reino de la razón», proponiendo y presuponiendo la educabilidad infinita del género humano, junto a la tesis de la paz perpetua, como del pacífico equilibrio de las fuerzas materiales e inmateriales, en gradación eternamente elástica y automáticamente convertible de las capas sociales a través de la libre competencia, que la burguesía contrapuso a la jerarquía siempre rígida propia de los viejos estamentos.

Hoy ya podemos comprobar qué ha sido de estos elevados ideales y de aquellas promesas elevadas. Entre su principio y nuestros días hay diversos estadios de transición, repetidos intentos, como nuevas críticas del mundo y de la forma de la sociedad, nuevas tesis políticas y también nuevas tesis filosóficas… y, en fin, el viraje paulatino: del burgués cosmopolita al gran burgués.

III

Desde el grandioso ascenso hasta el claro principio del descenso se extienden los fragmentos de grandes obras de la literatura que hemos reunido en estos textos. Dos de nuestros colaboradores más antiguos, Walter Benjamin y Willy Haas, nuestro director, los han seleccionado y comentado. No han buscado hacer algo completo ni desde el punto de vista que es el propio de cuanto hace a la historia del espíritu ni desde el punto de

vista sistemático. De ahí que ambos subrayen el carácter improvisado de la agrupación y la ordenación de dichos textos.

Ellos no sirven de entretenimiento, sino, antes bien, como instrucción. Quieren estimular una lectura más intensa de los originales, promoviendo así algo que tal vez sea aquello que hoy es más importante que se ha de promover en Alemania: a saber la *memoria histórica*.

«Nuestro pueblo es flojo de memoria», escribió Hofmannsthal en su famoso prólogo a sus *Narradores alemanes*, «y acaba por perder lo que posee[158]». Y eso es algo más que un simple error. Quien olvide las experiencias de los siglos nunca podrá alcanzar a poseer la verdadera autoconsciencia histórica que repose en la consciencia del presente de las experiencias históricas como tales, en sus reflejos como en su control, y ello de manera permanente. En un mundo que envejece día a día no sirve de nada comportarse como si uno fuera un niño eterno que quiere comenzar cada mañana a vivir y sentir un mundo nuevo.

Y por eso entendemos este número de nuestra revista *L[iterarische] W[elt]* no sólo como algo diferente que sea más o menos agradable.

Firma: Redacción de L[iterarische] W[elt]

I. El burgués y su Estado

Cosmopolitismo y colonialismo

No es casual en absoluto que la adhesión a la patria de Jacob Grimm con la cual empieza esta sección vaya a basarse en la confrontación de los extremos fríos y destructivos con una zona intermedia de la cual brota finalmente «la dorada praxis». Pues el panorama general de la relación entre burgués y Estado que desplegamos a continuación tiene que ver sin duda con extremos: de una parte el ideal cosmopolita, y por otra parte el chovinismo propio de los Estados industriales en la era del alto capitalismo. (No hay aquí que olvidar que las más frías aspiraciones cosmopolitas que abrigaba el estado policial de Federico el Grande de Prusia o José II de

Austria o el estado racional de Kant no fueron nunca tan devastadoras como el mendaz entusiasmo de ese otro sentimiento nacional característico del imperialismo). Mas lo importante es tener presente el lugar concreto en que Grimm había proclamado su adhesión a la humanidad burguesa y suprapartidista. El lugar es el libro titulado *De mi destitución, con* el que se enfrentó a la violación de los derechos constitucionales practicada por el rey de Hannover.

Después vienen algunas observaciones de Herder procedentes esta vez de sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad* y otros textos anteriores sobre filosofía de la cultura. La caracterización de la locura nacional y muy en especial la observación del «jurista culto» aún hoy siguen siendo vergonzosamente actuales, de manera que hemos preferido, en vez de explicarlas mediante paralelos con la historia contemporánea, integrarlas en la perspectiva histórica que les corresponde por derecho: a saber, en la crítica cosmopolita de la nueva política colonial. Se nos replicará que el Estado burgués «necesita» colonias por razones de orden económico. No es asunto nuestro refutar esta idea, pero sí añadir una argumentación según la cual el Estado burgués necesita también *penas de muerte* por las mismas razones económicas. Argumentación que ha recibido su exposición más contundente en el discurso de Bismarck del 1 de marzo de 1870. Cincuenta años después sigue siendo difícil refutarla con argumentos sólidos dentro del orden burgués. En cambio, Helfrich Sturz tuvo muy escasas dificultades con los argumentos de Linguet en defensa de la pena de muerte. Linguet no argumentaba con razones económicas, sino, bien al contrario, con razones morales. Y éstas no podían poner en apuros a un pensador y estilista como Sturz.

Pero ¿de qué tipo son las gentes que se acomodan fácilmente a la forma burguesa de poder? Borne da una respuesta tan aguda como al mismo tiempo bochornosa para esta pregunta.

Porque, en realidad, hasta qué punto, siendo como es hoy tan dócil la masa, el individuo ha de alejarse de la norma para poder afirmarse como un hombre nos lo enseña el estudio de los tipos que son menos frecuentes, sobre todo si se lleva a cabo con tan gran amor y comprensión como el que el admirable Immermann aplicó a Ludwig Jahn. «El punto fuerte de Jahn —

nos dice éste— es el de su recia mentalidad campesina que fue la propia de la Vieja Marca». También lo pudo decir Bogumil Goltz, que en su caracterización de los alemanes va conectando con la extravagancia las verdaderas (y aún no reconocidas) virtudes nacionales alemanas de la curiosidad *por* lo extranjero.

Hemos ido indicando mediante estas distintas estaciones el trecho recorrido desde el viejo cosmopolitismo burgués al burgués del presente. Por fin, con un fragmento de las *Reflexiones sobre la historia universal* de Burckhardt, tratamos de establecer la conexión con los problemas más graves y actuales de nuestra burguesía.

JACOB GRIMM, 1785-1863

Filólogo, historiador del derecho, creador del *Diccionario alemán*, y editor con su hermano Wilhelm de los cuentos populares alemanes, en 1837, siendo catedrático en Gotinga, sería expulsado del reino de Hannover por haber protestado (junto con su hermano y algunos otros profesores) contra el golpe de Estado del rey Ernesto Augusto. «Hablemos pues de los dos hermanos como de un solo hombre que consiguió intuir lo que implica el concepto de "lengua del pueblo" y que en una vida de intenso trabajo, tan feliz como riguroso, desplegó cuanto esta intuición contenía: a saber, la vida profunda del pueblo, lo en él permanente, lo que es en él cuerpo y espíritu, que se manifiesta sobre todo en el lenguaje y sus mutaciones;… así como también en el derecho, relacionado como está con el lenguaje, y en las obras lingüísticas que exponen la relación del ánimo del pueblo con las fuerzas eternas: en los mitos, las leyendas y los cuentos» (Hofmannsthal)[159]. El siguiente pasaje procede del libro de Jacob Grimm que trata justamente su destitución en Gotinga[160].

El medio interior

Nunca quise entregar el amor que siento por mi patria a los estrechos y limitados vínculos desde los que dos partidos se pelean. He visto corazones afectuosos quedar atrapados en esas cadenas. Pues aquel que no acepta uno de los dos colores que 1apolítica miope pone en circulación, el que no ve las almas de los seres humanos, a las cuales Dios proporcionó unas facultades insondables, como un tablero de ajedrez que se halla dividido en blanco y negro, se hace odioso para la política en mayor grado que cualquier rival, que no tiene sino que revestirse con la librea que le corresponde para complacerle de inmediato. ¿No ha mostrado a menudo nuestra historia que no hay ningún gobierno que se pueda entregar mucho tiempo a un partido? Concedo a cada uno de estos pares contrarios una parte más o menos grande de verdad y, en fin, considero totalmente imposible que acaben uniéndose. ¿Quién no coincidiría en ciertos puntos con el liberal, con el servil, el constitucional o el legitimista, o el radical o el absoluto si no son tan hipócritas como deshonestos? Por suerte, nuestra lengua todavía no posee expresiones que repitan lo más extremado de esos conceptos; mucho más natural parece entonces la designación de esas dos partes en algunos países, como por ejemplo «whigs» y «tories», nombres que no corresponden por completo a ninguno de esos conceptos abstractos, pero que en cambio incluyen su elemento espiritual. Al fondo de estas contraposiciones veo muy a menudo unas plantas salvajes cuyo follaje es exuberante, pero no fructifican. De las constituciones en conjunto, las mejores serían las que consiguieran dominar de tal forma el destino general de las virtudes y las imperfecciones terrenales que al fin fomentaran lo más propio de cada tiempo y de cada pueblo. En su simplicidad, la Antigüedad tiene magníficas instituciones cuyos éxitos se inscriben en la historia siendo como una fuente inagotable, porque no nos impulsan a una imitación irreflexiva que expulse ciegamente lo que en el presente es ya seguro y luche en consecuencia por un estado desaparecido. En muchos pueblos, los auténticos pilares de la lealtad y del afecto siguen aún adheridos al orden viejo y tradicional, bajo cuyo sol y cuya sombra ellos se han educado. Lograr permanecer en ese orden sin deshacerse de la fuerza de lo nuevo, que ha de ganarse por sus propios medios lo que hoy se encuentra decaído, parece ser ahora la tarea, ja predomine dicho viejo

*estilo o quede superado por lo nuevo. Por ello, la ocasión más adecuada para impulsar este desarrollo (¿*o *quizás este rejuvenecimiento?) la proporciona el medio, no el final, ese medio propio de la vida que es precisamente el corazón, no lo artificialmente construido, ponderando mentira con mentira. Ese medio interior es siempre cálido, mientras los extremos están fríos, y en ellos crecen a gran velocidad muchas teorías veleidosas, mientras que de aquel seno brota al contrario la dorada praxis*.

JOHANN GOTTFRIED HERDER, 1744-1803

Este gran filósofo rapsódico de la historia espiritual de la humanidad y de la vieja literatura popular ejerció gran influencia sobre el joven Goethe en Estrasburgo hacia la década de 1770. El primero de los textos que aquí damos procede de las *Cartas para fomentar la humanidad*; en cuanto al segundo y el tercero, de las *Ideas para la filosofía de la historia*[161].

Locura

Por desgracia sabemos que en el mundo pocas cosas hay más contagiosas que lo es la locura. La verdad hay que investigarla laboriosamente mediante razones, pero la locura la adoptamos sin darnos cuenta con la imitación, por mero efecto de la sociabilidad, al convivir con un loco, al participar de buena fe en sus ideas sanas. La locura se comunica igual que el bostezo, de igual modo que los rasgos de la cara y los estados de ánimo pasan de unos a otros, al igual que una cuerda responde y corresponde a otra armónicamente. Si añadimos a esto el esfuerzo realizado por el loco para confiarnos, como si se tratara de un tesoro, sus opiniones predilectas, y si además el loco sabe comportarse, ¿quién no compartirá, al principio con inocencia, la locura de un amigo simplemente para complacerle, y a continuación creerá y transmitirá aún a otros su fe? Los seres humanos nos coaligamos por la buena fe; gracias a ella hemos aprendido, si no todo, sí lo provechoso; y, además de ello, se suele decir que los locos no mienten. La locura, en tanto que es locura, se desea ver en sociedad; la locura se

recrea en sociedad, dado que en sí misma carece de base como *de certeza; y para ello le sirve hasta la peor de las sociedades*.

La locura nacional es todavía algo más terrible. Lo que ha echado raíces en la nación, lo que un *pueblo aprecia y reconoce, ¿cómo es que no va a ser verdad?, ¿quién podría dudarlo? El lenguaje, las leyes, la educación, la manera cotidiana de vivir, todo lo consolida y nos remite a ello; quien no comparte la locura es un idiota, un enemigo, un hereje, un extranjero. Si además, como suele suceder, esa locura es cómoda o beneficiosa para grupos sociales bien concretos, muy especialmente los más distinguidos, o incluso beneficiosa para todos (según lo que ella misma nos informa), si la han cantado los poetas y la han demostrado los filósofos, y si, en fin, la boca del rumor proclama que justamente la locura es la gloria total de la nación, ¿quién le llevaría la contraria?, ¿quién no optará, por cortesía, por sumarse a ella? Así, incluso las dudas que provoca la locura contraria consolidarán laja aceptada. Pues los caracteres de los pueblos, las sectas, los estamentos y las gentes chocan unos con otros; por eso, cada uno se establece en lo que es su propio punto medio. La locura se convierte de este modo en auténtico escudo nacional, así como en blasón estamental o estandarte gremial, según los casos.*

En verdad que es terrible cómo se aferra la locura a las palabras tan pronto como queda impresa en ellas con fuerza. Un jurista culto llegó a anotar así, en cierta ocasión, que una serie de imágenes dañinas se encuentra unida a la palabra «sangre»: «limpieza de sangre», «justicia de sangre», «sed de sangre»…; con la palabra «herencia» o con «posesión» o «propiedad», también muy a menudo sucede lo mismo… Palabras y signos que no tenían ningún significado han sido adoptados por partidos, y con la locura y su contagio han trastornado mentes, destruido amistades y familias, asesinado a personas y arrasado países y naciones. La historia está llena de todos esos nombres demoníacos, pudiéndose formar a través de ellos todo un diccionario de locura, que a menudo podría constatar los más veloces cambios, como los más drásticos contrastes.

Colonialismo

«¡Nuestro gran sistema comercial!». ¿Hay algo más refinado que esa ciencia? ¡Los espartanos eran unos miserables porque utilizaban a sus ilotas en la agricultura, y los romanos eran unos bárbaros porque encerraban a sus esclavos en oscuras cárceles subterráneas! En Europa la esclavitud está abolida porque se ha calculado que los esclavos cuestan más y producen menos que los libres; claro que nos hemos permitido una cosa: utilizar tres continentes como esclavos y desterrar a los hombres a las minas de plata y plantaciones de azúcar. Pero no son europeos ni cristianos, y a cambio obtenemos plata y piedras preciosas, especias, azúcar y también, ¡cómo no!… enfermedades: debido al comercio y para que los países colaboren entre sí…

La fama de algunos pueblos europeos se nos revela de este modo falsa cuando, por cuanto respecta a la Ilustración, arte y ciencia se sitúan por encima de los tres continentes y cuando, igual que aquel loco que consideraba suyos los barcos del puerto, consideran suyos los inventos de Europa sólo porque han nacido en la confluencia de todos estos inventos y tradiciones. Miserable, ¿has inventado tú estas artes? ¿Piensas algo cuando continúas estas invocadas tradiciones? Que hayas aprendido a usar las artes no te distingue en nada de una maquina; que absorbas el jugo de la ciencia es mérito de la esponja que ha crecido dentro de este húmedo lugar. Si conduces a Tahití un barco de guerra o disparas un cañón *contra las Hébridas, no eres más inteligente ni más hábil que lo es el habitante de esas islas que maneja su barca con talento y la ha construido con sus* manos.

BISMARCK

Un pasaje tomado de las Bismarcks Reden, Deutsche Bibliothek, Berlín, 1914, págs. 81-83.

A favor y en defensa de la pena de muerte

Pienso que ustedes son incoherentes cuando le niegan a la autoridad ejercer el derecho de matar durante el tiempo de la represión, pero se lo conceden, al contrario, en tanto que medida preventiva… Así, no niegan a la autoridad el derecho a matar para que defienda sus derechos y proteger la propiedad privada o con objeto de impedir un crimen, pero en estos casos no se trata de un criminal convicto, sino de un posible criminal. Para proteger la propiedad (y aquí en cambio se trata en realidad de proteger la vida, pues estamos hablando de condenar a muerte a asesinos reales), ustedes sí que quieren consentir el asesinato. Podemos disparar a los trabajadores que durante una rebelión asaltan una panadería o una oficina, aunque no sepamos tan siquiera si hemos dado a un culpable, o si esa persona se encontraba decidida a matar. Para proteger la propiedad de un panadero, para proteger una oficina, sí tiene derecho a matar el Estado, pero ustedes quieren en cambio quitarle el derecho a matar con el objeto de proteger a un pacífico ciudadano cuando un delincuente entra en su casa y asesina luego a su familia… La protección de la vida humana contra los más graves criminales parece importar menos, y esto es así por no haber elegido bien los términos de la comparación. O le quitamos por completo a la autoridad el derecho a matar o se lo concedemos igualmente en el caso de la represión, y esto no sólo para ejecutar unas meras medidas preventivas, porque no debemos situar (por lo menos en la teoría) la protección de la propiedad puesta por encima de la propia protección de la vida. Cosa que sucede en una época en la que no somos, en conjunto, muy compasivos con la vida humana. ¿Cuántas vidas humanas ponemos en peligro diariamente para fomentar la comodidad pública y la marcha de la economía? ¿Cuántas personas mueren por la explosión de calderas de vapor, en las minas, en los ferrocarriles o en las fábricas, donde emanaciones venenosas destruyen la salud de los obreros? Y sin embargo a nadie se le ocurre prohibir estas actividades, que fomentan la comodidad y el bienestar.

Casi nadie piensa en ayudar con el impulso de la legislación a aquellos que hacen frente diariamente al peligro, a los maquinistas, los mineros, o aquellos que a cada día y cada hora se encuentran expuestos al peligro de sufrir una muerte repentina. ¿Por qué el sentimiento se dirige precisamente

a proteger al criminal, sin que hasta ahora ustedes hayan hecho en aquella otra dirección lo que está al alcance de sus manos?

HELFRICH PETER STURZ, 1736-1779

Ensayista brillante y cosmopolita, narrador de costumbres y viajero, diplomático y hombre de la corte. Este fragmento de ataque contra Linguet se encuentra en la antología en dos volúmenes que nos ha conservado sus escritos (Leipzig, 1779 y 1782)**[162]**

Contra la pena de muerte

En este tiempo amable e ilustrado aparece un buen hombre de vez en cuando que se opone al torrente filantrópico; así Linguet intercede por el verdugo, como tiempo atrás Wolkenkragenius había intercedido por el diablo…

«¿Qué importa la vida de unos cuantos canallas si la guerra devora hoy a pueblos enteros?», se pregunta Linguet a este respecto. Por supuesto, no es mejor matar basándose en la autoridad de un manifiesto o en las normas del código penal; y aunque no se pueda domeñar una *virtud heroica, tal vez consigamos volver sospechosa una ley anticuada. Pues, no pudiendo eliminar la peste, ¿no deberemos controlar la fiebre? Sí, la Tierra está llena de víctimas humanas, pero justo por eso siempre vale la pena salvar a algunos de nuestros hermanos… La experiencia de todos los países y de todos los tiempos nos confirma que el número de los crímenes no aumenta si las penas son suaves ni se reduce cuando son severas. ¿Los marroquíes* se *encuentran más seguros sobre el respeto de su propiedad por despedazar a los ladrones con un sable?; ¿y los de Argel porque los arrojan desde lo más alto de una torre para recibirlos sobre el suelo con unos ganchos de hierro? En ningún país hay criminales más sanguinarios que en Francia y en Italia, países en donde más se decapita; ni hay ningún país donde se den más robos en la calle de los que se dan en Inglaterra, donde los ladrones acaban en la horca; y en ningún sitio se viaja más*

tranquilo que en Dinamarca y Holstein, donde no ahorcan ya a los ladrones…

“Pero vuestros esclavos”, prosigue Linguet, “están forzados a una muerte lenta; se consumen en una sucia cárcel en la que les dan mal de comer, y una vida tan triste es como un regalo miserable”.

La autoridad ha de procurar que los alimentos sean sanos y que las prisiones estén limpias; de modo que matar a las personas porque no van a vivir mucho más tiempo es una práctica de veterinaria, de acuerdo con la cual hay que matar los caballos enfermos. Por tanto, ¿acertó la aguda autoridad de una ciudad pequeña que hace unos años ahorcó por compasión a un ladrón demasiado débil para marcarlo con candente hierro? Más disparatada todavía es la queja sobre lo que cuesta mantener y, en fin, vigilar a los esclavos. ¿Es que quizá por economía nos resulta lícito matar? Así, en los países en los que existe aún la esclavitud sería conveniente el organizar de vez en cuando la caza de unos pobres campesinos… Así pues, ¿vamos a abolir de una vez, por completo, la pena de muerte?… Nuestro derecho a matar al asesino se basa en el derecho a *la represalia. Barkhausen ha mostrado claramente que esta opinión es del todo absurda. Si matamos al hombre que ha matado, habrá que condenar del mismo modo al adúltero a llevar a su propia esposa a la cama del hombre al que él ha ofendido; represalia que en muchos de los casos será peor que la propia ofensa*.

LUDWIG BORNE, 1786-1837

Escritor radical. Esta cita procede de su artículo *Un florín y algo más*[163].

Servilismo

Cuando Voltaire nos dijo que el primer rey fue tan sólo un soldado con suerte, no sabía de lo que estaba hablando. Pues el primer rey fue un *campesino que, aquejado de fiebre, exclamó en su delirio: «Vosotros sois mis súbditos, así que me debéis obedecer»; y, cuando se curó y se levantó*

de la cama, vio tan sorprendido como incrédulo que el pueblo entero estaba arrodillado en torno a su lecho. Para nada sirvieron las excusas del déspota inocente; la sumisión se había difundido tan rápidamente que ahora la gente ya no recordaba los tiempos en que había sido libre. ¿Cómo poner en duda que en tiempos inmemoriales el poder surgió así, cuando este fenómeno se mostró ayer ante nuestros ojos? tres hombres dijeron a cuarenta mil que estaban obligados a pagar un florín. Y, en efecto, lo hicieron. ¿Que si lo hicieron? Decir eso es poco. Cierto que lo hicieron a desgana, pero, aunque gruñeron, acabaron haciéndolo. Pero ahora marchaos y aceptad manteneros en silencio. Así ha sido siempre. La obediencia se ha dado por sí misma mucho más a menudo que buscado; la servidumbre precedió al dominio.

KARL LEBERECHT IMMERMANN, 1796-1840

Sus novelas son «de altas pretensiones además de muy ricas en espíritu, fuerza, delicadeza, pureza y conocimiento; Immermann intentó establecer una transición; expuso los inicios de lo que marcaría nuestra época, que estaba comenzando por entonces, el mundo de la fábrica y el dinero, y además mostró al alma alemana en lucha con esto» (Hofmannsthal)[164]. «En sus dos novelas reflejaría todos los movimientos y todas las corrientes de la época: así en *Los epígonos* los impulsos más serios e importantes que se presentaban de modo grotesco, y en cambio en *Münchhausen* los impulsos grotescos y más fútiles que se presentaban como serios» (Hebbel). *Tulifäntchen* es una epopeya romántica, y en cambio *Merlin* un drama «mítico». El fragmento que aquí reproducimos se encuentra incluido en sus *Memorias*[165].

Algunos tipos raros alemanes

En Alemania los tipos raros son frecuentes especialmente entre los eruditos, y además suelen ser reformadores. Los nuestros son apóstoles de todo

cuanto hace a sus caprichos y quieren convertir a los paganos. Mas, como en muchos puntos la vida es un bloque duro y resistente, ellos van buscando los lugares que se muestran más débiles, en donde es más fácil trabajar. Esos lugares son la educación, el lenguaje, la escritura y las costumbres. Basedow o algún basedowiano[166] *coció la ciencia que trata de los niños en una masa de pan y les hizo comer conocimientos. Otro escribía* fon *en vez de* von[167]*. Otro habla y escribe de repente cual si el lenguaje fuera una criada que tiene que aceptar sumisamente cuanto le venga de él. Un cuarto, que halla incómodos los títulos, pide que todos se llamen por su nombre, porque cualquier otra cosa es mala*.

La estirpe formada por los raros hoy se encuentra en vías de extinción, como la estirpe de las figuras cómicas. Uno de nuestros raros destacados fue por ejemplo Jahn[168]*… raro y reformador por excelencia; todo debía quedar patas arriba. Para él, Berlín no estaba situada en el sitio adecuado, la capital debía ponerse junto al Elba. Jahn recomendaba la imposición de un traje nacional con el que todos tendrían que acudir a los actos públicos; para él el frac era un pecado mortal, las fiestas deberían celebrarse con fuegos artificiales y durante tres noches, en días cuyo recuerdo los eruditos tendrían que crear influyendo en el pueblo. Todo el mundo debía aprender a coser; además, habría que despertar el sentido para la belleza, pero sin ofrecer jamás en público esculturas clásicas presentando desnudos, Jahn imponía ejercicios físicos incluso en las chicas, que tendrían que aprender a disparar «para que no se queden indefensas y se asusten cuando oyen un disparo, como hacen los gansos cuando oyen un trueno». Sobre el Estado todo el mundo debería estar bien informado. Para ser ciudadano, previamente habría que aprobar un examen sobre deberes y derechos correspondientes a los ciudadanos. Los auténticos libros populares todavía están por escribir, pero, por el momento, valen algunas obras de teatro de Schiller. Jahn reclama así, especialmente, una «Alruna», un «Fausto» y un «Till Eulenspiegel», como reclama un libro filosófico destinado a los alemanes, y además reclama todo esto tal como lo hace el campesino que, en una célebre canción, ha encargado un cuadro a un famoso pintor. Jahn aprecia en efecto el «Fausto» de Goethe, pero no le basta, porque quiere uno nuevo. «Para este nuevo Fausto», dice Jahn, «deseo reunir varios*

espíritus: Knigge, que ha pasado por todas las escuelas; Lichtenberg, que no puede faltar nunca; Richter, que es sin duda inagotable; Wieland, que domina el bello arte de elaborar la miel; Meyer, con su alto sentido popular; y, en fin, el habla viva que poseen Kaisersberg y Lutero»…

Visto en su conjunto, el punto fuerte de Jahn es el de su recia mentalidad campesina que fue la propia de la Vieja Marca, siendo con ella como viene a dar abundantes veces en el blanco. Pues la visión de aquello más cercano, de un detalle concreto, se hace clara; Jahn también sabe unir dos puntos que se encuentran muy cercanos con una comparación acelerada y un ingenio algo tosco; los refranes son su autoridad, como son para el pueblo. También es característico el sentido particular de la orientación, gracias al cual se mueve por regiones remotas igual que un campesino por su pueblo. Las líneas del perfil de las montañas, los giros del bosque, la red de los ríos o la situación de las ciudades: todo esto vive frente a él en imágenes claras. Mas no va más allá. Jahn ve bien los defectos y sin duda quiere corregirlos, para lo cual propone que volvamos a la condición de campesinos… Algo que nunca ha existido para Jahn: el sentimiento de la cultura del presente y del firme contacto en que los pueblos europeos se encuentran y se encontrarán en adelante.

BOGUMIL GOLTZ, 1801-1870

Hebbel nos dice de él que era en todo «un hombre primitivo, de una estirpe de dioses que carece de toda hipocresía[169]»; pero Keller nos habla irónicamente de su «gallardía y naturalidad prusiana, pomerana y brandemburguesa, esa chulería patriotera[170]». El fragmento procede de aquel libro que se tituló *Los alemanes* (1860)[171].

Política nacional

Los alemanes son, naturalmente, un pueblo que enseña y un pueblo que aprende, porque son una raza cultural elegida; son no *sólo esto, sino*

portadores de cultura, como también sus cultivadores, los maestros de escuela y los filósofos para el género humano en su conjunto. Por lo tanto, no pueden ser los virtuosos de la acción, con esquemas políticos («caracteres políticos»), como héroes dramáticos, los prefabricados ejemplares de un potente orgullo nacional, de la vanidad de la nación, la cerrazón nacional, la uniformidad nacional y la mecánica de lo nacional, como son los ingleses y franceses.

Los alemanes sin duda dejarían de ser por tanto una gran nación (en el sentido de la historia cultural) si trataran de ser la gran nación en el sentido que tiene en la política, la diplomacia y la historia militar. «Non omnes possumus omnia» [«No podemos todos hacer todo»].

JACOB BURCKHARDT, 1818-1897

El gran filósofo de la cultura e historiador del arte, profesor suizo y amigo de Nietzsche. La cita procede de sus *Reflexiones sobre la historia universal*[172].

Liberalismo y democracia

Con el incremento de los negocios, los industriales piensan lo siguiente: de una parte, el Estado sólo deberá ser la envoltura y el garante de sus intereses y de su *tipo especial de inteligencia, que hoy se ha vuelto la meta principal del mundo; los industriales quieren que este tipo de inteligencia concreta logre apoderarse del timón del Estado al implantarse las instituciones de carácter constitucional; de otra parte, los mismos industriales desconfían sin duda de la praxis de libertad constitucional, dado que podría ser al fin explotada por las que son las fuerzas negativas*.

Pues la expresión general de las ideas que se derivan de la Revolución Francesa y los postulados reformistas de los últimos tiempos es hoy la llamada «democracia», cosmovisión en la que confluye gran cantidad de fuentes diferentes, siendo muy variada según las capas de sus partidarios, pero que es coherente en sólo un punto: el poder del Estado sobre cuanto

hace al individuo nunca parece lo bastante grande, destruyendo los límites entre el Estado y la sociedad y encargando al Estado cuanto la sociedad no hará sin duda, manteniéndolo todo en discusión y en un incesante movimiento, y terminando por reivindicar para ciertas castas un derecho especial sobre el trabajo y sobre la misma subsistencia.

II. El burgués bate marcha

La paz perpetua y la guerra perpetua

La controversia «guerra perpetua o paz perpetua», que domina los primeros tiempos de la burguesía, no se ha debilitado desde entonces.

Kant, al que no se puede considerar como pacifista pese a su ensayo *Hacia la paz perpetua* (que presuponemos conocido, por lo que no lo vamos a citar), entendía la guerra en tanto fase de transición imprescindible a la exigencia racional de paz perpetua. En Hegel dicha fase se convierte en una verdadera exigencia dialéctica. La guerra es necesaria como «negación» necesaria en lo que es el «individuo» Estado. El Estado, en tanto que individuo, crea de modo inevitable su «enemigo».

Ernst Moritz Arndt, que era representante literario del militarismo, ve el horror de la guerra sin tapujos: sus descripciones de la situación en Vilnius tras la retirada de las tropas napoleónicas que huían de Rusia supera en calidad de reportaje, como por sus propias conclusiones, los sermones del pacifismo burgués de nuestros días.

Además, contrastamos ese texto con dos pasajes de Kürnberger (1870) y una carta de Arthur Schopenhauer (1849). Lo más característico del caso no es la declarada propaganda de Kürnberger dirigida a favor de la anexión de Alsacia y Lorena y la mentalidad anti-revolucionaria propia de Schopenhauer, sino lo que hay tras eso y lo que eso después va a acabar siendo. Así, el hecho histórico de la victoria de 1870 va a convertirse en Kürnberger en la teoría de la raza, en la doctrina de la superioridad de la raza «germánica» sobre la raza «celta». El hecho de que el filósofo

Schopenhauer necesite sosiego y el burgués Schopenhauer lo desee se convierte en el «conservadurismo», y de este modo presta ayuda, de modo positivo, a un militarismo reaccionario ejercido contra sus propios compatriotas, fomentando decidido las matanzas que llevan a cabo en las calles de Fráncfort los regimientos croatas y checos. La burguesía forjó de esta manera nuevas armas de guerra bajo la forma de cosmovisiones, teorías racistas y metáforas políticas, filosóficas y humanas mucho más peligrosas (pues mucho más taimadas) que el viejo y modesto ejército lo fuera.

Pero como en el seno de la burguesía todo es al final controvertido, al vienés Ferdinand Kürnberger (que lo era aunque no hubiese nacido en Viena) le contradice aquí su coetáneo, su colega y paisano Daniel Spitzer, con su gran sátira de la introducción del moderno servicio militar obligatorio en Austria.

Por último, al final de este capítulo, no hemos olvidado presentar las sublimes palabras del viejo Kant: al caracterizar a la república, en un tiempo de pleno absolutismo, como defensa negativa más potente contra toda forma de guerra ofensiva, Kant avanzó hasta el límite de lo que era entonces cognoscible, cuando aún no se habían revelado los problemas sociales subyacentes.

IMMANUEL KANT

Estas citas proceden de *Idea para una historia general provista de intención cosmopolita, 1784*[173].

La naturaleza ha utilizado la incompatibilidad que se produce entre los seres humanos, incluso entre las grandes sociedades y los Estados que forman estas determinadas criaturas, en tanto medio para producir en su inevitable antagonismo una situación de relativa seguridad y sosiego; es decir, mediante las guerras, los preparativos excesivos e inacabables para realizarlas y la estrechez que en estas circunstancias al final todo Estado acaba sintiendo incluso estando en medio de la paz, la naturaleza promueve unos intentos que al principio se muestran imperfectos, pero que,

tras las graves y muchas devastaciones y tropiezos y el pleno agotamiento de sus fuerzas, alcanzan lo que la razón pudo decirles sin todas esas tristes experiencias: salir del estado sin ley de los salvajes y entrar en una alianza de los pueblos en cuyo seno todos los Estados (incluido el más pequeño) ven garantizados finalmente su seguridad y sus derechos, no mediante su fuerza o por su propio juicio jurídico, sino como alianza de los pueblos, con una fuerza unida y el ejercicio de la decisión de acuerdo con las leyes de la misma y unida voluntad. Quizás esta idea puede parecer exaltada, y de ella se rieron el abbé Saint Pierre así como Rousseau (tal vez porque creían muy cercana su realización): pero es la salida inevitable de esa calamidad que los seres humanos causan unos a otros, teniendo que obligar a los Estados a tomar aquella decisión (por más difícil que esto les resulte) que los mismos salvajes y a fueron obligados a adoptar: la renuncia a una libertad que era tan brutal como directa, para buscar la seguridad y el sosiego que siempre la acompaña dentro de una constitución jurídica.

La guerra acaba volviéndose no sólo una gran empresa artificial, cuyo fin además es inseguro para ambas partes implicadas, sino también una empresa problemática por el dolor que causa en el Estado una deuda creciente que luego no hay manera de saldar, de manera que toda conmoción que sufra así un Estado afecta de manera tan sensible a los demás de nuestro continente (estrechamente interrelacionados por la mutua acción de sus negocios) que éstos, apremiados por la inminencia del peligro, se ofrecen al fin como jueces; y de esta manera los Estados preparan un futuro gran Estado del que no hay precedentes en la historia. Aunque ese Estado existe, de momento, sólo bajo la forma de un tosco boceto, empieza a despertar un sentimiento sobre todos sus miembros, que se encuentran muy interesados en el conservar ese conjunto; y esto nos permite justamente albergar la esperanza de que, después de varias revoluciones en su confrontación, se realice finalmente lo que es supremo intento de la naturaleza: una situación cosmopolita que posea carácter general, como ese seno en que se desarrollen las disposiciones que en origen están inscritas en la especie humana.

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL, 1770-1831

Procedente de *Werke. Vollständige Ausgabe*, Berlín, 1833, vol. 8, *Philosophie des Rechts*, tercera parte, § 324' págs. 419-420[174].

Pues la vida burguesa, con la paz, se extiende en mayor grado, las esferas se asientan, y a la larga las gentes finalmente se echan a perder; sus particularidades respectivas son cada vez más firmes y así, poco a poco, se anquilosan. Pero de la salud parte integrante es la unidad del cuerpo, y cuando las partes se endurecen, la muerte está ahí. Hoy muy a menudo se reclama el ideal de la paz perpetua, ideal hacia el cual la humanidad debería avanzar. Y así, Kant propuso una alianza de príncipes que zanje las diferencias entre Estados, y la Santa Alianza trató de ser, de modo aproximado, precisamente esa institución. Ahora bien, el Estado es un individuo, y en la individualidad está contenida de manera esencial la negación. Cuando varios Estados forman una familia, aquella unión es ahora un individuo que ha de crear un contrario y, en tanto tal, un enemigo. De las guerras no salen solamente más potentes los pueblos, sino que las naciones que en su interior son incompatibles obtienen mediante guerras exteriores nuevo sosiego en el interior. La guerra hace insegura la situación de la propiedad, pero esa real inseguridad es el movimiento necesario. En los púlpitos se habla por extenso de la inseguridad y la vanidad e inconstancia de las cosas temporales, pero, al oír esto, todo el mundo se cree que podrá al final poner a salvo limpiamente sus cosas. Si la inseguridad de la que hablamos encama en unos húsares de afilados sables relucientes, la devoción que todo lo predijo se pone de repente a maldecir a los conquistadores. Las guerras se desatan cuando lo exige la naturaleza de las cosas; las semillas vuelven a brotar, y la vacía cháchara enmudece ante las graves repeticiones de la historia.

ERNST MORITZ ARNDT, 1769-1860

Escritor patriota y liberal del tiempo de las guerras napoleónicas, actuó como adjunto del barón Von Stein en San Petersburgo durante todo el

período de la campaña de Rusia. Defensor de la idea de la constitución burguesa, fue perseguido como «jacobino»; expulsado en 1821 del ejercicio de su cátedra de Bonn, fue rehabilitado finalmente en 1840. En el 1848 formará parte en Fráncfort de la Asamblea Nacional.

El pasaje procede de sus memorias, tituladas *Recuerdos de la vida exterior*[175].

En él nos encontramos en el año 1813, cuando vuelve a Alemania pasando por Vilnius, siguiendo al ejército de Napoleón en su retirada desde Rusia.

Avanzábamos con tanta lentitud por los desiertos de nieve que había tiempo de reflexionar sobre todo el horror que esta campaña había provocado. ¿Qué veíamos? ¡Si el conquistador, siempre orgulloso, consiguiera llorar del mismo modo que hace llorar a las madres de centenares de miles de personas! Al segundo, al tercero como al cuarto día de nuestro viaje veíamos pasar continuamente abundantes grupos de prisioneros que eran conducidos hacia el Este. ¡Qué triste espectáculo! Casi no parecían ser personas; hambrientos y desdichados devoradores de consumida carne de caballo, tan agotados como congelados. Iban muriendo ante nuestros ojos. Los enfermos yacían en trineos apilados sin más sobre la paja; en cuanto uno moría, al punto lo arrojaban a la nieve. Tendidos en las calles se veían cadáveres abandonados sin enterrar, y es que no había nadie que llorara su muerte. Algunos estaban cubiertos de sangre, mientras otros colgaban de los árboles como horribles indicadores de caminos. Sus cadáveres y los de los caballos nos iban marcando el camino hacia Vilnius; quien no lo conociera no tendría problemas en llegar. Nuestros caballos iban resollando y se encabritaban a menudo, pues el camino estaba todo lleno de obstáculos.

Cuando llegué por fin a la ciudad, intenté informarme por un chico. Era del Brabante y trabajaba como cirujano en un hospital de prisioneros franceses que habían instalado en un convento. Lo acompañé a la antesala de aquel drama; vi el cementerio del convento, repleto como estaba de cadáveres, y me di la vuelta. Luego el cirujano me contó que allí se morían cada día entre cincuenta y ochenta de los dos mil enfermos. Así que su

trabajo se iba reduciendo a toda prisa. Cuando casi salía de la ciudad, me encontré con cincuenta o sesenta trineos llenos hasta arriba de cadáveres que iban siendo evacuados de los hospitales y edificios públicos. Los transportaban cual si fueran troncos, estaban congelados y resecos, por lo cual serían un mal alimento para los gusanos y los peces (pues a muchos de ellos los tiraban al río). Lo que más me espantó fue que, del modo en que dejan las hormigas en la tierra las sucias huellas de su actividad, sobre la piel de muchos cadáveres se marcaban los caminos que hicieran los piojos. Era desgarrador ver unos cuerpos que al nacer se habían acogido con amor y alegría, y que fueron después alimentados y fueron educados con amor, y, en la flor de la vida, fueron brutalmente arrebatados a sus padres y amigos por un conquistador necio y salvaje y que ahora se veían arrastrados de modo por completo impudoroso, con las cabezas golpeando contra el suelo y las piernas extendidas hacia el cielo, sin ocultar lo que la humanidad y el recato exigen normalmente.

Esa tarde vi en la ciudad lo que fue el mayor de los horrores. Yo había salido con objeto de observar el gentío de los soldados rusos, campesinos polacos y judíos, cuando, de repente, oí unos cánticos. Llegué así hasta la zona de la Puerta de Minsk, ante la cual se estaba celebrando una ceremonia religiosa. La estuve presenciando unos minutos, y por fin entré en el cementerio. Primero solamente vi la iglesia; luego las ventanas superiores, mejor dicho, los huecos sin ventanas de un edificio que rodeaba el cementerio y que parecía, por su aspecto, ser un convento o una gran escuela. Y, al acercarme allí, ¿qué veo? Pilas de cadáveres amontonados, que en algunos lugares alcanzaban las ventanas del segundo piso; al menos mil cadáveres, todo un hospital lleno de muertos; en este enorme edificio no quedaba ni una sola ventana ni una sola persona; sólo había un perro, olisqueando al lado de una puerta. Por fortuna, el frío anulaba el hedor de la putrefacción, que, de lo contrario, haría irrespirable aquel lugar. Las sangrientas batallas que se libraron en Francia o Alemania pueden haber causado similares masas de cadáveres, pero aquí había que añadir la economía polaca y un año como 1812 para alcanzar este horror. Pero ¿cómo podía sorprenderme el encontrarme aquí con aquellas pilas de cadáveres? ¿Es que nuestro trineo no se hallaba puesto en el cobertizo de

la posada Müller encima del cadáver de un soldado francés hundido bajo la paja y el estiércol? Tan grande era la desgracia de la época, tan inhumana, aquí, la suciedad.

FERDINAND KÜRNBERGER, 1821-1879

Escritor vienes que en el 1848 defendió la completa unificación de Alemania, incluyendo Austria. Enemigo del liberalismo financiero, la colección de sus artículos políticos (*Siegelringe*) testimonia la fuerza de su lengua así como su talento para la sátira. Otto Erich Deutsch, editor de sus obras, vino a decir respecto a *Siegelringe* que es «un libro sibilino para los austríacos y un catecismo para los vieneses[176]».

El primer fragmento presentado se ha escogido de dicha colección, y se publicó por vez primera el día 3 de septiembre del 1870 en el *Neues Wiener Tagblatt.* A la misma colección le pertenece el siguiente fragmento de un artículo que se publicó por vez primera el IO de octubre de ese mismo año en el mismo periódico. Se trata de dos artículos de guerra[177].

¡Bebed pues, piadosos alemanes! Nadie se ha merecido más un trago. Dado que, en efecto, habéis pagado cada gota de vino con gotas que perdiera vuestra sangre. Nadie de la alta sociedad ha pagado el champaña de manera tan noble como tú, mi valiente sastre berlinés, o como tú, robusto leñador venido de los bosques de Baviera.

Esperad, Compatriotas, un momento. Para beber hace falta un brindis, así que ¡escuchémoslo!

«En verdad es una infamia y un escarnio el que se haya dicho que Alemania va a renunciar a Alsacia y a Lorena».

Bueno, así habla claramente el que es un honrado corazón alemán.

Porque nuestros dientes rechinaron mientras se pronunciaba aquella frase de Judas:

«Alemania no quiere conquistar, sino que sólo quiere defenderse; es la parte atacada y ofendida».

¿No queremos conquistar nada de nada? ¿Contra un enemigo que sin cesar intenta conquistar? Dicho de otra manera: cordero alemán, siempre has existido para ser esquilado; y si caen en tus manos las tijeras, tú no has de esquilar de ningún modo, sino ser generoso…

¿Cada vez que a los celtas les apetece de pronto averiguar cuál de los dos es más fuerte será preciso hacerles el favor de dejar de trabajar y pelearnos con sus feroces perros africanos? ¡Tenemos muchas cosas más urgentes que hacer! Además, la partida no es igual, dado que el alemán supera al celta. El alemán es el auténtico *pionero creador e impulsor de la cultura, lo que el gascón mentiroso se ha arrogado indebidamente y que por unos años se creyeron unas cuantas ancianas*.

Pero «cuál de nosotros es más fuerte» no se decidirá ficticiamente, como en un duelo en el que dos chalados se hacen unos rasguños en los brazos y se felicitan mutuamente porque son muy buenos; sino que se decide seriamente, se decide con furia. Si el celta fuera el más fuerte de los dos, ¿creéis que no agarraría entre sus manos la frontera del Rin? Y si en cambio lo fuera el alemán, ¿no sabéis que ha de respetar la frontera del Mosa para continuar siendo más fuerte? ¡Conquista! ¡Llámese «afianzamiento»! Si finalmente fuéramos tan necios que, siendo los más fuertes, retrocediéramos tras nuestras débiles fronteras dejando abierta la puerta de los Vosgos, *¿no sabéis que el conflicto volvería a empezar en seguida? El gallo galo se pasaría medio siglo cacareando*: ¡Vengeance pour Waterloo! *Ya cacareó anteriormente* ¡Vengeance pour Varsovie! *por la libertad de Polonia; pero, a su vez la libertad de Roma la bombardeó y la masacró*; ¡Vengeance pour Sadowa!, *cacareó aunque ese asunto no le incumbía lo más mínimo; y aún cacarearía hasta reventar* ¡Vengeance pour Woerth! ¡Vengeance pour Marslatour! Vengeance pour Gravelotte! ¡Pour Sedan! *Pues esta bestia colérica tiene disponible todo el tiempo una buena docena de venganzas…*

Pues el romanismo ha de quedar humillado a los pies del germanismo, al igual que el estiércol ha de estar bajo las semillas. Si hoy la provincia romana de la Galia ha quedado a los pies de un rey alemán, tan sólo habrá que recitar un verso de nuestro gran poeta nacional:

«Ihrseid an Eurem Platz Lady María!»[178].

ARTHUR SCHOPENHAUER, 1788-1860

De una carta a Julius Frauenstädt, escrita el 2 de marzo del año 184,9 en Fráncfort del Meno[179].

Por aquí todo sigue como siempre: Atma (que era el perro de Schopenhauer) le saluda a usted con alegría. ¡Pero qué cosas tuvimos que vivir! Imagínese que el 18 de septiembre había una barricada sobre el puente, y los canallas (que casi llegaban a mi casa) disparaban al ejército en la Fahrgasse, mientras los disparos del ejército hacían estremecer la casa entera. De repente oí gritos junto a la puerta cerrada de mi casa. Pensando que eran los canallas soberanos, corría a atrancar la puerta con un palo; cuando dan unos golpes en la puerta, oigo la suave voz de mi criada: «¡Son sólo unos austríacos!». De manera que abro de inmediato a estos queridos amigos que nos llegan: unos veinte *bohemios entran a toda prisa en la vivienda a disparar, desde mis ventanas, a los soberanos sublevados, pero en seguida se dan cuenta de que más les valdría disparar desde el edificio colindante. Allí, en el primer piso, el oficial atisba hacia la chusma que está escondida tras la barricada; le envío mis gemelos de teatro, los mismos con que usted pudo observar el gran globo aerostático aquel día*:

ψυχῶν σοφῶν tout’ ἐστι φροντιστήριον

(Para las almas sabias, ¡qué buen asilo para el pensamiento!)

DANIEL SPITZER, l835-I893

El famoso «paseante vienés» fue un periodista y satírico austríaco. «No conozco ningún estilo deslumbrante que no haya tomado su esplendor más o menos al fin de la verdad. Sólo ella tiene un brillo auténtico que ha de estar presente hasta en la burla». De este modo Spitzer se define a sí mismo sin saberlo. Él forma parte de los fundadores del brillante y nuevo folletín

característico de los vieneses, que degeneró algo más tarde. El texto que aquí reproducimos es de la primera colección de sus famosos «paseos por Viena», y se publicó por vez primera el 22 de noviembre del año 1868, tras la general instauración del servicio militar obligatorio en todo el conjunto del imperio austro-húngaro[180].

El servicio militar obligatorio me parece una idea muy bonita: de esta manera cada ciudadano responde efectivamente con su sangre para compensar los impuestos que paga; cada austríaco ahora ha de aprender a luchar por sus compatriotas. Con el rancho de albóndigas criaremos una verdadera generación espartana para la cual las balas enemigas van a ser una mera diversión.

En un manual de geografía del futuro puede que podamos leer esto: «Austria es un país bien equipado por una naturaleza generosa cuya población apta al trabajo se encuentra toda acuartelada. El país tiene sólo una frontera natural hacia el Este: a saber, la frontera militar, mientras sus otras fronteras importantes en todo lo que afecta a lo estratégico son el Café Daum hacia el oeste, hacia el sur el ministerio de Marina y el campo de batalla de Königgrätz hacia el norte. En Austria hay cuatro reinos naturales: animal, vegetal y mineral y, finalmente, el reino militar; los tres primeros son *todos explotados siempre en beneficio de este último, al que proporcionan los caballos, como los cañones y patatas. Sus habitantes llevan un traje nacional que se distingue por sus lindos dobladillos, y que aquí no podemos describir, ja que no podemos publicar cada año una edición de nuestro libro. El pueblo ejerce las profesiones más diversas: artillería, infantería, caballería, y así un largo etcétera. Su gran fuente de ingresos es la paga; y si la instrucción les sale bien, hay una paga extra. Y algo muy importante para la educación de dicho pueblo: en cada casa hay casi dos sargentos».*

Cuando se ponga en práctica el servicio militar obligatorio, nadie podrá extrañarse de leer esta noticia en el periódico: «El soldado X, célebre por sus descubrimientos astronómicos, tuvo ayer la desgracia de descubrir un nuevo planeta mientras volvía a casa, por lo cual llegó tarde a la retreta. Parece que el científico ha salido de momento del trance con

algunas ligeras contusiones». El ejército va a impregnarlo todo, y así, algún día, tal vez podamos ver cómo se anuncia una muerte cualquiera en el mejor estilo militar: «Por la presente anuncio humildemente que hoy el cielo ha tenido a bien ordenar la retirada de mi esposa. Me honro con la gracia del castigo».

KANT

un breve fragmento de La disputa de las Facultades, 1798[181]

Sólo es buena y legítima, y esto desde el punto de vista moral, la constitución de un pueblo que por su naturaleza y sus principios evite toda forma de guerra ofensiva. Esa constitución buena y legítima no puede ser sino republicana, por lo menos de acuerdo con la idea que implica el aceptar aquella condición que impide la guerra (fuente de todo mal y de la corrupción de las costumbres), asegurando de modo negativo (a pesar de su gran fragilidad) al género humano el progreso hacia lo mejor, que al menos, desde entonces, no será por lo tanto perturbado.

III. El burgués llama a las cosas por su nombre

Antecedentes de los reportajes

Esta sección contiene documentos que vienen de una época en que la burguesía estaba aún lo bastante fuerte para llamar a las cosas por su nombre.

Los recuerdos de infancia del famoso actor y dramaturgo Johann Christian Brandes muestran que la pequeña burguesía pobre de la «cultura rococó» carecía por completo de derechos. Hasta dónde llegaba el bienestar en el Estado absolutista de la época, y cómo eran de tenues e imprecisos los límites entonces existentes entre la mera depauperación y la muy restringida asistencia social nos lo muestra el pequeño memorial pedagógico del año

1782[182]. Si las dimensiones de este número no pusieran límite a los textos, aquí el lector encontraría extractos de los terribles recuerdos de la infancia que Karl Philipp Moritz publicó dentro de su novela *Anton Reiser*, o si no, en una esfera social superior, los recuerdos de Schulpforta conservados por Cari Friedrich Bahrdt[183].

Hasta 1848 nos conduce una carta de un campesino a los berlineses, carta que publicara Robert Prutz, escritor de tendencia liberal. Si a ello le sumamos el informe que presenta el estado de las escuelas rurales, y además el artículo de Möser, tenemos un bosquejo de la posible imagen cultural de la Alemania rural durante el período que abarca de 1750 a 1850.

Conocemos las revueltas de los tejedores por el drama que compuso Gerhart Hauptmann. Igualmente el intenso reportaje social que Bettina von Arnim (de Brentano) encargó a un joven suizo e incluyó en el corpus de sus obras nos muestra bien, por la misma época, unos rasgos que son muy parecidos de una cruel reorganización: la depauperación de los pequeños comerciantes a consecuencia del auge de la industria. Estos informes tienen en común con las que son las primeras descripciones de las vidas de los proletarios (como las que Dickens nos presenta) el gusto por la inocencia y la dulzura que se daba en las viejas relaciones humanas, y que no percibía el proletario, pero sí en cambio el observador. Eso distingue a estos reportajes de los naturalistas posteriores, por no hablar ahora de los de nuestros días.

JOHANN CHRISTIAN BRANDES, 1735-1799

Perteneciente a una familia pequeñoburguesa de Stettin que terminó siendo proletaria, Brandes sobrevivió de niño y joven como personaje vagabundo, vendedor ambulante, criado y lacayo, y conoció de primera mano los intensos y graves sufrimientos que lo arbitrario jurídico y social impuesto por las clases superiores provocaba en las clases inferiores. Sus memorias vienen a ser uno de los documentos proletarios más conmovedores del XVIII. Brandes finalmente incorporado al grupo de actores de un teatro ambulante, ilustra con su vida y sus memorias el paso del teatro aficionado y del viejo teatro cortesano al teatro burgués profesional, cuyo iniciador (es decir,

Lessing) honró con su amistad a nuestro Brandes. Finalmente este ascenso le permitió ascender a las esferas de la gran burguesía, y murió siendo escritor y actor famoso. El fragmento procede de los primeros capítulos que componen su *Historia de mi vida*[184].

La justicia rural en la Alemania del siglo XVIII

Se ha acusado en Danzig a un niño de robo y, al resultar que es inocente, el miedo que ha pasado se compensa con diversas limosnas. Con el dinero el chico compra unos kilos de tabaco negro, pues su intención es ir recorriendo los pueblos vendiendo tabaco, costeando de este modo su regreso a su ciudad natal.

Un día llegué a un pueblo que era bastante grande, siendo muy probable que vendiera bastante tabaco. Animado así, por la esperanza, penetré en la taberna, saqué mi mercancía con confianza y se la ofrecí a los parroquianos. Un campesino borracho se acercó y me pidió el tabaco equivalente a cincuenta céntimos; entonces yo le di la cantidad que me pareció ser adecuada. Antes de que pudiera darme cuenta, sus puños golpearon mi cabeza. «¡Granuja! ¿Esto son cincuenta céntimos? ¿Es que crees quizá que estoy borracho?». Siguió golpeándome mientras me insultaba. Le pedí perdón a toda prisa, y me disculpé con mi ignorancia en dicho negocio; pero cuanto más hablaba yo, aún mucho más se enfadaba él. Como no me soltaba y nadie de los presentes parecía venir en mi ayuda, grité pidiendo auxilio. Así que apareció el tabernero, que venía entonces de la iglesia, y preguntó las causas del escándalo. Cuando se enteró de quejo estaba vendiendo tabaco, producto que él vendía a sus clientes, se puso de la parte de mi enemigo borracho y, como mi actividad le parecía una injerencia intolerable dentro del ámbito de su monopolio, al punto declaró que mi tabaco provenía de un sucio contrabando y afirmó que un mendigo pobre y miserable como yo lo debía haber robado en Danzig; como los campesinos que allí había aprobaron esta afirmación, mi mercancía fue al punto confiscada. Naturalmente, yo me resistí con todas mis fuerzas frente

a dicho acto de violencia, pero como mis súplicas y mis explicaciones no servían de nada, amenacé con presentar una denuncia ante el juez local. «¿Cómo? ¿Qué?», gritó el furioso tabernero, «¿Vas a denunciarme tú, bribón? Adelante, acusa; ¡el juez soy yo!». De nuevo se pusieron apegarme, de manera que apenas conservé serenidad suficiente para ganar la puerta y escapar como pude a esta lluvia de palos. Pero mi situación no mejoró: como estaba enfadado por el cruel tratamiento y me dolía haber perdido mi tabaco, comencé a gritar ante la casa que iba a matar a todos sin piedad. El tabernero lanzó sus perros contra mí y pronto sus ladridos atrajeron a los perros del pueblo, que me obligaron a huir a la carrera; pero eran tan fieros que en verdad me habrían destrozado si no tuviera la suerte de alcanzar, casi ya en el último momento, una cerca bien alta y saltar con fuerza por encima.

Ahora estaba a salvo, pero aun así mis piernas sí que habían perdido algo de carne, el botín de los perros. También se habían visto desolladas por esa misma cerca que, de hecho, me había salvado, j mi cabeza, mis brazos y mi espalda habían sido tan apaleados por el embriagado campesino y el juez ladrón de dicho pueblo que apenas podía ni moverme; para ponerme a salvo por completo, arrastré mi cuerpo maltratado a través de las zanjas y las cercas hasta salir del pueblo. Finalmente, llorando, contemplé mi existencia desgranada. El tabaco, en cuya adquisición había invertido todo mi dinero, ahora estaba perdido sin remedio, y salvo mi sombrero viejo y sucio, un abrigo andrajoso y además desgarrado por los perros (la chaqueta tuve que cambiarla por un pan hacía mucho tiempo), una camisa negra y en jirones y unos pantalones descosidos que, para no perderlos en pedazos, los llevaba atados a mi cuerpo por medio de una cuerda, no tenía ya otras propiedades que mis muchas heridas y una legión de habitantes agresivos y hambrientos de mi cuerpo.

El siguiente fragmento procede de las *Conversaciones pedagógicas*, publicadas en 1782 por el Instituto educativo de Dessau; en esta forma se encuentra recogido en la introducción que abre el libro titulado *Geschichte meiner Schulen* de Friedrich Eberhard von Rochow (1734-1805), publicado en 1795 y ahora reeditado por Reclam.

Una escuela rural en la Alemania del siglo XVIII

El edificio desde fuera parecía un establo. La entrada era muy sucia, y el interior pequeño. El aula era la única habitación de la casa; en realidad era grande, pero para los niños que tenían que usarla era pequeña. Tan pronto como entramos nos recibió un vapor repugnante que, por unos momentos, nos impidió poder respirar bien. Lo primero que vimos era un gallo, dos gallinas y un perro. Junto a la chimenea se veía una cama; sobre ella una rueca, un pan y unos vestidos desgarrados. Al lado de la cama había una cuna; y a su lado se hallaba el ama de casa, que intentaba calmar de alguna forma al gritón de su hijo. En una de las paredes se veía un taller de sastre, donde trabajaba un aprendiz. Y en la otra pared iba apoyada una caja muy grande, la alacena, vestidos y otras cosas. El entero resto del espacio lo ocupaban los niños puestos en una mesa y varios bancos. Eran unos cincuenta, de ambos sexos y de varias edades, apelotonados y mezclados. Nosotros aún estábamos de pie porque no había allí dónde sentarse. Al final de la mesa se encontraba el maestro, que tomaba a los niños la lección con la vara en la mano. Viendo nuestra llegada, se detuvo. P. le pidió que siguiera con su clase. El entonces lo hizo, y ordenó a sus alumnos mayores que repitieran algo que habían aprendido de memoria; pero al principio casi no entendíamos, pues el niño de pecho aún seguía gritando y en cuanto al gallo, que, al entrar nosotros, se había retirado hasta una *alcoba, cacareaba allí con tanta fuerza que nuestros oídos retumbaban*.

JUSTUS MÖSER, 1720-1794

Jurista de Osnabrück, historiador y escritor local de actitud patriarcal, conservadora. Su obra más importante se titula *Fantasías patrióticas*. Maestro de la prosa vigorosa, siempre afectuosa y popular, fue apreciado por Goethe en esos términos y debido a su actitud política. El fragmento procede de las dichas *Fantasías patrióticas*[185].

Educación de los niños en el campo

Yo no entiendo qué cosas se le ocurren últimamente a nuestro director. Ahora dice que todos los chicos y chicas tienen que aprender a leer y escribir, y hasta les predica un catecismo que es tan grueso como mi misal…

Yo ya he alcanzado los ochenta, así que puedo sostener que he visto el mundo por detrás y por delante. Y de la gente que creció conmigo ninguno aprendió nunca a escribir. Esto era cosa que se consideraba como una especie de ocupación burguesa practicada tan sólo en las ciudades, por personas sin tierras ni ganado. Según contó mi padre, leer se puso de moda entre los campesinos cuando él era joven; y mi padre oyó antes decir a su padre que cuando él era niño tan sólo se cantaban, a lo largo del año, en total tres cantos en la iglesia; todos los sabían de memoria… Yo no entiendo de qué le podría servir a un campesino el saber escribir. Si sabe cuántos vasos de aguardiente o también cuántas jarras de cerveza vienen designadas por la raya que se ha dibujado en la pizarra, si conoce igualmente el gran invento del bastón con muescas del que escribía Meier hace poco, y si traza tres cruces como emblema, entonces ya posee, en mi opinión, cuanto necesita a este respecto…

Y, en cuanto a las mujeres, desde luego yo no me casaría con una que pudiera practicar la lectura y la escritura.

Carta de un campesino prusiano de 1848

El siguiente texto se ha tomado de una carta anónima de un campesino de Prusia Occidental «a los berlineses» del 1848, el año de la gran revolución; fue publicada por su destinatario, a saber, Robert Prutz (1816-1872), escritor de tendencia liberal en el n.º 6 del *Constitutionelle Clubzeitung*, de 9 de mayo del 1848.

Los campesinos de Prusia Occidental os anunciamos a los berlineses que, si no ponéis orden cuanto antes dentro de esa ciudad maldita vuestra y no restablecierais los derechos de nuestro amado rey, en seguida saldremos en

su ayuda, y vosotros, canallas, os enteraréis de lo que es bueno. Perros, que acabáis de liberar a esos traidores de polacos lanzándolos así contra nosotros con la mala intención de que nos maten; y así habéis traicionado y masacrado a nuestros hijos y hermanos, los soldados. Nunca olvidaremos todo esto, en especial porque no paráis de hablar, demasiado cobardes para someter al populacho. Habéis saqueado el tesoro público y destruido las propiedades del Estado que se adquirieron con nuestro dinero; todo eso tendréis que compensamos. El príncipe de Prusia tuvo que huir de vuestras fechorías, y si no hacéis que el príncipe recupere de nuevo su lugar antes de que llegue el 24 de mayo, os enteraréis de cómo somos los oriundos de Prusia occidental; porque vuestra cueva de ladrones arderá a la vez por cien lugares. Los campesinos no os alimentamos para que nos maten vuestros hijos. El 24 de mayo, recordadlo, os enseñaremos a imitar a los franceses.

El informe siguiente sobre la terrible situación de las nuevas casas proletarias de vecindad, en Berlín, en las primeras décadas del pasado siglo XIX, no lo escribirá directamente la escritora romántica y demócrata, Bettina Brentano, gran amiga de Goethe y de Beethoven, que fue hermana de Clemens y esposa de Achim von Arnim, sino un joven suizo; pero ella lo revisó e incorporó a su famosa obra titulada *Este libro es del rey* (1842) —obra que, por cierto, apareció como contribución a la «Liga de la señora Consejera» (la madre de Goethe), cuya figura algo idealizada es protagonista de ese libro—. El autor real, joven estudiante de origen suizo, fue Heinrich Grunholzer. Este texto se encuentra en el sexto volumen de Bettina Brentano, en sus *Sämtliche Werke,* Berlín, 1921, págs. 453-504.

Sobre la experiencia de un joven suizo viviendo en Berlín

Ante la Puerta de Hamburgo se ha formado toda una amplia colonia de pobres. Los agentes suelen espiar hasta a la más inocente asociación, pero parece ser indiferente el que muchos pobres se reúnan, se separen del resto de los habitantes del lugar y sirvan de terrible contrapeso. Sobre todo, se

ignora totalmente una parte de los empobrecidos, los que viven en las «casas familiares». Estas casas se encuentran divididas en habitaciones muy pequeñas, pero cada una de las cuales sirve en todo caso a una familia para trabajar, dormir y cocinar. En cuatrocientas habitaciones como éstas viven unas dos mil quinientas personas. He visitado allí muchas familias, estudiando su forma de vivir.

El padre cose, en la misma cama, camisas, pantalones y chaquetas; también remienda medias, pero él no posee ni una sola camisa que vestir. Está descalzo y cubierto por harapos.

Los niños, que están desnudos por completo, se calientan mutuamente unos a otros en su cama de paja y tiritan de frío todo el tiempo.

La madre va devanando las bobinas desde primera hora de la mañana hasta queja empieza a anochecer. El aceite y la mecha la consumen, pero ella no gana lo bastante para saciar a sus hijos.

El Estado le cobra sus impuestos al hombre, que tiene que pagar el alquiler; de lo contrario va a echarlo el propietario y lo encarcelará la policía. Los niños se morirán entonces de hambre como la madre de desesperación.

La asistencia social parece sorda, y el pobre ha de gritarle todo el tiempo, pero sin duda en vano. Lo que él le pide, poder ganar su vida, lo hace irse muriendo lentamente. La asistencia social forma poco a poco un capital con los diferentes donativos y lo mete en el banco. Los pobres son todos unos manirrotos: «Hoy comen, mañana no; pasado mañana vuelven a comer, y hasta a veces entregan a un vecino, que es más pobre que ellos todavía, lo que ellos no comen».

En la habitación está tendida una cuerda dispuesta en forma de cruz. En cada rincón, una *familia; donde las cuerdas se cruzan hay una cama para una persona que es aún más pobre todavía, y a la que cuidan entre todos.*

En la habitación n.º 3 de las repartidas en el sótano vi un leñador con una pierna enferma. Cuando entré, su mujer quitó rápidamente de la mesa las pieles de patata, y su hija, que es una muchacha de unos dieciséis años, se retiró a una esquina de ese cuarto cuando su padre me empezó a contar.

Este leñador había perdido la capacidad de trabajar al construir una nueva escuela. Su petición de ayuda no tuvo la menor contestación durante mucho tiempo. Cuando estaba del todo arruinado, le asignaron por fin una pequeña pensión de carácter mensual. Tuvo que recogerse en esta casa por cuanto ahora no podía pagar el alquiler de una casa en la ciudad. Ahora la asistencia le concede dos táleros al mes. Cuando se lo permite la enfermedad incurable de su pierna, el leñador gana un tálero por mes; su mujer gana el doble, y su hija gana 1’50. En total obtiene unos ingresos de 6’50 táleros al mes. La vivienda aquí le cuesta 2; las patatas, 3’50 al mes. Le queda pues un tálero para comprar madera y alimentos que no sean patatas.

En el ático n.º 76 vi la habitación de un zapatero que se llama Schadow. Eran las tres de la tarde, y con lo que ganaba hasta el momento se habían comprado hilo y pan. Su hijo comenzó a llorar de hambre. El zapatero acabó en ese momento de remendar un zapato y se lo dio a su mujer mientras decía: «Llévatelo, y con el dinero que te den cómprale un panecillo a nuestro niño, que tiene mucha hambre». La esposa volvió pronto sin embargo con las manos vacías; la dueña del zapato no le había podido pagar. El niño seguía llorando todavía, y con él sus padres. Los saqué del apuro, pues llevaba un poco de dinero.

Schneider, de Zúrich, que participó en la campaña de Rusia, vive desde el 1813 aquí, en Berlín. De sus nueve hijos, los dos pequeños viven junto a él. Schneider padece una doble fractura. Su mujer es vieja y se halla delicada de salud. Ambos buscan huesos y papel, y así se ganan algo de dinero. Hace ahora un año la asistencia les asignó dos táleros. Hace unos dos años ya que Schneider un día le pidió limosna a alguien; consiguió tres peniques, pero lo pilló un policía y se pasó seis meses en la cárcel.

Naumann, que es tejedor, lleva un período de unas siete semanas arrestado por no pagar una deuda de tres táleros. El acreedor fue con él personalmente para presentarse a la asistencia social, y explicar que si ella no asumía por sí misma esa deuda, una mujer con seis niños pequeños se le echaría al cuello. Mas no sirvió de nada: el pobre ha terminado en la

prisión y la asistencia aporta cada mes a su familia la cantidad de cuatro táleros. Este ejemplo nos muestra claramente que los fondos destinados para pobres se utilizan mal y con torpeza. Pues en vez de captar y aprovechar el instante correcto en que es preciso apoyar a los pobres, se usa el dinero para dar limosnas, pero así no se ayuda de verdad. Así sólo se paga el alquiler, pero el resto no basta para que en la familia no haya hambre. La esposa del dueño de la casa, que parece muy joven todavía, me contó que los niños pasan hambre durante muchos días, y que incluso ha tenido que colgar de su pecho a veces al pequeño.

Cuando el Estado tiene que luchar para enfrentarse al enemigo, busca a los pobres en sus escondrijos, les pone de repente un uniforme y los hace marchar enfila india. Cuando el gobernante ha decidido emprender una guerra, los pobres sirven de carne de cañón. Los que vuelven a casa y piden alimento son tratados como suele tratarse lo peor; al final se hunden en el barro y el Estado ni sabe dónde están, pues se los ha tragado de repente la tierra; mas, si se quejan, los encontrarán.

(Bettina von Arnim)**[186]**.

IV. El burgués ve lo que le viene encima

La revolución pasada y la futura

Georg Lukács realizó la significativa observación de que la burguesía alemana todavía no había derrotado a su primer enemigo (el feudalismo) cuando el proletariado (es decir, su último enemigo) se encontraba de pronto bien presente ante ella**[187]**.

Esta guerra en dos frentes en que la clase burguesa se vio envuelta casi desde su mismo surgimiento es expresión extrema de las contradicciones interiores que ya al inicio la pusieron en peligro. Contradicciones que se agrupan más o menos alrededor de aquello que es la idea y el hecho mismo de la democracia, que le ha dado a los hombres todos los derechos

imaginables quitándoles la fuerza de ejercerlos. Los primeros que supieron describir esta fundamental contradicción no fueron los primeros socialistas, sino los juristas reaccionarios, sobre todo Adam Müller. Aquí, a algunos textos de este autor le seguirá un discurso de Lassalle que bajo el título de *Constitución* establece la clara diferencia entre las formas sociales de poder. Hofmannsthal, que era un conservador, consideró este discurso como digno de integrarse en su *Libro de lectura alemán*. Luego, el texto de Heine puede parecer muy actual al actual lector, en nuestros días. A esta singular confrontación con lo que propone el comunismo se pueden comparar muy pocos textos escritos en los últimos diez años.

De la carta con que acaba esta sección sólo puede decirse que la firma de Goethe no le añade nada a su carácter como piedra histórica miliar.

WOLFGANG MENZEL, 1798-1873

Enemigo reaccionario de los franceses y denunciante de los Jóvenes Alemanes, nos presenta esta anécdota de la revolución del 1848 en sus memorias[188].

Un rico comerciante que vivía en Stuttgart se pasó aterrado por el miedo el breve tiempo de la revolución. Una noche del verano del 1849 que no podía conciliar el sueño se dispuso a mirar por la ventana: la Luna iba brillando intensamente y la ciudad estaba sumergida en el silencio. Su miedo alcanzó entonces grado máximo. Se vistió y, tras salir de casa, se dispuso a llamar con vehemencia a la puerta de Duvernoy, que era el ministro del Interior. Este ordenó abrir asustado, recibió de inmediato al comerciante y preguntó asombrado qué quería apareciendo en medio de la noche. El comerciante, nerviosísimo, le dijo que venía con objeto de advertirle que esa noche imperaba en la ciudad un manto de silencio sospechoso.

ADAM H. MÜLLER, 1779-1829

Conocido jurista y economista destacado, fue el escritor más relevante de aspiraciones político-románticas en la Alemania de principios del XIX; propagandista del Estado «orgánico» y la constitución medieval estamental, fue portavoz de la oposición de los *junker* prusianos contra Hardenberg, y muy amigo de Heinrich von Kleist, de cuyas revistas literarias *Phöbus* y *Berliner Abendblatter* fue colaborador habitual. Tras convertirse al catolicismo, desarrollará su actividad al servicio de Metternich en Viena; sus últimos escritos se distinguen por su actitud estrictamente teológica y políticamente ultramontana; miembro del amplio círculo clerical de San Clemente María de Hofbauer, era un orador extraordinario, consumado maestro del estilo de la prosa alemana; como teórico de la Restauración no muy hondo, mas claro e ingenioso, dependió al principio de Edmund Burke, como luego de De Maistre y de Bonald. Müller y Franz Baader criticaron de modo reactivo y defensivo, con argumentos conservadores y feudales, la sociedad burguesa e industrial que ya estaba empezando a desplegarse, mostrando perspicacia sorprendente que casi llamaríamos profética, en coincidencia casi literal con la temporalmente posterior crítica ofensiva de Karl Marx a la sociedad capitalista; Marx, sin embargo, repudia expresamente todas estas críticas románticas**[189]**.

La esclavitud por el dinero, que es el tipo que se da hoy en día, es sin duda alguna el peor tipo, pues se encuentra unido al sentimiento de una falsa y presunta libertad. *Da igual que me sometan de una vezo que me recorten cada día las que han venido siendo mis concretas condiciones de vida hasta quejo mismo me someta; da igual quejo me venda de una vezo lo haga cada día nuevamente; así, en lugar de confiscarme el cuerpo y hacerse cargo de mantenerlo vivo, me quitan sólo lo esencial del cuerpo, me arrebatan su fuerza como tal j me dejan el resto del ahora inútil armazón para que mande* libremente *en él.*

La parte superior del ser humano, lo que es la sede del honor y de los sentimientos que ennoblecen, los cuales, cuando son pisoteados, destruyen y arruinan lo existente, no es tomada en consideración porque ella no puede convertirse en dinero; en el seno de una enorme fábrica sólo pueden

usarse partes de lo que es el ser humano, ciertas fuerzas concretas; no el ser humano entero, como tal, que inevitablemente se irá a pique si su valor económico queda inutilizado por la edad, la enfermedad o alguno de los innumerables accidentes de las necesidades y modas europeas.

Igual que, tal como nos dice Burke, en las propias ruinas hay salitre que *se puede usar para hacer pólvora, j con la pólvora se hacen las ruinas de las que obtendremos el salitre para, una vez más, producir pólvora…, la división del trabajo actualmente crea la ganancia de dinero, y mediante el dinero se divide más el trabajo para ganar dinero…; de modo que sigamos dividiendo, y privatizando y desmembrando*.

FERDINAND LASSALLE, 1825-1864

Este texto se encuentra recogido en *Ausgewählte Reden und Schrijten*, vol. I, publicado en Leipzig, sin que aparezca indicación de fecha[190].

De sobra saben que en Prusia no tiene fuerza de ley sino lo que sale publicado en el Boletín. El Boletín se imprime en la imprenta Decker. Los originales de las leyes se conservan en archivos estatales, como en otros archivos, junto a bibliotecas y almacenes, se conservan las copias editadas. Supongamos que se produjera un gran incendio, como el que hubo en Hamburgo, y que de pronto ardieran todos estos archivos, junto con bibliotecas, almacenes y hasta la imprenta Decker; y aunque en una extraña confluencia de las circunstancias esto sucediera de igual modo en las demás ciudades de nuestra monarquía y las bibliotecas privadas en donde se encuentra el Boletín, de manera que ahora, en toda Prusia, no existiera ni una sola ley autentificada en debida forma.

El país perdería con esta desgracia la totalidad de sus leyes, y no le quedaría más remedio que crear leyes nuevas. ¿Creen ustedes, señores, que en tal caso se estaría actuando de forma arbitraria, y que las nuevas leyes se habrían hecho a nuestro capricho?

Supongamos que ustedes me dijeran: «Las leyes han desaparecido, hagamos nuevas leyes; pero ahora no vamos a conceder al rey la posición

que ha ocupado hasta ahora; más aún: ahora ya no vamos a concederle ninguna posición». El rey diría entonces: «Las leyes habrán desaparecido, pero me obedece el ejército. Si lo ordeno, los comandantes sacarán de los cuarteles los cañones para actuar en la calle. Apoyado en tal fuerza, real y verdadera, yo no admito que ustedes me concedan otra posición que la quejo deseo».

Como ven, señores, un rey al que obedecen el ejército y la artillería: ¡vaya modelo de constitución!

Supongamos que ustedes dijeran: «Somos dieciocho millones de prusianos, entre los cuales hay un pequeño número de aristócratas y grandes propietarios. No entendemos por qué han de tener, con una Cámara Senatorial (que estudia los acuerdos que se aprueban en la Cámara de los Diputados, elegida por toda la nación, j los rechaza si son de utilidad) tan extensa influencia como los dieciocho millones en conjunto». Supongamos que nos dijeran eso y aunque añadieran: «Todos somos "señores" y no necesitamos esa clase de Cámara». Así, los grandes propietarios aristocráticos no tendrían ocasión de movilizar a sus campesinos contra ustedes. Al contrario, estarían ocupados defendiéndose de sus campesinos. Pero los grandes aristócratas y propietarios han ejercido siempre una enorme influencia sobre el rey y la corte, y a través de ella pueden utilizar al ejército y a la artillería como si estos instrumentos de poder estuvieran de hecho directamente a sus órdenes.

Ta ven, una nobleza que ejerce su influencia sobre el rey y la corte: ¡vaya modelo de constitución!

Supongamos ahora el caso contrario: el rey y la nobleza forman una alianza con el objeto de reintroducir una constitución gremial medieval, no sólo para el pequeño artesanado (como se intentó en parte hace unos años), sino como existía en la Edad Media: para la totalidad de la producción, incluidas las fábricas y la producción mediante máquinas. Ya saben, señores, que el gran capital no puede producir hoy en el viejo sistema gremial, que las grandes fábricas y la producción con máquinas no pueden funcionar en el sistema gremial propio del medievo. Pues este sistema establecía límites legales para cada rama del trabajo, hasta para aquellas más cercanas, y ningún productor podía conectar dos entre ellas.

El albañil no podía pintar, herreros y cerrajeros pleitearon sin fin sobre los límites propios de sus oficios, el estampador no podía contratar de manera directa a un tintorero. El sistema gremial establecía la cantidad que una empresa podía producir, pues en cada lugar y sector económico un maestro sólo podía contratar un concreto número de trabajadores.

Así, ya solamente por estas razones la producción más grande, la producción con máquinas, no podría avanzar mediante una constitución gremial. Pues la producción masiva exige l) la conexión de las diversas ramas del trabajo, ahora puestas en manos del gran capital, 2) la producción y competencia libres, con utilización discrecional de cualquier número de trabajadores.

Si pese a todo hoy reintrodujéramos la anticuada constitución gremial, ¿cuál sería ahora el resultado?

Los señores Borsig, Egels y otros tales, los grandes fabricantes de estampados, o de seda, etc., cerrarían sus fábricas y despedirían a sus trabajadores; hasta en el caso de los ferrocarriles sería preciso hacer esto mismo. El comercio se paralizaría; gran número de maestros artesanos se verían forzados de repente a despedir a sus aprendices; la masa inmensa de desempleados recorrería entonces las calles en exigencia de pan y trabajo; tras ella estaría la gran burguesía, que la agitaría mediante su infujo y la apoyaría con mucho dinero. Así estallaría por tanto una lucha en la que el ejército no puede ganar.

Ya ven que señores como Borsig y Egels, por no decir los grandes industriales ¡ellos son sin duda la constitución!

HEINRICH HEINE

Texto procedente de *Lutezia. Berichte über Politik, Kunst und Volksleben*[191].

Con horror y pavor pienso en la época en que iconoclastas tan sombríos llegarán por fin a dominar: con sus callosas manos destruirán sin piedad todas las bellas estatuas de mármol, que son tan caras a mi corazón;

romperán todas esas fantasiosas naderías del arte, ésas que el poeta tanto amaba;… los ruiseñores, esos inútiles cantores, serán expulsados, y hasta mi «Libro de canciones» le servirá al tendero para ir haciendo cucuruchos que llenará con café o con tabaco para las ancianas del futuro. Preveo todo esto, y siento una tristeza ilimitada al pensar en la ruina con que el proletariado vencedor amenaza mis versos, que perecerán dentro de poco junto con todo el viejo y romántico mundo. Y sin embargo confieso con franqueza que ese mismo terrible comunismo que es tan hostil a mis intereses y, desde luego, a mis inclinaciones ejerce con rigor sobre mi alma una fascinación incomprensible de la que no me puedo defender; dos voces lo defienden en mi pecho, y no quieren callar, aunque en el fondo tal vez sólo sean instigaciones del diablo. Pero, en cualquier caso, yo me encuentro poseído por ellas y ningún exorcismo podrá dominarlas.

Porque la primera de estas voces es la de la lógica… Y si no puedo refutar esta premisa: «todos los hombres tienen el derecho a comer», me encuentro obligado a someterme a sus consecuencias. Al pensar en ello casi arriesgo perder enteramente la razón; veo a la verdad con sus demonios bailando en torno a mí triunfalmente, y una desesperanza generosa se adueña de mi pecho hasta que exclamo: «La vieja sociedad está juzgada y condenada desde hace mucho tiempo. ¡Que se haga justicia! ¡Destruyamos este viejo mundo en el cual ha muerto la inocencia, donde ha prosperado el egoísmo y el hombre es explotado por el hombre! ¡Destruyamos por tanto por entero estos viejos sepulcros blanqueados donde residen mentira e iniquidad! ¡Bendito sea el tendero que algún día hará con mis poemas cucuruchos que llenará con café y con tabaco para todas esas ancianitas que en nuestro actual mundo de injusticia tienen que abstenerse por completo de este placer por falta de dinero! Y digo, ¡fiat iustitia, pereat mundus!».

La segunda de las voces imperiosas que me tienen cautivo por entero es aún más potente y aún más infernal que la primera, pues es la voz del odio; de ese odio que siento hacia un partido cuyo antagonista más terrible es el comunismo, y que por esta razón se ha convertido en el enemigo de los dos. Hablo así del partido de los «representantes de la nacionalidad» de Alemania, de esos falsos patriotas cuyo amor a la patria consiste en la

aversión al extranjero y a la totalidad de los pueblos vecinos, los cuales cada día desparraman su hiel, en especial contra Francia. Sí, a estos restos o continuadores de los teutómanos de 1815, que han modernizado en cierto modo su añejo disfraz ultratudesco y han recortado un poco sus orejas, yo los he detestado y combatido durante toda mi vida; y ahora que la espada se le cae casi de la mano al moribundo siento que voy siendo consolado por la bien asentada convicción de que el comunismo se los va a encontrar en su camino y que les va a dar a toda prisa el golpe de gracia; pero no será con una porra, sino que ese gigante va a aplastarlos bien pronto con su pie como si fueran un sapo. Esto será el principio. Así, por odio a los nacionalistas, casi puedo apreciar a los comunistas. Pues al menos no son unos hipócritas que tienen sin cesar entre sus labios el cristianismo y la religión; los comunistas no tienen religión (es verdad que es así, nadie es perfecto)… pero en cambio su dogma principal es el cosmopolitismo más completo, un amor universal a cualquier pueblo, una confraternidad igualitaria entre todos los hombres, en calidad de ciudadanos libres de este planeta. Y este dogma mayor, fundamental, es el que predicara el Evangelio, por lo que en espíritu y verdad los comunistas son más religiosos y mejores cristianos que nuestros «patriotas de Alemania», esos campeones obcecados de una nacionalidad tan exclusiva.

Heinrich Heine escribió este texto en el prólogo a la edición francesa de *Lutezia*, pocos meses antes de morir, el día 17 de febrero del año 1856.

GOETHE

Briefwechselzjvischen Goethe und Reiter in den Jahren 1796 bis 1832, Berlín, 1834, págs. 43-44[192].

Ahora todo es ultra, cuando todo transciende sin cesar. En el pensamiento y en la acción. Y así ya nadie se conoce. Nadie comprende ahora el elemento en que flota y actúa, ni el material con que trabaja. Ya no existe la simplicidad, pero en cambio simplones hay de sobra.

Los jóvenes son excitados muy temprano, es decir, de modo prematuro, y a continuación son arrastrados por el torbellino de la época. La riqueza y la velocidad son hoy por cierto eso que el mundo admira y que todos desean. Los ferrocarriles, los vapores, el correo y todas las facilidades de la comunicación son lo que ahora busca el mundo culto para cultivarse todavía permaneciendo en la mediocridad. El resultado de lo general es que una amplia cultura de nivel medio se va haciendo común: a esto aspiran las sociedades bíblicas, el método de enseñanza lancasteriano, etc., etc.

Propiamente, este siglo corresponde a las cabezas capaces, a las personas prácticas que, provistas de cierta destreza, sientan su superioridad sobre los muchos, sin que tengan talento para cumplir lo máximo. Mantengámonos pues lo más posible en la mentalidad con que vinimos, y así tal vez, con unos pocos, podamos ser los últimos de una época que tardará bastante en regresar.

Discurso de un profesor universitario

Al iniciarse el dominio de la burguesía cristaliza una posición particular, característica del «culto» y «erudito». Ya durante la época feudal el ciudadano estaba junto al noble en tanto que erudito y licenciado, escritor y poeta; con la decadencia del feudalismo la cultura se convirtió en algo así como el primer privilegio del burgués, ya antes que éste conquistara el poder. Con la cultura el burgués se legitima ante el juicio de la historia en su calidad de candidato a dominar el mundo. No es pues de extrañar que el erudito, el hombre culto, el intelectual, haya avanzado así hasta el primer frente, o lo que es lo mismo, el frente político, en el momento en que la burguesía ya conquista el poder. El erudito alemán en consecuencia, el catedrático como el licenciado y el escritor en Alemania está entre las figuras decisivas (tanto en el buen sentido como en el más perjudicial) del temprano dominio ejercido por la burguesía. El parlamento reunido en Fráncfort[193] decidió claramente su destino. Desde entonces disminuye su

poder; el erudito no da el tono ya a la época, sino sólo lo acoge, lo formula, lo incrementa o lo deforma.

La dignidad de esta misión política del erudito burgués en su apogeo nos la muestra un discurso de Friedrich Wilhelm Schelling, nuestro gran filósofo romántico, a sus estudiantes de la universidad de Múnich con ocasión de los disturbios estudiantiles. El lector es libre de trazar cierto paralelo hacia el presente y pensar qué ha pasado desde entonces con la altura moral y la pureza humana de este concreto liderazgo académico[194].

Señores, he pedido, de manera sin duda extraordinaria que vengan también hoy aquí a escucharme; pero yo no les hablo en nombre de nadie; nadie me ha pedido que les hable, sino que les hablo simplemente porque mi corazón así lo ordena, porque en verdad no puedo soportar que tengamos otra noche de las últimas y persista el estado de inquietud que ha tenido ja tantas consecuencias, j unas que son por cierto desdichadas, y nos amenace nuevamente a todos nosotros como a nuestra misma universidad con consecuencias más tristes todavía. Quiero pensar, junto con ustedes, sobre cómo lograremos devolver la necesaria serenidad a los ánimos, la paz a nuestra alterada situación; sobre qué podemos emprender para acabar con la calamidad que aún sigue extendiéndose y que amenaza con arruinar hasta las mejores esperanzas. Hablo con ustedes no en calidad de superior, sino como un maestro cuya voz han escuchado con agrado, con amor, con entusiasmo incluso, en las horas tranquilas y felices en que consiguió reconducirlos a su propio interior, hasta lo hondo del pensamiento humano. Hablo con ustedes no como alguien que se encuentra puesto frente a ustedes, sino que posee exactamente el interés que les anima a ustedes; como un amigo de juventud, como su amigo, que siempre vio en ustedes a sus compañeros en la lucha del espíritu humano. Así pues, escuchen a este guía que les muestra el camino de la ciencia que han seguido con tanta valentía como amor y confianza, y permitan así que mis palabras den su fruto en ustedes. Pues los corazones de los nobles son curables, como dice Homero[195]*. Muéstrense pues como personas nobles, como personas que saben pensar, que dejando de lado el accidente se centran en la esencia. La exasperación es hoy muy grande, pero en verdad no creo que sea incurable.*

La violencia es ciega por sí misma, y una vez desatada, ni la mejor de las voluntades puede ser capaz de dominarla. To nada puedo contra la violencia, pero sobre ustedes debería tener cierto poder. Yo me he merecido este poder (¿por qué no decirlo?) precisamente por mi amor a ustedes y la verdadera sinceridad de mis clases, a través de las cuales dejo ver incluso el fondo de mis pensamientos. No puedo recurrir a la violencia, y por eso me dirijo a ustedes; pues confío en que a su través, por una decisión grande y gloriosa de su generoso corazón, terminará lo que me entristece y me preocupa tan profundamente; pero en realidad no sólo a mí, en realidad no sólo a sus maestros, sino a todos aquellos que comparten sus esperanzas sobre nuestra patria… No se puede esperar en absoluto el que el vulgo sepa dominarse. De ustedes, los jóvenes que conocen las alturas de la ciencia, y que ven situada por debajo de sí la vulgar manera de pensar y el más vulgar de los prejuicios, y que sin duda están acostumbrados a ejercitar su espíritu en lo más elevado, de ustedes sí se puede esperar que comprendan la importancia que tiene dominarse a sí mismo y que encuentren así en su interior la fuerza que les lleve a dominarse. A ustedes sí podemos exhortarles a ofrecer un ejemplo de autodominio que no sólo los honre, sino que sea testimonio general (provocado por la voz de la razón y por la voz del conocimiento) del espíritu de las universidades alemanas. Frente a la necesaria valentía con que un ánimo noble triunfa de sí mismo, ¿qué es la intrepidez ton sólo física con la cual hasta un bárbaro o un esclavo impulsado por el palo de un arriero se lanza mudamente contra armas mortíferas o muros que en apariencia son inexpugnables? ¿Qué es esa intrepidez de la que un bruto se nos muestra capaz de esa manera?…

En fin, el tiempo apremia, y sólo puedo decirles brevemente que les pido muy poco; que esta noche se queden en su casa, y que los que hoy me han escuchado traten de hacer todo lo posible para que tomen esta decisión también quienes no me han escuchado. En verdad que esto que les pido como amigo y maestro es poca cosa. Yo también he sido un estudiante, y no les pido nada que vulnere el honor de los auténticos ciudadanos universitarios. No se avergüencen de seguir mi voz; mi corazón ha amado y sigue amando todas las cosas justas que ustedes defienden. Pero ahora les

exhorto a dominarse a sí mismos, mi dominio que sólo les costará un mínimo instante de negación. Al instante siguiente de haber tomado esa decisión se sentirán mayores, elevados por encima de sí mismos. No me despido de ustedes sin que hayan decidido firmemente, como hacen los hombres, lo que les pido en nombre de la patria, en nombre de la ciencia, en nombre de esta universidad. Ojalá no permitan que se diga que me he engañado en mi opinión, que digan que mi buena voluntad ha quedado mal recompensada. Muestren ahora que ustedes recuperan la calma por sí mismos, no en virtud de las porras, ni de las bayonetas ni los sables, sino por la palabra de un maestro al que ustedes escuchan porque los aprecia enormemente. Pero también les pido que ahora mismo, cuando vayan a casa, *eviten cualquier* cosa que llame *la atención. Sería muy doloroso para mí que a la buena voluntad de no dejar que termine este día sin haber hecho todo lo posible con el solo objeto de ayudarles se le pudiera luego reprochar que ha causado un desorden. Piensen que el honor de su maestro es el honor de ustedes; y sean cuales fueren sus ideas, no pondrán en ridículo al maestro que se ha dirigido a su confiando; no humillen la confianza que el maestro deposita en ustedes*.

ALEMANES DEL OCHENTA Y NUEVE[196]

Las voces que ahora vamos a escuchar son voces de testigos que hoy están acalladas en la Alemania actual; y sin embargo, durante más de un siglo, fueron escuchadas claramente. Dos revoluciones, la de 1830 y sobre todo la de 1848, mantuvieron en la burguesía avanzada de Alemania la consciencia de una comunión con la gran Revolución Francesa. En el año 1830, cuando Borne escribió tras llegar a París: «Me habría gustado quitarme las botas; en verdad, estos sagrados adoquines se deberían pisar sólo descalzo[197]», lo que lo hacía vibrar era pensar en el 1789. Y este lenguaje sería comprendido durante mucho tiempo. Todavía en el año 1870 Justus Liebig, que en 1848 se refugia en París para no ser perseguido por demagogo, conserva en su corazón la imagen viva de aquel asilo de la libertad, y enfrenta el chovinismo del momento en el discurso que había pronunciado

en la Academia Bávara de Ciencias. Y de idéntica forma, a los ojos de Nietzsche, París era sin duda la capital de los buenos europeos. Pero la fundación del Imperio Alemán hizo que la burguesía de Alemania perdiera aquella imagen de París que poco a poco había elaborado, y la Prusia feudal convertiría la ciudad de la Revolución Francesa y la Comuna en una Babilonia en cuya nuca colocar su bota. Por esa época, en 1871, Blanqui escribiría lo siguiente en su *Patrie en danger*: «La gloria de París es su condena… lo que pretenden es apagar su luz, la aniquilación de sus ideas… Berlín aspira a ser la nueva ciudad santa del futuro, el rayo que ilumine nuestro mundo. París, para Berlín, es la Babilonia usurpadora y corrupta, es la gran prostituta que el enviado de Dios, es decir, el ángel exterminador… barrerá finalmente de la faz de la Tierra. ¿No saben ustedes que el Señor ha marcado de siempre a la raza germánica con el sello de la predestinación?»[198]. La terrible actualidad de estas palabras nos lo deja bien claro: el homenaje que los alemanes de otros tiempos rindieron a la gran Revolución tiene un significado que persiste independiente de los jubileos.

CHRISTIAN FRIEDRICH DANIELl SCHUBART, 1739-1791

En toda su vida, Schubart no se salió nunca de la sombra de Klopstock. Su originalidad no reside en sus trabajos, sino en la curiosa relación que establecieron en él las direcciones propias de poesía y periodismo, es decir, los dos modos de expresión que alimentaron su entusiasmo. Por supuesto, este juego de la naturaleza, la existencia de un periodista poeta, no se pudo sin duda producir sino en el período juvenil de la prensa. Así, el contraste entre el frío análisis de las condiciones de vida de su clase y la imaginación desenfrenada de los medios para mejorarlas hace de Schubart un representante del movimiento del *Sturm und Drang*[199]. Y esto más claramente todavía gracias a los diez años de reclusión que Carlos Eugenio de Württemberg le haría sufrir sin haberlo juzgado. Excarcelado en 1787, retomó su gran obra periodística, es decir, la *Crónica Alemana*, a la cual él mismo había aportado la mayor parte de entre sus artículos. Pero luego, a

partir de 1790, suprimió el epíteto del título y lo dejó simplemente en *Crónica*, órgano dedicado sobre todo a la lucha por la libertad de los franceses. Volvemos a encontrar del mismo modo la fidelidad de Schubart a su ídolo, es decir, a Klopstock, en el entusiasmo que la Declaración de los Derechos del Hombre le inspiró. No debemos olvidar que al menos la quinta parte de las odas posteriores de Klopstock tratan de la Revolución Francesa como tal. Schubart sin embargo no asistió a lo que fue la fase decisiva, el período llamado del Terror. Nada nos permite suponer que, por su parte, hubiera comprendido mucho mejor que Klopstock, que comparó el club de los jacobinos con una serpiente: «Su cabeza atraviesa París entero, / su serpenteo se enrosca en toda Francia[200]».

Yo solía sentir, igual que muchos compatriotas míos, una violenta indignación con los franceses, y denostaba su futilidad y su tan repetida adicción a la moda; pero hoy admiro el genio del pueblo francés, dado que es un espíritu de libertad y grandeza y la verdad forma parte de él. ¡Venid, cabezas huecas, los que tanto os reís de los dogos de Francia, los que habláis hasta hartaros de libertad alemana y os inclináis tan pronto como pasa el lebrel de vuestro señor o, como esos esclavos que denominan «ciudadanos del Imperio», os quitáis el sombrero en la tienda de pelucas del alcalde! ¡Venid y aprended en la escuela francesa el sentimiento de dignidad humana con el espíritu de la libertad!

«Francés (1789)», extracto de la *Crónica* de Schubart

JOHANN GOTTFRIED HERDER, 1744-1803

El nacionalismo moderno tiene origen en Francia. «Francia», dice Novalis, «defiende una forma de protestantismo mundano… ¿La revolución ha de ser sólo francesa, como la Reforma era luterana?». «Lloverá mucha sangre sobre Europa hasta ese día en que las naciones… acudan, felizmente entremezcladas, a los viejos altares[201]». Novalis, que era un crítico reaccionario, no comprendió que el nacionalismo propio del ejército revolucionario francés, tenía al derecho histórico de su parte. Pero es que el

dios de estos ejércitos era «el Marte francés, el protector de la libertad del mundo». Tal y como Marx lo formuló, la Revolución Francesa consiguió la «victoria de la nación sobre el provincialismo», y «la proclamación del nuevo orden político para la sociedad europea moderna[202]». Pero la vieja sociedad europea, y de hecho con Prusia a la cabeza, opuso a tan radical proclamación un nacionalismo a su servicio que siendo por sí mismo reaccionario *a priori*, se reforzó al servicio de la más pura contrarrevolución. Herder vio venir bien claramente este nacionalismo reaccionario, y comprendió en seguida hasta qué punto se tendía a aliar con el terror. En efecto, el instrumento principal de terror del Tercer Reich es el nacionalismo. Y este terror apunta de manera directa a la destrucción del proletariado alemán, y de forma indirecta pero clara al proletariado internacional. Cierto que algunos gérmenes de un equívoco análogo ya habían existido en el Terror; Horkheimer lo estableció recientemente en un ensayo de «contribución a la antropología de la época burguesa» («Egoismus und Freiheitsbewegung», *en Zeitschrift für Sozialforschung*, París, Alean, 1936, n.º 2). «Unas masas concretas cuyos lemas eran la libertad y la justicia… se pusieron así en movimiento… con la necesidad irrefrenable de querer mejorar su situación… siendo incorporadas [por Robespierre] a una sociedad sin duda nueva, muy lejos de una sociedad sin clases[203]». En la medida en que sus aspiraciones en la realidad no se cumplieron (el movimiento impulsado por Babeuf permite evaluar esta medida)[204], los objetivos espirituales fueron sustituidos por entero por lo que sólo era su objetivo social. Habiéndoles negado a dichas masas sus satisfacciones inmediatas, algunos las verían, no sin cierto placer, en tanto mero efecto de una «virtud» jactanciosa. La ingenua creencia de «que tras la consolidación del régimen burgués la justicia dependerá enteramente del debido retorno a la virtud» no puede separarse en absoluto de la institución del terror en cuanto tal; ella volvió su práctica insegura, y así ayudó a sus enemigos a falsificarla. Claro que, en todo caso, la unidad del reinado de la virtud con el de la idea nacional, pese a los factores ilusorios que contiene, sí caracteriza a Robespierre como auténtico jefe de la época heroica de la burguesía. Hoy la unión de la idea nacional con la locura racial es estigma del «jefe» en la época de decadencia de la burguesía. Pero nada le era más

ajeno al nacionalismo francés que esa fúnebre «mística» de la sangre que Herder va a poner en la picota como la locura más sombría. Sus palabras, proféticas en el 1794, hoy ya son inventario de las doctrinas propias del nacional-socialismo.

Por desgracia sabemos que en el mundo pocas cosas hay más contagiosas que lo es la locura. La verdad hay que investigarla laboriosamente mediante razones, pero la locura la adoptamos sin darnos cuenta con la imitación, por mero efecto de la sociabilidad, al convivir con un loco, al participar de buena fe en sus ideas sanas. La locura se comunica igual que el bostezo, de igual modo que los rasgos de la cara y los estados de ánimo pasan de unos a otros, al igual que una cuerda responde y corresponde a otra armónicamente. Si añadimos a esto el esfuerzo realizado por el loco para confiarnos, como si se tratara de un tesoro, sus opiniones predilectas, y si además el loco sabe comportarse, ¿quién no compartirá, al principio con inocencia, la locura de un amigo simplemente para complacerle, y a continuación creerá y transmitirá aún a otros su fe? Los seres humanos nos coaligamos por la buena fe; gracias *a ella hemos aprendido, si no todo, sí lo provechoso; y, además de ello, se suele decir que los locos no mienten. La locura, en tanto que es locura, se desea ver en sociedad; la locura se recrea en sociedad, dado que en sí misma carece de base como de certeza; para esto le sirve hasta la peor de las sociedades. La locura nacional es todavía algo más terrible. Lo que ha echado raíces en la nación, lo que un pueblo aprecia y reconoce, ¿cómo es que no va a ser verdad?, ¿quién podría dudarlo? El lenguaje, las leyes, la educación, la manera cotidiana de vivir, todo lo consolida y nos remite a ello; quien no comparte la locura es un idiota, un enemigo, un hereje, un extranjero. Si además, como suele suceder, esa locura es cómoda o beneficiosa para grupos sociales bien concretos, muy especialmente los más distinguidos, o incluso beneficiosa para todos (según lo que ella misma nos informa), si la han cantado los poetas y la han demostrado los filósofos, y si, en fin, la boca del rumor proclama que justamente la locura es la gloria total de la nación, ¿quién le llevaría la contraria?, ¿quién no optará, por cortesía, por sumarse a ella? Pues, incluso las dudas que provoca la locura contraria consolidarán laja*

aceptada. Pues los caracteres de los pueblos, las sectas, los estamentos y las gentes chocan unos con otros; por eso, cada uno se establece en lo que es su propio punto medio. La locura se convierte de este modo en auténtico escudo nacional, así como en blasón estamental o estandarte gremial, según los casos. En verdad que es terrible cómo se aferra la locura a las palabras en cuanto queda impresa en ellas con fuerza. Un jurista culto anotaría así, en cierta ocasión, que una serie de imágenes dañinas se encuentra unida a la palabra «sangre»: «limpieza de sangre», «justicia de sangre», «sed de sangre»…; con la palabra «herencia», o con posesión o «propiedad», muy a menudo sucede lo mismo. Palabras y signos que no tenían ningún significado han sido adoptados por partidos, y con la locura y su contagio han trastornado mentes, destruido amistades y familias, asesinado a personas y arrasado países y naciones. La historia está llena de esos nombres demoníacos, pudiéndose formar a través de ellos todo un diccionario de locura, que a menudo podría constatar los cambios más rápidos, como los más drásticos contrastes.

Cartas para fomentar la humanidad,
cuarta parte, carta 46. Riga, 1794

JOHANN GEORG FORSTER, 1754-1794

Cuando, en 1792, los franceses entraron en Maguncia, Georg Forster era el director de la biblioteca[205]. Todavía no había cumplido los cuarenta; tenía tras de sí una vida rica: siendo apenas un adolescente, acompañó a su padre en un viaje alrededor del mundo (el de Cook, 1772-1775), y, en cuanto llegó a la juventud, conoció con traducciones y trabajos ocasionales la dureza de la lucha por la vida. A continuación, Forster experimentó la miseria y el forzado nomadismo de los intelectuales alemanes de su época con la misma exactitud que los sufrieron Bürger, Hölderlin o Lenz; pero su miseria no es la propia del típico preceptor que está empleado en una ciudad pequeña; su escenario era toda Europa, y por eso Forster estaba predestinado casi a ser el único alemán que comprendió la réplica europea al estado de cosas que había provocado esa miseria. En 1793 se marchó a

París como delegado de la ciudad de Maguncia, y permaneció allí hasta su muerte en el 1794, pues los alemanes reconquistaron la ciudad y le prohibieron que volviera.

En realidad, en aquella época, nadie comprendió mejor que Forster qué es la libertad revolucionaria y hasta qué punto va unida a las privaciones. Nadie lo expresó mejor que él: «Porque yo ya no tengo ni patria ni amigos; todo lo que estaba relacionado conmigo me ha abandonado para establecer otras relaciones; y así, cuando pienso en el pasado y me veo atado todavía, es porque lo he querido, no porque las circunstancias me obligasen. Los giros venturosos de mi destino pueden aportarme muchas cosas, mientras los desdichados no podrán quitarme nada más que el placer que siento de escribir estas cartas si es que ya no puedo pagarme el franqueo**[206]**». La carta que reproducimos a continuación se la escribió Forster a su esposa**[207]**.

París, 26 de julio de 1793

Maguncia ahora ha caído en las manos de los enemigos. Pero no soy sensible a la humillación que los arrebatos de alegría de los conquistadores van a causar sin duda en muchas personas; aun así me siento desgarrado cuando pienso en la suerte de sus desdichados habitantes. Su heroísmo, sufrimientos y naufragio no les servirán ahora de nada ante unas personas que para nada estiman el esfuerzo y que quieren tan sólo satisfacer sus pasiones. ¡Cuántos pobres mártires de la libertad tendrán que derramar ahora su sangre o, lo que aún es peor, arrastrar una vida insustancial! Ahora necesitamos gran paciencia y coraje con objeto de no desesperar, para no considerar como quimeras a nuestros principios. Por cuanto respecta a mis asuntos, en verdad que me temo lo peor. Dudo mucho que vuelva a ver mis papeles, algo queja es como decir que el resto de mi vida ya no es nada desde el punto de vista literario. Estaría contento si todo hubiera ardido o se destruyera de otro modo. He de contar con que mis trabajos serán objeto de burla; ridiculizarán algunas cosas que sólo yo debía conocer. Soy bien capaz de soportarlo todo, pero esta pérdida me duele, me resulta en verdad desgarradora. No la entiendo, pues mi idea de justicia no *incluye que se aniquile lo que en el hombre es utilizable,*

aunque, al someternos a estas pruebas, ella misma ejercita y perfecciona las fuerzas del alma. A decir verdad, esto nos *muestra que la vida que lleva un erudito puede no ser una vocación emanada de la providencia, y que también tenemos que ser hombres. Sin embargo, ¿quién podrá negar que la humanidad de una persona da a sus estudios y sus ocupaciones el color individual que la distingue radicalmente de la multitud, gracias al cual es ella en su lugar lo que debe de ser sin duda alguna?… Pero no te preocupes demasiado; no todo está perdido y, si lo está, yo ya no tengo nada que perder y a mí ya no me van a exigir nada, sino a quienes todavía tienen algo. ¿Y qué exigen?, ¿y a quién? En cuanto a mí, tal vez poseeré dentro de mí bastante más de lo que he perdido; claro que no podré dar nada más de lo que alguien acepte en cada caso. Vosotros, buenas gentes, no os podéis ni siquiera imaginar lo que es un hombre en mi situación, un hombre que se ha visto desprovisto de su completa capacidad de acción y que debe pasar en consecuencia a vivir de manera diferente; una que se limita en adelante a ejercer resistencia permanente contra el poder del destino que lo asalta. To estoy en verdad tan asediado como lo está Maguncia, busqué también enérgicas salidas y, si prolongo la comparación, creo que también yo me defendería de la misma manera hasta el final*.

JOHANN GOTTFRIED SEUME, 1763-1810

La mirada insobornable y la consciencia revolucionaria siempre han necesitado una disculpa ante el foro de la historia de la literatura alemana: la disculpa de la juventud o la del genio. Los espíritus que no pueden presentar ni una ni otra disculpa (siendo viriles y prosaicos *sensu stricto*, como Forster o Seume) nunca han ido mucho más allá de una forma de existencia fantasmal en el limbo general de la cultura. Sin duda, Seume no fue un gran escritor. Pero lo que lo diferencia de otros muchos que sí ocupan lugares bien visibles dentro de la historia de la literatura alemana no es sin duda sólo esta carencia, sino la actitud irreprochable que adoptó en cada una de las crisis y la constancia con que, habiendo sido arrastrado al ejército por unos reclutadores del estado de Hesse, supo representar en su

modo de vida al ciudadano armado tras haber de hecho abandonado el ejército. Seume no alejó nunca demasiado lo que es el honor del oficial o el del valiente ciudadano del honor del bandido generoso, que sus contemporáneos admiraban por ejemplo en Rinaldo Rinaldini[208], por lo que bien pudo confesar dentro de su *Paseo a Siracusa*: «Amigo mío, si fuera napolitano me sentiría tentado a convertirme en bandido por honradez encolerizada, y empezaría además por el ministro[209]». Seume vagabundeó bastante tiempo como observador judicial por toda Europa. En los países bálticos se podía estudiar bastante bien la podredumbre del viejo feudalismo. Se cuenta que, al entrar en una casa donde vivían unos campesinos, Seume se fijó en un gran látigo que estaba colgado en la pared. Les preguntó para qué servía, y le contestaron de inmediato: «Son las leyes de nuestro país[210]». La carta que aquí reproducimos nos muestra hasta qué punto le emocionó la liberación de los campesinos franceses, la cual tuvo después mucha influencia en los Estados bálticos. Seume contribuyó con un poema al panfleto de Merkel a favor de los siervos titulado *Die Letten, vorzüglich in Liefland, am Ende des philosophischen Jahrhunderts (Los letones, en Livonia sobre todo, al final del siglo filosófico),* publicado en 1797[211]. En esta carta a Karl Böttiger el poeta rechaza la propuesta de colaborar en un almanaque de carácter patriótico.

Leipzig, principios de noviembre de 1805

Me envía usted por nuestro amigo Carus una sorprendente invitación que en verdad honra a su corazón y muestra al mismo tiempo su confianza en el mío; pero por desgracia no puedo aceptar su invitación, pues mi alma no contiene nada de eso que usted busca en ella. El espíritu público que usted quiere y pretende despertar no resulta posible a mi entender, al menos como objeto nacional. En nuestras viejas instituciones semi-bárbaras, sólo semi-políticas, existe poco de lo quejo entiendo en tanto que justicia y libertad, y por tanto no puedo entusiasmarme por un objeto que es tan extraño a mi alma. Los franceses todavía nos derrotan gracias a las bondades que derivan de la revolución. Su espíritu triunfa sobre el nuestro porque, aunque ahora su vida se encuentre enteramente gobernada por la poderosa arbitrariedad de un usurpador, en Francia hay más justicia, como hay más

razón, en el Estado y, por tanto también, más espíritu activo. Si esto seguirá así durante mucho tiempo es otra cuestión. En Francia los impuestos se calculan en proporción a los bienes, según el resultado de una regla de tres, y lo que todos sostienen con igualdad lo sostienen con fuerza. En mi caso, no soy precisamente un adversario de la monarquía, pero hasta mi último aliento seré adversario de la injusticia y la opresión, del mismo modo que de los privilegios y los obstáculos a la libertad, así como de todos los excesos que puede producir la sinrazón. Tal vez resulte cierto que las cosas podrían ir peor; pero tan sólo la estupidez o un egoísmo infame y desatado podrían ignorar hoy que las cosas están yendo muy mal. El campesino tiene hoy que combatir. Mas ¿por quién?, ¿por sí mismo? ¿El vencedor no va a oprimirlo más aún? ¿Es que un granadero ha de lanzarse contra las bayonetas, mientras que, en su tierra, su hermana o la que es su prometida se ven forzadas a tener que trabajar por la suma de ocho florines al año en casa de una familia de la pequeña nobleza; mientras que su madre o su vieja madrina, que pocas veces tienen bastante pan y sal, siguen *usando sus ojos casi ciegos para hilar sin cesar para la Corte una enorme cantidad de hilo; mientras que, igualmente, su hermano pequeño recorre a toda prisa los caminos para hacerlos recados del señor por muy poco dinero? Luego, de pronto, ya está aquí la guerra. Pero la nobleza nada aporta: está exenta de impuestos. El campesino lleva tiempo trabajando, pero en el castillo todavía no ha pasado nada. Que en estas circunstancias la gente siga siendo siempre buena y honrada, que combata y pague sus impuestos, manifiesta tanto lo divino como lo estúpido de nuestra condición. Un alemán ha de combatir para que, si sobrevive a la contienda, el señor lo encuentre dócil* y sumiso. *A cambio, conservará un siglo tras otro el estúpido honor de ser mozo de cuerda del Estado. Donde no hay justicia, no hay valor.*

¿Y me pide que cante? ¿Ha oído usted decir que alguna vez saliera de mí algo que no se hallaba realmente en mí? No es posible sentir un entusiasmo, y uno que resulte duradero, si no es por la libertad y la justicia, lo demás no son más que tentativas convulsas y efímeras de mezquinas pasiones. El destino me ha lanzado aquí y allá; ¿ha oído usted decir que alguna vez yo haya escrito quizás un canto de guerra en Hesse o en Rusia?

Como ciudadano de la patria alemana, quiero combatir, si es necesario, mientras aguante el último de mis huesos; cumpliría sin duda este deber sin reservas. ¿Pero cantar?… Bien sé que Bonaparte abusa brutalmente de las cosas divinas para perseguir sus más negros propósitos, pero nosotros hacemos todavía algo mucho peor, montamos guardia con celo, en todas partes, para lograr que nada de divino pueda desarrollarse y florecer. En la medida en que me es posible, continúo sereno y tranquilo el combate… No tengo qué decir ni qué cantar allí donde se trata al campesino como a un semi-esclavo y al pequeño burgués como a una bestia de carga… En cuanto a lo demás que usted me pide, es decir, servirse de mi nombre, es natural si se trata de canciones. Pero ¿no hay que evitar toda alusión? Eso sería bonito y agradable, además de elegante y anodino; lo elogiarían los privilegiados, y yo al fin estaría muy contento si eso me reportara una pensión de 150 táleros… Mas ¿no es verdad que usted preferiría que me callara ahora de una vez? Pues eso es lo que voy a hacer, no me gusta esforzarme por locuras…

Disculpe la rudeza del lenguaje, la cosa no permite moderarlo. Gracias y, en todo caso, mi amistad.

Oskar Planer y Camillo Reissmann,
Johann Gottfried Seume, Leipzig, 1898, págs. 530-533

CAROLINE MICHAELIS, 1763-1809

Caroline Michaelis era hija de un orientalista de Gotinga. Su primer matrimonio fue poco importante para ella; el segundo, que la unió a A. W. Schlegel, resultó desgraciado; en el tercero, con Schelling, encontró al fin la felicidad. Impulsada por la amistad trabada con los Forster, Caroline acudió a Maguncia en el 1792. El intenso entusiasmo provocado por la revolución en aquella mujer, que algo más adelante brillaría en los círculos del romanticismo (ella no parecía interesante exclusivamente a su marido, sino a su cuñado, Friedrich Schlegel), se desprende de las cartas que Caroline escribió en Maguncia, así como de su breve relación con un oficial del ejército revolucionario. Su deseo de regularizar la situación del niño que

tuvo de esta relación sería el motivo principal por el cual Caroline se casó con A. W. Schlegel. El destinatario de la carta que a continuación reproducimos era un colega de su padre en la universidad de Gotinga. Meyer debió decir a Caroline que no le gustaba escribirse con un miembro del club de los jacobinos (aun así, no es seguro que Caroline perteneciera a este club). Sea como fuere, ella le escribió el 17 de diciembre[212]: «Tengo la idea de que usted nos aborrece. Pero a ti, peregrino del valle de lágrimas, ¿quién te da el derecho de reír? Usted es libre sin duda bajo todos los cielos, pero no es feliz bajo ninguno. Pero ¿se atreve a burlarse verdaderamente de un campesino pobre que al menos tres de cada cuatro días derrama el sudor de su frente por su señor, hasta que se le ocurre que podría, o debería incluso, ser feliz?». Es importante decir que estos pasajes son sin duda muy raros en las cartas de los románticos alemanes. Que Caroline no consiguió introducir las ideas de su juventud en el ambiente de sus románticos maridos se puede comprender leyendo una carta que Hülsen, un amigo de los hermanos Schlegel, escribió a uno de ellos diez años más tarde. La carta desaprueba las investigaciones de los románticos sobre la época de la caballería[213]: «El cielo nos libre de que se reconstruyan los viejos castillos… Sería mucho mejor en realidad que la multitud que llamamos *pueblo* nos arreara un buen golpe en la cabeza a los caballeros y eruditos porque sólo podemos y sabemos basar nuestra grandeza y nuestros méritos en la miseria a que se hallan sometidos». «El ignorante es el pan que come el sabio», dirá magníficamente Victor Hugo cincuenta años más tarde. En cuanto a la carta de Hülsen, es un eco del lenguaje de Schubart, de Forster y de Hölderlin. Mas los románticos no lo comprendieron.

Maguncia, 27 de octubre de 1792

Se engaña usted si cree que no me puede escribir con seguridad, a no ser que en Berlín se considere como alta traición enviar una carta dirigida a Maguncia. Me encuentro impaciente por saber cómo su justa cólera se ha convertido en ecuanimidad. Tan suavemente, espero, como hemos pasado a estar en manos de los enemigos… si debemos considerar como enemigos a nuestros huéspedes valientes y corteses. ¡Qué cambio tan sólo ocho días después! El general Custine se aloja en el castillo de los príncipes electores

de Maguncia, donde el club alemán de jacobinos se reúne actualmente en la sala de armas… y las escarapelas nacionales siguen pululando por las calles. Las voces que maldecían la libertad entonan ahora «vivir libre o morir». Si yo tuviera la paciencia de escribir y usted la paciencia de leer, aún podría contarle muchas cosas. Tenemos más de 10 000 hombres en la ciudad, en la que reinan el orden y la calma. Los aristócratas han huido y, mientras tanto, al burgués se le trata con dulzura extrema. Si estos hombres fueran unos canallas y unos miserables, tal como nos quieren hacer creer, si no hubiera una estricta disciplina, si el orgulloso espíritu de su causa no los animara vivamente y les enseñara la generosidad, resultaría imposible el evitar los excesos como los insultos. Esta gente parece estar deteriorada, pues acaban de hacer una larga campaña, pero no son pobres, y hombres y caballos se encuentran bien alimentados. El estado del ejército es distinto… Goethe, que no suele exagerar, le ha escrito a su madre: «Ninguna lengua y ninguna pluma puede describir el triste estado en que se halla el ejército»; y un oficial prusiano nos detalla: «La situación imponente de su ejército y la penosa situación del nuestro…». Sin duda, la gente humilde está deseando sacudirse el jugo, pero el burgués no es feliz si no lo siente detrás de la nuca. Todavía tendrá que recorrer un camino muy largo para alcanzar la cultura y dignidad de cualquier sansculotte. El comercio ha disminuido, y esto es todo lo que ve el burgués… que echa de menos la alta sociedad… en cuanto a Custine, se consolida y jura que no va a devolver de ningún modo las llaves de Alemania si una paz no le obliga a ello. Apenas han pasado cuatro meses desde que las potencias se reunieron para decidir la derrota de Francia… pero aquí hoy se puede leer esto sobre los carteles del teatro: obra autorizada por el ciudadano Custine.

Caroline. Briefe aus der Frühromantik,
ed. Erich Schmidt, Leipzig, 1913, pág. 274

FRIEDRICH HÖLDERLIN, 1770-1843

Con qué enorme fuerza el destino de Schubart conmocionó a sus contemporáneos se desprende de las líneas dirigidas por Hölderlin a su

amigo Neuffer en el 1792: “Por aquí circulan horribles rumores sobre Schubart en su tumba. Tal vez tú sepas algo. Dímelo[214]”. En efecto, se rumoreaba que habían enterrado vivo a Schubart. Cuando escribió estas líneas, Hölderlin se encontraba en el umbral de aquella vida de preceptor a la cual, con escasos períodos de tregua, se encontró condenado todo el tiempo que aún estuvo sano. Para los jóvenes cultos de la burguesía alemana, este modo de vida fue la escuela de la voluntad política y la experiencia revolucionaria. ¡Una escuela muy dura! Hölderlin ingresó en ella en el 1793, residiendo en casa de la señora Von Kalb, y salió de ella en l8oi, en casa de un comerciante de Burdeos. Desde allí, aquejado de locura incurable, regresó a su patria, Württemberg. En una de las pocas cartas que escribió desde Francia, Hölderlin expresó con una fórmula bastante precisa la regla que le permitía soportar este duro género de vida: «No tener miedo a nada, soportar muchas cosas[215]». Para Hölderlin, el camino de Burdeos fue realmente el camino del exilio. Poco antes de marcharse le escribió a un amigo: «Ahora estoy colmado de despedida. Hacía mucho ya que no lloraba, pero me cuesta lágrimas amargas el decidirme a abandonar mi patria, y tal vez para siempre. ¿Quiero quizá más a algo en el mundo? Pero ellos no me necesitan. Quiero ser alemán, tengo que serlo, aunque penurias del corazón y del sustento quieran llevarme hasta Tahití[216]». Como el eco que la montaña envía de valle en valle, este lamento de Hölderlin se propagará a través del siglo. «Verán de qué es capaz un alemán cuando tiene hambre» escribió Büchner[217]. «Hay que añadir que los gobiernos alemanes… acostumbran a los alemanes eminentes a esperar de gobiernos extranjeros el reconocimiento de sus méritos y a obtener en el extranjero la justa recompensa de los mismos e incluso aquella protección que parece forzoso el otorgarles» (Jochmann)[218]. «Los alemanes son capaces de dejarnos morir de hambre» (Gregorovius)[219]. Pero, en efecto, hay que recordar cómo estaban las cosas en Alemania para entender la pasión con que estos jóvenes de las familias de la burguesía aprovecharon la ocasión de dar sentido a sus dolorosas privaciones convirtiéndose en soldados de su clase. Los persuadía el ideal de sobriedad que había levantado el jacobino, el ascetismo de los sansculotte. «El lujo y la magnificencia», escribió Forster, «no son un honor, sino un deshonor para un hombre[220]».

Hölderlin resume de este modo la impresión que le causó su estancia en casa de un rico banquero de Francfort: «Cuanto mayor número de caballos engancha un hombre al tiro de su coche, cuantas más estancias y salones tiene la casa en la que se encierra, cuantos más sirvientes lo rodean como cuanto más dinero tiene, más profunda es la tumba en la que se ha enterrado vivo, de modo que los otros no lo oyen ni él los oye tampoco pese a todo el ruido que hacen todo el rato él y ellos[221]». Los tres pasajes que reproducimos a continuación se han tomado de cartas a su hermana, a su madre y a su amigo Neuffer.

Tubinga, 19 de junio de 1792

Todo se decidirá bien pronto. Créeme, querida hermana, malos tiempos si vencen los austríacos. El abuso de poder de los príncipes llegará a ser terrible. ¡Créeme! Y reza por los franceses, que son los campeones de los derechos humanos.

Tubinga, finales de noviembre del año 1792

Es sin duda conmovedor y bello el que en el ejército francés de Maguncia haya muchos muchachos de entre 15 y 16 años. Cuando les reprochan el que sean tan jóvenes, dicen que el enemigo tiene necesidad del mismo número de balas y espadas para matarlos a ellos que a los soldados que tienen más edad, que aprenden con la misma rapidez y que han dado a los soldados que avanzan tras ellos el derecho a matarlos si les ven flaquear en la batalla.

Waltershausen, principios de abril de 1794

Por supuesto, el agradecimiento por tu lucha será sin duda algo típicamente alemán: el recuerdo indolente. Pero es seguro también que harás amigos. Además, tengo la impresión de que últimamente nuestra gente se acostumbra a participar en las ideas y objetos que se encuentran puestos más allá del horizonte de la inmediata utilidad; hay más sensibilidad que nunca ha habido para lo grande y bello; en cuanto pase el estruendo de la guerra, la verdad y el arte tendrán sin duda un campo más grande de acción… ¡Qué más da que nosotros, pobres pillos, seamos olvidados o no seamos nunca recordados si el ser humano mejora, si los

sagrados principios del derecho y lo que es conocimiento puro van a ser recordados para siempre!

Hölderlin, Sämtliche Werke,
Múnich y Leipzig, 1913, vol. I, págs. 258, 264, 295

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL, 1770-1831

Hegel, Schelling y Hölderlin pertenecieron a la misma promoción del seminario de Tubinga. Una tradición, muy probablemente verdadera, de dicho seminario afirma que los tres formaron parte de un club político secreto fundado dentro de la institución. Según sostiene dicha tradición, los miembros de este club pronunciaron discursos dirigidos contra el poder del duque que era Carlos Eugenio, y entonaron himnos de revolución y libertad, como *La Marsellesa* entre otros muchos. Así un día plantaron un gran árbol de la libertad, árbol que festejaron por medio de danzas; y fue el duque en persona quien se presentó en el seminario para castigarlos. Unos años después, en el 1795, Hegel, que se encontraba residiendo en Suiza, le escribiría a Schelling: «Creo que no hay mejor signo de la época que éste; que la humanidad es presentada [por Kant y por Fichte] como siendo digna de respeto. Esto es buena prueba de que se está desvaneciendo el nimbo con el que se orlan las cabezas de los opresores y de nuestros dioses terrenales. Los filósofos muestran la existencia de esta dignidad, y los pueblos aprenden a sentirla; en adelante ya no exigirán recobrar sus derechos, ahora humillados, sino que se los apropiarán[222]». Esta tendencia revolucionaria no se manifiesta expresamente en el contenido de la filosofía hegeliana, mas tiene hondas raíces en su método. Marx se dio prontamente cuenta de esto, y hasta puede decirse que identificó la tendencia revolucionaria que subyace en el método hegeliano y que, según la fórmula de Korsch, transformó el movimiento de la contradicción hegeliana en la lucha trabada por las clases sociales, la negación hegeliana en el proletariado y la síntesis en la nueva sociedad sin clases[223].

El pensamiento, el concepto, de derecho se impuso de golpe, y el viejo armazón de la injusticia no pudo oponer ya resistencia. En el pensamiento del derecho se ha instaurado la Constitución y, a partir de ahora, todo ha de levantarse en esta base. Desde que el Sol está en el firmamento y los planetas giran a su alrededor, no se había visto que los hombres se basaran sobre el pensamiento y construyeran la realidad conforme a él… ¡Así se abrió un amanecer espléndido! Todos los seres capaces de pensar han celebrado esta época. Y, en ese momento, dominaba una emoción sublime, un completo entusiasmo del espíritu estremecía el mundo como si se hubiera producido una real reconciliación de lo que es divino con el mundo.

Vorlesungen zur Philosophie der Geschichte,
Berlín, 1837, pág. 441 (Werke, vol. IX)[224].

CARL GUSTAV JOCHMANN, 1789-1830

Los Hombres que formaron en Alemania el destacamento de vanguardia de la burguesía han ido cayendo en el olvido. Pero el hecho de que ninguno de ellos haya desaparecido de la conciencia pública de una forma tan completa como Jochmann tiene una razón particular. Jochmann estaba aislado por entero en esta vanguardia. Siendo más joven que sus compañeros, conoció y vivió el florecimiento y predominio del romanticismo. «Los románticos», dice Valéry, «se alzaron contra el siglo XVIII… y acusaron así frívolamente de una supuesta superficialidad a unos hombres que estaban muchísimo mejor instruidos que ellos, que sentían mucha más curiosidad por los hechos y las ideas que ellos, y que buscaban la precisión y el pensamiento a gran escala mucho más que ellos[224b]». El siglo filosófico alemán contraataca con Jochmann, que habla de «el ocio laborioso… que solemos llamar *erudición*», aludiendo con ello a la fabricación de ciertas obras como *El emperador Octaviano* de Tieck, las *Romanzas del rosario* de Brentano o hasta los *Himnos a la noche* de Novalis. Puede afirmarse con seguridad que Jochmann se adelantó un siglo a su tiempo y decir, casi con igual certeza,

que a los que fueron sus contemporáneos Jochmann les parecía retrasado cincuenta años en la evolución. En realidad, su actitud no estaba dada por un rigor estrecho y clasicista, como sí lo era el de la mayor parte de los adversarios de la escuela romántica. La crítica de Jochmann se formó en la concepción propia de Vico de la historia de la humanidad, y es afín a Hegel por su poder de romper con la dialéctica las trabas de las ideas recibidas. Los puntos fijos de sus reflexiones en todo lo que hace a la política fueron la guerra de independencia americana junto a la gran Revolución Francesa. Jochmann era báltico. Cuando aún era muy joven, consiguió crearse en Londres una situación independiente, y, a los treinta años, vería su patria por última vez. Luego, hasta el fin de su corta vida, residió en París, en Suiza y en el sudoeste de Alemania. En París entabló amistad con Oelsner, el encargado de negocios de la ciudad de Fráncfort, que a su vez mantenía estrechas relaciones con Sieyès. El hecho de que Jochmann tuviera conocimiento en este círculo de los hechos de la Revolución y la Convención es muy importante para comprender lo que sería su posición política, porque el comienzo de la Restauración no animaba a contar tales sucesos. En el pasaje que aquí reproducimos, Jochmann se ocupa muy concretamente de la evolución de la lengua francesa en el período de la Revolución.

Ajena a las libres discusiones y a los problemas de la vida pública, formada al amparo y la tutela de algunas mujeres ingeniosas, al interior de un círculo pequeño y para las necesidades limitadas de los ociosos más adinerados, la lengua poseía en su conjunto la totalidad de los méritos y dones que son propios de un buen conversador, aunque sin haber tenido nunca las imperiosas propiedades del orador o del hombre de Estado. Las profundidades del sentimiento jamás se le mostraron, y en su seno la sabiduría no entró en la vida armada, como si saliera rectamente de la cabeza de la divinidad. Las discusiones serias así como el calor apasionado quedaron desterrados de su ámbito, como de la buena sociedad; y no ofrecía armadura al pensamiento, sino sólo un pacífico y bello traje de fiesta, siempre colocado de manera acertada, es decir, tan pura como sensata, el traje más conveniente que el pensamiento podía

encontrar; adecuada a estos méritos y defectos de aquella lengua era su literatura, donde se acumulaban los murmullos de Europa, y así, alegraba como un murmullo a los haraganes laboriosos, pero era indiferente o desconocida a la masa que luchaba por sus necesidades. Por eso el único escritor francés que influyó de manera irresistible en el espíritu de sus contemporáneos, y de una manera no sólo mediata (como sucedió con muchos otros), sino ja inmediata, con su diversa personalidad, pero no solamente con la idea que hubiera puesto en circulación, sino con toda idea ajena o propia gracias a la forma que le daba, Rousseau, que fue discípulo más de la soledad que de la sociedad, pertenecía a aquel pequeño estado, a aquella república burguesa dentro de la cual sus ciudadanos llegaron a la madurez de las costumbres al mismo tiempo que de las convicciones en medio de luchas tanto políticas como religiosas, y tan sólo tenían esa lengua en común con los súbditos de Francia… Pero ya en nuestros días los franceses se alzaron, ahora sí, como escritores, con una fuerza rejuvenecida: los historiadores tomaron conciencia de tareas superiores que elogiar, que no fueran meros panegíricos, tal como lo hicieron los hombres de Estado respecto de unas metas superiores en cuya virtud enardecerse que no fueran de mero protocolo. Y de esta manera al pensamiento se le ofreció una expresión audaz… Esta transformación surgió sin duda del significado superior que se le dio a la lengua en su campo de acción más inmediata, en su valor como palabra hablada. De este modo, el discurso de Mirabeau, siempre más vigoroso que su pluma, rompió, entre otras cadenas, las que aherrojaban a los escritores, y hombres como Barnave o Vergniaud, plantaron los laureles que recogieron Constant y Chateaubriand. Lanjuinais escribía como hablaba, en la tribuna, en la cátedra o en el retiro de su habitación; Say defendía con igual fortuna la causa de la razón, inseparable de toda forma de justicia y de verdad… Así, las Asambleas Nacionales fueron, desde 1789, las academias en donde se formó toda esta nueva escuela literaria, y los estrados de los oradores proporcionaron la forma y la materia para los productos de la prensa, por cuanto que el don de la escritura, reflejo del derecho a la palabra, existirá tanto tiempo como éste y nunca lo podrá sobrevivir.

Carl Gustav Jochmann, *Uber die Sprache*,
Heidelberg, 1828, pág. 191[225].



WALTER BENJAMIN (Berlín, 15 de julio de 1892 – Portbou, 27 de septiembre de 1940) fue un filósofo, crítico literario, crítico social, traductor, locutor de radio y ensayista alemán. Su pensamiento recoge elementos del Idealismo alemán o el Romanticismo, del materialismo histórico y del misticismo judío que le permitirán hacer contribuciones perdurables e influyentes en la teoría estética y el Marxismo occidental. Su pensamiento se asocia con la Escuela de Frankfurt.

Con la llegada del nazismo a Alemania y la posterior persecución de judíos y marxistas, abandonó Berlín para siempre y se trasladó a Ibiza, Niza, y finalmente a París.

Walter Benjamin murió el 26 o 27 de septiembre de 1940 en Portbou, (España), tras ingerir una dosis letal de morfina en un hotel de la localidad fronteriza pirenaica, después de que el grupo de refugiados judíos que integraba fuera interceptado por la policía española cuando intentaba salir de Francia.

Notas

[1] Las notas al pie del presente volumen de las *Obras* de W. Benjamin son del editor alemán, a menos que se indique lo contrario. [Nota del editor español.] <<

[2] Publicado en diciembre de 1926 en la revista *Die literarische Welt*; las ilustraciones correspondientes se marcan con los números 1-4. Benjamin coleccionaba libros infantiles alemanes y tuvo en algún momento la intención de escribir un libro al respecto, pero al fin este artículo es el texto más amplio que redactó sobre su colección. <<

[3] Christoph Friedrich Heinle (1894-1914)» amigo de juventud de Benjamin que se suicidó al empezar la Primera Guerra Mundial. Benjamin intentó varias veces publicar sus poemas, pero nunca lo conseguiría. [N. del T.] <<

[4] Cfr. H.-C. Andersen, *Lo más increíble*, en *Cuentos completos*, trad. Enrique Bermúdez, Madrid, Anaya, 1991, vol. 4, págs. 198-204. [N. del T.] <<

[5] «Ante el pueblecito hay un enanito, / tras el enanito una montañita, / de la montañita fluye un arroyito, / en el arroyito nada un tejadito, / bajo el tejadito hay un cuartito, / dentro del cuartito hay sentado un niñito, / tras ese niñito hay un banquito, / en el banquito hay un armarito, / en el armarito una cajita / y en la cajita hay un nidito, / ante ese nidito hay un gatito; / tomaré nota de este lugarcito». [N. del T.] <<

[6] Francesco Colonna, *Hypnerotomachia Poliphili*, 1499; *El sueño de Polifilo*, trad. Pilar Pedraza, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, 1981, 2 vols. [N. del T.] **<<**

[7] *Sittensprüche des Buchs Jesus Sirachjur Kinder und junge Leute aus alien Ständen mit Bildern welche die vornehmsten Worter ausdrüchen, neu übersetzt von Jakob Friedrich Feddersen*, Nüremberg, 1784. <<

[8] Dentro de la historia cultural de Alemania, se denomina despectivamente «Biedermeier» al período comprendido entre los años 1815 y 1848, que, en la historia política, se corresponde con la Restauración. Frente a los excesos de la época revolucionaria y romántica, la época Biedermeier elaboró un estilo de vida, un arte y una literatura moderados, tan idílicos como convencionales. [N. del T.] <<

[9] Cfr. Leopold Hirschberg, «Johann Peter Lyser», en *Zeitschrift für Bücherfreunde*, año 10, n.º 8, noviembre de 1906. Lyser vivió entre los años 1804 y 1870. <<

[10] Albert Ludwig Grimm, *Fabel-Bibliothek für Kinder oder Die auserlesensten Fabeln alter und neuer Zeit*, 3 vols., Fráncfort y Grimma, l827; Johann Peter Lyser, *Buck der Mahrchen für Töchter und Söhne gebildeter Stände*, Leipzig, 1834; A. L. Grimm, *Linas Mährchenbuch. Eine Weihnachtsgabe*, Fráncfort y Grimma, 1816. **<<**

[11] Jean Paul es el pseudónimo, en homenaje a Rousseau, del escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), cuyo estilo se caracteriza por un humor heredero de Sterne y de Fielding. [N. del T.] **<<**

[12] Goethe, *Farbenlehre*, ed. H. Wohlbold, Jena, 1928, págs. 440-442 (*Didaktischer Teil / Sechste Abteilung / Zugabe*). Este texto no es obra del propio Goethe, sino del pintor Philipp Otto Runge (1777-1810), perteneciendo a una carta de 1806 que Goethe cita con aprobación. La carta no se encuentra en ninguna de las ediciones españolas de la famosa *Teoría de los colores* de Goethe: ni en las *Obras completas* que tradujo Cansinos Assens ni en *Teoría de los colores*, trad. Pedro Simón, intr. Javier Arnaldo, Murcia, Colegio Oficial de Arquitectos Técnicos, 1992. [N. del T.] <<

[13] Esta imagen se encuentra en el *Linas Mährchenbuch* de Lyser. **<<**

[14] Publicado en julio de 1928 en la revista *Die literarische Well*; las ilustraciones correspondientes se marcan con los números 5-8. <<

[15] Hermann von Gilm (1812-1864), *Gedichte*, Leipzig, 1894. <<

[16] Emil Szittya (1886-1964), *Ecce-homo-Ulk*, 1911. <<

[17] Hans Blüher (1888-1955), *Die Aristie des Jesus von Nazareth*, Prien, 1921. <<

[18] Daniel Paul Schreber (1842-1911), *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*, Leipzig, 1903; *Memorias de un neurópata*, trad. I. Manzi, Buenos Aires, Argot, 19 851 *Sucesos memorables de un enfermo de los nervios*, trad. Marciano Villanueva, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2003. Freud escribió en 1910 un ensayo sobre este mismo libro del que hay al menos dos traducciones españolas: *Obras completas*, trad. J. L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, vol. 12, págs. 1-76; *Paranoia y neurosis obsesiva: dos historias clínicas*, trad. Luis López-Ballesteros, Madrid, Alianza, 1971, págs. 7-99. [N. del T.] **<<**

[19] Carl Friedrich Anton Schmidt, *Leben und Wissenschaft in ihren Elementen und Gesetzen*, Würzburg, 1842. <<

[20] Cfr. Georg Büchner, *La muerte de Danton. Woyzeck*, trad. Javier Orduña, Madrid: Cátedra, 1993. [N. del T.] **<<**

[21] Carl Gehrmann, *Korper, Gehirn, Seele, Gott*, Berlín, 1893. <<

[22] Publicado en diciembre de 1928 en el *Frankfurter Zeitung*; las ilustraciones correspondientes se marcan con los números 9-13. <<

[23] Publicado en abril de 1929 en la revista *Das illustrierte Blatt*; las ilustraciones correspondientes llevan los números 14-17. **<<**

[24] «Sola y abandonada / gira por la ciudad, / temiendo a cada instante / dar con sus enemigos». [N. del T.] <<

[25] Publicado en julio de 1929 en la revista *Das Mustrierte Blatt*; las ilustraciones correspondientes llevan los números 18-22. <<

[26] Cham (1818-1879) y Honoré Daumier (1808-1879), dibujantes franceses. [N. del T.] <<

[27] Grandville (1803-1847), dibujante francés. [N. del T.] **<<**

[28] Publicado en enero de 1930 en la revista *Südwestdeubche Rundfunkzeitung*; las ilustraciones correspondientes llevan los números 23-33. El texto original era más amplio, pero no se conserva. <<

[29] Publicado en diciembre de 1932 en la revista *Frankfurter Illustrierte*; las ilustraciones correspondientes llevan los números 34 – 37. <<

[30] Por encargo de Ernst Schoen, director de la Radio del Sudoeste de Alemania en Fráncfort, Benjamin elaboraría un nuevo tipo de emisión radiofónica al que llamó «modelo de audición» (*Hormodell*). Entre 1929 y 1933 escribió (solo o en colaboración con otros autores) diversos guiones, de los que tan sólo se conservan cuatro. También se conserva el texto de *Modelos de audición*, texto que nunca sería publicado y en el que Benjamin (seguramente en colaboración con los otros autores) explica directamente su trabajo. **<<**

[31] El guión fue emitido por la Radio de Fráncfort el 26 de marzo del 1931; no se publicó. Cfr. Wolfgang M. Zucker, «So entstanden die Hörmodelle», en *Die Zeit*, 24 de noviembre de 1972, *Literaturbeilage*, pág. 7. **<<**

[32] Por supuesto, este nombre no es una alusión al escritor suizo Max Frisch (1911-1991), cuyo primer éxito (la novela *Stiller*) es de 1954. [N. del T.] <<

[33] Este guión fue emitido por la Radio de Berlín el l6 de febrero del año 1932; en septiembre de ese mismo año, la revista de la emisora publicó un resumen junto con el texto programático titulado *Dos tipos de popularidad*, obra también original de Benjamin. Lo que aquí traducimos es la versión completa del guión, no publicada en vida de su autor. Como el propio Benjamin indica, varios de los personajes del guión son figuras reales: Johann Friedrich Unger vivió entre 1753 y 1804; Karl Philipp Moritz, entre 1756 y 1793 (cfr. *Anton Reiser: Una novela psicológica*, trad. Carmen Gauger, Valencia, Pre-Textos, 1998); August Wilhelm Iffland, entre 1759 y 1814; y Johann Georg Heinzmann, entre 1757 y 1802. <<

[34] La feria del libro de Leipzig fue por muchas décadas la más importante celebrada en Alemania. [N. del T.] <<

[35] «Equidad» significa tanto una «justicia natural, por oposición a la letra de la ley positiva», como «moderación en el precio de las cosas, o en la condición de los contratos». [N. del T.] **<<**

[36] Goethe publicó en 1803 una traducción al alemán de la autobiografía de Benvenuto Cellini. [N. del T.] <<

[37] Goethe ya dijo algo parecido en el 1795, dentro del artículo titulado *Literarischer Sansculottismus*: «… *eingrosses Publikum ohne Geschmack, das das Schlechte nach dem Guten mit ebendemselben Vergnügen verschlingt*» («… un gran público sin gusto, que se traga lo malo detrás de lo bueno experimentando idéntico placer!», *Berliner Ausgabe*, vol. 17, pág. 322). [N. del T.] <<

[38] Rudolf Zacharias Becker, *Noth-und Hülfsbüchlein für Bauersleute,* Gotha, 1788, 2 vols.; Friedrich Eberhard von Rochow, *Der Kinderfreund. Ein Lesebuch zum Gebrauch in Landschulen*, Leipzig, 1776 y 1780, 2 vols. Los *Volksbücher* de Pestalozzi son las novelas *Lienhard und Gertrud* y *Christoph und Else*. <<

[39] Garlieb Merkel (1769-1850); Marcus Herz (1747-1803), discípulo de Kant, profesor de medicina y de filosofía; Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), escritor y crítico literario. [N. del T.] **<<**

[40] El canto corresponde a un coral protestante que es muy conocido en Alemania. El texto alemán dice: «Del cielo vengo a vosotros / para traer buenas nuevas. / Ahora os las cuento y las canto, / que vengo repleto de ellas. // Hoy os ha nacido un niño / de una mujer elegida, / un niño muy delicado / que va a ser vuestra alegría. // Él es Jesús, nuestro Dios, / que de penas va a sacaros. / Será vuestro salvador / y os librará de pecado. //Os trae la felicidad / que preparó el Padre Eterno / para que viváis por siempre / en el Reino de los Cielos. // Por darnos su único hijo / load a Dios en su trono, / que los ángeles se alegran / y ya cantan con nosotros». [N. del T.] <<

[41] Johann Heinrich Campe (1746-1818), pedagogo, lingüista y editor. <<

[42] Abraham de Sancta Clara (1644-1709), monje agustino alemán que se hizo muy célebre por la brillantez de sus sermones. [N. del T.] **<<**

[43] La llamada *Revista mensual de Berlín* era el principal órgano de expresión del movimiento ilustrado berlinés. Se publicó entre 1783 y 1796. [N. del T.] <<

[44] Christian August Vulpius (1762-1827), *Rinaldo Rinaldini, der Räuberhauptmonn*, Leipzig, 1797-1800. <<

[45] Christian Heinrich Spiess (1755-1799), *Meine Reisen durch die Hohlen des Unglücks und Gemacher des Jammers*, Leipzig, 1796-1797, 3 vols. <<

[46] C. H. Spiess, *Biographien der Wahnsinnigen*, Leipzig, 1795-1796, 4 vols. <<

[47] Johann Caspar Lavater (1741-1801), pastor protestante suizo, conocido sobre todo por sus estudios de fisiognomía. [N. del T.] **<<**

[48] J. C. Lavater, *Sittenbüchlein für Kinder des Landvolks*, Fráncfort, 1789; Carl Philipp Moritz, *Versuch einer kleinen praktischen Kinderlogik*, Berlín, 1786. <<

[49] August von Kotzebue (1761-1819), dramaturgo alemán de éxito enorme, fue asesinado por oponerse a las reformas políticas y a la unificación en Alemania; este crimen causó impresión tan fuerte que los gobiernos de los Estados alemanes decidieron limitar severamente la actividad de la oposición (*Karlsbader Beschlüsse*, *Demagogenverfolgung*). [N. del T.] <<

[50] Franz Volkmar Reinhard (1753-1812) fue nombrado capellán de la corte de Dresde en el 1792. <<

[51] El 9 de julio de 1788 el rey de Prusia promulgó un edicto (conocido por el nombre de Wöllner, ministro de Justicia) que limitaba la libertad de expresión en asuntos religiosos para proteger al protestantismo. [N. del T.] <<

[52] Moritz, *Kinderlogik*, pág. 82. <<

[53] Karl Arnold Kortum (1745-1824) escribió la epopeya satírica titulada *Die Jobsiade, oder Leben, Me in ungen und Taten von Hieronymus Jobs dem Kandidaten*, 1784. Véase a este respecto en el volumen 2/2 de nuestra edición de las *Obras* de Benjamin la conferencia radiofónica titulada *«Schelmuffsky» de Reuter y «La Jobsíada» de Kortum*, que es del año 1930. «La Muerte no acostumbra / distinguir entre unas y otras cosas; / ella lo acoge todo / con la imparcialidad más rigurosa. // La Muerte acecha / al caballero como al campesino, / por igual al mendigo y al sultán, / y al alcalde como al sastrecillo. // Siempre está bien dispuesta a ir de caza / de los lacayos y de las Excelencias, / de las señoras y de sus criadas, / sin hacer distinción ni preferencia. // No tiene piedad alguna, / no respeta pelucas ni coronas, / ni a los birretes ni los cuernos / con los que algunos su cabeza adornan. // Tiene siempre a mano muchas cosas / para ir acabando con nosotros; / ora una espada, ora la peste, / ora el vino o cualquier otro modo. // Ora un proceso, ora una bala, / o una mala mujer, o un cañón, / ora una soga, ora otro peligro / del que el cielo nos dé su protección. // El feo Esopo y la bella Helena, / que era famosa en el mundo entero, / y el rey Salomón y el pobre Job, / todos al final fueron muriendo. // Nadie se ha escapado de la Muerte, / ni Ziehen el pastor ni Nostradamus. / Con Fausto y Swedenborg el soñador / no tuvo miramiento ni reparo. //A Orfeo, el gran músico antiguo, / a Molière, el gran cómico del rey, / ya Apeles, el famoso pintor griego, / la Muerte los pilló igual también. // Resumiendo: no hay crónica alguna / no hay un sólo ejemplo ni un lugar / donde la Muerte se haya ido de vacío / cuando con alguien ha venido a dar. // Y lo que esta vez no se ha comido / se lo ha de tragar poco después; / sí, también a ti, lector querido, / y, peor aún, a mí también». [N. del T.] <<

[54] Benjamin toma este recuerdo de infancia de Moritz de su novela *Anton Reiser*, pág. 52 de la traducción española. [N. del T.] **<<**

[55] Cfr. K. A. Kortum, *Bienenkalender*, Wesel, 1776; *Grundsatze der Bienenzucht, besonders für die Westphälischen Gegenden*, Wesel y Leipzig, 1776; *Etwas über das alte und neue Gesangbuch und die Einführug desselben in die evangelischen Gemeinen der Grafschaft Mark*, Mark, 1785; *Anweisung, wie man sich vor allen ansteckenden Krankheiten verwahren konne*, Wesel y Leipzig, 1779. <<

[56] La intervención de Moritz es cita tomada de su libro *Kinderlogik*, en la pág. 154. <<

[57] August Ferdinand Bernhardi (1769-1820), escritor y lingüista; August Ludwig Hülsen (1765-1809), pedagogo y filósofo; Henrik Steffens (1773-1845, filósofo; Novalis (Friedrich von Hardenberg, 1772-1801), escritor y filósofo (cfr. *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen*, trad. E. Barjau, Madrid, Cátedra, 1991); Ludwig Tieck (1773-1853), escritor. [N. del T.] **<<**

[58] Las citadas palabras «cuerno mágico» aluden a *Des Knaben Wunderhorn*, la colección de poemas populares que Clemens Brentano y Achim von Arnim publicaron en tres volúmenes entre 1805 y 1808. Friedrich Schlegel (1772-1829), ensayista y escritor; cfr. *Poesía y filosofía*, trad. Diego Sánchez Meca y Anabel Rábade, Madrid, Alianza, 1994; *Obras escogidas*, ed. H. Juretschke, trad. M. A. Vega, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983, 2 vols. En cuanto a Novalis, cfr. *La enciclopedia*, trad. Fernando Montes, Madrid, Fundamentos, 1976. Las más famosas entre las comedias de Tieck son *Die verkehrte Welt* (1796) y *Prinz Zerbrino* (1799). Por último, «Bonaventura» es alusión a la novela anónima titulada *Nachtwachen von Bonaventura*, que es del año 1804. [N. del T.] **<<**

[59] Jean Paul es el pseudónimo, en homenaje a Rousseau, del escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), cuyo estilo se caracteriza por un humor que es el heredero de Sterne y de Fielding. Cfr. *Alba del nihilismo*, ed. Adriano Fabris, trad. Jorge Pérez de Tudela, Madrid, Istmo, 2005. [N. del T.] <<

[60] Jean Paul, *Levana oder Erziehlehre*, 1807. <<

[61] Jean Paul, *Sämtliche Werke. Akademieausgabe*, Weimar, 1929, vol. 3, pág. 194. El pasaje pertenece a la novela titulada *Hesperus oder 45 Hundposttage*, de 1795. <<

[62] *Ibíd*., págs. 194-195. <<

[63] Johann David Wyss, *Der schweizerische Robinson,* Zúrich, 1812-1813, 2 vols. <<

[64] Ulrich Bräker, *Lebensgeschichte und Natürliche Abentheuer des Armen Mannes im Tockenburg*, ed. H. H. Füssli, Zúrich, 1789, págs. 29-30. <<

[65] *Ibíd*., págs. 31-32. <<

[66] El diálogo aquí establecido entre el pastor protestante y el inspector de montes procede del drama de Iffland titulado *Die Jäger*. **<<**

[67] *Xenien* es el título de una colección de epigramas dirigidos contra otros escritores que Goethe y Schiller publicaron en 1795/96. [N. del T.] **<<**

[68] Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), escritor y crítico literario; Christian Garve (1742-1798), filósofo; Johann Erich Biester (1749-1816), filósofo; Friedrich Gedike (1754-1803), pedagogo. El primero, al igual que los dos últimos, fueron los representantes más polémicos de la Ilustración berlinesa. [N. del T.] <<

[69] Carta de Goethe a Zelter del 6 de junio de 1825. <<

[70] «La hora tiene sesenta, / y el día mil y más. / Hijo mío, imagina / cuántas cosas harás». Goethe, *In das Stammbuch Walters von Goethe*. **<<**

[71] Publicado en septiembre de 1932 en el seno de la revista titulada *Rufer und Horer. Monatshefiefiir den Rundfunk*, montado justo a continuación del texto anterior. <<

[72] Este guión para niños fue emitido por la Radio de Fráncfort el 10 de marzo de 1932. Nunca se publicó en vida de Benjamin. <<

[73] «Weil die Puschi ihm befohlen / Einen Fisch ihr zu besorgen / Macht sich Kasperl auf die Sohlen / Das war ein finsterer Nebelmorgen». [N. del T.] <<

[74] Este guión ni se emitió ni se publicó. Muchos de sus personajes son reales: Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), científico y escritor de la Ilustración alemana; cfr. *Aforismos*, trad. J. J. del Solar, Barcelona, Edhasa, 1991 ¡*Aforismos, ocurrencias y opiniones*, trad. J. R. Hernández Arias, Madrid, Valdemar, 2000. David Garrick (1716-1779); Maria Dorothea Stechardt (1765-1782); Johann Stephan Pütter (1725-1807), profesor de Derecho en la universidad de Gotinga. Los nombres que llevan los personajes lunares proceden de la novela de Paul Scheerbart titulada *Lesabéndio*; en el volumen 2/2 de esta edición de las *Obras* de Benjamin véase el artículo titulado *Paul Scheerbart: «Lesabéndio»*. **<<**

[75] W. Shakespeare, *Hamlet*, trad. M. A. Conejero y J. Talens, Madrid, Cátedra, 1992, pág. 219, final del primer acto. Lichtenberg conoció a Garrick en 1775 en Londres, y lo contó en su libro *Briefe aus England*, en el cual a su vez se basa Benjamin; cfr. *Lichtenbergs vermischte Schriften. Neue vermehrte, von dessen Söhnen veranstaltete Original-Ausgabe*, Gotinga, 1844, vol. 3, págs. 214-239. <<

[76] Lichtenberg anotó esta anécdota en su diario. Cfr. *Aus Lichtenbergs Nachlass*, ed. A. Leitzmann, Weimar, 1899, pág. 159. <<

[77] Lichtenberg cuenta este sueño en *Einige Betrachtungen über vorstehenden Aufsatz, nebst einem Traum*, en *Lichtenbergs vermischte Schrifien. Neue vermehrte, von dessen Sohnen veranstaltete Original - Ausgabe*, vol. 6, págs. 50-53. <<

[78] Steht auf, ihr lieben Kinderlein! / Der Morgenstern mit hellem Schein / Laftt sich sehn frei gleich wie ein Held / Und leuchtet in die ganze Welt. // Sei willkommen, lieber Tag! / Vor dir die Nacht nicht bleiben mag. / Leucht uns in unsre Herzen fein / Mit deinem himmelischen Schein». [N. del T.] <<

[79] Lichtenberg expone dicha regla en *Charakter einer mir bekannten Person*, en *Lichtenbergs vermischte Schrifien*, ed. L. G. Lichtenberg y F. Kries, Gotinga, 1800, vol. I, pág. 40. <<

[80] Las cuatro últimas frases proceden de *ibíd*, pág. 26. **<<**

[81] La frase procede de *Lichtenbergs Aphorismen*, ed. A. Leitzmann, Berlín, 1908, pág. 4-7. <<

[82] Lichtenberg relata este episodio del seguro de vida en una carta a F. H. Jacobi del 6 de febrero de 1793; cfr. *Lichtenbergs Briefe*, ed. A. Leitzmann y G. Schüddekopf, Leipzig, 1904, vol. 3, pág. 69. <<

[83] Las dos últimas frases proceden de *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 180.
<<

[84] Lichtenberg redactó la revista titulada *Göttinger Taschen Calender* desde 1784 hasta su muerte. [N. del T.) **<<**

[85] Cfr. *Zubereitung des Eises in Indien (Lichtenbergs vemischte Schriflen. Neue vermehrte, von dessen Söhnen veranstaltete Original-Ausgabe*, vol. 6, págs. 289-291); *Englische Moden (ibíd*, págs. 312-315); *Uber die Vomamen. Ein Beitrag zur Geschichte menschlicher Thorheiten (ibíd*, vol. 5, págs. 250-252); *Proben seltsamen Appétits (ibíd*, vol. 6, págs. 327-330); *Etwas über den Nutzen und den Cours der Stockschläge, Ohrfeigen, Hiebe, etc. bei verschiedenen Völkern (ibíd*, vol. 5, págs. 276-282); *Die Glocken (ibíd*, vol. 6, págs. 298-304); *Gelehrigkeit der Thiere (ibíd*, págs. 319-322); *Über einige Fastnachtsgebräuche unserer Voreltern (ibíd*, págs. 360-368); *Über Ernahrung, Kochen und Kostsparkunst (ibíd*, págs. 126-139). <<

[86] Carta de Lichtenberg a G. H. Amelung de principios de 1783; cfr. *Lichtenbergs Briefe*, vol. 3, págs. 291-293. La carta fue íntegramente publicada por Benjamin en *Deutsche Menshen* (*Alemanes. Colección de cartas*). Incluido en el volumen IV-1 de esta edición de sus *Obras* (pp. 97-98). <<

[87] François Gayot de Pitaval (1673-1743), jurista francés, publicó entre 1734 y 1743 veinte volúmenes de *Causes célèbres et intéressantes*. A veces se utiliza su apellido para denominar las colecciones de diversos casos criminales. [N. del T.] **<<**

[88] La pregunta se encuentra en *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 120. **<<**

[89] Johann Caspar Lavater (174.I-1801), pastor protestante suizo que se hizo conocido sobre todo por sus estudios de fisiognomía. En el 1778 Lichtenberg escribiría contra él el artículo titulado *Über Physiognomik und wider die Physiognomen*. [N. del T.] **<<**

[90] Estas frases que Benjamin hace decir a Pütter se encuentran en *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 110. <<

[91] Esta frase se encuentra en *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 218. **<<**

[92] Lichtenberg presenció en realidad varias ejecuciones en Londres, tal como cuenta en la carta a Dieterich del 31 de octubre del 1775; cfr. *Lichtenbergs Briefe*, vol. I, págs. 242-243. <<

[93] Cfr. *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 166. <<

[94] El texto pertenece a *Ammtor's Morgenandacht*, en *Lichtenbergs vermischte Schriften. Neue vermehrte, von dessen Söhnen veranstaltete Original-Ausgabe*, vol. 5, págs. 334-337. <<

[95] Gottfried August Bürger (1747-1794), profesor de estética en la universidad de Gotinga y escritor. [N. del T.] <<

[96] Estas frases del tercer ciudadano proceden de la carta dirigida por Lichtenberg a Heyne del 14 de junio del año 1794; cfr. *Lichtenbergs Briefe*, vol. 3, págs. 115-116. <<

[97] Esta cita procede de la carta de Lichtenberg a Forster del 30 de agosto de 1790; cfr. *Lichtenbergs Briefe*, vol. 3, pág. 12. **<<**

[98] Esta cita procede de *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 189. <<

[99] Estas frases proceden de *Lichtenbergs Aphorismen*, pág. 86. <<

[100] Juego de palabras intraducible: el apellido *Lichtenberg viene* a significar literalmente «montaña de luz». [N. del T.] <<

[101] Benjamin no publicó este relato escrito en 1913. <<

[102] Publicado en junio de 1929 en la revista *Die Dame*. <<

[103] Publicado en noviembre de 1930 en la revista *Uhu*. El relato se basa en el informe titulado *29 de septiembre, sábado, Marsella*, que se recoge en el volumen VI de esta edición de las *Obras* de Walter Benjamin. <<

[104] Adolphe Monticelli (1824-1886). [N. del T.] <<

[105] Braunschweig, ciudad del norte de Alemania; Braunschweiger es su gentilicio, y también puede ser un apellido. [N. del T.] **<<**

[106] Myslowitz, nombre alemán de una ciudad a la que hoy, en polaco, se llama Myslowice. La descripción del vecino corresponde a la que hizo Ernst Joel del propio Benjamin bajo los efectos del hachís el 11 de mayo de 1928. <<

[107] Juego de palabras intraducible: la primera parte de *Braunschweiger* significa «marrón»; la segunda, «callado».[N. del T.] <<

[108] Benjamín no publicó este relato, escrito en 1932. <<

[109] El 29 de octubre de 1918 comenzó en Kiel y otros puertos de Alemania una rebelión de los marineros contra la orden de proseguir la guerra (el gobierno alemán había reconocido la derrota a principios de mes). [N. del T.] <<

[110] Sankt Pauli es el nombre del barrio chino de Hamburgo. [N. del T.] <<

[111] Publicado el 24 de noviembre de 1932 en el *Frankfurter Zeitung*. **<<**

[112] Benjamin no publicó este relato, que al parecer escribió en el 1932. <<

[113] La palabra «tienda» va en español en el original, al igual que «copitas» en la frase siguiente y, finalmente, «galgos», tres frases después. [N. del T.]
<<

[114] Publicado el 8 de enero de 1933 en el *Vossische Zeitung*. Al parecer se trata de una versión abreviada cuyo original está perdido. <<

[115] La palabra «finca» viene en español en el original, de igual modo que «cañas» en la siguiente frase. [N. del T.] <<

[116] Verso en español en el original. [N. del T.] <<

[117] Benjamín no publicó estos relatos, que debió escribir al parecer entre el 1932 y el 1933. <<

[118] Publicadas juntas y por separado en diversos periódicos entre julio de 1933 y septiembre de 1935. <<

[119] Benjamín utiliza este relato al principio de su ensayo de 1934 titulado *Franz Kafka*. *En el décimo aniversario de su muerte*, que se encuentra incluido en el volumen *II/2* de la presente edición de sus *Obras*. [N. del T.] <<

[120] Benjamin utiliza este relato en la sección llamada *Sancho Panza* de su ensayo de 1934 titulado *Franz Kafka. En el décimo aniversario de su muerte*, que se encuentra incluido en el volumen II/2 de la presente edición de sus *Obras*. [N. del T.] **<<**

[121] Publicado el 6 de diciembre del 1934 en el *Frankfurter Zeitung*, utilizando el pseudónimo de Detlef Holz. <<

[122] Publicado el 24 de marzo del 1935 en el *Frankfiirter Zeitung*, utilizando el pseudónimo de Detlef Holz. *Le Corso Carnavalesque* es el desfile del carnaval de Niza. <<

[123] Cfr. Goethe, *La nueva Melusina*, trad. J. Lleonart, Barcelona, Obelisco, 1985. [N. del T.] <<

[124] Cfr. Wilhelm Busch, *Max y Moritz*, trad. V. Canicio y Lola Romero, Madrid, Alfaguara, 1982; Heinrich Hoffmann, *Pedro Melenas*, trad. V. Canicio, Palma de Mallorca, Olañeta, 1987. [N. del T.] **<<**

[125] Benjamin no publicó este relato, firmado con el pseudónimo de Detlef Holz. La nota a pie de página que puso en una de las primeras frases permite suponer que se escribió como continuación a la anterior *Conversación sobre el Corso*, y con la intención de publicarlo en el mismo periódico. <<

[126] Véase *FrankfürterZeitung*, n.º 153. [N. de B.] <<

[127] Cfr. Salmos 127, 2. [N. del T.] **<<**

[128] Cfr. Goethe, *Aus meinem Leberx. Dichtungund Wahrheit*, parte segunda, libro sexto. [N. del T.] <<

[129] Publicado el 6 de noviembre de 1935 en el *New Zürcher Zeitung*. El malabarista Enrico Rastelli vivió entre el 1896 y el 1931. <<

[130] Benjamin no publicó este relato, que al parecer escribió en el 1929. Este título es el quinto verso del poema de Goethe titulado *Nicht mehr auf Seidenblatt… (Hamburger Ausgabe*, vol. II, pág. 125), que pertenece al contexto de su *Diván de oriente y occidente*, aunque su autor jamás lo publicó. El poema empieza de este modo: «No volveré a escribir / mis simétricas rimas sobre hojas de seda. / No volveré a ceñirlas / con sarmientos de oro: / dibujadas en el móvil polvo / se las llevará el viento consigo…». <<

[131] Publicado en el libro de Florens Christian Rang, *Deutsche Bauhütte. Ein Wort an uns Deutsche über mögliche Gerechtigkeit gegen Belgien und Frankreich und zur Philosophie der Politik. Mit Zjischriften von Alfons Paquet, Ernst Michael, Martin Buber, Karl Hildebrandt, Walter Benjamin, Theodor Spira, Otto Erdmann*, Leipzig, 1924, págs. 185-186. Rang fue un político y teólogo protestante que vivió entre 1864 y 1924. <<

[132] Organización pacifista fundada en 1932, integrada, entre otros escritores, por Henri Barbusse, Anatole France y Romain Roland. [N. del T.] <<

[133] Texto publicado el 16 de agosto de 1925 en el *Frankfurter Zeitung*. **<<**

[134] «Mi madre se hizo soldado, / y le dieron unos pantalones / con dobladillos rojos, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / y le dieron una casaca / con brillantes botones, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / y le dieron unas botas / de alta caña, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / y le dieron un casco / con la imagen del emperador, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / le dieron un fusil / y se puso a disparar, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / entró en una trinchera / y le dieron una col, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado. // Mi madre se hizo soldado, / la llevaron al hospital / y terminó en el cielo, / tralarí, tralará, / mi madre se hizo soldado». [N. del T.] <<

[135] «Cuando me levanto en la oscura noche / y me pongo a cazar piojos, / pienso en la tranquilidad que hay en mi hogar, / donde piensan en mí a la luz de la Luna». [N. del T.] **<<**

[136] «Maruja, / tontita, / voy a romperte una piernecita. / Así tendrás que ir cojeando / al hospital de la ciudad, / donde te operarán / y te untarán de jabón. / Y entonces un coro de hombres alemanes / te cantará una cancioncita». [N. del T.] <<

[137] «En una montaña de goma / vive un enano de goma / con una mujer de goma. / La mujer de goma tiene un hijo de goma. / El hijo de goma / tiene una pelota de goma. / La pelota de goma / la ha lanzado al aire. / La pelota de goma se rompió, Kaputt. / Pues judío eres tú». [N. del T.] <<

[138] «10, 20, 30, / chica, eres muy trabajadora; / 40, 50, 60, / chica, estás emborronada; / 70, 80, 90, / chica, eres única». [N. del T.] <<

[139] «El guante pasado perdí un otoño. / Lo estuve encontrando tres días antes de buscarlo. / Llegué a un vistazo y dentro eché un agujero. / Allí había tres sillas sentadas en un caballero. / Me quité mis buenos días y dije: Señores, sombrero». [N. del T.] <<

[140] «Padres cordiales de mis saludos. Aquí está / la suela para ponerle botas. Él no debe adinerarse / por la preocupación. Pero, si viniera, pasaría de largo». [N. del T.] <<

[141] «Queridos hermanos, / levantaos o quedaos sentados. / Lectura del Libro de la Horca, / seis púas y 35 botones: / Siendo muy joven hice una locura. / Con agua fría les quemé los ojos a los niños, / y con un rallador romo les corté los dedos. / Tras cometer mi crimen fui detenido por el palo de la escoba, / que me llevó al tribunal de Robo. / Me pasé catorce días en la cárcel, y después fui puesto en libertad. / ¡Que el Señor os bendiga / y que el guarnés os guarde! / ¡Que el proteo os proteja / y el tejador os ilumine en su tejado! Vamos a cantar la canción número 300: / El peor es mi pachón. / ¡Aleluya!» [N. del T.] <<

[142] Texto publicado en diciembre de 1925 en la revista *Der Querschnitt*. Bernhard Reich (1880-1972), dramaturgo alemán, guió a Benjamin por Moscú en su visita. <<

[143] Alonso López Pinciano (1547-1627), autor y teórico teatral castellano. [N. del T.] <<

[144] Cfr. *Macbeth*, acto I, escena VII; *Otelo*, acto IV, escena II. [N. del T.] **<<**

[145] El estadio de Wembley (Londres), inaugurado en 1923 con motivo de la British Empire Exhibition, fue derribado en el año 2003. [N. del T.] <<

[146] Texto publicado en diciembre de 1936 en la revista *Die literansche Welt*. <<

[147] Texto publicado en abril de 1929 en la revista *Das Tagebuch*. Antoine Wiertz (1806-1865), pintor belga cuyo museo se encuentra en Ixelles (región de Bruselas) <<

[148] Texto publicado en diciembre de 1931 en la revista *Die literarische Welt*. La primera parte de este artículo es con seguridad obra de Benjamin; en cambio, la autoría de la segunda parte no parece segura. <<

[149] Cfr. D. Minden, «Der Humor Kants», en *Reichls Philosophischer Almanach auf das Jahr 1924*, Darmstadt, 1924, págs. 182-184. <<

[150] Cfr. I. Kant, *Antropología en sentido pragmático*, trad. José Gaos, Madrid, Alianza, 1991, pág. 259. [N. del T.] **<<**

[151] Cfr. E. A. C. Wasianski, «Immanuel Kant in seinen letzten Lebensjahren», en *Immanuel Kant. Sein Leben in Darstellungen von Zeitgenossen*, ed. Felix Gross, Berlín, 1912. <<

[152] Estas frases, que en realidad no son de Kant, sino de Johann Benjamin Erhard, se encuentran en la carta que éste escribió a Kant el 17 de enero del año 1793: cfr. Kant, *Gesammelte Schriften. Akademieausgabe*, Berlín, 1922, vol. II, pág. 408. <<

[153] *Ibíd*., págs. 411-412. El texto completo de esta carta de Kant dirigida a E. Motherby puede consultarse en español en I. Kant, *Correspondencia*, ed. y trad. Mercedes Torrevejano, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, pág. 230. Las *dos* cartas de Maria von Herbert y la carta de Kant se encuentran *ibíd* en las páginas 218-219, 221-224 y 227-230. **<<**

[154] *Ibíd*., págs. 273-274. <<

[155] *Ibíd*., págs. 331-334. <<

[156] Número especial de la revista *Die literarische Welt*, publicado en mayo de 1932 y elaborado por Walter Benjamin y Willy Haas (1891-1973), que era el director de la revista. <<

[157] Uno de entre muchos ejemplos posibles: el liberalismo burgués proclama «vía libre a los capaces», pero (como ya criticó el saint-simonismo) mantiene la *herencia*, a través de lo cual anula esa tesis, pues con ello impide que una parte siempre creciente de la población pueda llegarse a desarrollar. [N. de B.] **<<**

[158] *Deutsche Erzähler, ausgewahlt von Hugo von Hofmannsthal*, Leipzig, 1912, vol. I, pág. XV. <<

[159] Hugo von Hofmannsthal, *Deutsches Lesebuch*, 2.ª ed., 2.ª parte, Múnich, 1926, pág. 325. <<

[160] *Jacob Grimm überseine Entlassung*, Basilea, 1838, págs. 8-10. <<

[161] Cfr. J. G. Herder, *Briefe zur Befôrderung der Humanität*, 1794, cuarta parte, carta *46;Auch eine Philosophie zur Geschichte der Menschheit*, segunda sección (*Obra selecta*, trad. Pedro Ribas, Madrid, Alfaguara, 1982, pág. 335); *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, segunda parte, libro noveno, punto 3. [N. del T.] <<

[162] Helfrich Peter Sturz, *Schriften. 1. Sammlung*, Leipzig, 1779, págs. 232-234, 236-238. Simon Nicolas Henri Linguet (1736-1794), escritor francés, murió en la guillotina. <<

[163] Ludwig Borne, *Gesammelte Schriften*, Hamburgo, 1862, vol. 2, pág. 306. <<

[164] *Deutsche Erzähler, ausgewahlt von Hugo von Hofmannsthal*, Leipzig, 1912, vol. I, pág. X. <<

[165] Karl Immermann, *Schriften*, Hamburgo, 1840, vol. 12, págs. 334-339. <<

[166] Johann Bernhard Basedow (1724-1790), pedagogo de la Ilustración. [N. del T.] <<

[167] En alemán las letras efe y uve se pronuncian igual: como en español se pronuncia la efe. [N. del T.] <<

[168] Friedrich Ludwigjahn (1778-1852), político liberal nacionalista. [N. del T.] <<

[169] Friedrich Hebbel, *Sämtliche Werke*, ed. R. M. Werner, Berlín, 1903, vol. II, pág. 363 (*Bogumil Goltz und sein Buch der Kindheit*). **<<**

[170] *Gottfried Kellers Leben, Briefe und Tagebücher*, ed. E. Ermatinger, Stuttgart y Berlín, 1919, vol. 2, pág. 355 (carta a Hermann Hettner del 21 de octubre de 1854). <<

[171] Bogumil Goltz, *Exacte Menschen-Kenntnis*, sección tercera, *Die Deutschen*, 1860, vol. I, pág. 249. <<

[172] Jacob Burckhardt, *Gesamtausgabe*, vol. 7, ed. A. Oeri y E. Dürr, Berlín y Leipzig, 1929, págs. 152-153; cfr. *Reflexiones sobre la historia universal*, trad. W. Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pág. 254. <<

[173] Kant, *Gesammelte Schriften. Akademieausgabe*, Berlín y Leipzig, 1923, vol. 8, págs. 24 y 28; cfr. *Filosofía de la historia*, trad. E. Imaz, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989, págs. 52-53, 6o-61; *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, trad. C. Roldán Panadero y R. Rodríguez Aramayo, Madrid, Tecnos, 1987, págs. 13-14, 19-20. <<

[174] Cfr. Hegel, *Principios de la filosofía del derecho*, trad. J. L. Vermal, Barcelona, Edhasa, 1988. [N. del T.] <<

[175] E. M. Arndt, *Werke*, ed. A. Leffson y W. Steffens, Berlín y Leipzig, sin fecha, 2.ª parte, *Erinnerungen aus dem ausseren Leben*, págs. 134-138. <<

[176] F. Kürnberger, *Gesammelte Werke*, ed. O. E. Deutsch, Múnich y Leipzig, 1910, vol. I, pág. 549. <<

[177] *Ibíd*., págs. 133-135 y 149. <<

[178] «Lady María, estáis en vuestro sitio». Verso 2257 de *María Estuardo*, el gran drama de Schiller. [N. del T.] <<

[179] A. Schopenhauer, *Sämtliche Werke*, ed. P. Deussen, Múnich, 1929, vol. 14, págs. 638-639. <<

[180] Daniel Spitzer, *Wiener Spaziergänge. 1. Sammlung*, Viena y Leipzig, 1880, págs. 304-306. <<

[181] Kant, *Gesammelte Schriften. Akademieausgabe*, Berlín, 1917, vol. 7, págs. 85-86; cfr. *Filosofía de la historia*, pág. 106; *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, págs. 88-89. <<

[182] Como apéndice y complemento a la descripción de la lamentable situación de las escuelas rurales publicamos el fragmento de un artículo de Justus Möser de la misma época, que, con la buena conciencia característica del conservador, exige de manera programática lo que hacían las escuelas en la práctica: conservar el analfabetismo en el medio rural. [N. de B.] **<<**

[183] Cfr. Karl Philipp Moritz, *Anton Reiser. Una novela psicológica*, trad. Carmen Gauger, Valencia, Pre-Textos, 1998: *Carl Friedrich Bahrdts, Geschichte seines Lebens, seiner Meinungen und Schichsale*, Fráncfort, 1790. <<

[184] Johann Christian Brandes, *Meine Lebensgeschichte*, ed. W. Franke, Múnich, 1923, págs. 68-70. <<

[185] Justus Möser, *Patriotische Phantasien*, ed. J. W. J. von Voigts, 2.ª parte, Berlín, 1842, págs. 307-309. <<

[186] Este último párrafo se encuentra en Bettina von Arnim, *Sämtliche Werke*, ed. W. Oehlke, Berlín, 1921, vol. 6, pág. 290. <<

[187] Cfr. Georg Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1933, pág. 73. <<

[188] Wolfgang Menzel, *Denkwürdigkeiten*, ed. K. Menzel, Bielefeld y Leipzig, 1877, pág. 423. <<

[189] Los tres textos que ahora citaremos proceden de Adam von Müller, *Gesammelte Schriften*, Múnich, 1839, vol. I, pág. 57, nota (*Von der Nothwendigheit einer theologischen Grundlage der gesamten Staatswissenschaft insbesondere*), pág. 55 y finalmente, pág. 77 (*Dieheutige Wissenschaft der Nationalohonomie kurz und fasslich dargestellt*). Véase en español su libro *Elementos de política*, trad. E. Imaz, Madrid, Doncel, 1977. <<

[190] Sin embargo, Benjamin y Haas toman la cita de Hugo von Hofmannsthal, *Deutsches Lesebuch*, 2.ª ed., 2.ª parte, Múnich, 1926, págs. 167-170 (cfr. Fernando Lassalle, *¿Qué es una constitución?*, trad. W. Roces, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964). Lassalle fue un famoso ensayista y político del Partido socialdemócrata alemán. <<

[191] Es fragmento del prólogo a la edición francesa (1855) de *Lutetia*, colección de artículos. Cfr. Heinrich Heine, *Werke und Briefe in zehn Bandea*, ed. H. Kaufmann, Berlín y Weimar, 1972, vol. 6, págs. 238-240. La traducción española se realiza desde el texto original francés. [N. del T.] <<

[192] Carta de Goethe a Zelter del 6 de junio de 1825. <<

[193] Tras el triunfo de la revolución de marzo de 1848, una gran Asamblea Nacional Alemana sería convocada y elegida a través del sufragio universal masculino; sus sesiones empezaron a celebrarse en el mes de mayo de ese año dentro de la iglesia de San Pablo (*Paulskirche*) de Fráncfort. *272* de sus 550 diputados eran profesores de universidad. La Asamblea elaboró en sus sesiones el texto de una Constitución liberal destinado a una Alemania unida (prescindiendo de Austria), pero el rey de Prusia rechazó la corona de emperador de Alemania. La Asamblea por fin se disolvió en mayo de 1849, y la Constitución no llegó nunca a entrar en vigor de manera efectiva. [N. del T.] <<

[194] Schelling pronunció este discurso el *29* de diciembre de 1830. Texto incluido en *Werke*, ed. M. Schroter, Múnich, 1927, vol. 5, págs. 63-70. <<

[195] *Ilíada*, canto 13, verso 115. [N. del T.] **<<**

[196] Publicado en julio de 1939 en el 199 de la revista *Europe*, número dedicado a la Revolución Francesa. Según parece, Benjamin escribió su texto en alemán, y lo tradujo al francés algo más tarde con la colaboración de Marcel Stora. [Como ese original no se conserva, la traducción española se realiza desde el texto francés; casi todas las citas de autores alemanes se han traducido del alemán directamente.] <<

[197] Ludwig Borne, *Gesammelte Schriften*, Hamburgo y Fráncfort, 1862, vol. 8, pág. 33 (*Briefe aus Paris*, carta 5.ª, 17 de septiembre de 1830). <<

[198] Louis Auguste Blanqui (1805-1881), fue un famoso político socialista francés. [N. del T.] <<

[199] El *Sturm und Drang* fue un movimiento literario que se desarrolló aproximadamente en Alemania entre 1765 y 1790; su intento manifiesto era buscar la autenticidad expresiva frente al clasicismo afrancesado y los contenidos más auténticos frente a los abstractos esquemas ilustrados. [N. del T.] <<

[200] Los versos pertenecen a la oda titulada *Die Jakobiner*, de Klopstock. <<

[201] Novalis, *Schriften*, ed. J. Minor, Jena, 1907, vol. 2, págs. 37 y 43 (*Die Christenheit oder Europa*). **<<**

[202] Marx escribió esto en su artículo de diciembre del 1848 titulado *Die Bourgeoisie und die Kontrerevolution*, publicado en el mismo mes y año en el *Neue Rheinische Zeitung* (MEW, 6, págs. 102 ss.). [N. del T.] **<<**

[203] Cfr. Max Horkheimer, *Teoría crítica*, trad. E. Albizu, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, págs. 151-222. [N. del T.] **<<**

[204] François Noel Babeuf (1760-1797), jacobino y precursor del socialismo, fue ejecutado en la guillotina. [N. del T.] **<<**

[205] Las tropas francesas revolucionarias invadieron durante la Primera Guerra de Coalición la orilla izquierda del Rin y proclamaron la República de Maguncia, asociada con Francia (octubre de 1792-julio de 1793). Forster fue el dirigente principal de los revolucionarios maguntinos. [N. del T.] **<<**

[206] Johann Georg Forster, *Briefwechsel*, ed. T. Huber, segunda parte, Leipzig, 1829, págs. 495-496; carta a su esposa del 7 de julio de 1793. <<

[207] *Ibíd.*, págs. 525-527. <<

[208] Véase la novela de Christian August Vulpius titulada *Rinaldo Rinaldini, der Rauberhauptmann*, del año 1797. [N. del T.] **<<**

[209] J. G. Seume, *Prosaische und poetische Werke*, tercera parte, Berlín, 1869, pág. 70. <<

[210] Cfr. *Das Wort*, I (1936), pág. 84. <<

[211] El poema de Seume, que comienza con las palabras *Menschen! Widerspruch im grossen Ringe…, se* encuentra editado entre las páginas 369 y 377 de ese libro de Garlieb Helwig Merkel. <<

[212] *Caroline. Briefe aus der Frühromantik*, ed. Erich Schmidt, Leipzig, 1913. <<

[213] *Krisenjahre der Frühromantik. Briefe aus dem Schlegel-Kreis,* ed. Josef Korner, Brünn, 1936, vol. I, págs. 59-60. <<

[214] Friedrich Hölderlin, *Sämtliche Werke*, ed. N. von Hellingrath *et al*, Múnich y Leipzig, 1913, vol. I, pág. 262 (carta de finales del verano del año 1792). <<

[215] *Ibíd*., vol. 5, pág. 320 (carta a su madre del 28 de enero de 1802). <<

[216] *Ibíd*., págs. 317-318 (carta a Bohlendorf del 4 de diciembre de 1801). <<

[217] Georg Büchner, *Gesammelte Schriften*, ed. P. Landau, Berlín, 1909, vol. 2, pág. 180 (carta a Gutzkow de marzo de 1835). **<<**

[218] Carta de Carl Gustav Jochmann a E. H. Sengbusch del 11 de junio de 1819, citada en *Carl Gustav Jochmann's, von Pemau, Reliquien. Aus seinen nachgelassenen Papieren. Gesammelt von Heinrich Zjchokke*, Hechingen, 1863, vol. I, pág. 18. *Briefe aus der Frühromantik*, ed. Erich Schmidt, Leipzig, 1913. <<

[219] Carta de Ferdinand Gregorovius a Theodor Heyse del 20 de diciembre de 1855, citada en *Mittheilungen aus dem Litteraturarchive in Berlin*, ed. H. Meisner, Berlín, 1900, vol. 2, pág. 180. <<

[220] Johann Georg Forster, *Briefwechsel*, ed. T. Huber, Leipzig, 1829, segunda parte, pág. 620 (carta a Huber del 15 de noviembre del 1793). <<

[221] F. Hölderlin, *Sämtliche Werke*, vol. 2, pág. 451 (carta a su hermana del 4 de julio de 1798). <<

[222] G. W. F. Hegel, *Werke*, vol. 19, ed. Karl Hegel, Leipzig, 1887, pág. 15 (carta del 16 de abril de 1795). <<

[223] Cfr. Karl Korsch, *Karl Marx*, trad. Manuel Sacristán, Barcelona, Ariel, 1975, pág. 203. [N. del T.] <<

[224] Cfr. G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos, Madrid, Alianza, 1997, pág. 692. [N. del T.] **<<**

[224b] Paul Valéry, *Oeuvres*, ed. J. Hytier, París, 1957, vol. I, pág. 605 (*Situation de Baudelaire*, 1924). <<

[225] Cfr. C. G. Jochmann, *Politische Sprachkritik. Aphorismen und Glossen*, ed. Uwe Pörksen, Stuttgart, Reclam, 1983, págs. 62-64. Respecto a Jochmann, véase en el volumen II/2 de esta misma edición de las *Obras* de Benjamin el artículo de 1940 titulado *«Los retrocesos de la poesía» de Carl Gustav Jochmann*. [N. del T.] **<<**